

LA  
**RECONQUISTA ESPAÑOLA.**

APUNTES PARA LA HISTORIA DE CHILE.

1814—1817.

POR MIGUEL LUIS I GREGORIO VÍCTOR AMUNÁTEGUI.



SANTIAGO.

IMPRESA CHILENA, CALLE DE SAN CARLOS,

DICIEMBRE DE 1851.

**AL SEÑOR DON JOSÉ VICTORINO LASTARRIA.**

Fué U. Señor, quien primero nos estimuló a escribir: nuestra primera obra le corresponde, pues, de derecho. Cualquiera que sea su mérito, recíbala como una prueba de nuestro afecto.

LOS AUTORES.

# INFORME

DE LA

## COMISION DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES.

---

«La Comision nombrada por la Facultad de Humanidades para examinar la obra que se ha presentado al concurso literario de este año en solicitud del premio que ella debe acordar, tiene la complacencia de informar que ha quedado satisfecha del modo como el autor ha desempeñado el tema que la Facultad propuso.

«Los sucesos ocurridos durante la época aciaga de la reconquista del pais, habian sido narrados por algunos bajo la impresion viva aun de las persecuciones sufridas, al paso que la misma ingratitud del asunto habia alejado a otros del estudio imparcial de los acontecimientos. La Memoria a que nos referimos ha reparado esta falta, i rectificado aquel inconveniente. Ella, acopiando un caudal bastante rico i completo de noticias, ha sabido esponerlas con una limpieza, juicio i lucimiento, que permiten formar una idea cabal de la época, no solo en el carácter jeneral que la distingue, sino en la graduacion de los sucesos que se

fueron encadenando hasta producir la pérdida del país por las armas españolas.

«Sin que haya sido dado a la Comisión entrar a formar juicio del fondo de verdad que hai en algunos detalles o en la apreciación de algunos acontecimientos, comprende que, por lo jeneral, hai justicia en las miras del autor, i que la Memoria puede reputarse como un espejo fiel de los tiempos que describe. Vese en ella la discordia intestina ensañar los pechos de los patriotas que, entregados al ardor de las querellas domésticas, abandonaron la comun defensa para despertar bajo el fuego del enemigo que estallaba sobre sus cabezas. Los prodijios de valor obrados en Rancagua no bastan para reparar los inconvenientes de un plan de campaña, puesto en obra sin suficiente madurez i ejecutado en desacuerdo de los jefes, que habian traído al campo el jérmén aun no estinguido de rivalidades enconosas. El orgullo del soldado vencedor comienza a despertar en el pueblo odiosidades profundas; las vejaciones se acrecientan por las resistencias del vencido; el antiguo respeto se cambia en indignación; partidas de descontentos i perseguidos se levantan en diversos puntos del territorio; para reprimirlas el Gobierno organiza una policía de vijilancia que acaba por derramar en todos los ánimos el terror; i cuando las tropas arjentinas, reforzadas por la emigración chilena, se presentan por las gargantas de los Andes, el poder español, minado por su base en el amor del pueblo, cae i se desploma al primer sacudimiento en las faldas de Chacabuco.

«Muchos hechos importantes habia sepultados en el olvido, que la Memoria saca a luz e ilustra con testimonios fidedignos. Entre otros, merece especial mención la campaña marítima abierta sobre el Pacífico por algunos cuantos patriotas chilenos i arjentinos a las órdenes del comandante Brown: hermoso episodio de nuestras guerras, que se mantenía apénas por tradición en boca de algunos curiosos. El autor ha tenido tambien a la mano algunos espedientes i documentos fidedignos i ha tomado la relación oral de varios personajes, testigos presenciales de los sucesos, mediante lo cual pone en su verdad natural acontecimientos pintados de antemano con recargados colores.

Por lo demas, su estilo es fácil, correcto, limpio i llena las condiciones de una obra literaria.

Sin menoscabar el concepto que la Comisión emite, debe decir,

que hubiera celebrado encontrar en la Memoria una relacion mas casera, abundante de pormenores i sazónada con aquellos incidentes familiares que sirven tanto para ilustrar la mente del historiador futuro, i que algunas veces caracterizan los personajes i las épocas. El autor ha tenido sin duda ocasion de recojer gran número de estos pormenores, i ellos han de haber sido para él otros tantos documentos preciosos, con ayuda de los cuales ha llegado a formular sus ideas. Es lástima que no los haya consignado en su escrito i que se haya contentado con darnos el resultado de sus averiguaciones. La Memoria está escrita, como podria estarlo la historia misma. La Comision cree que la Facultad desea un jénero de trabajo algo ménos alto i acabado, pero mas lleno de particularidades, de lances, de incidentes curiosos. Por ejemplo, las correrias hechas por don Manuel Rodriguez en las provincias de Colchagua i Santiago bajo tan variados disfraces, con recursos tan ingeniosos i empeños tan arriesgados, su modo de vivir, los compañeros que le auxiliaban de cerca; el número i disciplina de la jente de que disponia; sus entrevistas secretas con algunos personajes de Santiago, burlando siempre las asechanzas de la policia, son ricas preciosidades de que mas tarde se nos pedirá cuenta, i que convendria desde ahora ir acumulando con esmero. La Memoria da apénas algunos rasgos de la carrera de aquel patriota esforzado, i se limita en este órden a contar la mas sonada de sus obras, su entrada a Melipilla i la muerte del teniente Tejero.

«En el curso de la lectura, la Comision ha notado varias inexactitudes de la narracion, i aun cuando no es de su resorte rectificar los hechos históricos, cree que convendria tomar nuevos informes sobre los hechos siguientes:

1.º Si la fuga de los Carreras de la prision de Chillan, fué o no favorecida por los Españoles;

2.º Si O'Higgins tuvo noticia de la invasion de Ossorio al emprender su marcha para Santiago para sostener al gobierno depuesto por los Carreras;

3.º Si es positivo que don Manuel Rodriguez entregó al saqueo las poblaciones de Melipilla i San Fernando, o solo las administraciones de estanco i rentas públicas;

4.º Se ha omitido narrar la sublevacion de Valparaiso, despues de la batalla de Chacabuco, así como las espediciones de Cabot

a la provincia de Coquimbo i de Freire sobre el Planchon, no ménos que la marcha del coronel Olate, con los restos de las tropas españolas por el camino de la costa hasta su rendicion en las orillas del Maule. Otros pasajes de menor importancia podrian tambien citarse como dignos de reforma, pero la Comision cree deber abstenerse de entrar a este terreno.

«Por lo espuesto, la Facultad conocerá que la Comision opina porque se conceda a la Memoria el premio a que aspira, como una obra de justicia que el autor ha merecido.

Santiago, noviembre 13 de 1850.

*M. de la Barra.—A. García Reyes.*

La Facultad ha aprobado este informe, i en consecuencia el premio ha sido decernido a los autores de la Memoria, que son los señores don Miguel i don Gregorio Amunátegui.

## ADVERTENCIA.

---

Conformándonos en la composición de esta Memoria con las ideas sobre el modo de escribir la historia nacional, emitidas por el señor Rector i algunos otros miembros de la Universidad, hemos procurado reunir el mayor número de hechos que nos ha sido posible, para esponerles con veracidad, i juzgarlos con imparcialidad. Al llenar este propósito hemos tropezado con grandes dificultades; una de las épocas de la independenciamas oscura i escasa de datos, es la que se refiere a la *reconquista española*, i a la *emigracion chilena* a las Provincias Argentinas. Las autoridades españolas, despues de la batalla de Chacabuco, destruyeron u ocultaron los documentos de algun valor, que se encontraban en las oficinas públicas: del Cabildo, se llevaron el libro de las sesiones; en el archivo de los Tribunales, no dejaron ningun expediente relativo a causas políticas; i solo en el Ministerio del Interior, han quedado algunos oficios i papeles truncados. Habiéndose verificado los sucesos de la emigracion en una tierra estrañã, se concibe sin trabajo la dificultad de proporcionarse los materiales para su historia.

El único medio de llenar estos vacíos, son las relaciones verbales de los que intervinieron en los negocios públicos; mas como nunca fué mas encarnizada que en esos tiempos, la lucha entre *patriotas* i *realistas*, o *higginistas* i *carrerinos*; i como muchos, que viven todavia, cegados por los odios de partido, se han man-

cillado con acciones vergonzosas o crueles, todos se resisten a remover esas cenizas bajo las cuales arde todavía el fuego; de suerte que se necesitan empeños increíbles, para arrancar algunas cortas noticias, u obtener esplicaciones sobre los acontecimientos inciertos. Habiendo logrado acopiar, a fuerza de diligencia i de mil pasos, muchos pormenores curiosos sobre este período importante i casi desconocido, nos hemos aventurado a trabajar la presente Memoria.

En tres fuentes diversas, hemos bebido los testimonios de nuestras aserciones:

1.º *Libros i documentos impresos.* Creemos haber leído la mayor parte, por no decir todo, lo que se ha publicado acerca de esta época: Bandos i Decretos del Gobierno, Periódicos, Trabajos históricos, Opúsculos i Viajes. Entre estos documentos, hemos hallado algunas piezas mui raras i curiosas, impresas en el Perú, como las instrucciones de Abascal al comodoro ingles Hillyar i las que el mismo virrei dió a Ossorio, para que rijiese por ellas su conducta.

2.º *Libros i documentos manuscritos.* Hemos tenido a la vista tres obras inéditas, a saber, la Revista de la Guerra de la Independencia por el coronel español don José Rodriguez Ballesteros, una Historia de Chile que se atribuye a O'Higgins i el Diario de don José Miguel Carrera, que hasta ahora mui pocas personas han tenido ocasion de consultar; muchos otros documentos que con prolijidad habia conservado este mismo jeneral; el archivo del Ministerio del Interior, donde quedó uno de los libros copiadore de correspondencia; i la Biblioteca Nacional, donde hemos encontrado varios memoriales de los desterrados de Juan Fernandez i algunos oficios de Ossorio. Entre los varios espedientes que hemos examinado, el mas particular es un abultado legajo, salvado milagrosamente de las llamas, referente a los asesinatos de la cárcel de Santiago por San Bruno. Él nos ha permitido contar este hecho espantoso, que algunos por su ferocidad ponian en duda, con todas sus circunstancias, apartándonos en este relato de la inexacta narracion que sobre él ha dado don Juan Egaña, quien por su destierro, no se hallaba en la capital al tiempo de verificarse; narracion que han copiado al pié de la letra con todas sus inexactitudes, Guzman, Miller, Ballesteros i que ahora corregimos. Cumplimos con un deber de gratitud, dando las gracias a los se-

ñores don Pedro Francisco Lira i don José Miguel Carrera Fontesilla, que nos han franqueado la mayor parte de los documentos tanto impresos, como manuscritos, de que nos hemos servido.

5.º *Datos orales suministrados por algunos de los principales autores, o testigos fidedignos de los acontecimientos de entónces, i que estuvieron enrolados en los diversos bandos.* El jeneral Freire nos ha dado pormenores, que hemos verificado con documentos auténticos, sobre la espedicion marítima de Brown, que nadie que sepamos ha contado hasta el dia; i el jeneral Las-Heras nos ha dejado ver el Diario de las operaciones de su division durante el tránsito de la cordillera.

Hemos hecho esta reseña, no por hacer alarde de erudicion, sino porque como no nos es posible copiar las piezas justificativas de nuestros asertos, i nos hemos propuesto, segun lo dicho al principio, referir hechos, queremos manifestar los fundamentos de nuestra obra. Solo nos queda el sentimiento de que ella no haya correspondido a los muchos i preciosos materiales que hemos recopilado, i con que se nos ha favorecido. Confesamos con rubor que habiamos tenido las pretensiones de servir de secretarios, para redactar sus palabras, a los ilustres veteranos de la independencia que se han dignado relatarnos los sucesos de esa época gloriosa; pero si no nos han alcanzado las fuerzas para cumplir este propósito, discúlpennos la intencion.

Despues del juicio emitido por la Comision de la Facultad de Humanidades, hemos corregido varios pasajes, tanto por conformarnos a sus indicaciones, como por haber adquirido nuevos datos i documentos.

## ERRATAS NOTABLES.

Páj.	Linea.	dice.	léase.
7	21	42 de Agosto	43 de Agosto
32	10	roja i encarnada	roja i amarilla.

## BATALLA DE RANCAGUA.

---

La revolucion de la independenciam fué al principio en Chile, como en el resto de la América, débil i vacilante. El sistema de la España habia envilecido a los colonos, i amoldado su espíritu a la sumision. Por hábito de obediencia, no se atrevian a concebir siquiera los derechos que les usurpaba la Metrópoli. Se necesitó la invasion de la Peninsula por los Franceses, para que se determinasen a erijir, al abrigo del nombre de Fernando VII, una especie de gobierno nacional. No se hallaban dispuestos a tributar a un príncipe hereje i extranjero el vasallaje que consideraban un deber sagrado, si ocupaba el trono un monarca católico de la familia de los Borbones. La revolucion no importaba, pues, al principio mas que una separacion momentánea, miéntras dominase un usurpador; poco a poco se fueron habituando a la idea de una separacion absoluta. Creyeron que el verdadero monarca moriria a manos de su opresor, o seria eternamente su cautivo, conjetura que se hacia verosímil a los que sabian que durante la prepotencia de la Francia, habian sido asesinados dos emperadores i dos reyes, envenenada una reina, hechos prisioneros ocho reyes, i arrancados dos papas con violencia de su silla (1). Los pocos hombres de vista penetrante, que dirijian la política i se proponian por blanco hacer de Chile una nacion, esparcian en sus conversaciones i por la prensa, la voz de que la intrusa dinastia se arraigaba, i de que era imposible a los Españoles, ocupados en su propio seno de una guerra de cuyo resultado pendia su existencia, prestar atencion a los negocios de América. Probablemente ellos mismos, para arrostrar los azares de la empresa, se lisonjearan con la dificultad de

(1) Gaceta del Rei.

atacarlos seriamente en que las circunstancias ponian a sus enemigos.

Con estos antecedentes, fácil es comprender que la noticia de los triunfos obtenidos por las armas españolas, unidas a las inglesas, en Vitoria i los Pirineos, debió desalentar i entibiar el ardor de los políticos que para dirigir su conducta seguian el movimiento de los sucesos europeos. La alianza de la Inglaterra con la España desvanecía la esperanza de que aquella protejiese sus proyectos de independencia por egoísmo comercial; la Francia caía en poder de la Coalicion; i la España arrojaba a los Franceses de su territorio, quedando espedita por consiguiente, para enviar de un día a otro una fuerte expedicion a contener la insurreccion de ultramar.

Para que la desalentadora impresion de estas funestas noticias, se hiciera sentir con mayor vigor en el ánimo de los insurjentes, coincidian desgraciadamente con los dos grandes desastres experimentados en Vilcapujio i Ayohuma por el ejército patriota de Buenos-Aires. Gracias a estas dos importantes victorias, el virrei Abascal sentía minorarse los temores que le habia inspirado la agresion argentina en el Alto Perú; i no siendo ya incomodado por aquel lado, iba sin duda a prestar una atencion preferente a los negocios de Chile. Esta acumulacion de sucesos fatales para la causa americana hacia aparecer sombrío el porvenir a muchos políticos, que bajo el imperio de ese primer desaliento que siempre acompaña a la pérdida de una esperanza largo tiempo alimentada, se imaginaban que ya venian surcando el océano para someternos, las fimosas tropas vencedoras de Napoleon, i que el infatigable virrei de Lima alistaba con igual fin nuevos batallones, i preparaba en abundancia armamento i pertrechos.

Enteramente desanimados por las ventajas que obtenian sus enemigos en Europa i el Perú, no recobraban su espíritu abatido, con el recuerdo de los triunfos que habian alcanzado el año anterior (1813) sobre el ejército invasor del jeneral Parcja, ni con la perspectiva de las muchaprobabilidades que les presajaban un éxito completo sobre su sucesor el jeneral Gainza. Esta segunda campaña, abierta desde tres meses (31 de Enero de 1814), casi no presentaba a los patriotas mas que una serie de victorias, que si no habian sido decisivas, les aseguraban al ménos una superioridad manifiesta. Es verdad que el jeneral español habia avanzado hasta Talca (Marzo); pero le era imposible mantenerse en su posicion; porque el gobierno revolucionario contaba con recursos, no solo para desalojarle, sino para rechazarle hasta las costas de Arauco, donde habia desembarcado.

Los patriotas estaban en posesion de la capital i de las provincias del norte i del centro, que la guerra no habia talado, i en las cuales se encontraban auxilios de toda especie; mientras que los realistas a la entrada del invierno, se veian forzados a asentar sus cuarteles en una region cortada por caudalosos rios, sin puentes, sin caminos, que iba a quedar intransitable por las lluvias tan copiosas en las provincias del

sud; en una rejion que habiendo sido teatro de las operaciones militares de ambos ejércitos, que se habian hecho una guerra de esterminio i desolacion, no era mas que un desierto, incapaz de suministrarles recursos. A las dificultades que se orijinaban del terreno que pisaban, venia a juntarse la desmoralizacion de la tropa. Como la mayoria de los soldados que seguian las banderas del Rei, eran naturales de Concepcion, cansados de las fatigas de tan penosa campaña, i sabiendo que las hostilidades habian cesado en su tierra natal, ocupada a la sazón por los godos, abandonaban sus filas en bandadas tanto por cansancio, como por esa repugnancia que instintivamente experimenta el guaso chileno para alejarse de su hogar. La desercion llegó a ser tan numerosa, que Gainza para rehacerse, habia determinado volver sobre sus pasos; mas cuando trató de ejecutar su intento, reconoció que una carencia absoluta de medios de movilidad le amarraba fatalmente al suelo de Talca. En su difícil situacion, solo podia salvarle algun acontecimiento inesperado, o un triunfo casi milagroso. Fué a la casualidad, i no a su valor o su talento, a lo que debió haber escapado de una derrota en extremo probable.

A principios de abril de 1814, arribó a Valparaiso con procedencia del Callao, el comodoro ingles Mr. James Hillyar, comandante de la fragata de S. M. B. *Fæbe*. Durante su permanencia en Lima, habia ofrecido al virrei interponer su mediacion con los insurgentes de Chile, a fin de arreglar las diferencias que dividian a los dos países. Abascal admitió su oferta, autorizándole simplemente a ofrecer su perdon a los revolucionarios, si consentian en restablecer las cosas, como estaban ántes de 1810, salvo las modificaciones exigidas por la constitucion de Cádiz, i en admitir la guarnicion correspondiente que garantizese su sumision. (1)

No tardó Hillyar en presentarse, para desempeñar su comision, a don Francisco de la Lastra que gobernaba el estado con el título de director supremo, i en union de un Senado, compuesto de siete individuos. Lo que hemos dicho al principio sobre los temores que inspiraba a muchos patriotas el aspecto de los sucesos europeos, explica suficientemente la solicitud i satisfaccion con que se recibió al comodoro. Mas por mucho que fuera su desaliento, no pudieron ménos que escuchar con disgusto, i de rechazar con dignidad, las primeras condiciones que con arreglo a sus instrucciones, les propuso Hillyar. Sin embargo, las conferencias no se suspendieron; i el mediador, mejor instruido de la superioridad i ventajoso pié en que se hallaba el ejército chileno, consintió de motu proprio en modificar sus propuestas, aunque se separaba de la base que le habia señalado el virrei para tratar. Por una de esas bisonadas, que justifica la falta de experiencia política de nuestros padres, no se can-

(1) Véase las instrucciones del virrei Abascal a Hillyar. Todos han acusado a Abascal de duplicidad i mala fe en esta capitulacion; pero la culpa no fue suya, sino del mediador que traspasó los límites de sus poderes.

jearon los poderes de sir James; i cuando se le vió decidido a entrar en una transaccion mucho mas favorable, a nadie se le ocurrió la duda de que no estuviera facultado para ello. Todos los que tenian injerencia en el gobierno, al contrario, se felicitaron de que se les proporcionase la ocasion de ajustar un convenio que poniéndolos por entónces a cubierto de los cargos que de otro modo hubiera podido dirigirles la corte de Madrid, les permitiera adoptar una política indecisa que encubriendo sus verdaderos designios, los dejara avanzar o detenerse, segun el rumbo que tomaran los negocios esteriore. En consecuencia se apresuraron a nombrar dos plenipotenciarios, que bajo la mediacion del comodoro, se entendieran con don Gavino Gainza, i procedieran a un arreglo definitivo, en conformidad del plan que se habia acordado en Santiago: este nombramiento recayó en el jeneral en jefe del ejército de operaciones brigadier don Bernardo O'Higgins i en el cuartel-maestre brigadier don Juan Mackena.

Por sus propias instrucciones i las comunicaciones del virrei, el jefe español no podia ignorar que iba a obrar en una materia grave, sin la autorizacion correspondiente; mas lo que a él le importaba era salvar sus tropas de un próximo descalabro, i ya que se le presentaba el arbitrio fácil e inesperado de conseguirlo talvez con los socorros de los mismos patriotas, nada era capaz de detenerlo. No puso, pues, ninguna objecion; no levantó ninguna duda sobre la validez de las facultades que se arrogaba el comandante ingles; i se prestó solícito a entrar en la negociacion.

Despues de algunas discusiones sobre los pormenores, se firmó en Lircai el 3 de mayo un convenio, por el cual se estipulaba: cesacion de hostilidades, olvido del pasado, evacuacion del territorio chileno por el ejército de Lima en el término de treinta dias contados desde la ratificacion del tratado por el gobierno patrio, reconocimiento de Fernando VII i del Consejo de Rejencia durante su ausencia, mantenimiento de las autoridades establecidas, hasta que las cortes españolas determinasen lo conveniente, despues de haber oido a dos diputados que se enviarian con plenos poderes, para sancionar la constitucion i representar los derechos de Chile. Mr. James Hillyar, apesar de sus protestas de no haberse entrometido en el asunto, sino por pura humanidad, tuvo buen cuidado de que uno de los puntos convenidos fuese la libertad de comercio, en especial con la Gran Bretaña, que desde mui atras deseaba abrirse en América un vasto mercado para los productos de sus manufacturas.

El convenio de Lircai, considerado en si mismo, importa una verdadera transaccion, en la cual los dos partidos contendientes sacrificaban en obsequio de la paz, algo de sus respectivas pretensiones. Atendiendo al sentido intrínseco de sus artículos, si Chile no quedaba independiente, tampoco continuaba siendo una simple colonia. No se forzaba a sus habitantes a dejarse gobernar como siervos por los mandones peninsu-

lares, i se les permitia que intervinieran en su propia administracion. No proclamaba por cierto una independendencia absoluta; mas no exijia ya la antigua sumision.

Pero, aunque aparentemente tuviera tal significacion, era mui diversa la que le daban los políticos tanto patriotas, como realistas, que habian concurrido a su ajuste. Para unos i otros, las estipulaciones de Lircai importaban, no un arreglo definitivo para cortar la cuestion que dos campañas no habian resuelto, sino un ardid de guerra para engañar a sus adversarios respectivos. La conducta posterior de los Españoles, descubre, a no dejar duda, que su objeto, al firmar el convenio, solo fué salir de una posicion embarazosa i suspender las hostilidades, mientras les llegaban auxilios del Perú.

En cuanto al gobierno de los insurjentes, tampoco abrigaba una voluntad mui decidida de cumplirlo; hai documentos que palmariamente asi lo prueban. En un oficio dirijido por el director Lastra a don Francisco Antonio Pinto, enviado estraordinario en Lóndres, esplica los propósitos del gabinete a este respecto de una manera tan esplicita, que no admite interpretaciones, i que por ser una nota reservada a un agente diplomático, merece entero crédito. Principia por decirle que en la correspondencia oficial acerca del tratado, que poco ántes le habia remitido con el comodoro Hillyar, se habia visto precisado a disfrazar sus pensamientos; porque siendo el conductor, amigo de la Metrópoli, era necesario prever contingencias, i acomodarse a su opinion. «Pero esté U. cierto, continúa, que Chile no sucumbe; que está resuelto a ser libre a toda costa; que mientras mas conoce sus derechos, mas odia la esclavitud; que ha olvidado absolutamente el sistema antiguo; que apetece un sistema liberal, i que proporcione a esta parte de América, la mas abandonada i abatida, las ventajas que hasta hoi ha desconocido. Estos son los íntimos i verdaderos sentimientos de Chile, i estos los principios liberales bajo los que se ha propuesto sostenerse. Si en la correspondencia oficial notase U. algunas ocasiones espresiones que digan otro sentido, debe U. creer que la variacion es accidental, i porque las circunstancias o conductos asi lo exigen; pero en sustancia, la opinion es i será lo que he dicho. Por este seguro antecedente, dirija U. todas sus operaciones i planes; i solo cuando U. en estos Reinos advierta tanta fuerza, que no podamos resistir, dirá U. que cederá el exterior con interior oposicion i violencia, que harán algun dia su efecto. . . . Mayo 27 de 1814.» (1)

Despues de haber manifestado los motivos que estimularon a ambos contratantes, para firmar el convenio del 3 de Mayo, cúmplenos hacer ver las consecuencias que produjo, i la manera como fué recibido por uno i otro partido. Como era un término medio, que no daba la razon

(1) Hai otro oficio escrito en el mismo sentido al diputado chileno en Buenos-Aire don José Miguel Infante.

a nadie, disgustó a la jeneralidad de los godos i de los insurjentes, que no podian estar al cabo de las intenciones secretas de sus jefes. La lucha estaba demasiado encarnizada, se habia derramado mucha sangre, los odios estaban mui enconados, para que se pudiera recibir con paciencia semejante transaccion. Así sucedió que en uno i otro bando excitó murmullos, protestas i aun conspiraciones.

Durante algun tiempo, Gainza no pudo decirse si su artificio le habia salvado, o acelerado su ruina. La primera dificultad que le embarazó, fué la imposibilidad en que se hallaba de moverse. Se habia comprometido a evacuar a Talca en el término de treinta horas, i no tenia como hacerlo. A fin de superar este obstáculo, tuvo que pasar por la confusion de solicitar auxilios de los mismos patriotas; i no habria podido emprender su retirada, si O'Higgins no hubiera tenido la jenerosidad de prestarle los elementos necesarios.

Mas por desventajosa que hubiera sido la confesion al enemigo de su propia debilidad, todavía eran mayores los riesgos con que le amenazaba el descontento de los suyos. El tratado de Lircai chocaba, no solo las opiniones de los realistas, sino, lo que era peor, los intereses de la mayor parte de los oficiales i empleados que servian en el ejército. Por uno de sus artículos (Art.º 6), solo se concedia a los oficiales que quisieran continuar al servicio del pais el grado i sueldo que gozaban ántes de la guerra. Esta disposicion comprendia a un gran número de individuos que no podian determinarse a otra cosa. Se sabe que hasta esta época se contaban pocos peninsulares en los ejércitos del Rei, que se componian principalmente de chilenos. ¿Adónde habian de irse tantos militares? Tenian que permanecer en su patria, i despues de dos años de hostilidades, durante los cuales muchos habian recibido graves heridas, o menoscabado su salud, se encontraban con que eran de ningun valor los ascensos obtenidos, como recompensa de sus servicios. No era natural que sufriesen con resignacion semejante contrariedad, i como atendiendo a sus intereses, servian tambien su opinion, se creyeron autorizados para impedir por la fuerza el cumplimiento del tratado. Resolvieron, pues, sublevarse contra Gainza, i reemplazarlo por don Juan Francisco Sanchez, su caudillo en el sitio de Chillan.

Grandes fueron los apuros del jeneral español, cuando tuvo conocimiento de tales proyectos. Le era fácil desbaratarlos, publicando su secreto pensamiento de violar la capitulacion ajustada; pero entónces estaba perdido, pues aun se hallaba al alcance del ejército patriota. Por otra parte, probablemente el mismo no sabia a punto fijo la resolucion que le convendria tomar; necesitaba consultarse con el virrei, i aguardar. Al fin, debió franquearse con los principales promotores del complot; porque los ánimos se sosegaron, i Gainza sentó sus reales en Chillan, manteniéndose en buena intelijencia con sus subalternos.

Apénas superada esta dificultad, surjió otra no menor. Los habitantes de la provincia de Concepcion, como todos los demas, habian tomado

el tratado a lo serio. Pensaban que el ejército real estaba de tránsito; que el gobierno nacional era el que en adelante iba a rejirlos; i que por consiguiente, con él solo les convenia congraciarse. Consecuentes a esta conviccion, comenzaron a desatender las tropas realistas, a mirarlas con indiferencia i a no prestarles aquellos socorros, que en tanta abundancia les habian suministrado en otro tiempo. Su actitud indiferente, aun casi hostil, llegó a ser tan molesta para los godos, que Gainza sintiéndose impotente para variarla, se vió precisado a solicitar una proclama del jeneral O'Higgins, en que les aconsejara manifestarle disposiciones mas amigables.

Cuando a fuerza de astucia, hubo logrado conjurar la tempestad que le amagaba, i acomodarse perfectamente en su campamento, no pensó ya en moverse. Hemos dicho que, segun el tenor del tratado de Lircái, debia evacuar el territorio chileno a los treinta dias de su ratificacion; pero pasaron cuatro meses, i el jeneral español, léjos de efectuar su retirada, solo se ocupaba en llenar los vacios de su ejército con nuevos reclutas, i en hacer aprestos, como para entrar en campaña. Las autoridades nacionales le reconviniéron por su proceder; dió respuestas evasivas, alegó pretestos injustificables.

Con estos groseros subterfujios, pudo entretener a los patriotas, hasta el 13 de agosto de 1814, dia en que desembarcó en Talcahuano don Mariano Ossorio, comandante del real cuerpo de artilleria de Lima, que venia a sucederle en el mando. El nuevo jeneral traia consigo la desaprobadion del virrei al convenio de Lircái, un cuadro de oficiales, 550 hombres del rejimiento español de Talavera, 50 artilleros i una buena provision de municiones, efectos i dinero. Luego que tomó posesion de su empleo, remitió a Lima a su antecesor Gainza, para que fuese a dar cuenta de su conducta ante un consejo de guerra, el cual declarando nulas las capitulaciones, ordenó sin embargo ponerle en libertad, 'sin que se le sometiese a ninguna pena. Sin duda su absolucion fué debida a la palmaria demostracion de la duplicidad de que habia usado.

Entretanto el feliz Ossorio abria su campaña con la mayor tranquilidad; ningun obstáculo embarazaba su marcha; ni una guerrilla siquiera procuraba estorbarle el paso. ¿Qué se habia hecho el ejército patriota? ¿Cómo el gobierno habia permitido reorganizarse a Gainza en Chillan contra el tenor espreso de las estipulaciones, cuando le habria bastado hacer avanzar sus tropas, para concluir con los miserables restos de los realistas? Cuestiones son estas que exigen para resolverse, la relacion de los sucesos que desde el 3 de Mayo, ocurrieron entre los insurjentes.

Aunque los gobernantes, segun lo hemos dicho, pensasen en todo, ménos en cumplir el tratado, los motivos que los habian estimulado a firmarlo, los obligaban a aparentar todo lo contrario. Así la noticia de su ajuste se celebró en la capital, con Te Deum, salvas de artilleria, repiques de campana, i toda especie de demostraciones *oficiales*. Mas no era difícil distinguir que aquel estruendo i algazara habian sido pro-

ducidos por un decreto de la autoridad, i no por el entusiasmo popular. En efecto, miéntras que los políticos que rodeaban al gabinete, se felicitaban por su diplomacia, el pueblo, que no leía los periódicos europeos, ni tomaba por norma de sus acciones el aspecto de los negocios de ultramar, no podia tolerar, exaltadas como estaban sus pasiones por la lucha, la idea de reconciliarse con sus opresores, con los *godos*, con los *sarracenos*. Los realistas a su turno, tampoco se conformaban con que los rebeldes quedaran impunes. A unos i otros, la indignacion no les permitia contenerse; se insultaron; se persiguieron mutuamente con los apodos mas denigrantes e injuriosos; a falta de prensa, desfogaron la rabia en pasquines acres i venenosos, que esparcieron por toda la ciudad; i por fin en la noche, grupos de ambos bandos se arremetieron a palos durante la retreta. En este estado de efervescencia, el gobierno se alucinó con que un bando calmara a los ciudadanos, i publicó en consecuencia uno, que condenaba a destierro a todo el que recordase las disensiones pasadas (1). Pero no tardó en conocer por esperiencia propia, que el remedio era ineficaz.

Un bando de tendencia reaccionaria, porque a ese extremo habia arrasrado a los mandatarios la necesidad del disimulo, publicado al mismo tiempo que el anterior, produjo no ya protestas privadas e individuales, sino verdaderos actos de insubordinacion de un carácter demasiado serio por la clase de personas que intervinieron en ellos, i porque el gobierno se mostró impotente para reprimirlos. A pesar de lo solapado e hipócrita de la revolucion, i de haber escudado todos sus pasos con el nombre de Fernando VII, habia sin embargo levantado una enseña que importaba por si sola casi la declaracion de la independenciam; era esa jóven bandera tricolor, que el soldado veia flotar sobre las ciudades, plazas, fuertes i buques nacionales, a cuya sombra habia combatido, i que le habian acostumbrado a amar i defender; era la escarapela tricolor, que cada uno llevaba como la divisa de su Patria emancipada. El gobierno, sin preveer el alcance de este golpe, i por manifestarse consecuente al convenio de Lircay, ordenó que no se enarbolase otra bandera, que la española, ni se cargase otra escarapela, que la que se usaba anteriormente.

No le faltó medio al pueblo de Santiago, para dar a entender su reprobacion e indignacion, i como respuesta al bando, hizo que por dos o tres dias la bandera española amaneciese colgada de la borca, que entónces se levantaba en la plaza. En el cuartel jeneral de Talca, los militares se estremecieron de furor, cuando se les comunicó semejante órden, i en la primera revista, prefirieron formarse sin banderas, ántes que tremolar el estandarte enemigo, i se presentaron arrastrando a la cola de sus caballos las cucardas españolas, que se les habian remitido, a fin de que las adoptasen por divisa.

(1) Bando de 11 de Mayo de 1814.

No pararon en esto las demostraciones. Justamente alarmado el director por la excitacion en que se encontraban los ánimos en la capital, hizo venir de Talca un escuadron de voluntarios, que mandaba don José Antonio Cotapos, con el objeto de reforzar la guarnicion. Este cuerpo irritado, como el resto del ejército, por el decreto que lo despojaba de las insignias nacionales, i considerando semejante disposicion, como una vergonzosa apostasia, resolvió desobedecerla terminantemente en una circunstancia solemne. Con este fin, se detuvo en las cercanías de la capital, hasta proveerse de gorras tricolores; i luego que las tuvo, hizo su entrada pública en medio de un inmenso jentio, que advertido de antemano de la ocurrencia, habia querido con su presencia manifestar a los voluntarios sus simpatías. Llegado el escuadron a la plaza, se formó en batalla frente al palacio directorial, i habiendo prorrumpido en un estrepitoso *Viva la Patria*, se retiró a su cuartel, sin que nadie le pidiese cuenta de su conducta. Al contrario, los soldados que estaban de guardia en el palacio, entusiasmados por aquella accion, i avergozados de cargar las cucardas encarnadas, que miraban como una mancha en su uniforme, siguiendo el ejemplo de su oficial don José Santiago Aldunate, se las arrancaron i despedazaron a la vista de todos.

Estos incidentes habian hecho perder al gobierno todo su prestigio; la marcha reaccionaria, a que le habia arrastrado la necesidad de disimular, lo habia despojado de su popularidad, i suministrado a sus adversarios armas poderosas para atacarle. Como la guerra exterior habia cesado, i la atencion de los ciudadanos no era ya atraida por las peripecias de la lucha contra los realistas, los procederes de los mandatarios comenzaron a ocuparlos esclusivamente. Las cuestiones de política interna se pusieron a la órden del dia. Los partidos, que desde la cuna de la revolucion, dividian a los patriotas, volvieron a pronunciarse, i recomenzaron sus acalorados debates, que el peligro comun habia suspendido. Miétras habian tenido el enemigo al frente, la mayor parte habia sacrificado en aras del bien público sus pretensiones, sus resentimientos, sus ambiciones; pero desde que se hubo alejado, las pasiones se enardecieron otra vez, los antiguos odios revivieron con mayor encono. Fué esta la consecuencia mas funesta del convenio de Lircái. (†)

(†) Es notable el juicio contradictorio que sobre las capitulaciones de Lircái, ha dado O'Higgins en dos documentos públicos, que circulan impresos i autorizados con su nombre.

En el Manifiesto, que hace a las naciones el director supremo de Chile de los motivos que justifican su revolucion i la declaracion de su independenciam, 12 de Febrero de 1818, dice:

«Nuestras armas cubiertas de gloria en las jornadas de Yerbas-Buenas, San Carlos, Roble, Concepcion, Talcahuano, Cucha, Membrillar i Quechereguas, señalaban ya el momento en que, aniquiladas las fuerzas del nuevo jeneral Gainza, estrechado al recinto de Talca, impusiesemos la lei al que venia a conducirnos la de la Constitucion española, ese artefacto, que bajo las apariencias de libertad, solo traía las condiciones de la esclavitud para la América, que tampoco habia concurrido a su formacion, ni podia ser representada por 31 suplentes que suscribian al lado de 133 diputados españoles. Deseáramos pasar en eterno olvido esta época fatal en que se disputan el lugar todas las intrigas de la perfidia española, i la magnanimidad i franqueza del

Permitásenos, ántes de proseguir nuestra relación, indicar a la lijera el orijen i tendencias de los partidos políticos, cuya desunion no tardó en perder la república. Contaba pocos dias de existencia la primera Junta Nacional, instalada el 18 de setiembre de 1810, cuando sus promotores se enrolaron en dos distintos bandos. A la cabeza de uno aparecía el Cabildo mismo, cuya alma era don José Miguel Infante; este pretendía imprimir a la revolucion una marcha prudente i circunspecta; deseaba que la autoridad residiese en una asamblea numerosa, que los negocios se dilucidaran por los trámites de una discusion calmada, i se resolvieran a punta de votaciones; era, para decirlo de una vez, un partido parlamentario, si nos es licito emplear una palabra desconocida en aquella época. El otro, capitaneado por el Dr. don Juan Martínez de Rosas i la influyente familia de los Larraines, trabajaba por llegar a un resultado pronto; proponia para conseguirlo medios enérgicos i decisivos, i un gobierno premunido con facultades amplias, dictatoriales, i compuesto de uno solo, o cuando mas, de un reducido número de personas.

Como las opiniones exaltadas de estos últimos asustaban a la mayoría tímida del país, sus rivales se les sobrepusieron i los apartaron de la direccion de los negocios. Entónces Rosas i los hombres de accion que le acompañaban, para no ser anulados, se determinaron a conquistar el poder con golpes de mano i a fuerza de audacia. Conspiraron. En

carácter chileno. ¿Quién creyera que en una crisis tan favorable a nuestros empeños, como funesta al titulado ejército nacional, habian de celebrarse las capitulaciones del 3 de mayo de 1814?—Es necesario se nos excuse la *vergüenza* de analizarlas. Baste recordar que se ratificadas por nuestro gobierno, garantidas por la mediacion del comodoro Hillyar con poderes del virrei del Perú, aceptadas por el jefe de las tropas de Lima, retiradas las nuestras, restituidos al enemigo los prisioneros, i obligado el pueblo a reconocer la paz solemnemente publicada; fué preciso auxiliar a los invasores imposibilitados de moverse, i disimular que su misma nulidad valiese por pretexto para demorarse negociando traiciones en Taica, que a las 30 horas debia evacuarse.—*Apénas salieron* de esta ciudad, i repasaron el Maule, cuando Gainza toca todos los resortes para rehacerse: convoca, recluta, disciplina un segundo ejército que espere por toda la provincia de Concepcion; emplea en el enganche los caudales que por su mano debian destinarse a reparar las quiebras de aquel vecindario; se echa sobre los de su tesoro; nombra jueces; i en fin se erije en un señor propietario del terreno que habia pactado desocupar a los dos meses; hasta que llega Ossorio a renovar las hostilidades a sangre i fuego, si no cedemos a discrecion, entregando el pecho a las proclamas i perdones de su visir.»

En el Manifiesto del capitán jeneral de ejército don Bernardo O'Higgins a los pueblos que dirige, 31 de Agosto de 1820, se espresa en estos términos:

«El paso del Maule defendido por el enemigo, i hostilizándonos a retaguardia, si no será memorable, como el del Granico por Alejandro, se graduará al ménos por un esfuerzo que salvó al ejército i aterró al enemigo. Vuelto del espanto, i con doble fuerza a la que yo mandata, lo obligó a celebrar los tratados de Lircai, que desaprobó el visir de Lima. Tambien aqui jenos sin prevision ni calculo, se dieron por descontentos i osaron censurar a los jenerales plenipotenciarios, que sacaron mejor partido, que el que señalabau las bases dadas por el gobierno. Facil era demostrar que las glorias posteriores i permanentes de la patria tienen un principio en aquel convenio; pero baste reflexionar que su infraccion por los enemigos nos ha dado mas justicia contra ellos, i nueva esperiencia para no oír sus ofertas, pactos i garantías. Ello es que a Gainza se desaprobó el convenio; i esto prueba que nos era ventajoso. No se cumplió, es verdad, pero mediante él disminuía el ejército enemigo, lo que el nuestro aumentaba; i si los principales vecinos de la capital, no me hubiesen llamado a salvarla de un traidor, que la habia asaltado, i respiraba venganzas, como *vió Mario en Roma; en los orizales del Maule, hubria hallado Ossorio su sepulcro con mas seguridad que su derróta del 5 de abril.*»

estas circunstancias, llegó de la Península, con el grado de mayor de húsares, un jóven chileno que habia servido con distincion en la guerra de los españoles contra los franceses. Don José Miguel Carrera, así se llamaba este jóven, apesar de su poca edad, i de hallarse en un pais donde nada era mas estimado que la esperiencia de los años, supo en unos cuantos dias granjearse un alto aprecio i consideracion de parte de los exaltados. Debió este rápido prestijio a la gracia de sus maneras; a la jovialidad de su carácter; a la novedad que causaba un recién llegado de Europa; a la admiracion que inspiraba un oficial que habia militado a las órdenes de jefes comparables a los héroes de la historia i contra otros no ménos famosos; a la posicion de su familia, pues su padre habia sido miembro de la primera Junta i sus dos hermanos ocupaban grados superiores en el ejército; i mas que todo, al arrojo i decision con que se ofrecia a arrojarse a riesgos, que a los demas atemorizaban.

Fué él, al fin, quien se puso en Santiago al frente de la revolucion que derrocó la parcialidad del Cabildo; i por la audacia i sangre fria, con que se comportó en esta ocasion, cimentó su reputacion. Los exaltados se lisonjearon de haber encontrado en el jóven húsar un excelente instrumento para sus miras; pero mui luego se convencieron de que no habian hallado en él, sino un sucesor para el mando. En efecto Carrera, habiéndose ganado las simpatias del ejército, de los jóvenes i de las masas, tuvo bien pronto a su disposicion todos los medios de derribarlos; i como no carecia de ambicion, no tardó en ponerlos en juego, a fin de reemplazarlos en el gobierno del estado. Tan feliz en el poder, como audaz habia sido para escalarlo, pudo superar todas las resistencias que se le opusieron; escapó de cuatro o seis conspiraciones, i habiendo sobrevenido la invasion del jeneral Pareja, el peligro comun impuso silencio a las pasiones i le dejó tranquilo en el mando.

Entónces pesó sobre sus hombros la responsabilidad de la defensa; con débiles recursos, supo levantar fuerzas numerosas, alcanzar sobre el enemigo dos victorias en San Carlos i Yervas-Buenas i obligarle a encerrarse detras de las murallas de Chillan. En el sitio de esta plaza, comenzó a oscurecerse su estrella; los rigores de un crudo invierno, mas bien que las balas de los realistas, le obligaron a levantarlo, i sus rivales se aprovecharon de este reves para separarlo del ejército.

Las lijerezas de un jenio travieso, que chocaba con la grave circunspeccion de los magnates chilenos; las depredaciones de la soldadesca, que se hacian tanto mas sensibles, cuanto que se esperimentaban por la primera vez, atribuidas a contemplacion del jefe por sus subalternos; i una especie de susceptibilidad republicana, que veia con desconfianza todas las tropas entregadas a tres individuos de una misma familia, pues los dos hermanos de Carrera habian obtenido tambien grados elevados en la milicia, habian sido otros tantos móviles de que se habian valido sus émulos para ir minando el crédito de don José Miguel. Ha-

biendo preparado de este modo la opinion, creyeron que no debian desperdiciar, para darle el último golpe, el descontento que habia causado el descalabro de Chillan, i le despojaron sin tardanza del jeneralato. Se nombró para sucederle al coronel don Bernardo O'Higgins, rico hacendado del sud, hijo de un virrei del Perú i que bajo las órdenes de Carrera, habia dado muestras de un valor sobresaliente.

Mientras el nuevo jeneral abria contra Gainza la segunda campaña de la guerra de la independendencia, don José Miguel i don Luis Carrera al dirigirse a Santiago, caian prisioneros en manos de los realistas. Conducidos a ese mismo Chillan, donde se habian estrellado sus esfuerzos, permanecieron hasta el convenio de Lircai cargados de cadenas en un inmundo calabozo, i amenazando sus cabezas una sentencia de muerte. Aunque por el ajuste del 3 de Mayo se estipuló que los prisioneros de una i otra parte fueran puestos en libertad, por una cláusula secreta quedaron exceptuados los Carreras, que se habia resuelto alejar del pais. El motivo de esta exclusion era el temor que causaba su jenio arrojado i emprendedor. El gobierno no se encontraba seguro, si permanecian en Chile estos jóvenes audaces, i particularmente don José Miguel. Mas como eran hombres que sabian granjearse el afecto de los que los rodeaban, encontraron entre sus mismos guardianes quienes favoreciesen su fuga, i se escaparon de Chillan.

Desgraciadamente, cuando llegaron al ejército patriota, ellos i O'Higgins se inspiraron mutuamente sospechas; como siempre sucede, a las desconfianzas secretas, se siguieron las desconfianzas a cara descubierta; a estas, la frialdad, i por último el resentimiento. Los gobernantes, que los conocian atrevidos i espertos en revoluciones, estaban prevenidos en su contra. Su conducta en el campamento, su presencia sola, se miró como una prueba irrecusable de que algo maquinaban. Se comenzó a perseguirlos; i habiéndose ocultado, se les llamó por la voz del pregonero, se puso precio a su cabeza. Los dos hermanos anduvieron fujitivos por los campos; a fin de no caer en manos de sus rivales, pensaron aun en salir del pais; pero por un lado, los detenia el océano, que raros buques surcaban entónces, i por el otro, los empinados Andes, que las nieves del invierno hacian intransitables. Se vieron obligados a quedarse.

Era la época en que la demora de Gainza para evacuar el territorio, habia llevado a su colmo la indignacion producida por el tratado de Lircai. Ningun momento parecia mas oportuno para acometer un cambio en la administracion. Todos esperaban que los Carreras se aprovecharian del disgusto jeneral, para derribar a sus adversarios, como estos lo habian hecho con ellos, despues del sitio de Chillan.

En efecto, sus parciales comenzaron a animarlos; i ellos no se hicieron mucho de rogar. Se trabajó con actividad en la realizacion del proyecto, i a los pocos dias se habia ganado a la guarnicion de Santiago

i todo estaba preparado. Sin embargo el comienzo de la empresa fué de mal agüero: don Luis fué sorprendido i encarcelado, i don José Miguel, citado por edictos a comparecer ante una comision extraordinaria, encargada de juzgarle como conspirador. Compareció el dia señalado (23 de julio); pero al frente de una poblada, que sostenida por la guarnicion, sustituyó el director Lastra por una Junta compuesta de don José Miguel Carrera, don Julian Uribe i don Manuel Muñoz Urzúa. Los vencedores sorprendieron en sus casas a sus enemigos mas encarnizados i los confinaron a Mendoza; a otros como el ex-director Lastra, los dejaron tranquilos en Santiago. Su primer cuidado fué comunicar lo ocurrido al jefe del ejército don Bernardo O'Higgins, que permanecia en Talca, i empeñarse por que reconociera el nuevo gobierno. El jeneral rehusó apoyar el movimiento de Carrera; i habiendo convocado un *cabildo-abierto* a que asistieron los vecinos de la ciudad i los oficiales de las tropas, se resolvió marchase sobre la capital a reponer las autoridades derribadas. Las tropas de los revolucionarios de Santiago eran inferiores i de peor calidad; mas bien pronto estuvieron aumentadas con una numerosa desercion que la influencia de don José Miguel excitaba en el ejército de O'Higgins. Las dos divisiones se encontraron en los llanos de Maipo (26 de agosto); allí combatieron hermanos contra hermanos, miéntras que los godos avanzaban sin obstáculo, convirtiéndose para ellos la campaña en un simple paseo militar.

Descansaban apénas de un primer encuentro, en que la ventaja habia quedado por Carrera; no habian aun recojido los heridos, ni enterrado los muertos, i se preparaban para volver a las manos, talvez al siguiente dia, cuando se presentó don Antonio Pasquel, enviado por el nuevo jeneral realista don Mariano Ossorio, a intimarles que no les quedaba otro medio de salvacion, que rendirse a discrecion; porque si no «venia con la espada i el fuego, a no dejar piedra sobre piedra en los pueblos que sordos a su voz, rehusasen someterse.» El mensajero, noticioso de la proximidad del combate fratricida entre los patriotas, habia venido midiendo su marcha, con el objeto de llegar, cuando se hubieran despedazado entre sí.

Continuar la lucha despues de semejante acontecimiento habria sido un crimen imperdonable, con el cual, gracias al cielo!, no se mancharon esos dos ilustres soldados de la independenciam. Carrera, en presencia de los males que amenazaban a la patria, ofreció una reconciliacion, que O'Higgins no se negó a admitir. Ambos se esforzaron en persuadir a todo el mundo que su proceder era sincero. O'Higgins vino a alojarse en la casa misma de Carrera; los dos se pasearon del brazo por las calles principales de la ciudad, i publicaron un manifiesto, excitando sus oficiales a la union. Pero estos pasos eran tardios; al siguiente dia de una batalla, es difícil que se estrechen cordialmente la mano soldados que acaban de combatirse. Aunque en la superficie apareciese lo contrario, las heridas del amor propio no se habian cicatrizado en todos;

bajo la máscara de la cortesía, en mas de un corazon se escondia el resentimiento.

Miéntras tanto el enemigo seguía avanzando sin tropiezo, i ya solo distaba de Santiago sesenta leguas. Habiendo abandonado el ejército patriota la importante posición de Talca, el pasaje del caudaloso Maule no le habia presentado ninguna dificultad. Nadie le habia disputado la posesión de los fértiles e intactos departamentos de Talca, Curicó, i San Fernando, en donde iba a encontrar los recursos de que habria carecido en Concepción, i sin los cuales le habria sido imposible romper activamente las hostilidades contra la capital. Los soldados que componian las fuerzas realistas, eran en su mayor parte veteranos, i venian de refresco, animados de idénticos sentimientos i naturalmente ensoberbecidos por sus primeras ventajas.

¿Cuáles eran los medios de resistencia, con que contaban los insurrectos? Tropas desmoralizadas por la discordia, maltratadas por un reciente combate, desprovistas de armas, de municiones i de vestuario; un parque de artillería cuyas piezas estaban casi todas inutilizadas; un tesoro público agotado, he aquí a lo que estaban reducidos sus elementos de defensa. A mas, faltaba tiempo para prevenirse, i ni siquiera habia tranquilidad interior. La proximidad de Ossorio habia envalentado a los numerosos realistas que existian en Santiago, los cuales se habian puesto a trabajar en favor de su causa a cara descubierta, contribuyendo a desalentar a los tibios, con amenazas i siniestros pronósticos.

Segun el arreglo ajustado con O'Higgins, la dirección del estado quedaba siempre encomendada a la Junta erijida a consecuencia del movimiento del 23 de Julio; esta nombró a su primer vocal don José Miguel Carrera, jeneral en jefe del ejército que se trataba de organizar. Se confió la vanguardia a don Bernardo O'Higgins, quien inmediatamente partió con su división a posesionarse de la villa de Rancagua, el centro a don Juan José Carrera, i la retaguardia a don Luis. Tomadas estas disposiciones de urgente necesidad, el gobierno procuró alejar a los godos que con sus habladurías estaban desanimando a los habitantes, i que establecidos en el centro de las operaciones, puede decirse, estorbaban sus medidas i podian espiar sus proyectos. Se echó, pues, sobre aquellos que por sus opiniones exaltadas eran mas perjudiciales, i los envió desterrados a Mendoza.

Pero todas estas providencias no eran mas que preparatorias. Lo esencial era poner las tropas en el mejor pié posible, i equiparlas correspondientemente. Bien veía la Junta que a eso debia atender con preferencia a todo; mas si le sobraba voluntad, le faltaba dinero con que hacerlo. Habia que reclutar jente, pagar sus sueldos a los ya alistados, proporcionarles vestuario, fabricar toda especie de municiones, construir cureñas, carros i demas pertrechos. Nada de esto se hace sin dinero, i las arcas estaban vacías. Para atender a los crecidos gastos que exijian estos pre-

parativos, se determinó a imponer una contribucion de 400000 pesos sobre los españoles e hijos del pais cuya indiferencia por la libertad era manifiesta; echó mano de la plata labrada de las iglesias; i dió órdenes terminantes para que los deudores al erario cubriesen sus créditos a la mayor brevedad. Gracias a estos arbitrios, pudo procederse a organizar la resistencia, como mejor lo permitia la premura del tiempo i la carencia de recursos (1)

Sin embargo, en ménos de un mes no se improvisa un ejército; i Ossorio avanzaba a marchas forzadas. Viendo el jeneral Carrera que habia que resistir con tropas bisoñas a un enemigo mas numeroso, se propuso por fin en sus operaciones, ganar tiempo. Opinaba en consecuencia que se debía retardar, lo mas que fuese posible, una accion decisiva, con el objeto de alcanzar a disciplinar los soldados que, en su mayor parte no tenian de tales, sino la casaca, habiendo pasado sin preparacion de las faenas domésticas a la milicia. Su plan para conseguirlo, era sencillo. Disputarian a los realistas el paso del Cachapoal; i en caso de ser rechazados, se replegarian a la Angostura de Paine, que, a causa de la naturaleza del terreno, si Ossorio cometia la imprudencia de atacarla, seria las Termópilas de Chile. Quedaba un pasaje para Santiago por la cuesta de Chada; pero de difícil tránsito en razon de su aspereza, embromaria al enemigo mucho tiempo, i le impediria conducir artillería gruesa. Si eran obligados a abandonar estas posiciones, podia aun hacerse en el rio Maipo un último esfuerzo para contenerlo, i dar la batalla en el llano del mismo nombre, que presenta campo i anchura para las maniobras de la caballeria, en que abundaba el ejército. Quien conozca la destreza en el caballo de nuestros campesinos, concebirá que con 363 dragones i 1900 milicianos armados de lanza habia para una carga que los realistas se habrian visto apurados para contrarrestar.

O'Higgins, de diversa opinion, no se resolvía a perder terreno, retrocediendo hasta las inmediaciones de Santiago para medirse con los españoles. La ciudad de Rancagua le parecia un punto inexpugnable, que podia defenderse contra un enemigo cuatro veces superior. Pintaba, si se seguía su dictámen, tan seguro el triunfo, que por no chocar a los pocos días de su reconciliacion, accedió Carrera en apariencia; mas siempre firme en su anterior proyecto, comisionó al cura don Isidro Pineda, para que fortificase la Angostura.

El ejército patriota ascendía a 3929 hombres, mal armados i peor disciplinados. Estaban tan desprovistos de aperos militares, que a muchos de los soldados les faltaban hasta las cartucheras i los terciados. Lo habian distribuido en tres divisiones: la primera de 1155 plazas al mando de O'Higgins, la segunda de 1861 bajo la direccion de don Juan José Carrera i la tercera de 915 a las órdenes de don Luis. (2)

(1) Diario de Carrera.

(2) Como todo lo que se refiere a la batalla de Rancagua, ha sido motivo de cuestion, hai mucha diverjencia entre los que han escrito sobre la materia, acerca de la

La vanguardia se posesionó de Rancagua el 30 de setiembre; se había ido organizando durante la marcha de Santiago, en la cual habia empleado quince dias. O'Higgins considerando siempre su proyecto de hacerse fuerte en aquella villa, como el mas acertado, se puso inmediatamente a emprender los trabajos convenientes. Mas Carrera, a quien este plan no agradaba mucho, le escribia con la misma fecha: «Si son iguales los enemigos, i tenemos la fortuna de impedir su progreso a Rancagua antes de unirnos, este será el mejor punto para sostenernos. Si las fuerzas enemigas avanzadas no se presentan con esta ventaja, la prudencia dicta replegarse, aunque sea doloroso perder una posicion tan favorable, por no perderlo todo.» «Si llega el caso de que todas las fuerzas del enemigo, le decia en contestacion O'Higgins, avancen sobre esta villa, i yo presuma con fundamento que no puedo resguardarla con la que está a mi mando, haré la retirada hasta la Angostura en los mismos términos que U. E. me ordena en carta de hoy, aunque el verificarlo con orden es lo mas difícil para nuestras tropas por su impericia militar.»

Llamamos la atencion sobre estos oficios; porque ellos descubren en los jefes insurjentes, bajo las esterioridades de una mutua deferencia, la firme resolucion de hacer prevalecer sus respectivas ideas. Estaban dis-

fuerza total del ejército patriota, i sobre todo, acerca de la proporcion en que estaba distribuida en las tres divisiones. Con los datos que poseemos, creemos poder resolver aproximativamente la disputa. Vamos a principiar por esponer las diversas opiniones que se han emitido sobre un punto histórico tan importante.

PRIMERA DIVISION.

*Autores. Fuerza que le atribuye cada uno.*

Carrera, en su Manifiesto de 1818. . . . .	1155
Benavente, en su Memoria sobre las Primeras Campañas. . . . .	1155 con 6 piezas de artillería.
O'Higgins, en una Historia manuscrita que se le atribuye. . . . .	500 infantes con 4 piezas de artillería.
Guzman, en El Chileno Instruido en la Historia de su país. . . . .	900
Ballesteros, en su Revista de la Guerra de la Independencia. . . . .	900

Los dos primeros acuerdos especifican los cuerpos de que constaba de la manera siguiente:

Artilleros. . . . .	84
Número 2. . . . .	177
Número 3. . . . .	470
Dragones. . . . .	280
Milicias de Caballería. . . . .	144

Tenemos a la vista los estados *originales* de la fuerza efectiva de esta division, pasados por el jeneral O'Higgins a Carrera el 24 de setiembre de 1814; i de ellos resulta lo que a continuacion se copia:

Número 2 . . . . .	121	sin incluir, dice el estado, cierto número de soldados que se encontraban en Santiago.
Número 3 . . . . .	441	
Dragones . . . . .	264	
Rejimiento de Rancagua. . . . .	135	—El estado referente a este cuerpo tiene fecha 16 de setiembre.
<b>TOTAL . . . . .</b>	<b>961</b>	

Pero a esta suma hai que agregarle los artilleros, cuyo estado, dice el oficio de O'Higgins, no puede remitir todavía, i 44 soldados que, segun el Diario de Carrera, salieron de Santiago el 21 para incorporarse al número 2, a que pertenecian.

cordes sobre el punto que habia de servir de base a las operaciones; para el uno debia ser Rancagua, para el otro la Angostura de Paine. I no solo estaban discordes, sino que cada uno se empeñaba en que su plan fuese el adoptado. En cualquier otro caso, semejante diverjencia nada habria importado, porque se habria seguido la opinion del jeneral en jefe; pero las circunstancias habian hecho que el ejército patriota se compusiera en realidad de dos ejércitos con dos jenerales en jefe, que para mayor desgracia, se miraban con desconfianza, i acababan de hacerse la guerra. Carrera tenia el titulo de tal; mas la division de O'Higgins no obedecia, sino a este. La relacion que va a seguir, probará que aun con mejores tropas, una derrota habria sido siempre la consecuencia de esta falta de unidad.

Los realistas habian avanzado hasta el Cachapoal, de modo que ya solo este rio separaba a los contendientes. Los patriotas ignoraban el número a que ascendian las fuerzas de sus contrarios; para averiguarlo, destacaron a la otra orilla varias partidas que no consiguieron su objeto; pero que en cambio se tiretearon con las guerrillas enemigas, quedando en todas ocasiones la ventaja por su parte.

SEGUNDA DIVISION.

<i>Autores.</i>	<i>Fuerza que le atribuye cada uno.</i>
Carrera. . . . .	2001
Benavente. . . . .	1861
O'Higgins. . . . .	400, infantes, i cierto número de artilleros que reunidos con los de la primera division, alcanzaban a 100.
Guzman. . . . .	Batallon de Granaderos.
Ballesteros. . . . .	700 Granaderos.

Carrera i Benavente han especificado los batallones de que se componia esta division. Segun el primero, constaba de

Artilleros. . . . .	84
Granaderos o Número 1. . . . .	664
Caballeria de Milicias. . . . .	1233
Segun el segundo;	
Artilleros. . . . .	84
Granaderos . . . . .	623
Caballeria de Milicias . . . . .	1153

El estado *original*, pasado por don Juan José Carrera a su hermano el 25 de setiembre de 1814, da el siguiente resultado:

Artilleros . . . . .	48	con un obus de a 36, dos carlones de a 8 i dos de a 4.
Granaderos . . . . .	623	
Caballeria de Aconcagua.		No espresa su número, porque este rejimiento se habia adelantado a la division.

TERCERA DIVISION.

<i>Autores.</i>	<i>Fuerza que le atribuye cada uno.</i>
Carrera	966
Benavente	915
O'Higgins	1500 con 6 piezas.
Guzman	2000
Ballesteros	2000

Vista la proximidad de Ossorio, i temiendo ser batido en detalle, Carrera se apresuró a hacer avanzar la segunda division, para que sostuviera a la primera en caso de ser atacada. En cumplimiento de sus órdenes, el 27 de Setiembre se acampó en la chacra de Valenzuela, a una legua a la izquierda de Rancagua. La tercera division se puso tambien en marcha, i el 30 alojó en los graneros de la Compañía a tres leguas de la villa; don José Miguel se le habia incorporado, i puesto a su cabeza.

Un exámen mas detenido del Cachapoal, habia manifestado ser absolutamente imposible prohibir su pasaje al enemigo; pues estaba vadeable en casi toda su estension. Sin embargo no se abandonó la idea de resistir lo mas que se pudiera en aquel lugar, i con este objeto se hizo cerrar todas las *tomas*, a fin de aumentar el caudal de agua. O'Higgins habia colocado algunos piquetes de observacion en los vados principales.

A las nueve de la noche que precedió al 1.º de Octubre, Ossorio movió su ejército fuerte de 5000 hombres (1), i se dirijió en columna hacia el río, habiendo adelantado algunos escuadrones de caballería con el en-

Este último que, como puede observarse, copia en esta parte a Guzman, no sabemos de donde ha inventado una cuarta division de caballería, a las órdenes del general en jefe.

Carrera i Benavente están discordes en el detalle que suministran de esta division. Segun el primero, se componia de

	Artilleros	84	
	Infantes	195	
	Húsares Nacionales	687	
Segun Benavente,	Artilleros	30	
	Infantes	195	
	Gran Guardia con fusiles	83	} Húsares Nacionales.
	Id. con lanzas	607	

No hemos visto ninguno de los estados relativos a esta division; pero tenemos el testimonio de don Pedro N. Vidal, que sirvió en ella, primero como sarjento mayor de la artillería, i despues como comandante de los infantes, batallon que se habia formado recientemente de esclavos, declarados libres, separándolos del servicio de sus amos para que entrasen al de la Patria. Este señor recuerda que en la division habia cuatro piezas sérvidas por mas de treinta artilleros, i con esta sola enmienda cree exacto el estado de Benavente.

En el texto hemos seguido el cómputo de las fuerzas presentado por este último señor, aunque aumenta las que aparecen de los estados orijinales, porque, estando estos incompletos, no podiamos calcular por ellos el total, i porque talvez, como nos lo ha indicado el señor Vidal, despues de su formacion se agregaron nuevos reclutas.

De los estados de la primera division, resultan tambien los siguientes pormenores, que se nos permitirá extractar, pues demuestran cuál era el equipo del ejército patriota.

Reunidas las fuerzas del número 2 i del número 3, ascendian a 562 infantes, de los cuales 34 no tenian armas. Estos dos batallones poseian 521 fusiles, i entre estos solo 403 estaban con bayoneta. Andaban ademas, como el resto del ejército, mui escasos de vestuario i demas aperos.

Los dragones debian cargar fusil, pistola i espada. Eran 260, i no tenian mas que 245 fusiles, i entre estos solo 23 con bayoneta; no habia sino 74 que cargasen espada, i ninguno tenia pistolas. Estas pocas armas no eran siquiera de buena calidad; la mayor parte de los fusiles estaban con los rastrillos destemplados, i las espadas eran pequeñas i quebradizas.

(1) Segun Ballesteros, el ejército real se componia de 4972, i segun Quintanilla citado por Benavente, de 3500.

cárgo de que ocupasen su orilla. Temiendo que los patriotas lo maltratasen en el tránsito del Cachapoal, emprendió su marcha en el mayor silencio, para no despertarlos; nadie desplegaba sus labios; no se oía otro ruido que el de los pasos i el de las ruedas de diez i ocho cañones; la noche estaba oscura, i para que ningun indicio denunciase su llegada, se habia prohibido severamente a los soldados hasta fumar.

Las avanzadas patriotas no sintieron la aproximacion de los realistas, sino cuando ya los tuvieron encima; apénas tuvieron tiempo para correr a Rancagua a dar el alarma. O'Higgins, poniéndose inmediatamente a la cabeza de su division, salió a contener al enemigo, i envió aviso a don Juan José Carrera de que se le reuniese sin tardanza. Despues de algunas escaramuzas, segun su plan, se replegó a la plaza, donde penetró junto con la segunda division que habia acudido a su llamado. El combate principiaba mal. O'Higgins, al retirarse detras de sus parapetos, habia dejado afuera las milicias de Aconcagua, que en número de 1153 jinetes mandaba el coronel Portus. Este rejimiento, viéndose molestado de cerca a la retaguardia por un vivo tiroteo, i no pudiendo hallar refujio dentro de las trincheras que ya habian cerrado, tuvo que buscar su salvacion en la fuga, i se dispersó.

Rancagua era una ciudad, o mas bien villa, que desconocida hasta entónces, iba a llegar a ser famosa por el hecho de armas a que servia de teatro en aquel momento. Su forma es un tablero de ajedrez, cuyo centro lo ocupa una plaza, que tiene de superficie una cuadra cuadrada. O'Higgins, que la consideraba un punto ventajosísimo para sostener un ataque, se habia empeñado en fortificarla, construyendo unas malas trincheras de adobe a una cuadra de la plaza, en las cuatro calles que desembocan en esta. Las reforzó con artillería; i confiado en su valor i en el de sus soldados, creyó fortaleza inexpugnable una posicion resguardada por casas de tabla i barro, en que cualquiera herramienta abre un forado, i que el fuego consume con facilidad.

Los enemigos acometieron desde luego con arreglo a cierto plan i embistieron la ciudad por sus cuatro entradas, colocando los cañones a vanguardia. Los sitiados, parapetados detras de las ventanas o de troneras abiertas en las paredes, o bien dominándolos desde los tejados, los recibieron con un fuego graneado i sostenido que causó los mayores destrozos. Entónces los asaltantes se desordenaron i continuaron el ataque sin guardar las filas, combatiendo cada uno a discrecion i formando una masa confusa en torno de la poblacion.

Una division, que se componia del batallon de Talavera, el Real de Lima i los húsares de la Concordia, atacó en columna cerrada al mando de Maroto, jefe del primero de estos cuerpos, por la calle de San Francisco, alucinándose con que una puente alta, interpuesta entre ella i la trinchera, defendia su marcha. Los patriotas los dejaron avanzar; i cuando se aproximaron hasta ciento cincuenta varas, dispararon sus cañones cargados a metralla. Los efectos fueron terribles; i los Talaveras,

embarazados por la sorpresa i los cadáveres de sus compañeros, no lograron retrogradar para escapar del fuego que los devoraba, sino con mucho trabajo. A vista de tal descalabro, se dió al comandante de los húsares don Manuel Barañaó, la órden de que se apoderase de la trinchera sable en mano i tercerola a la espalda. Barañaó obedeci6 sin vacilar; mas su denuedo nada consigui6. La metralla diezm6 sus soldados; i para salvar el resto, tuvo que refugiarse en una calle atravesada, desmontar su tropa i comenzar a hacer desde los tejados fuego con las tercerolas. Gracias al socorro de los húsares, los Talaveras habian logrado retirarse del combate; i sus jefes Maroto i Morgado habian podido irse a acompañar a Ossorio a una casa distante del alcance de las balas, donde este jeneral se habia acomodado. De todo el rejimiento, solo el capitán don Vicente San Bruno, personaje que no será esta la última vez que tengamos que nombrar, se qued6 con la sesta compañía en el campo de batalla. Levant6 una batería en frente de la trinchera, i principi6 a incomodar a los patriotas con un vivo tiroteo. Observando O'Higgins el daño que estaba causando a los suyos, destac6 para desalojarle al capitán Ibañez i al teniente Maruri con 100 hombres. Estapartida, dando pruebas de un valor heroico i de un entusiasmo admirable, avanz6 hasta la boca de los cañones, pas6 a cuchillo multitud de enemigos, les tom6 dos piezas de campaña, i como se viese amenazada por fuerzas mui superiores, se volvi6 a la plaza, conduciendo en triunfo los despojos de los vencidos.

El ataque habia sido no ménos impetuoso por las otras tres calles, i rechazado tambien con igual coraje. Mas pasado el primer impetu, los realistas comprendieron que era fácil volver contra los sitiados la posición misma en que se habian parapetado. Con este objeto, cambiaron el curso de las acequias que proveian de agua a la ciudad e incendiaron varios edificios, cuyas llamas i escombros molestaban mas a los patriotas, que las balas. En vez de continuar atacando por las calles derechas, a las cuales dominaban las baterías de los insurgentes, abrieron de traves forados en las casas para proporcionarse caminos encubiertos, que les permitiesen acometer sin ningun riesgo. Con esta táctica comenzaron a obtener todas las ventajas de la jornada. No obstante, los patriotas continuaron resistiendo con teson, i aunque sobrevino la noche, no trajo consigo el descanso, pues no separ6 a los combatientes ni amortigu6 su furor. (1)

Las pérdidas del ejército real habian sido considerables, i sobre Ossorio pesaba una responsabilidad de que solo una victoria podia descar-

(1) Ballesteros, en su Revista de la Guerra de la Independencia, afirma contra todos los testimonios escritos i tradicionales, que don Juan José Carrera se escap6 de la plaza la noche del 1.º de Octubre. Solo la Historia atribuida a O'Higgins, obra de partido i en extremo injusta contra los Carreras, refiere que hizo propuestas a este respecto, pero sin ningun resultado, al capitán de dragones don Ramon Freire; este nos ha asegurado que el hecho es enteramente falso, pues nunca se le hicieron tales propuestas.

garle. Pocos días ántes, habia recibido orden del virrei de Lima para que regresase inmediatamente al Perú, con los Talaveras i alguna otra fuerza; porque un movimiento revolucionario que habia estallado en Guzco, amenazaba al realismo, puede decirse, en su propio seno. Su posicion al frente del enemigo le habia arrastrado a una batalla; pero como habia encontrado una resistencia tan seria e inesperada, queria volver sobre sus pasos. En medio de su desaliento, fué hasta mandar a los jefes de las divisiones que emprendiesen la retirada, i se necesitó para apartarle de esta idea la observacion de que, si abandonaban sus puestos, los contrarios les cargarian por la espalda i los destrozarian en el pasaje del rio.

No eran menores los apuros de O'Higgins i de don Juan José Carrera. Habían combatido desde el amanecer i combatian todavia; las municiones principiaban a escasear; el incendio los estrechaba cada vez mas i mas; el agua les faltaba no solo para saciar la sed, sino tambien para limpiar los cañones; no tenian ninguna noticia de la tercera division ni del jeneral en jefe. Resolvieron hacer salir por los albañales i saltando paredes a un valiente dragon, cuyo nombre debia haber conservado la historia, para que entregase a don José Miguel Carrera un pedazito de papel en que con lápiz iban escritas estas palabras: «Si vienen municiones i carga la tercera division, todo es hecho.» Los cañonazos, ántes que ningun otro mensajero, habian avisado a Carrera i a sus tropas que se habia trabado la pelea. Sin tardanza se habia movido sobre Rancagua, destacando guerrillas que molestasen a los sitiadores, de modo que el dragon le encontró no muy distante. Con el mismo emisario contestó a O'Higgins: «Municiones no pueden ir, sino en la punta de las bayonetas. Mañana al amanecer hará sacrificios esta division. Chile para salvarse necesita un momento de resolucion.» Temiendo que el audaz soldado no escapase dos veces de caer en manos de los realistas, que circunvalaban la plaza, no se atrevió a escribir; pero sí, le encargó de palabra dijese a O'Higgins i a su hermano, que a su parecer no quedaba otro arbitrio, sino intentar una salida a viva fuerza para reunirsele. El dragon tornó felizmente a la ciudad, i cumplió su comision.

El día 2 avanzó Carrera hasta la cañada de Rancagua. Sus tropas se componian en la mayor parte de soldados de caballeria, i el enemigo le esperaba encubierto tras de casas, tapias i trincheras, que era imposible vencer a punta de lanza i con los pechos de los caballos. Don Luis Carrera con la artilleria se adelantó hasta colocarse frente a frente de una bateria que los españoles habian levantado en la boca de la cañada, i sostuvo a pié firme un mortifero fuego de metralla. Los sitiados desde los techos i campanarios observaban los progresos de la tercera division. Como sucumbían bajo el peso de la fatiga, i los realistas moderaban la violencia del asalto por atender a los que les acometian por la espalda, se aprovecharon de aquellos momentos para respirar, i cesaron el tiroteo. Carrera, despues de haberse mantenido un largo espacio

de tiempo en su puesto, escuchó dentro de la plaza en lugar del estruendo del combate repiques de campana, con los cuales los sitiados pensaban dar a entender su angustia, i en vez de dar este sentido a aquella señal, creyó al contrario que era un indicio de que se habian rendido. En esta persuasion, i considerando desventajosa la posicion que ocupaba, se retiró hacia la Angostura de Paine, donde esperaba hacer una vigorosa resistencia, defendido por fortificaciones preparadas de antemano, i reforzado por 791 fusileros i artilleros que habia enviado a decir al gobierno de Santiago se llamasen de diversos puntos en que no eran ya necesarios; este refuerzo nunca se le incorporó.

Cuando los defensores de Rancagua percibieron que la tercera division se alejaba, su desesperacion llegó al colmo. Los realistas, no siendo yo atacados por retaguardia, volvieron con mayor ímpetu. Embistieron principalmente por la calle de San Francisco; pero los escombros incendiados que caian sobre ellos, les impidieron tomar una colocacion fija. Otra embestida furiosa hicieron contra la trinchera de la calle de Oriente; mas no consiguieron buen resultado, aunque perdió la vida don Hilario Vial, el jefe que la mandaba. La situacion de los patriotas se empeoraba por momentos. La refriega duraba sin interrupcion hacia treinta i dos horas; habian perecido cerca de las dos terceras partes de la guarnicion. Casi todos los artilleros de las trincheras habian muerto, i les habian reemplazado en el servicio de las piezas soldados de infantería. Como las municiones se habian agotado, para poder contestar a los tiros del enemigo, habia hombres empleados en recojer del suelo las balas que él mismo habia lanzado. Estaban agobiados por el cansancio, la sed, el calor del incendio, que avanzaba mas rápidamente que los realistas. Entónces O'Higgins, pudiendo decir con Francisco I, cuyas palabras se apropió en efecto mas tarde, «todo se ha perdido, ménos el honor,» determinó retirarse por entre las filas de los españoles. Don Ramon Freire, que capitaneaba los dragones, habia notado que por la calle de la Merced las fortificaciones del enemigo eran mas débiles, i dando la voz de carga a su tropa, se precipitó por aquel lado, seguido de todos los que tenian caballos. El empuje de esta salida fué irresistible, i los fujitivos pasaron por sobre las trincheras, cañones i batallones realistas, sin que nada pudiera contenerlos.

Los que habian quedado dentro de la plaza, continuaron resistiendo. Merecen un recuerdo especial los oficiales Ovalle i Yañez; el primero sostuvo la bandera en lo mas recio de la reyerta, desde que se trabó la pelea el dia 4.º, hasta las once del dia siguiente en que fué herido; el segundo le substituyó en su puesto i murió defendiendo la enseña de Chile. «El capitán don José Ignacio Ibieta, rotas las dos piernas, puesto de rodillas i con sable en mano, guardó el paso de una trinchera, hasta que sucumbió bajo innumerables golpes, apesar de que el mismo Osorio habia mandado dejar la vida a un oficial tan valiente.» (1) El tenien-

(1) Benavente, Memoria sobre las Primeras Campañas.

te coronel don Bernardo Cuevas, despues de haber desplegado en el combate el mayor denuedo, pereció heroicamente, martirizado por adversarios crueles i bárbaros, que le confundieron con don Juan José Carrera, a quien se asemejaba. En la trinchera de la calle de San Francisco, la última que se rindió, don Antonio Millan, herido i rodeado de enemigos, mojó el mismo su cañon con orines a falta de agua i lo cargó a falta de balas con pesos fuertes, i cuando se le concluyeron todos los medios de resistencia, no consintió en entregarse, sino a un hermano que servia en las armas del Rei. Se calcularon los muertos de unos i otros en 1300, los heridos en proporcion i los prisioneros en 800. (1) No debe asombrar tanta carnicería, si se atiende a que combatieron furiosos, habiendo envuelto desde el principio el hasta de sus banderas con corbatas negras, en señal de guerra a muerte. Despues del triunfo, los realistas, i en particular los Talaveras, cometieron excesos, atrocidades aun. Sin embargo es preciso no prestar crédito a las exajeraciones inverosimiles de Egaña i de Guzman, demasiado animados, cuando escribieron, de las pasiones que la persecucion despertó en sus corazones.

Algun tiempo despues de haber abandonado don José Miguel Carrera las cercanias de Rancagua, el estampido de los cañonazos que retumbaban de nuevo, le advirtió que la ciudad no habia sucumbido. Iba a dar la órden de volver a ocupar la posicion que acababa de dejar, cuando se le trajo la noticia de que el enemigo marchaba a apoderarse de la angostura de Paine. Se sabe la importancia que asignaba a este puesto; así no vaciló en correr a defenderlo. Apénas se habia convencido de la falsedad del aviso, supo que habian escapado de Rancagua con los dragones O'Higgins, don Juan José i algunos otros. La vista de los fugitivos, las relaciones de las matanzas en masa, de las crueldades sin ejemplo cometidas por los Españoles, que el espanto hacia abultar a los prófugos, esparció en la tropa un terror pánico jeneral. Una derrota tiene algo de contagioso; los jefes apénas podian impedir que se desbandasen sus subalternos. Carrera envió a don Patricio Castro con una guerrilla a proteger a los que huían de la plaza, i era tal el pavor de los soldados que Castro tuvo que usar del sable para contenerlos. Con semejantes fuerzas habria sido insensato aventurar un combate; estaban vencidas de antemano. No hubo otro remedio para evitar que la division entera se desertase, sino verificar a las siete de la noche la retirada a la capital.

Rancagua fué una derrota, pero una derrota gloriosa, que hace honor a los que supieron mostrar tanta bizarría en el peligro. En la hoja

(1) Hemos seguido con relacion a los muertos, heridos i prisioneros el aserto de Ballesteros, con preferencia al del parte oficial de Ossorio, porque estos documentos son casi siempre poco exactos. El parte hace subir a mas de 400 los muertos patriotas entre ellos muchos oficiales, a 112 los realistas incluso un oficial, a 282 los heridos de los primeros, a 113 los de los segundos, i los prisioneros a cerca de 900.

de servicios de un militar, vale tanto como la acción de Chacañuco o Maipo. Esta batalla ha llegado a ser famosa en nuestra historia, no solo por la intrepidez i denuedo de sus actores, sino porque las pasiones la convirtieron en una arma de partido. Los enemigos de don José Miguel Carrera le atribuyeron el desastre; propalaron que habia desamparado a los sitiados, que no habia atacado con el suficiente empeño, que se habia retirado de la cañada ántes de darles tiempo para reunírsele; le acusaron de cobardia, de traicion, de haber tenido por objeto la muerte de O'Higgins i los amigos que le acompañaban. Pero los que eso dicen ¿se atreverian a sostener que su deseo de venganza iba hasta a sacrificar a su propio hermano por hacer perecer a su rival? ¿Tánto habria cegado el resentimiento a don José Miguel, que no reparara que con la destruccion de los sitiados, se arruinaba el mismo i la Patria con él? Los sentimientos nobles i los sentimientos egoistas del corazon humano desmienten, pues, semejante acusacion.

Por otra parte, para explicar el desastre de Rancagua, no hai necesidad de hacerse el eco de odios que duermen en la tumba con sus autores; no hai para que vilipendiar con una infamia horrible a uno de los héroes de nuestra independencia. Ya lo hemos dicho, el combate no tuvo unidad en su direccion; Carrera se habia empeñado en hacerse fuerte en la angostura de Paine, O'Higgins en la villa de Rancagua. Los dos siguieron con terquedad sus opiniones, aun durante la batalla. Estúdiense cuidadosamente las evoluciones que con prolijidad hemos descrito, i resaltará esta verdad clara como la luz del dia. He aquí una causa suficiente para que los patriotas fuesen derrotados, aun cuando sus tropas no hubieran sido reclutas de quince dias, muchos de los cuales se fogueaban por la primera vez. Estamos tan persuadidos de que todos los nuestros cumplieron perfectamente con su deber, que avanzamos mas todavía; si la desunion no hubiese existido entre los dos caudillos, la accion se habria siempre perdido. Es preciso no dejarse engañar por los nombres. El ejército realista, con excepcion de algunos jefes, de los Talaveras, del Real de Lima i de una parte de la artillería, se componia de Chilenos, como el ejército patriota. Ahora bien, cuando combaten Chilenos contra Chilenos ¿qué es lo que podrá decidir la victoria? el número i la disciplina. Los realistas eran mas numerosos i mas aguerridos; a no ser que hubiera sobrevenido una de esas raras casualidades que todo lo trastornan, suyo debia ser el triunfo. Es verdad que los insurgentes les resistieron por dos dias sin interrupcion, que hicieron flaquear sus filas, que llegaron a rechazarlos. ¿Pero qué puede concluirse de eso? Tambien es verdad que como los otros eran superiores, volvieron a la carga, los repelieron a su turno i les obligaron por fin a ceder.

Miéntras los patriotas combatian en Rancagua i sus alrededores, en Santiago el gobierno adoptaba sus medidas para el caso de una derrota. Don Julian Uribe, que en ausencia de Carrera habia quedado con la di-

reccion suprema, era un jóven eclesiástico de veinte i cuatro años de edad. Pertenecia a esa raza de curas guerreros que se pusieron a la cabeza de sus feligreses, para alcanzar la libertad de las colonias. No tenia de clérigo ni el traje, pues regularmente usaba el vestido comun, i era mas aficionado a entrometerse en las intrigas de la política, que a rezar en el breviario. Capellan de guerrillas, nunca la solana le habia embarazado para empuñar la espada, cuando la accion estaba indecisa. Era entusiasta por la libertad e independencia de Chile, a la cual habia sacrificado su reposo, i por cuyo sosten habia recibido de parte de los Españoles crueles tratamientos. Natural de Concepcion, estaba dotado de ese carácter enérgico i audaz que han adquirido i desarrollado los Pencones, en una lucha de tres siglos contra los indómitos Araucanos. Nada le asustaba, a todo se hallaba resuelto, i no habia nada que no superase su actividad.

En medio de la alarma que ocasionaba en la ciudad cada uno de los partes en que don José Miguel Carrera anunciaba las alternativas de la batalla, Uribe no perdía un momento su sangre fria. En la prevision de un desastre, alistaba i movilizaba, por decirlo así, todos los elementos de resistencia de que podia disponerse. Hacía empaquetar en la casa de Moneda los caudales de la nacion; reunía en el mismo local el armamento i las cortas fuerzas que guarnecian a Santiago; ordenaba al gobernador de Valparaiso que embargase todas las embarcaciones de la bahia para trasbordar a las mejores cuantos útiles de guerra pudiese, i quemase las que no se hallasen en estado de darse a la vela, que se aprontase a marchar con su tropa a Quillota, que clavase los cañones que no se llevase consigo i arrojase las cureñas a la mar. Para evitar que los habitantes a impulsos del terror, se precipitasen al otro lado de las cordilleras en vez de defender la patria, prevenía al justicia de Aconcagua que colocase en los boquetes guardias que únicamente permitiesen el paso a los que mostraran un pasaporte del gobierno. Cuando el día 2 se cercioró de que la derrota no era ya un problema, reiteró sus órdenes al gobernador de Valparaiso i le señaló el puerto de Coquimbo, como el punto adonde los buques debian dirigirse; e hizo salir con direccion a la misma ciudad al capitán Barnechea, escoltando con 19 hombres 300000 pesos en oro i plata. Todas estas providencias, comunicadas en pedazos de papel, que contenian unas cuantas lineas, eran terminantes, i exijia que fuesen ejecutadas en el acto, como él habia cargado con su responsabilidad sin vacilar.

Cuando Carrera entró en la capital, no tardó en adquirir la certidumbre de que era imposible sostenerla. Los comandantes de las partidas que habian estado guardando diversos puntos, se le presentaban solos a manifestarle que sus soldados se les habian desbandado. La insubordinacion impedia todo orden i disciplina, i despues de la catástrofe los mas no pensaban, sino en echarse la culpa unos a otros. Sin embargo, no desesperó de la suerte del pais, i se lisonjeó con que podia con-

tinuar la guerra en las provincias del norte. Con esta intencion ofició a los jefes de milicias que pusiesen su jente sobre las armas, i envió a don Bernardo Vera a solicitar auxilios del gobierno argentino. Para no dejar al enemigo cosa alguna que aumentase su erario, o le proporcionase recursos con que proseguir la campaña, dispuso que se incendiasen, o se entregasen al saqueo de la plebe, la Administracion del Estanco, la Provision jeneral del ejército, la Maestranza, los Depósitos de madera, los Cuarteles, la Fábrica de fusiles, la Casa de Pólvora. A las pocas horas, el populacho habia barrido con todo, hasta con las puertas de calle i las rejas de las ventanas. Mucho han criticado sus contrarios a Carrera, que presidiese este saqueo. No sabemos si habrian querido que les conservase a los realistas los medios de procurarse armas i pólvora, para acabar con los restos del ejército patriota.

Al anochecer abandonó don José Miguel la ciudad, despues de haber hecho que los vecinos se armasen i patrullasen para contener el desorden, i de haber nombrado gobernador militar al coronel don Eujenio Muñoz, a quien encargó elijiese una diputacion que saliera a recibir a Ossorio, a fin de conseguir que no entrase hostilmente en Santiago. (1)

No son necesarios grandes esfuerzos de imaginacion, para figurarse la consternacion de los patriotas de la capital durante los dos dias que permanecieron todavia en ella, despues del reves de Rancagua. Todos los que estaban en estremo comprometidos, trataron de sobreponerse a ese estupor que embarga nuestros sentidos a consecuencia de las grandes desgracias, para pensar en los preparativos de la fuga. Como solo los separaba de un enemigo implacable, que tal vez los destinaba a la muerte, un camino de algunas horas, ejecutaban a toda prisa sus disposiciones, i luego que medio se arreglaban, se ponian en marcha para Mendoza. Muchos desconocian absolutamente el itinerario que allá los conduciria; mas como eran tantos los que seguian igual direccion, nadie necesitaba de guia, bastándole agregarse a alguno de los grupos que formaban aquella triste romería. Los batallones que habian escapado del desastre, se habian desorganizado casi en su totalidad, i sus soldados iban cada uno por su lado, confundidos con los paisanos. Los restos del ejército, arrastrando penosamente cuatro cañones, continuaban bajo el mando de don José Miguel Carrera, que evitaba su completa dispersion con un trabajo indecible; los oficiales se mestraban insubordinados i los subalternos se desertaban.

En la villa de los Andes, volvieron a encontrarse cara a cara, i siempre con pretensiones opuestas, los dos partidos cuya desunion habia causado la pérdida de Chile. Carrera sostenia que no debia abandonarse el pais, mientras un solo palmo de terreno quedase libre de los invasores, i así opinaba que se encaminasen a Coquimbo a proseguir la resistencia en aquella provincia, que hasta entónces no habia soportado

(1) Todos estos pormenores han sido sacados del Diario de Carrera.

el azote de la guerra. Muchos de los del bando de O'Higgins, apoyados por varios jefes arjentinos, fomentaban al contrario la emigracion a Mendoza, asegurando a los vencidos que de otro modo serian victimas del enemigo, que allá los acojerian como hermanos, i que volverian a reconquistar la patria enrolados en las filas de un ejército poderoso. Opinion que, si bien era la mas acertada, en vista del terror producido por la reciente derrota i de las ventajas que adquirian las armas del Rei con la ocupacion de la capital, no rebajaba empero en lo menor la heroicidad de la resolucion que desaprobaba.

Carrera, firme en su propósito, no obstante esta caracterizada contradiccion, reiteró la órden de que a nadie se permitiese atravesar la cordillera, a ménos que llevase un pasaporte firmado de su mano; pero esta órden no se cumplió, sea que fuese imposible oponer un dique al torrente de la emigracion, sea que la frustrase la disconformidad de opiniones. Todos los que juzgaban imposible reorganizarse en Chile, i creian necesario ir a buscar auxilios entre nuestros vecinos, se apresuraban a trasponer los Andes. El 6 de Octubre emprendió ese peñoso viaje del proscrito, O'Higgins, acompañado de un gran número de familias. Poco mas o ménos al mismo tiempo, siguieron igual camino don Andres Alcazar con los dragones escapados de Rancagua, i don Juan Gregorio Las-Heras con los auxiliares arjentinos; el primero, adversario político de Carrera, porque no queria continuar bajo sus órdenes, i tenia por impracticable toda resistencia; i el segundo, porque aun desde ántes de la batalla, habia recibido instrucciones para restituirse a su país, motivo que le habia impedido encontrarse en ese célebre hecho de armas.

Mas don José Miguel, aunque viese desesperar a los jefes de mas nota, permanecia porfiado en su opinion, i aguardaba en la villa de Santa Rosa nuevas del enemigo para adoptar sus providencias. No tardaron en anunciarle que venia acercándose un destacamento realista. Este aviso produjo un terror que parecia contagioso, tan rápido era en propagarse. En verdad la situacion de los fujitivos era espantosa. Se hallaban al pie de la cordillera mas elevada del mundo, con el ánimo abatido por la desgracia, el cuerpo fatigado con la marcha i faltos de todos los preparativos que habrian podido aliviar el cansancio de semejante viaje. Habian huido apresuradamente de sus casas, como si tuvieran que escapar de un terremoto, algunos a caballo, los mas a pié i llevando a cuestras sus bienes mas preciosos. Muchas mujeres, que habian acompañado a sus maridos o padres, embarazaban, a causa de los cuidados debidos a su debilidad, una marcha por la cual hombres robustos se sienten quebrantados. Todos se apresuraban a alejarse de los feroces realistas, que su imaginacion espantada les pintaba peores que bárbaros; pero como no a todos les ayudaban igualmente las fuerzas, miéntras que los unos se avanzaban con la rapidez de un correo, los otros se veian obligados a alfojar el paso, o a detenerse para tomar aliento. Mas de poco servia la

lijereza, pues los que la empleaban, tropezaban bien pronto con la barrera de nieve que les oponian los Andes. Aquel año el verano habia llegado tarde; a principios de Octubre, la nieve no se habia todavia acabado de derretir, i el tránsito no estaba franco. Para abrir las sendas, habia que echar por delante recuas de mulas que con sus pisadas rompiesen el hielo. Como las cabalgaduras escaseaban, era esta una operacion que exijia tiempo. Así, si en aquel momento crítico algunas partidas enemigas se hubieran precipitado sobre el valle de Aconcagua, dos mil personas i cerca de un millon de pesos habrian caído en su poder.

Afortunadamente Carrera, incorporando a las pocas fuerzas regladas que le quedaban, todos los dispersos, arrieros i conductores de equipaje que habia logrado detener, habia podido reunir un cuerpo como de 500 hombres. Luego que se le comunicó la proximidad de los realistas, conoció cuanto importaba para la salvacion comun, demorarlos lo mas que fuese posible. No se alucinaba con que su tropa fuese capaz de hacer una resistencia seria; estaba tocando una realidad demasiado triste, para que esa idea alagüena le consolara. Sobre ser pocos los hombres de que disponia, muchos de ellos eran ménos que reclutas, pues no sabian hacer fuego ni habian disparado nunca. No se propuso, pues, entrar en una lucha cuya pérdida era inevitable, sino en presentar su division al enemigo bajo una apariencia imponente, que le engaÑase sobre su verdadero estado. Con esta intencion, la uniformó del modo mas decente que las circunstancias se lo permitian; no alcanzando las armas para todos los soldados, distribuyó a los que no las tenian fusiles descompuestos i sin llaves; i cuando gracias a estos arbitrios, los hubo disfrazado convenientemente, los sacó a la plaza de la villa i los formó en batalla resguardados por cuatro piezas de artillería. Destacó en seguida a la cuesta de Chacabuco una guerrilla de 60 fusileros, al mando del capitán Molina i del teniente Maruri, a fin de que observase los movimientos de los Españoles, i consiguiera con su presencia en aquel sitio, que avanzaran con cautela. Este ardid surtió el efecto deseado. Eloreaga que capitaneaba a los realistas, tuvo conocimiento de la actitud que habia tomado Carrera. Asustado por tal aparato, no juzgó prudente comprometer una refriega, i se replegó a Santiago, pidiendo a Ossorio le reforzase, porque se necesitaba tropa mas numerosa para concluir la dispersion de los insurjentes.

Sin embargo, esta retirada no hacia sino aplazar por algunas horas el peligro; no habia tiempo que perder para tomar una resolucion definitiva. Don José Miguel principiaba a convencerse de que su primer plan era impracticable; habia encontrado que responder a los racionios de los que aconsejaban la huida a Mendoza; pero la evidencia de los hechos no tiene réplica. ¿Cómo llegar hasta Coquimbo con aquellos 500 hombres que habian perdido la conciencia de su fuerza, cuando los realistas enorgullecidos por su victoria irían picándoles la retaguardia? ¿Cómo impedir la desercion? ¿Cómo atajar el pánico que cundia

por todas partes? ¿De qué medios valerse para volver su vigor al ánimo de los patriotas, que tan gran desgracia habia abatido? Sus compañeros le abandonaban, sus órdenes eran desobedecidas, se temia que de un momento a otro el vencedor con todo su ejército cayese sobre ellos, nadie queria detenerse, todos, militares i paisanos, se precipitaban reueltos al otro lado de los Andes; la confusion habia llegado a ese estremo en que se pierde la calma, en que cada uno mira por sí i deja a Dios el cuidado de velar por los demas. Era imposible quedarse en Chile, i no obstante Carrera forcejaba por quedarse. ¿Alguna voz le repetia al oido que no tornaria a pisar el suelo de la patria? Es un espectáculo que despedaza el alma, el de ese guerrero de la independencia que acompañado de sus partidarios mas fieles, de sus amigos mas adictos, hace los últimos empeños para no pasar las cordilleras, porque tiene como el presentimiento de que una vez salvadas sus cúspides, le espera su ruina.

Carrera debió sentir dolores mui punzantes; por una parte, la afliccion profunda que a él como a los demas patriotas, les hacia experimentar un descalabro que demoraba quizá por mucho tiempo el triunfo de su causa; por otra, los golpes que habia recibido ese orgullo indomable que le caracterizaba. Habia visto despreciar sus mandatos a oficiales que el dia ántes estaban bajo su dependencia; habia escuchado las acusaciones que se levantaban contra su conducta en la batalla. Su despecho se aumentaba, porque tenia fundados motivos para recelar que en la otra Banda, se daria la razon, no a él, sino a sus adversarios. Permanecer en Chile contra la opinion de muchos, reconquistar el pais palmo a palmo, espulsar hasta el último godo, ¿no habria sido, si semejante cosa hubiera sido posible, su mejor vindicacion, su mayor venganza contra sus rivales? Nos parece mui probable que tales pensamientos debieron cruzar por la mente de don José Miguel. Bien vemos que eran irrealizables; pero en los momentos de una grande excitacion, i cuando nos hallamos en una de esas situaciones excepcionales i terribles, como era aquella en que él estaba colocado, nos creemos capaces de todo.

Asi, aunque se convenció de que seria una locura la esperanza de poder retirarse a Coquimbo, con todo no se determinó todavía a dirigirse a Mendoza. Resolvió buscar entre las rocas de los Andes algun punto inespugnable por naturaleza para encastillarse en él con su jente, hasta que le llegaran los auxilios que se prometia del gobierno argentino. Al dia siguiente de la derota, como lo hemos dicho, habia enviado a Buenos-Aires al Dr. don Bernardo Vera para que comunicando este triste suceso, solicitase los correspondientes socorros. Tan luego como Carrera se fijó en este proyecto, se puso a dictar las providencias del caso. Envió a su hermano Luis i al coronel Benavente a situarse con la tropa en la ladera de los Papeles, i mandó que se condujeran allí los pertrechos i demas intereses del estado que se habian salvado de Santiago. Este acarreo se ejecutó con la mayor molestia. Era mui reducido el nu-

mero de bestias de carga disponibles; porque habia que emplear muchas en romper la nieve, i otras se las habian robado los emigrados para trasportar sus familias o equipajes. Las que quedaban estaban tan hambrientas i cansadas, que apenas podian moverse. Asi para efectuar la conduccion indicada, hubo que dividir en porciones iguales el espacio que mediaba hasta la ladera de los Papeles, i hacer que unas cuantas mulas fuesen llevando sucesivamente i por viajes repetidos las cargas de un lugar a otro, para que de esta manera pudiesen llegar por fin a su destino.

El mismo Carrera dió al vocal Uribe i al teniente coronel don Diego Benavente la comision de que trasladándose a la Guardia, trabajasen por contener a los soldados, i facilitasen al contrario el pasaje de las familias que solo servian de estorbo. Hizo propio al capitán Barnechea para que le trajera sin tardanza los caudales que iban casi sin escolta, i a Quillota, para que se le reuniesen a la mayor brevedad las guarniciones de esta villa i de Valparaiso, que ascendian como a 200 hombres. Contaba sobre esta fuerza, para poner la division en pié de ser útil para algo. La aguardaba con impaciencia, pues sin ella eran impracticables las operaciones que meditaba. Mas pasó el tiempo en que podria habérsele reunido, i no llegaba. Lleno de ansiedad resolvió ir a buscarla en persona, i con este intento se puso en camino acompañado de la guerrilla de Molina. Anduvo toda la noche, i al amanecer, habiendo hecho alto el destacamento, notó que se habia desertado la mitad, aprovechándose de las tinieblas. Estaba bajo la primera impresion de este nuevo desastre que le privaba de 30 de sus mejores soldados en el momento que le eran mas preciosos, cuando vinieron a traerle la noticia de que la tropa que esperaba, se habia declarado por los realistas, i que en lugar de venir a incorporársele, se dirigia a apoderarse de los caudales. Su primer movimiento fué correr a defenderlos; pero sus compañeros, que consideraban imprudente esta determinacion, no se prestaron a seguirle, i tuvo que volver sobre sus pasos.

En la tarde del siguiente dia, se encontró con el capitán Jordan, que con 40 artilleros armados de fusiles, venia en su auxilio. Habiendo sabido que la escolta de los caudales permanecia fiel i estaba ya próxima, resolvió marchar a protegerla con este nuevo refuerzo. Con este objeto, adelantó una partida de observacion, la cual no tardó en regresar; volvia a comunicarle que habia tropezado con las avanzadas del ejército realista, i tiroteándose con ellas. No quedaba otro arbitrio que la fuga. Se apresuraron a juntarse con la division en la ladera de los Papeles, i habiendo abandonado esa posicion, se internaron felizmente hasta la Guardia. Allí los alcanzó un cuerpo de 400 realistas (11 de octubre); les fué imposible evitar el combate, i asi fatigados i casi inermes como estaban, tuvieron que venir a las manos. Se defendieron con coraje; pero despues de haber tenido el dolor de ver perecer a algunos de los suyos i caer a otros prisioneros, solo consiguieron continuar su retirada favore-

cidos por la oscuridad de la noche. Los españoles siguieron persiguiéndolos, i no los dejaron tranquilos hasta la cumbre de la cordillera, que los últimos chilenos pasaron el 12 de octubre por la noche. Habian perdido todos los útiles i pertrechos que habian acopiado en la ladera de los Papeles; viéndose acosados de tan cerca por el enemigo, i no teniendo como trasportar aquellos objetos, habian sido obligados a destruir por sus propias manos lo que a costa de tanto trabajo habian condeuido hasta aquel punto.

El afortunado Ossorio, que habia ido a Aconcagua a activar la persecucion, triunfaba de nuevo i volvia a la capital cargado de un rico botin, cuatro banderas i diez i nueve cargas i media de oro i plata. El dinero lo destinó al tesoro público, i las banderas, unidas a otras cinco tomadas anteriormente, se las remitió al virrei como trofeo de su victoria. El 6 de noviembre fueron recibidas estas nueve banderas con gran pompa en Lima. Eran conducidas por otros tantos soldados que, por mas honor, aparecieron con los vestidos que el polvo i los trabajos de la campaña habian descolorido i despedazado. Luego que Abascal se presentó a recibirlas, las arrojaron a tierra, como para que sirvieran de alfombra a la carroza del representante del monarca, que atravesó por delante de ellas. Despues de pisoteadas esas insignias que habia salpicado la sangre de los mártires de Rancagua, las depositaron como ofrenda a los piés de la virjen del Rosario, a cuya proteccion atribuia Ossorio su brillante triunfo. (1)

Los odios personales de todos, la tibieza de muchos, la poca abnegacion de los mas, causaron la pérdida de la República. La reconquista española que vino a desarrollar en toda su lójica el sistema colonial, a desenvolverlo en todas sus consecuencias, contribuyó a la independencia de Chile con sus persecuciones i tiranias, tanto como las victorias de los insurgentes. La esperiencia abrió los ojos a los criollos, i la desgracia les enseñó a ser patriotas decididos,

---

(1) En 1821, estas banderas fueron gloriosamente recuperadas por el ejército chileno-argentino que invadió el Perú a las órdenes de San Martín, quien comisionó al jeneral Borgoño para que cuidara de remitirlas con todo honor a Santiago.

## GOBIERNO DE OSSORIO.

---

El 5 de Octubre, las primeras partidas del ejército real tomaron posesion de Santiago, que se hallaba en la mayor consternacion, habiendo sido saqueado por los vencidos e ignorando qué suerte le deparaba el vencedor. Las demas tropas fueron llegando sucesivamente hasta el 9, dia en que Ossorio hizo su entrada solemne en la capital.

Espéndido fue el recibimiento con que los habitantes acogieron al general, i a cada una de sus divisiones. Mas de seis mil banderas españolas flameaban en las puertas de las casas; i los que, por la premura del tiempo o por pobreza, no habian podido proporcionárselas, enarbolaban jirones de tela roja i encarnada, a guisa de estandarte; los que se veian aun en los ranchos mas miserables de los arrabales, como si todos, por un comun instinto, hubiesen querido ampararse a la sombra del pendon de Castilla. Al pasaje de cada batallon, desparramaban de los balcones i ventanas grandes azafates de flores, i algunos altos personajes, arrastrados por su entusiasmo arrojaban puñados de dinero, que los soldados en su marcha no se detenian a recoger. Las campanas de todas las iglesias, sin que hubiese precedido ninguna órden, atronaban los aires con sus repiques; miéntras el populacho ensordecia a los concurrentes con sus vivas a Fernando i al jefe victorioso.

Estas demostraciones de júbilo no eran en todos sinceras; muchos recordaban con zozobra que habian tomado una parte mas o ménos activa en los acontecimientos pasados; que habian vertido opiniones que ignoraban cómo calificaría el nuevo gobierno. Los mas leales tenian en la conciencia algun pecado de infidencia que reprocharse. El gobierno revolucionario habia durado cuatro años diez i siete dias, tiempo mas

que suficiente para que durante ese período le hubieran tributado de grado o por fuerza señales exteriores de obediencia, que podían interpretarse mal. Si los realistas abrigaban prevenciones hostiles contra sus personas, podían encontrar en esas manifestaciones pretextos para satisfacer su saña. Los mismos que habían conservado su fidelidad pura en todos sus quilates, tenían parientes o amigos abanderizados en el partido contrario, cuya suerte les afligía. Puede asegurarse que pocos eran los que se estimaban enteramente seguros; porque era natural inferir que los vencedores vinieran irritados por la heroica resistencia de Rancagua. Solo habían podido penetrar en la plaza a la luz rojiza de un incendio, sufriendo pérdidas considerables i pisando sobre escombros i cadáveres. Su costosa victoria debía haber inflamado su odio contra los insurjentes, inspirándoles el deseo de vengar la sangre de sus compañeros muertos en la acción; i atendiendo a los horrores que habían cometido en aquella desgraciada villa, era lícito pensar que se repetirían las mismas escenas en Santiago, que había sido el foco de la revolución.

Una nube de tristeza oscurecía, pues, la ovación que se tributaba en su entrada al ejército real. Los ciudadanos temían por una corazonada, que el porvenir justificó, los destierros, prisiones, secuestros i persecuciones que se les impondrían en castigo de su rebeldía. Una gran parte aun, temiendo el pillaje, insultos i demas vejámenes a que se abandona la soldadesca en una ciudad que se entrega a discrecion, se había fugado a los campos circunvecinos, i aguardaba allí escondida el rumbo que seguirían los acontecimientos para tomar una resolución. Por estos signos se conocía que Santiago mostraba algo de ficticio en su alegría; se esforzaba en adular a un ejército que no sabía si lo trataría como a enemigo, i procuraba comprar el perdón a fuerza de humillaciones, ahogando su sobresalto en el bullicio.

Sus temores no eran del todo infundados; pues efectivamente, muchos de los vencedores pretendían que se entrara en Santiago como en país sublevado, para que los males que sufriera, sirviesen de castigo a sus delitos i de escarmiento a los traidores. Pero luego que estas voces llegaron a los oídos de Ossorio, se opuso abiertamente a tan crueles designios, i dirigió a sus tropas la siguiente proclama en la hacienda del Hospital, poco ántes de su llegada.—«Soldados: vamos a entrar en Santiago, capital de este desgraciado reino: es preciso os manifesteis en ella no con aquella severidad que en la infeliz Rancagua: los Santiaguinos son nuestros hermanos, i no nuestros enemigos, que ya han fugado: usemos con ellos de toda nuestra ternura i compasion: unámonos a ellos con una amistad verdaderamente fraternal: consolémosles en su desgracia, pues se hallan enteramente desengaños: hagámosles ver la gran diferencia que hai entre los soldados del Rei i los llamados de la Patria; para que así suceda, es preciso obedecer a vuestros jefes con la misma prontitud i gusto que lo verificasteis los dias 1.º i 2.º. Esto os encargo en la firme intelijencia de que el que faltare en lo mas mínimo,

será irremisiblemente castigado; pero no espera de vuestro noble carácter, dareis lugar a que use del castigo, vuestro jeneral. Octubre 5 de 1814.» La inquietud pública se tranquilizó algun tanto con el conocimiento de esta pieza, que Ossorio para calmar las zozobras hizo imprimir con otras i repartir con abundancia en un manifiesto en que ponderaba la humanidad de su conducta en la presente campaña i las maldades de sus adversarios.

La permanencia del jefe en la capital no fué sino de mui corta duracion; pues salió inmediatamente para Acoñagua en persecucion de las reliquias del ejército patriota, habiendo nombrado de gobernador político durante su ausencia a don Jerónimo Pisana. En ese breve espacio habria podido con todo convencerse de que tenia mucho de aparente el alborozo con que se le habia recibido. El secreto que está entre muchas personas, no se guarda largo tiempo; el júbilo fingido por una poblacion entera, no se prolonga mas de un dia. Al siguiente de su entrada, pasado el estrépito de la fiesta, como el entusiasmo que se habia desplegado en ella era simulado, se disipó pronto. La ciudad volvió entonces a aparecer de nuevo sumida en la consternacion; i el temor de los habitantes se patentizó por su silencio, su abandono. Las calles estaban tristes, solitarias. La mayoría de los insurjentes habia fugado del pais, i atravesado los Andes para interponer esa muralla de piedra i de nieve entre ellos i sus perseguidores. Los patriotas que podriamos llamar *moderados*, se mantenian ocultos en los alrededores a la expectativa de los sucesos, i estaban determinados a no abandonar su escondite, hasta averiguar el modo como se les trataria. La ausencia de tantos individuos daba a Santiago el aspecto de una ciudad asolada i desierta.

Deseando el gobernador interino que cesara esta alarma jeneral, i que los prófugos tornaran a sus moradas, hizo publicar, al recibirse de su cargo, un bando de perdon i olvido, que comprendia el artículo siguiente: «Todas aquellas familias o personas que sin mas motivo que recelos o temores infundados, han dejado la capital, abandonando sus hogares con perjuicio propio i descrédito de la buena conducta del ejército real, se restituirán a sus casas en el término de ocho dias, so pena de ser mirados i tratados como sospechosos al actual gobierno lejitimamente restituido. 11 de Octubre de 1814.» (1)

Mas ni las promesas de amnistia que se hacian, ni este mandato formal, notificado por la voz de un pregonero, bastaron para disipar el terror. Estaba fresca la memoria de la capitulacion de Lircay, que se habia hallado medio de eludir, i los chilenos habian aprendido a desconfiar de la paz ofrecida por los realistas. La simple declaracion de un subalterno no pareció suficiente garantia a muchos que se habian comprometido en la revolucion, admitiendo empleos o sosteniendo el sistema liberal con demasiado acaloramiento; ántes de obedecer, procuraron

(1) Archivo del Ministerio del Interior.

inquirir si podian contar con la impunidad de sus personas. Los apoderados de algunos fujitivos se abocaron con Pisana, i le exijieron un compromiso especial a este respecto; pero este, no atreviéndose a dar una contestacion categórica en materia de tanta responsabilidad, consultó a Ossorio, que aun no habia partido de Santiago, si la gracia se estenderia a todos sin excepcion, o si se escluiria a determinados sujetos. El jeneral le contestó el mismo dia: «Puede U. S. llamar indistintamente a todos los que han abandonado sus hogares, seguros de que la clase de su arrepentimiento decidirá el aprecio que le merezcan, i que no se atentará de ningun modo a sus vidas, como se ha observado hasta ahora; i lo digo a U. S. en contestacion a su oficio de esta fecha. Dios guarde a U. S. Octubre 11 de 1814.» (1)

Esta respuesta evasiva era hasta cierto punto páfida; porque parecia ofrecer a todos una absolucion completa, que jamas se habia pensado en conceder, i que Ossorio no estaba facultado para cumplir, aun cuando lo hubiera querido. La palabra *castigo* no sonaba en ella, sino para afirmar que a nadie se aplicaria la pena de muerte por sus opiniones pasadas, i solo se hablaba del mayor o menor *aprecio* que serian acreedores los que hubieran figurado en la revolucion, segun la conducta que despues observasen. ¿Quién al leerla no se habria creído al abrigo de toda persecucion? A nadie se amenazaba, a ninguno se exceptuaba, a todos se prometia indirectamente mas que el perdón, la estimacion, con tal que abjurasen sus antiguas convicciones, i se manifestasen pesarosos por haber alimentado esos delirios. Mas ¿en qué signos o por qué acciones, se conoceria ese arrepentimiento? La esquila callaba sobre cuestion tan importante, dejando la apreciacion de esos indicios a la autoridad, que gracias a la inspeccion que se reservaba, quedaba siempre árbitra de la suerte de los fujitivos, i podia siempre condenarlos, a pretexto de que no mostraban la suficiente contricion. Mirada aquella contestacion bajo este punto de vista, nada significaba i dejaba dueño de sus actos al gobierno. Confiarse en su letra, era entregarse a discrecion; ninguna fijeza en las promesas, i mucha oscuridad en la expresion. El mismo artificio con que estaba redactada, la hacia aparecer como una red tendida a la buena fe de los dispersos para reunirlos, i en seguida echarse sobre ellos.

Sin embargo, nada de esto se les ocurrió a los fujitivos, alucinados como estaban, por la proclama ya citada de Ossorio i el bando de su sustituto. Merced a esta equivocacion, los términos ambiguos de la respuesta recibieron una interpretacion favorable, i se imaginaron poseer en ella un documento irrecusable de que a ninguno se le molestaria por sus procedimientos anteriores. Creyeron que el caudillo español queria realmente correr un velo sobre el pasado, i solo se ocupaba en consolidar por la benignidad el gobierno que habia restablecido por las armas. Estando en esta persuasion, i juzgándose libres de todo peligro,

(1) Manuscritos de la Biblioteca Nacional, Lib. 8 de la coleccion in folio.

no titubearon en abandonar sus escondrijos, i en restituirse a la capital, donde se les permitió vivir tranquilos por algunos dias, entregándose al cuidado de sus intereses personales. Con su vuelta, la ciudad recobró su poblacion, los semblantes su alegría, el comercio su actividad i la sociedad su animacion. Los mismos vencidos alababan la jenerosidad del vencedor, i se aprovechaban del perdon para reparar los descalabros que sus propiedades habian sufrido con los trastornos. En breve la tranquilidad sucedió a la inquietud, i el agradecimiento al temor.

Cuando Ossorio regresó de su rápida espedicion contra los dispersos de Rancagua, pudo conocer en la sinceridad con que se le acogió las simpatías que habia despertado su presunta clemencia. Comenzaba su gobierno bajo los auspicios mas felices. Su nombre inspiraba respeto i amor, dos sentimientos que daban por base a su poder el corazon de sus súbditos. Nada tenia que pedir a la fortuna, que le habia favorecido en sus designios, como a uno de sus hijos predilectos. Invadía a Chile precisamente en los momentos que los patriotas se despedazaban en una guerra fratricida; lo reconquistaba en una sola batalla; a los dos meses i unos cuantos dias despues de su desembarco, espulsaba hasta el último insurgente a las provincias trasandinas; i volvía a rejir un pueblo que habia asombrado con su felicidad i cautivado con su benevolencia.

La fortuna parecia empeñada en aplanarle el camino, i en limpiársele de cuantos estorbos podian embarazar su marcha.

Un raro conjunto de circunstancias exteriores, cuyo conocimiento en el pais coincidía con estos sucesos, contribuía a afianzar la dominacion de los españoles. La restitucion de Fernando VII al trono de sus abuelos, era un motivo poderoso para mantener en la sumision a un pueblo que se habia sublevado a causa de su cautiverio; mientras la caída de Napoleon i la restauracion de los Borbones en Francia quitaban a los sediciosos con la pacificacion de la Europa la esperanza de levantar cabeza, a favor de las revueltas de ultramar.

El interior presentaba un aspecto no ménos lisonjero. Ossorio podia utilizar en su provecho ese cansancio que naturalmente se sigue a las grandes luchas, i que los chilenos comenzaban a experimentar. Estaban fatigados de las agitaciones febriles por las cuales habian pasado, i recordaban no sin sentimiento la calma secular que habian gozado bajo la tutela de la España. No se percibia ningun síntoma de que el sosiego pudiera turbarse. Los hombres de accion, los corifeos que arrastraban al pueblo con el prestigio de su valor o su talento, estaban ausentes. No quedaba en el pais ningun orador que hablara a las masas de libertad, ningun capitan que las condujera al combate. Los tribunales populares como Infante, Argomedo; los escritores como Henriquez, Irisarri; los militares como Carrera i O'Higgins, vagaban en la proscripcion. Los demas patriotas que no habian huido allende la cordillera, eran, salvo raras excepciones, jente timorata, que no se habria atrevido a desobedecer

las órdenes de una autoridad constituida, i mucho ménos, a conjurarse contra ella.

¿Qué necesitaba, pues, Ossorio para granjearse el aprecio de sus súbditos? No hacerles mal, remediar unos pocos abusos i acceder a algunas de sus peticiones, que en nada menoscababan las prerrogativas reales. Vamos a verlo.

Los revolucionarios chilenos podian dividirse en dos categorias muy diversas. Los unos limitaban sus aspiraciones a la consecucion de ciertas alteraciones en el sistema colonial que mejorasen su posicion, tales como la libertad de comercio, la exencion de ciertos impuestos, el ensanche del réjimen municipal etc.; se contentaban con eso, i no querian ir mas allá. Los otros de entendimiento mas despreocupado i de voluntad mas audaz, sostenian que la España jamas consentiria en esas reformas, mientras nos abrumara bajo su yugo. A su juicio, el único medio de alcanzarlas, era arrancarlas por la fuerza, proclamándose independientes. Reconocian en las colonias el derecho de emanciparse, desde que por su ilustracion i recursos podian hacerlo, i juzgaban que esa hora habia sonado para la América. Propalaban sus ideas, i no limitándose a meras palabras, se esforzaban por realizarlas. Pero es preciso advertir que no habian hallado mucho eco entre sus compatriotas. A la jeneralidad, no solo le repugnaba emplear medios violentos para curar los males de que el cuerpo social adolecia, sino que aun no se creia con la facultad de sublevarse. La presentacion de memoriales al Rei le parecia preferible a una insurreccion, que podia acarrearle los mas graves perjuicios. A la vista de su fundamento, el monarca no podia ménos de otorgarle las concesiones que demandaba. Con la paciencia, o mas bien indolencia, contraida en la servidumbre, estaba dispuesta a aguardar tranquila los años mil que los expedientes permanecerian en los archivos de la secretaria, ántes de recibir una respuesta. En una palabra, los patriotas que podriamos llamar *moderados*, ansiaban por reformas, pero deseaban obtenerlas por los trámites legales. No atentaban a ninguno de los pretendidos derechos que el soberano se arrogaba sobre nosotros; no contestaban absolutamente su poder. Pedian, es verdad, mas libertad, mas bienestar, mas justicia, pero siempre bajo su dominio.

Reservado estaba a Ossorio i a Marcó, el probarles con hechos prácticos lo quimérico de sus esperanzas i la razon que asistia a los *exaltados*. Puede decirse sin figura, que los peores enemigos que la España tuvo en su contra, fueron sus propios defensores, quienes trabajaron con sus demasias en insurreccionar a todo el reino. Ellos fueron los que demostraron plenamente que la inauguracion de la nueva era de progresos, por que tanto se anhelaba, era imposible, mientras Chile se llamara una colonia; ellos fueron con sus arbitrariedades, los que cavaron el abismo en que se sepultó la dominacion española; ellos, en fin, los que por sus injusticias i tropelias hicieron convertirse en odio la veneracion que el pueblo profesaba por su Rei. I cuidado, que era necesario

portarse mui torpes, para exasperar a vasallos españoles, a quienes nadie acusará por cierto de demasiado exigentes en materias de gobierno, i que se habrían satisfecho con bien poco. La pluralidad de los ciudadanos que tuvo la desgracia de soportar sus rigores, lo repetimos, no intentaba cortar los vínculos que nos unían a la Metrópoli, sino que se alojaban sus ligaduras, que estaban próximas a sofocarnos. La España era una madrastra, deseaban que fuera nuestra madre. Una separación absoluta no se les pasaba por las mientes. Las inveteradas preocupaciones que se les habían inculcado desde la cuna, paralizaban su arrojo. Las mismas reformas que solicitaban, las imploraban como una limosna, no las exigían como una deuda. El respeto, o mas bien superstición que experimentaban por el Rei, era tan profundo, que una repulsa no lo habria estinguido. La desaprobación de los grandes proyectos ideados por Salas i Egaña, jefes del partido moderado, no habria quebrantado la fidelidad del pueblo, con tal que se hubieran evitado o atenuado ciertos efectos del sistema colonial, que por su injusticia notoria se habían hecho insoportables.

Entre estos abusos, merece notarse en primera linea, como el que mas lastimaba a los colonos, la distinción que se había introducido en el país entre españoles-europeos i españoles-americanos, distinción que la Metrópoli, consecuente a la máxima de dividir para mandar, no solo consentía, sino aun fomentaba. Comúnmente los primeros, sin otro mérito que el haber abierto los ojos en la Península, se arrogaban una superioridad insultante sobre los segundos. Las autoridades, léjos de combatir esa tendencia, contribuían a desarrollarla, concediendo a los peninsulares los empleos honrosos i lucrativos, i distinguiéndolos con toda clase de preeminencias. La vanidad de los criollos sufría dolorosamente con esa preferencia, i había jurado un odio eterno a los españoles, a quienes no designaba, sino con el apodo de *godos* i *sarracenos* para rebajar su orgullo, recordándoles sus bárbaros proenitores. No se necesita ser un político consumado, para conocer que el buen sentido demarcaba a los agentes de la Metrópoli el camino que les convenia seguir. Si hubieran querido demorar la proclamación de la independencia, deberían haber adoptado una política conciliadora, i haberse esforzado por reunir en un solo pueblo a los españoles i a los americanos, imponiéndoles los mismos deberes i concediéndoles los mismos derechos. Alejar siempre a los colonos de los destinos públicos, como ineptos o peligrosos, era descontentar sin motivo a la mayoría de la nación. Para aquietar los ánimos, no había otro medio que gobernar a los unos i a los otros, según unos mismos principios, sin distinciones degradantes para nadie. Continuar dividiendo a los habitantes en dos castas, para la una de las cuales estaban reservados el lucro i los honores, i para la otra la humillación i los gravámenes, era peligroso, cuando se acababa de salir de una revolución. La clase desheredada, cansada de sufrir, podía contarse, i hallándose mas numerosa, arrojar por la fuerza a los nobles de nuevo cuño que la oprimían.

Ossorio no habria estado distante de seguir esa marcha benigna i circunspecta, que el curso de los acontecimientos le indicaba; pero diversos motivos le retrajeron de este propósito. Aunque de pocas ideas, tenia buenos sentimientos. En circunstancias normales, i rodeado de consejeros honrados, habria sido un excelente capitán jeneral; mas en la crisis que atravesaba, no tuvo la enerjia de espíritu necesaria para dominar la situación. El defecto principal de su carácter era la debilidad. Estimulado por el ejemplo de Fernando, que en ese tiempo iniciaba su reinado por las providencias mas despóticas i reaccionarias, obligado por las instrucciones terminantes del virrei de Lima Abascal, excitado por la contagiosa influencia de las atrocidades que los mandatarios españoles, sus colegas, cometian en el resto de la América, no supo resistir a ese cúmulo de causas maléficas, i cayó en un sinnúmero de extravíos. Era simplemente un soldado, que no descollaba por una gran capacidad, i cuya ciencia se reducía, segun se dice, a conocimientos prácticos en la artillería. Estaba habituado a obedecer, sin criticar ni responder, las órdenes del superior, no importa que se le mandara hacer lo contrario de lo que habia ejecutado anteriormente. Habia desembarcado en Chile, con la constitucion de Cádiz en una mano i la espada en la otra, amenazando llevar el país a sangre i fuego, si no se sometía a ese código. Ocurrió que a los pocos días despues de la toma de Rancagua, se supo de una manera auténtica que Fernando habia anulado la constitucion i las cortes que la habian dictado. Ossorio, sin inmutarse por la noticia, publicó con la mayor indiferencia el decreto de la abolicion, i si se lo hubieran exigido, habria combatido sin escrúpulo en contra de la constitucion, asi como habia peleado para imponerla. Con todo, es preciso confesar que se divisa en él cierto fondo de jenerosidad, desconocido en los demas mandones que hacia esta época devastaban las demas secciones americanas. Carecia de esperiencia en el arte de gobernar, i se ensayaba con un pueblo cuya índole no conocía. Su desgracia consistió en haberse dejado dominar por un círculo mezquino de españoles ignorantes, que no aspiraban a otra cosa, que a recobrar sus antiguos privilejios, i que estaban ansiosos de vengar en los vencidos cuatro años de derrotas i abatimiento. Solo i abandonado a los impulsos de su corazón, Ossorio habria hecho quizá bienes al país; instigado i provocado, cometió faltas, que una vez cometidas, le pesaban, i que procuraba enmendar cuando era tarde, porque ya habian producido sus funestos efectos, haciendo derramar torrentes de lágrimas a familias irquientes i desventuradas.

El orijen i tendencias de sus validos saltan a la vista en casi todas sus disposiciones. Estaban dictadas por un sentimiento de desconfianza hacia los americanos, que no la merecian. En ellas, se les trataba como a inferiores, como a sospechosos, como a criminales, por el solo hecho de ser naturales del país. Con semejante sistema, se descontentó a los indiferentes, a quienes se castigó como culpables, i a los mis

mos partidarios del Rei, cuyos servicios se dejaron sin premiar.

Arrastrado por tan fatal influjo, uno de los primeros actos ejecutados por Ossorio en su gobierno, fué una injusticia i una ingratitud. Lleno de consideraciones por los oficiales españoles, i en particular por el cuerpo de Talavera, en el cual creia estribaba todo su poder, como compuesto que estaba de europeos, accedió a sus infundadas pretensiones de que se les pagase por el reglamento de Lima, en contravencion flagrante con las leyes que ordenaban no se asignasen los sueldos, sino en conformidad al arancel fijado de antemano para cada comarca. Nada mas fácil de comprender que la razon de esta disposicion; arreglaba la paga a los costos de la subsistencia en cada pais. El sueldo correspondiente en el Perú podia ser, i era en realidad, exorbitante entre nosotros. Los gastos indispensables para la vida son comparativamente menores aqui, que allá, por la abundancia i baratura de nuestras producciones. Abonar a los Talaveras el exceso que reclamaban, era darles una gratificacion que no se les debia; pues no eran ni extranjeros ni aliados con una contrata especial, sino una guarnicion que el monarca castellano mandaba a uno de sus dominios, para mantenerlo en la obediencia, i cuyo sueldo tenia determinado en una de sus cédulas. Cediendo a sus exigencias, Ossorio no hacia mas que atropellar las leyes, i disgustar en extremo i con sobrado motivo, a la tropa americana, que tenia mejores titulos a la estimacion de la corona, que los mismos peninsulares. Ella habia manifestado su valor en los combates; habia permanecido fiel despues de los reveses, sostenido un sitio memorable detras de las murallas de Chillan, i peleado en fin contra sus propios hermanos. (1) La equidad exijia que terminada la guerra i llegado el dia de la reparticion de los despojos, suyas fuesen la parte principal en el botin i las recompensas mas gloriosas. Sucedió todo lo contrario. Con un dolor concentrado vieron que el gobierno defraudaba sus lejitimas esperanzas, i que pasado el peligro, menospreciaba sus servicios, adjudicando a recién-venidos, que no habian visto mas que una vez la cara al enemigo, la honra i el provecho que a ellos correspondia.

Su rabia fue tanto mas profunda, cuanto que muchos quedaban arruinados a consecuencia de la revolucion. Los artesanos habian dejado sus talleres, los labradores sus campos i los propietarios sus fundos, para correr a las filas adonde se les llamaba en nombre de la fidelidad. Por la ausencia, sus fortunas habian sufrido desfalcos considerables, que aguardaban se les resarciesen en la victoria. Su desengaño fue cruel. La remuneracion que recibian, era el despego, el desden. Con el nuevo arreglo de sueldos, los soldados veteranos, que habian batallado desde 1813, no eran pagados siquiera como milicianos acuartelados, i un afle-

(1) Ballesteros, Revista de la Guerra de la Independencia.

rez de Talavera ganaba cinco pesos mas que un coronel americano. (1) La conducta reprehensible del gobierno se agravó por una circunstancia especial. Desde tiempo atras, la trapa no recibia mas que una corta cantidad a cuenta de su prest. Ossorio, a su desembarco en Concepcion, no habia podido saldarles los atrasados; pues por la escasez de numerario no traia de Lima mas que 50000 pesos en efectivo. Todo el tesoro que conducia consigo, se componia de una gran cantidad de mazos de tabaco i sacos de azúcar, que vendia por cuenta de la Hacienda Nacional, para atender a la subsistencia del ejército. Como los soldados nada habian recibido, estaban en la desnudez i miseria, cuando se puso a su frente; de manera que la Comisaria tuvo que gastar la plata existente en cajas para vestirlos i alimentarlos. Pues bien, al tiempo del ajuste, se les cargó a precios exorbitantes los vestidos de paño burdo fabricado en el país de que se les habia hecho uniforme, i la escasa comida que les habian proporcionado en el campamento, concluyendo por no abonarles sus alcances, a pesar de haberse colectado una contribucion con el objeto de proveer a las necesidades militares, i de haberse quitado treinta i nueve zurrones de plata i oro a los fujitivos de Rancagua.

El gobierno español no solo se comportó ingrato e injusto, sino aun bárbaro. Cuando se le presentó la lista de los chilotes i valdivianos que habian quedado inutilizados para la milicia, miró el asunto con la mayor indiferencia, i permitió que 200 de estos infelices regresasen a su provincia como Dios les ayudase, sin empleos, sin sueldos vencidos, sin una miserable asignacion de inválidos, i viéndose en la precision de pedir limosna para sustentarse. Este destacamento de viejos soldados convertidos en pordioseros, porque la guerra los habia imposibilitado para el trabajo, arrebatándoles sus miembros, hacia palpables al pueblo las funestas consecuencias del sistema colonial, i lo retraia de abanderizarse en un partido que arrojaba a puntapiés, luego que no le servian, a sus mas adictos defensores.

El descontento ocasionado por estos desafueros, se acrecentó por otra

(1) Copiamos de un Opúsculo titulado, *Carta de un sacerdote en el Perú a su hermano en Jesu-Cristo don Cayetano Requena*, la siguiente tarifa que asegura haber sacado de las listas de revista, que se hallaban en la Tesoreria i Contaduría Mayor.

	<i>Sueldos de los Talaveras.</i>	<i>Sueldos de los Americanos.</i>
Coronel . . . . .	250 . . . . .	50
Teniente Coronel. . . . .	183 . . . . .	45
Sarjento Mayor . . . . .	130 . . . . .	40
Capitan. . . . .	85 . . . . .	35
Ayudante Mayor. . . . .	75 . . . . .	30
Teniente . . . . .	65 . . . . .	25
Alferez . . . . .	55 . . . . .	20
Capellan . . . . .	45 . . . . .	20
Cirujano . . . . .	45 . . . . .	20

disposicion que vino a poner en transparencia, que el gobierno abrigaba prevenciones contra los americanos, i que tenia el ánimo deliberado de apocarlos, despojándolos hasta de aquellas dignidades que habian conquistado a costa de su sangre. Tal fue la abolicion que se hizo de los grados que el brigadier Pareja i el coronel Sanchez habian conferido. Es cierto que este último habia andado tal vez demasiado profuso en sus gracias; pero las apuradas circunstancias en que se halló, i el brillante éxito que con ellas alcanzó, disculpan su prodigalidad. Cuando estuvo acorralado en Chillan, el único medio que se le ocurrió, para impedir que las tropas desampararan sus banderas, fué el multiplicar los ascensos entre sus subalternos. Esta operacion la ejecutó no sin discernimiento. Los titulos que concedió, recayeron jeneralmente sobre aquellos oficiales que se habian distinguido por un acendrado valor i una fidelidad acrisolada, incluyendo en esta clase a un gran número de chilenos. Las promociones que se habian efectuado en los hijos del pais, alarmaron al virrei, que encargó a Ossorio en una de las cláusulas de sus instrucciones, que *anulase los grados concedidos por sus antecesores que no tuviesen su aprobacion*; pero calculando siempre con su acostumbrada astucia la tremenda griteria que aquella suspension iba a producir entre los agraciados, le prevenia que *por no desatrarlos ni ocasionar su disgusto, que en las actuales circunstancias podia acarrear malas consecuencias, se les conservasen sus divisas sin hablar del asunto*, informándose, si, reservadamente i con mucha sagacidad, de los que las hubiesen merecido, para ponerlo en su conocimiento, aunque él mismo confiesa que todos *se han portado con valor*. (1) Nada tendríamos que reprochar al marques de la Concordia, si hubiese pedido estos datos para ajustar a ellos su conducta. Espeler del ejército a los oficiales inaptos, discolos o cobardes para reemplazarlos por otros instruidos, sumisos i arrojados, era una medida aconsejada por la prudencia, i que estaríamos dispuestos a elojiar; mas no era ese el móvil que le guiaba. El objeto que con ella se proponia conseguir, era quitar a los americanos el mando de los batallones. El peligro remoto de que arrastrados por el amor a la patria, usasen del influjo que su rango les daba sobre los soldados, para sublevarlos i proclamarse independientes, motivaba aquel galardón inaudito de premiar a la oficialidad al dia siguiente de una victoria con una rebaja jeneral. Ossorio cumplió con sus instrucciones, enviando a Abascal una lista de las personas que eran acreedoras al puesto que ocupaban, sea por el coraje que habian desplegado en el campo de batalla, sea por la disciplina que mantenian en sus cuerpos; pero los españoles casi solos recibieron la confirmacion de sus despachos. La mayor parte de las recomendaciones de Ossorio relativas a los colonos, fueron desatendidas, i sus peticiones desechadas.

Si los realistas dictaban providencias tan injustas respecto del ejército

(1) Instrucciones dadas a Ossorio, artículos 17 i 20.

que estaban interesados en mantener contento, en medio de un pueblo recién salido de una revolución, i cuando el enemigo se organizaba al otro lado de los Andes, es fácil concebir que ejercitarían su saña sobre todo contra las personas tildadas de patriotismo que habían cometido la imprudencia de quedarse en Chile, i estas no eran pocas. La emigración se había compuesto en especial de los militares i de los individuos que se habían declarado francamente por la independencia; pero aquellos que habían representado un rol pacífico en los sucesos anteriores, miembros de los Congresos i de las Juntas, culpables de insurrección sólo en el pensamiento i la intención, esos habían permanecido tranquilos en sus casas, o cuando más, al llegar Ossorio, se habían retirado a sus quintas, creyéndose escudados con el barniz de legalidad bajo el cual habían ocultado sus verdaderos designios. En efecto, la táctica que habían observado en los acontecimientos pasados, era admirable por la cautela; su disimulo había sido profundo. Jamás habían dado un paso hacia adelante, sin inspeccionar el terreno donde iban a colocar la planta, para dejarse espedita la retirada. Desconfiando siempre del porvenir, para cada uno de sus actos públicos tenían preparada una respuesta. No habían contribuido a erijir una especie de gobierno independiente, sino para proteger el reino de las invasiones extranjeras, i obligados por la horfandad de la Metrópoli. Habían imitado estas medidas mismas de la España, cuyas autoridades les habían dado su aprobación. En las constituciones i reglamentos, siempre se había proclamado en alguno de los artículos a Fernando VII como el lejítimo soberano, no importa que los demás estuviesen en abierta contradicción con esa soberanía. Por último, cuando se veían en apuros para conciliar ciertas determinaciones con su pretendida fidelidad, las cargaban en la cuenta de los *tres hermanos* que dueños de las armas, los habían compelido a obrar contra su voluntad. Por ejemplo, si se habían paseado con la escarapela tricolor; si habían franqueado sus caudales contra el ejército realista; si no habían renunciado las comisiones que los Carreras les habían encomendado, era porque esos *tiranos*, que estaban apoyados en las bayonetas, no entendían de que se burlaran sus órdenes, como podían testificarlo, los mismos palaciegos de Ossorio, los cuales a pesar de su decantado afecto por la España, se habían visto también en la precisión de sofocar su indignación, i prestarse a semejantes manejos, a trueque de evitar mayores males. Si algunos pecados de desobediencia podían imputárseles todavía, los juzgaban cancelados en el convenio de Lircái.

Estando salvadas las apariencias ¿quién sería el osado que se atrevería a escudriñar los secretos de su conciencia? Lo que en realidad habían pensado en sus adentros sobre la libertad de América, era un misterio entre ellos i Dios, que la vara del juez no podía sondear. Así se imaginaban tan libres de toda persecución ulterior, que hasta los que habían huido a los campos a la aproximación de los vencedores, se restituyeron a la ciudad a los pocos días, temiendo que su ausencia se

notara como una falta de sumision. En ella vivieron cerca de un mes sin que nadie los inquietase, estimándose seguros de todo riesgo, en vista de los bandos i proclamas de Ossorio, que, segun la intelijencia que les daban, prometian perdon i olvido del pasado. El primer motivo de sobresalto que vino a turbarlos, fue la publicacion de dos decretos expedidos en España por la abolida Rejencia i las Cortes, en los cuales se deponia a los que habian tenido empleos durante la invasion de los franceses, se inhabilitaba a sus secuaces para obtener gracias i mercedes en lo sucesivo, i se les privaba de voto en las elecciones, a ménos que justificasen su proceder ante el Ayuntamiento de los pueblos en que residian, sin que estas disposiciones estorbaran la formacion de causa a los que lo hubieran merecido. ¿Qué significaba la publicacion de semejantes decretos en Chile, donde no habia habido invasion de franceses? ¿Se querian por ventura hacer estensivos a los que hubiesen admitido cargos públicos durante la revolucion chilena? Si así era, eso probaba que la lenidad con que hasta entónces se les habia tratado, era finjida, i que el gobierno albergaba miras hostiles contra sus personas. Mas como les era tan dulce permanecer en la ilusion de que en nada se les molestaria, se calmaron pronto, lisonjeándose con que habrian sido comunicados a la América por rutina, i para aplicarse en caso de que alguna de las colonias fuese invadida por un ejército extranjero. Sin embargo, por lo que pudiera suceder, se prepararon a vindicarse del mejor modo posible, valiéndose del plan de defensa que tenian meditado.

Los infortunados ignoraban que el trabajo que se tomaban era inútil, i que su suerte estaba fijada de antemano. El virrei Abascal los habia tenido mui presentes en las instrucciones en que habia demarcado a Ossorio, paso a paso, su marcha gubernamental. En ellas le decia: «Si la toma de la capital fuese a discrecion, o que la estipulacion para entregarla dé lugar a ello, sin faltar en nada a lo que se hubiese prometido, se pondrán en segura prision a los cómplices que hayan tomado parte en la primera revolucion, o en la continuacion de ella, como motores o cabezas, i así mismo a los miembros del gobierno revolucionario; los cuales se enviarán a Juan Fernandez, hasta que formada la correspondiente sumaria, se les juzgue segun las leyes, con lo cual se quita el recelo de que puedan volver a conspirar;» i añade, «que haga ejecutar lo mismo en todo el reino.» (6)

Este artículo se cumplió con una latitud i rigorismo excesivos; pues por motores de la revolucion se entendió no solo los directores de ella, sino aun los agentes secundarios, i aquellos ciudadanos que nunca hacen otra cosa que seguir dócilmente el movimiento impreso a la sociedad. Repentinamente, i sin que precediese ninguna novedad, se apresó en sus casas en las noches del 7, 8 i 9 de Noviembre a los sujetos mas respetables de Santiago por sus luces, dignidad i riqueza; se les ence-

(6) Instrucciones dadas a Ossorio, artículos 13 i 14.

rró en las cárceles i cuarteles; i se sorprendieron sus escritorios i gabinetes mas recónditos, para examinar sus papeles. Los detenidos quedaron en los calabozos, sin que se les notificase el motivo de su arresto, sumergidos en una consternacion indecible. El golpe inopinado que habian recibido, asustaba su espíritu, i les inspiraba siniestros presentimientos. La incertidumbre en que se les mantenía sobre la suerte que se les preparaba, aumentaba las congojas que naturalmente ocasiona una prision. El día lo pasaron haciendo mil conjeturas sobre el resultado probable de este odioso atentado, i la noche soñando con degüellos i patibulos. Bien pronto supieron con fijeza cuál era el destino que les estaba reservado. Despuntaba apenas el alba, cuando el ruido de las culatas de los fusiles, que resonaban sobre el pavimento, i el rechinar de las cerraduras i cerrojos que se corrían con estrépito, les hicieron despertar sobresaltados. Los carceleros que abrían sus puertas, les ordenaron con voz bronca e imperiosa que se vistieran precipitadamente, i salieran al patio de la prision. Cuando estuvieron allí reunidos, fueron colocados entre dos filas de soldados, que silenciosos i con bala en boca, los condujeron a la plaza principal, lugar destinado a los suplicios, i en cuyo centro se alzaba la picota. Pensaron que su última hora habia sonado, i estos temores cobraron una nueva fuerza con la presencia de los zapadores de Talavera, ejecutores ordinarios de la pena de muerte, que custodiaban aquel sitio; pero estos no hicieron mas que entregarlos a un escuadron de caballería, encargándole en alta voz que los matasen a balazos, si intentaban escaparse. (1) En seguida los obligaron a montar en caballos maltratados, sin avios, sin estribos, algunos sin freno, i se les trasportó a Valparaiso en la mas completa destitucion, forzándoles a hacer en dos días, i con un solo abrazador, un viaje de treinta leguas. Se les trató en el camino con ultrajes tales, que no los habrian merecido los mayores facinerosos, sin atender a la avanzada edad de los unos, ni a la quebrantada salud de los otros. La desgracia de estos hombres beneméritos habria arrancado lágrimas de compasion a los corazones mas insensibles. Marchaban al destierro entre privaciones i denuestos que les eran tanto mas dolorosos, cuanto que estaban habituados a la vida regalona que gozaban en el seno de sus familias, i a las consideraciones que les granjeaba su posicion social. A las torturas físicas i morales que los conductores les hacían padecer personalmente con sus demasías, se agregaba la afliccion de dejar a sus esposas e hijos, espuestos a las vejaciones del despotismo i a los horrores de la indijencia, pues sus bienes les habian sido secuestrados.

En esta forma, i con la repeticion de los mismos agravios, fueron conducidos a Valparaiso, en varias partidas, todos los presos de Santiago.

A medida que iban llegando, se les sepultaba junto con los demas en

(1) Egaña, el Chileno consolado en los Presidios.

el fondo de la cubierta *Sebastiana*, ni mas ni ménos, como amontonaban en los buques negreros a los esclavos africanos. A treinta i dos ascendía el número de las víctimas que se encerraron a un mismo tiempo en aquel estrecho agujero, i entre ellas se contaban algunos de los próceres mas ilustres de la república. El recelo de que aprovechándose de su número, asaltarán la tripulacion i lograran evadirse, fué causa de que se les oprimiera con una dureza sin ejemplo. Se les arrojó revueltos en la sentina de la nave, sin luz, sin aire, con escasos alimentos; i se colocaron centinelas en las escotillas, con órden de hacer fuego sobre el primero que asomase la cabeza. La sofocacion producida por la reunion de tantos cuerpos, la acumulacion de las inmundicias i los ardores de la estacion habrian concluido con estos infelices, si no se les hubiera suministrado aire artificialmente por una manguera. La comida se les tasó con la misma parsimonia. La postura invariable a que los condenaba la estrechez del local, era intolerable. La poca altura del techo no les permitia ponerse en pié, ni la corta estension de la cámara, estirar sus fatigados miembros. La *Sebastiana* que ocultaba dentro de sus tablas esta escena lastimera, permanecié anclada en el puerto durante algunos dias, hasta completar su triste cargamento. Cuando ya no cabían mas, se hizo a la vela para Juan Fernandez, donde arribó despues de ocho de navegacion. Los desventurados patriotas salieron entonces de su infecta sepultura, para desembarcar en un árido peñasco, teniendo a cuestras una acusacion de alta traicion, i en perspectiva una sentencia de muerte, si se les declaraba culpables. Porque es preciso no olvidarlo, en Santiago quedaban enjuiciándolos, segun las órdenes superiores venidas del Perú. El virrei de Lima habia tenido la peregrina idea de que se les remitiera a la isla, para que en seguida se les juzgara con arreglo a las leyes; lo que era comenzar conculcando todas las formas protectoras de la libertad i de la justicia. Las leyes que se invocaban, disponen que se cite i emplaze a los ausentes, a los prófugos i a los contumaces, aunque sea por pura fórmula, para que concurran a defenderse; pero la estraña jurisprudencia de Abascal ordenaba que a reos presentes i que no rehusaban el juicio, se les consignara en un punto situado a 120 leguas de la costa, desde donde les era imposible responder a los cargos que se les hicieran. Para colmo de tropelias, el lugar a que se les destinaba, era un horroroso presidio. Asi el proceso se iniciaba por el castigo de los acusados, entre los cuales debia suponerse que muchos, ya que no todos, quedarian absueltos, puesto que su crimen no estaba aun probado. La conciencia de los chilenos protestó a gritos contra la barbaridad de inflijir una pena; i qué pena! un destierro perpetuo, a simples prevenidos sobre quienes no pesaba todavia una condenacion; pues no equivalia a otra cosa arrojarlos en una roca desierta, que rodeaba el océano por todos lados, que casi nunca se comunicaba con el continente, i decirles hipócritamente que se defendieran, cuando se les ponía en la imposibilidad fisica de proporcionarse

los documentos indispensables para su vindicacion. Pero ¿qué importaban a los realistas los sufrimientos de estos ciudadanos honrados i pacíficos? Había contra ellos presunciones de infidencia, i eso bastaba para que en lugar de jueces, se les dieran carceleros.

El visir del Perú encontró en Ossorio un digno ejecutor de tales mandatos; pues este olvidando que los hombres están espuestos a errores frecuentes e inevitables, barrió con cuantos individuos se le denunciaron como patriotas, i los envió todos a Juan Fernandez, sin preguntarles sus nombres, sin indagar la verdad de sus delitos, sin pensar siquiera que podía haber recibido informes falsos con respecto a muchos.

La inmensa distancia a que se llevó a los reos, de la capital donde se les iba a sentenciar, llenó de entorpecimientos la sustanciacion de sus causas, la cual se resintió siempre de las irregularidades que se habian cometido en su formacion. Ella se redujo a encuadernar todos los papeles impresos o manuscritos, concernientes a política, aparecidos durante la época de la revolucion, i a ponerles una carátula en la que se leía el nombre o nombres de las personas que los firmaban. Estos legajos fueron la cabeza del proceso. Se tomaron despues algunas declaraciones sobre la participacion de los confinados en los sucesos acaecidos desde 1810 para adelante, i hecho esto, se encontraron los tribunales con que no podian proseguir en sus averiguaciones ¿Cómo interrogar a delinquentes de que estaban separados por el mar? ¿Cómo carearlos con los testigos? I los encausados a su turno ¿cómo podrian preparar sus defensas en una playa abandonada? ¿De dónde sacarían abogados? ¿Cómo seguirían la marcha del proceso para hacer los recursos que creyeran convenientes? ¿Qué se les contestaría, cuando se quejaran de no poder hallar en aquella soledad pruebas con que satisfacer a las acriminaciones que se les dirijian? Condenarlos a todos en masa sin oírlos, era monstruoso, inaudito. Transportarse a la isla con la lejion de testigos i la coleccion de papeles que requería una cuestion en que estaba complicada una infinidad de sujetos, era dificultosísimo, talvez interminable por los reparos que los reos habrian interpuesto.

La Real Audiencia que tocó todos estos inconvenientes, i ademas otros muchos, que se dejan fácilmente comprender, fué de opinion, a propuesta del oidor Caspe, que se sobreyera en este desagradable asunto, que contristaba a tantas familias. Los obstáculos que palpaba, le parecían insuperables, i sin salida el atolladero en que se habian metido. Segun su dictámen, las dificultades insolubles con que se tropezaba, no tendrían conclusion, si no se cortaban las dilijencias en el estado en que se hallaban. Sus temores se realizaron, i en 1816 los procedimientos estaban tan poco avanzados como en 1814, cuando se principiaron. En Febrero de ese mismo año Marcó tuvo que nombrar una comision de cinco letrados i un fiscal, «a fin de que no padecieran demora ni se entorpecieran las causas de infidencia ya iniciadas, ni las que en lo sucesivo se formaran.» Ya sin decir que la comision no adelantó en nada la

resolución de este negocio, i que durante estas dilaciones, los supuestos criminales estaban soportando tormentos inespresables. Se necesitó la jornada de Chacabuco para finalizar este infando proceso, que la tiranía habia levantado a la mitad de todo un pueblo.

Estando fujitivos los campeones de la independendencia, i desterrados o presos sus adeptos, la prudencia dictaba a Ossorio que dejara en paz al resto del pais, que se encorvaba sumiso bajo su voluntad. Lo que a él le importaba, era que los chilenos recuperaran esa apatía, esa inmovilidad a que la *Metrópoli* los tenia acostumbrados. El sistema de opresion que principiaba a plantear, era el ménos adecuado para conseguirlo. La mayoría de la nacion amaba en el fondo al rei Fernando, que por su juventud i desgracias se habia captado sus simpatías. Molestarla por las convulsiones antecedentes, no podia producir otro fruto, que cambiar ese amor en aversion por el monarca en cuyo nombre se la vejaba. En la insurreccion precedente habia pretendido la estirpacion de ciertos abusos incompatibles con los progresos de la civilizacion, ántes que una ruptura completa con la España. La idea de libertad absoluta solo habia estado en la cabeza de unos cuantos varones esclarecidos, que no habian querido desperdiciar aquella oportunidad que se les ofrecia, para destrozr las cadenas del coloniaje, i habian arrastrado a la muchedumbre mas bien por el ascendiente de su ejemplo que por convencimiento propio. Hasta esta época, el rol de la jeneralidad se habia asemejado al papel de la comparsa en un teatro; pero era necesario tratarla con induljencia i tino, si no se queria que el rigor mal aplicado i nuevas trabas agregadas a las existentes, la convirtiesen en el protagonista del drama. Exijirle una cuenta estrecha de su comportamiento anterior i castigarla por él, era enajenársela sin remedio.

Ossorio no comprendió la situacion, i se empeñó en perseguir a todos los que habian compuesto o reconocido las Juntas Nacionales, que se habian sucedido desde el 18 de setiembre de 1810, a los elejidos como a los electores, sin fijarse en que muchos de entre esos eran buenos i leales vasallos, que jamas habian tenido el pensamiento de rebelarse. Se encarnizó contra todos aquellos a quienes se daba el ominoso dictado de *insurjentes*, i los trató con tanto rigor, como el que Fernando desplegaba contra los *afrancesados* en España. A fin de reconocerlos, i de que ninguno se escapase a la pena que le preparaba, estableció el tribunal llamado de *infidencia*, ante el cual cada individuo debia hacer la confesion jeneral de su conducta pasada, para sincerarse de haber coadyuvado a la revolucion. Los vencedores se erijian por este medio en jueces de los vencidos, i calificaban a su antojo de reprobables las acciones mas inocentes, las palabras mas insignificantes, los pensamientos aun. Este tribunal no apoyaba sus decisiones en ninguna lei, i estando vivos los rencores excitados por una lucha prolongada, abria ancha puerta a las venganzas privadas, que encontraban aquí un modo fácil i seguro de satisfacerse. Como casi todos los sujetos acomodados ha-

bian intervenido, quién mas, quién ménos, en los negocios políticos, nadie quedó libre de ser interrogado, i por consiguiente, de ser remitido el día ménos pensado a Juan Fernandez. Se concibe fácilmente, sin que nos detengamos en pintarlo, el desaliento profundo, la postracion inmensa, en que se sumieron los habitantes con esa acusacion siempre pendiente sobre ellos, i que de un momento a otro podia arrebatárles su fortuna, su libertad, su existencia.

Ya que el gobierno español no buscaba un sosten en la fuerza armada, que disgustaba con su sistema de favoritismo; ya que suscitaba contra sí un odio a muerte de parte de las familias aristocráticas con destierros i estorsiones, parece que debia haberse apoyado en las masas populares i haber esplotado en su favor la idolatría por el Rei en que las tenian imbuidas la ignorancia i la costumbre. Pero como si sus mayores enemigos hubieran tomado asiento en su consejo, lójos de procurar ganarse su cariño, empezó a dictar las providencias mas desacertadas i propias para agriar el corazon de los chilenos, ya predispuestos en su contra. Hizo publicar por bando que ninguna persona fuese pobre o rico, hombre o mujer, noble o plebeyo, pudiera moverse a seis leguas de su residencia, sin el correspondiente pasaporte, so pena de ser inmediatamente arrestado. (1) Esta pension, insólita en el reino, i que embarazaba la circulacion en un pais cuyos moradores por su industria principal, la agricultura, están precisados a continuas andanzas, era sumamente impolítica; porque ponía al gobierno en entredicho especialmente con los campesinos, que habituados desde tiempo inmemorial a transitar sin impedimento de un extremo a otro del territorio, no vieron en ella, mas que un espediente fiscal, puesto en práctica por los jefes militares i políticos, para estafarles su dinero; i en obsequio de la verdad, confesáremos que sus sospechas no andaban descaminadas.

En esta institucion de los pasaportes se trasluce a las claras cuál era la corrupcion e improbidad de los empleados que componian el personal de la administracion española. Habia leyes espresas que les prohibian percibir una paga por dar su pase a los individuos que los sollicitaran. Pero los préceptos de la lei eran un freno tan débil para contenerlos, cuando de su infraccion les resultaba algun provecho, que casi todos los jefes militares i políticos convirtieron esa medida de policia i vijilancia, en una fuente de ingresos para su bolsillo. Las fuertes reconvencciones, que subsisten todavia, dirigidas al gobernador de Valparaiso, para que se abstenga de cobrar una imposicion a la cual no tiene derecho, nos hacen colejir que en las otras demarcaciones territoriales, mas distantes del gobierno central i ménos sujetas a su inspeccion, este latrocinio debia ser mas descarado, i la concesion de pasaportes debia dejar una pingüe renta en manos de los encargados de distribuirlos. (2)

(1) Bando de 8 de Noviembre de 1814.

(2) He aquí una de las notas sobre la materia que se encuentran en el Archivo del

El aborrecimiento que Ossorio se habia concitado en todas las clases sociales, fué robusteciéndose mas, al paso que iba reconstruyendo pieza a pieza el bárbaro sistema con que la España rejía a sus colonias, i que los independentes habian derribado en los cuatro años que habian permanecido al frente del Estado, para sentar sobre sus ruinas las bases de un órden nuevo. La necesidad en que se habian hallado los innovadores de poner al pueblo a su devocion, con beneficios que le probaran materialmente la justicia de su causa, tanto como la enerjia de sus propias convicciones, habian sido dos estímulos poderosísimos para que contra viento i marea llevasen a cabo tan árdua, como difícil empresa. Las reformas que habian operado durante esos cuatro años, habian sido radicales, numerosas, i todas de utilidad incuestionable para las clases inferiores. Habian abolido los derechos parroquiales, i dotado a los curas del erario nacional, lo que les atraia las bendiciones del pobre que no se sentia agobiado en los actos mas importantes de la vida, por el desembolso de onerosas contribuciones; habian decretado la libertad del comercio, i abierto nuestros puertos a las ideas i a los artefactos de los estranjeros; habian protegido la industria nacional, i destruido el monopolio que la maniataba; habian emancipado a los esclavos, i prohibido su introduccion en el pais; habian ensanchado el círculo de la instruccion pública, fundando el Instituto Nacional; habian proclamado la igualdad de los indijenas, i abolido el tributo que se les obligaba a pagar desde los tiempos de la conquista; i habian en fin promulgado a este tenor otra multitud de leyes, todas conducentes al desarrollo moral i material de nuestra sociedad. Unas cuantas plumadas bastaron a Ossorio para dar al traste con esa grandiosa obra, que tantos estudios, sacrificios i combates habia costado a sus fundadores el realizar. Sin otra razon que el haber sido ideados por los revolucionarios, una serie de decretos vino a echar por tierra esos bellos monumentos que consagran el nombre de sus autores a la gratitud de la posteridad. Con lijeros intervalos, restableció Ossorio los emolumentos de los párrocos, considerando su supresion como herética i contraria a los Concilios i Reales-Cédulas; puso en vigor con la mayor estrictez las leyes relativas al estanco; volvió a levantar esa muralla de la China con que la Metrópoli cercaba nuestras costas, aislándonos del resto del mundo; restableció la esclavitud; cerró el Instituto Nacional; i destruyó en suma cuanto bueno i útil encontró, aun cuando no perjudicaba a su partido, solo porque traia su origen de los insurjentes.

Ministerio del Interior: «Aunque hace mucho tiempo que oigo las quejas del público por la contribucion que hace U. exigir por pasaportes, habia suspendido disponer su reforma, presumiendo fuese bastante la moderacion que advertí por la mía de 4 de Junio último; pero repitiéndose continuamente aquellos reclamos, me es indispensable prevenir que se suspenda toda contribucion por ese motivo, dándose los pasaportes grátis, cuyo poco costo no induce una indemnizacion semejante, mayormente siendo la dotacion de ese gobierno proporcionada para sus gastos de oficio. Dios guarde a U. muchos años. 16 de Agosto de 1816. Francisco Marcó del Pont.—Al Gobernador de Valparaiso.»

Estos decretos, que no eran mas que el preludio de otros mas despóticos, multiplicaron contra los realistas los motivos de un odio que un atentado horrible vino a exacerbar.

La cárcel de Santiago estaba atestada de prisioneros. (1) Habia algunos por delitos comunes, muchos por razones políticas. Todos los magnates tildados de patriotismo habian sido confinados, como lo hemos referido, a la isla de Juan Fernandez; pero los individuos de inferior categoria, los agentes subalternos, aquellos cuyo rango no valia la pena de que se les costease el pasaje, habian quedado olvidados en el fondo de las prisiones de la capital. Los calabozos no habian alcanzado para encerrarlos de uno en uno; mas como no se les prestaba mucha atencion, habian tomado el partido de amontonarlos en las celdas, i de meter en cada una cuantos cabian.

En uno de los cuartos del segundo piso, se habia acomodado hasta a seis u ocho detenidos. Estos infelices, a mas de las molestias que siempre acompañan a la pérdida de la libertad, tenian que soportar las angustias de una estrema pobreza. Bastaba arrojar una mirada en el interior de aquel inundo i desmantelado alojamiento, para distinguir al momento signos inequívocos de la última miseria. Uno solo de sus moradores poseia una cama; los demas dormian sobre sucios pellejos, sin mas cobertura que una manta. Sin embargo no se dejaban abatir por sus infortunios, i buscaban como rechazar, en cuanto estaba de su parte, la tristeza que a veces les asaltaba. Se divertian en componer décimas i en hablar de política; jaraneaban con los soldados de la guardia, que habiendo encontrado en ellos alegres compañeros, habian clejido aquel aposento para sus francachelas, i conversaban largo con las visitas que a toda hora se les permitia recibir de afuera. El sarjento, jefe del destacamento, que por un extraño abuso era tambien el encargado de las llaves, a fuer de buen camarada, no rehusaba casi nunca licencia para verlos, a los amigos o amigas que la solicitaban. De este modo, estaban mui al cabo de cuanto pasaba en la ciudad, i habian tenido conocimiento de la irritacion concentrada, pero ardiente, que habian suscitado el despotismo i demasias del gobierno. Habian comentado, indignándose como los demas por semejantes tropelias, la parcialidad de Ossorio por los españoles, su altanero desprecio por los chilenos, la relegacion a una isla desierta de tantos patricios, que se habian habituado a considerar inviolables, el secuestro de sus bienes, que sumerjia en la indijencia a familias poco ántes opulentas, las estorsiones de los pasaportes, el restablecimiento de la contribucion parroquial, que con tanto pesar pagaba el pobre.

Al mismo tiempo que maldecian estas tiranías, se lisonjaban con su

(1) Todos los pormenores de la relacion que va a leerse constan del proceso que levantaron los mismos españoles. No hemos avanzado nada que no pueda testificarse con algunos de sus documentos, que hemos extractado escrupulosamente.

pronto castigo. Ellos i sus visitantes eran hombres del pueblo; i bien habrá podido observarse que las masas, con una fe admirable en la Providencia, nunca se persuaden que será largo el reinado de la injusticia i la maldad. En esa época apénas si San Martín principiaba a madurar en su pensamiento el plan de la restauracion de Chile; i ya en Santiago, en las clases inferiores, se le suponía al frente de un brillante ejército, próximo a atravesar los Andes. En el calabozo de que hablamos lo mismo que en las últimas capas de la sociedad, se apresuraba la marcha de la invasion, se le allanaba el camino de todos los obstáculos i se le otorgaba la victoria, como que no les costaba sino abandonarse en alas de la imaginacion. Lo que hai de notable, es que los mismos soldados que los custodiaban, seguian frecuentemente a los presos en sus incursiones quiméricas, i participaban de sus ilusiones. Al avanzar este aserto, no queremos por cierto hablar de los Talaveras; pero si de los americanos que alternaban con ellos para montar la guardia. Estos abrigan contra los mandatarios un odio rencoroso, que no se cuidaban de ocultar en sus confidencias con los presos. Se quejaban con amargura de lo mal recompensados que habian sido sus servicios, de lo poco corriente de la paga, de como recién-venidos eran tratados con las consideraciones que a ellos les correspondian, de la desconfianza que se les manifestaba, no repartiéndoles cartuchos, como a los europeos. Aseguraban que estaban dispuestos a todo, ántes que a oponerse a la expedicion de San Martín. Bien se echa de ver que eran estas, hablurías sin ninguna consecuencia seria; los rigores de la disciplina i el hábito de una obediencia pasiva ahogan por lo jeneral los propósitos de esta especie en el corazón de los militares. Una vez colocados al frente del enemigo, aun cuando ese enemigo venga a combatir por su propia causa, es raro que no le resistan, i que no peleen hasta morir, si es preciso. Mas los individuos de que tratamos, tenian demasiado candor, i ninguna experiencia de los negocios políticos, para que no les tomasen la palabra. Los oian espresarse con el tono de la sinceridad, los veian entregar un secreto de que dependia su vida con todo el abandono de la buena fe i sin ninguna doblez; prestaban crédito a sus expansiones voluntarias; nada mas natural; se equivocaban únicamente en esperar que cumplirian lo que decian, i que llegado el momento, tendrian el arrojo de sus convicciones.

Todos estos cálculos de los presos, todas estas maledicencias de los soldados contra sus jefes, eran simples temas de conversacion, puros motivos de charla, para engañar el tiempo i abuyentar el fastidio, ese huesped inevitable de los calabozos. A ninguno se le habia pasado por las mientes maquinan un complot contra el órden de cosas existente. Pobres desvalidos como eran, se abandonaban con complacencia a esos sueños alegres, porque la emancipacion de la Patria estaba ligada a su propia libertad. Los opresores de Chile eran tambien los suyos, sus carceleros, sus jueces. Si los godos sucumbian, las puertas de la prision se

abrían para ellos de par en par. ¿Qué cosa mas natural que llamasen con sus votos la invasion, que se figurasen insurreccionado el pais, i postrados los realistas bajo la planta de los independientes? Pero lo repetimos, eran deseos i no obras. Su presente era sombrío i siniestro, i para hacerse llevadera su miserable existencia, lo cambiaban por un golpe de varilla mágica en un porvenir magnífico, rico en promesas. Para soportar la desgracia, se embriagaban con sus ilusiones, como otros se embriagan con licores fuertes.

Entre los detenidos habia dos sobre todo que, de una intelijencia mas aventajada, se dedicaban a la politica con mayor ardor que los demas. Era el uno don Clemente Moyano, preso por haber conducido ciertos pliegos que la Junta revolucionaria de Coquimbo habia remitido a Carrera, en los momentos criticos de haber llegado a aquella ciudad la noticia del desastre de Rancagua; i el otro don José Fernandez Romo, a quien tambien un crimen de patriotismo habia llevado a igual situacion. Estos mas aficionados i mas acostumbrados que sus camaradas a las intrigas de los partidos, eran siempre los que movian la conversacion sobre los sucesos del dia, i cuando sus compañeros de calabozo se distraian con otras materias, o se retiraban los soldados de la guardia, se quedaban rumiando lo que habian sabido, i comunicándose entre sí en voz baja sus observaciones. De cuando en cuando manifestaban sin rebozo sus esperanzas de una pronta libertad, o bien prorrumpian en quejas amargas i algun tanto indiscretas, contra los mandatarios españoles, que eran los tiranos de la Patria i los suyos. El temor de ser trasladados a Juan Fernandez les hacia caer en accesos de rabia, i lanzar improperios contra todos los sarracenos que se les venian a la memoria. En una palabra, se acaloraban mas que los demas, i sobresalian entre ellos por sus tendencias insurjentes.

Vivia en el mismo cuarto un don Juan Argomedo, hombre vago i sin profesion, deudor insolvente, a quien sus acreedores habian metido en la cárcel. Como los otros, deseaba ardientemente volver a la calle i a sus antiguos hábitos; pero, de un carácter vil i rastrero, no fundaba sus expectativas en los triunfos o derrotas de godos i patriotas. Nada le importaba que Chile fuese una colonia o una nacion. Probablemente nunca habia procurado siquiera comprender la cuestion. Lo que queria era salir del encierro, i no andaba mui escrupuloso en los medios, con tal que surtiesen buen efecto. Profesaba a Romo i Moyano una gran tirria, porque se recataban de él, segun decia. A todo momento se llevaba atisbándolos de reojo. Los otros dos habian notado este continuo espionaje, i por un instinto natural, i talvez sin fijarse mucho en ello, se recelaban de una persona que no les merecia aprecio. Esta cautela a su respecto exasperaba a Argomedo, que en cambio redoblaba su vijilancia, i sentia aumentarse su odio. Cuando Romo i Moyano charlaban con los soldados i los presos, i principalmente cuando hablaban solos entre sí, era todo ojos, todo oidos; procuraba no perder una sola de sus sila-

bas, retenia hasta sus menores jestos. De esta manera les escuchó repetir en varias ocasiones sus invectivas contra el gobierno, sus deseos de un trastorno, su certidumbre de que la venganza no se haria aguardar, su confianza en la próxima venida de los argentinos, la aprobacion con que sancionaban las intenciones desleales de algunos de los soldados de la guardia. Estas palabras imprudentes, que nada significaban, le llenaban de alegría, porque creia haber encontrado en ellas la llave de su prision. Sea depravacion de alma, sea estrechez de intelijencia, convertia esta plática insustancial en los preliminares de una conspiracion. Cuando se juzgó en posesion de todos los datos, se apresuró a delatar su calumnia o su error, prometiéndose por premio de su felonía la ruina de los objetos de su animadversion, i para él la libertad i una buena recompensa. Con este fin, escribió una esquelita el sarjento mayor de plaza don Luis Urrejola, comunicándole en globo el resultado de sus sospechas, i pidiéndole una entrevista. Alarmado este por la gravedad del aviso, se le apersonó en el instante; mas halló tan desnudas de fundamento sus presunciones, tan fútiles sus argumentos, que le volvió las espaldas, conjeturando con razon que la tal conspiracion solo existia en la cabeza del delator. Apenas salió a la calle, cuando todo lo olvidó.

Argomedo, que se habia lisonjeado con vender su infamia a un alto precio, se encontró despues de este contratiempo en una posicion bastante incómoda. Habia computado, quién sabe en cuánto, el premio que esperaba, i en vez de esa gran suma de dinero, solo cosechaba los malos tratamientos i las reconvencciones alarmanes de sus compañeros de cárcel, que habian descubierto sus pérfidos manejos. Para hacer llegar a Urrejola la esquelita, habia tenido que manifestar su contenido al sarjento de guardia, el cual le habia declarado que sin esto no la entregaria. El sarjento era amigo de Romo i de Moyano, i cuando vió que la delacion habia sido despreciada, tuvo buen cuidado de advertirles de todo, para que anduviesen prevenidos. Fácil es de presumir la indignacion jeneral que suscitó entre los concurrentes a la tertulia la conducta de Argomedo; los soldados mismos se la echaron en rostro con los epítetos mas denigrantes, i faltó poco para que lo castigasen algo mas que con simples injurias. El culpable negó descaradamente su delito, se mostró humilde i dejó pasar con paciencia la tormenta. Mas en lugar de escarmentar con este primer fracaso, i de desistir de su empeño, no hizo sino atizar su rabia, i se puso a buscar, con las precauciones que le habia enseñado la esperiencia, como realizar sus depravados designios. Gracias a su persistencia, logró entrar en relaciones con el alcalde don Antonio Lavin, i obtuvo de este caballero le presentase a Ossorio, a quien entregó una lista de los supuestos conjurados.

El presidente mas crédulo o mas suspicaz que Urrejola, no desatendió el negocio, e hizo llamar al sarjento mayor don Antonio Morgado i al capitan San Bruno, para conferenciar sobre los medios de rastrear el plan i ramificaciones de la conspiracion. Los dos Talaveras se encarga-

ron de la averiguacion, i el arbitrio mas fácil que se les ocurrió, fué excitar al sarjento del mismo cuerpo don Ramon Villalobos, a que finjiéndose descontento de sus jefes, se ganase la confianza de Romo i de Moyano, para arrancarles su secreto.

Villalobos, que habia sido el comandante de la guardia en otras ocasiones, conocia de antemano a los presos. El primer dia que fué a la cárcel mandando el destacamento, entró al calabozo furioso i desatándose en denuestos i maldiciones contra su mayor Morgado, porque segun decia, le guardaba prevenciones, i acababa de afrentarle delante de sus subalternos dándole un bofetón, nada mas que por haberlo sorprendido tocando la guitarra. No limitó a éste solo los tiros de su hidrofobia; no perdonó a ninguno de sus oficiales; a todos los pasó en revista, i por cierto que ninguno de ellos se habria complacido del modo como los trataba. Estos bulliciosos desahogos fueron el anuncio de tremendas amenazas i de proyectos vengativos, que espresó con cierto tono i con retenciones tales, que no podian ménos de conquistarle la atencion i curiosidad de sus auditores. Cuando observó que se habian dejado enganar por sus aspavientos i palabreria, se les ofreció para favorecer su fuga, como si de esta manera principiara a tomar su desquite por los agravios de sus jefes. Casi no hai necesidad de decir que Romo i Moyano se apresuraron a admitir su oferta, desahaciéndose en acciones de gracias i en demostraciones de júbilo. Incontinenti pusieron los tres a meditar en los medios de ejecucion. Entónces Villalobos, franqueándose todavía mas a sus inocentes amigos, les preguntó, por qué en vez de intentar una escapada vulgar i que solo iba a aprovechar a dos individuos, no procuraban obtener a un mismo tiempo la libertad de la Patria i la suya. Él estaba pronto a secundarlos, i pondria a su disposicion los muchos elementos con que contaba para el logro de la empresa. El aborrecimiento del pueblo a las autoridades españolas, era manifiesto; el disgusto de la tropa no era un misterio. Se sabia que al otro lado de los Andes se reorganizaban los emigrados, que San Martin los reforzaba con un ejército formidable. ¿Qué podian temer? ¿qué les faltaba para obrar? Una vez acertado el golpe, les vendrian de Mendoza auxilios de toda especie con la celeridad del rayo. Un momento de resolucion, i alcanzaban mas de lo que habrian deseado en sus sueños mas dorados: riquezas, fama, poder. Representó tan bien su infame papel, que sus infelices victimas no concibieron la mas lijera sospecha. Escucharon sus pérfidas propuestas jadeantes i con todos sus sentidos. El asombro embotó desde luego sus potencias, i no les permitió ver claro. Pero pronto se recobraron de la sorpresa, i comenzaron a comprender. Las astutas reflexiones del Talavera estaban acordes con sus propias observaciones. Allí, en su mismo calabozo, los soldados no habian temido poner al descubierto sus resentimientos contra los mandatarios, sus simpatias por los insurgentes. Las personas que venian de afuera a visitarlos, les habian hablado en muchas ocasiones de la irritacion jeneral que

reinaba contra los realistas, de la pronta venida de la expedición trassandina. ¿Por qué no creerle a Villalobos?

Por otra parte, la ambición que se alberga aun en el corazón de los seres mas abatidos, los disponia a ser crédulos i los empujaba a aceptar; pobres desvalidos, iban desde el fondo de una cárcel a conseguir lo que no habian podido lograr Carrera, O'Higgins i tantos otros varones ilustres, con sus ejércitos, con sus tesoros, con sus talentos. Su vanidad se sentia halagada, viéndose los confidentes de todo un sarjento del terrible cuerpo de Talavera. El hombre, i particularmente el hombre del pueblo, es hecho así; aborrece a sus tiranos i maquina contra ellos, mientras le están acosando; pero si acaso se le acercan, si le acarician, lo olvida todo en un instante, i los recibe con acatamiento. Fué lo que sucedió a Romo i Moyano. Villalobos los embaucó como quiso. Adoptaron todas sus vistas, subscribieron a todos sus planes. Si como Argomedo lo habia asegurado, hubieran estado proyectando algun complot, irremisiblemente se lo habrian revelado en estas circunstancias a su nuevo aliado. Pero mal podian confiarle una trama que ni siquiera se les habia ocurrido.

El sarjento se retiró, pues, con la certidumbre de que aquellos desgraciados hasta entónces no habian pensado en ninguna conspiración, que no tenian los medios de realizarla, i que probablemente no habian concebido la mas remota idea; pero que despues de su conversacion, la deseaban, i se habian comprometido a ser sus cómplices en una imaginaria. (1) En lugar de dar por cumplida con aquel resultado su comision, el desalmado determinó continuar hasta el fin, i hacer que recibiesen el condigno castigo por su rebelion intencional Romo, Moyano i sus secuaces, si los tenian. Multiplicó sus visitas, las repitió no solo de día en día, sino de hora en hora. Como solo le costaba mentir, cada vez llevaba a los presos mejores noticias. Las cosas marchaban a las mil maravillas. Cincuenta Talaveras de la compañía de granaderos estaban decididos a embarcarse en la empresa. Por una casualidad, que era un buen presajio, se habia proporcionado en casa de un particular una provision de cartuchos i municiones. Los dragones de Concepcion convenian con entusiasmo en adherir al movimiento. Toda la guarnicion

(1) Vamos a copiar una declaracion del mismo Villalobos que prueba evidentemente que los presos no maquinaban nada, antes de que él los excitase. Dice así: «Preguntado que en qué términos era la conspiracion que tenian tramada entre Romo i Moyano, cuando se le descubrieron, despues de las órdenes del señor mayor de Talavera: dijo que acerca de la pregunta, no sabe otra cosa que lo que le dijo Moyano despues de los encargos del señor mayor,» respecto de que V. esta disgustado en el servicio, podremos tomarnos la ciudad, si nos ayuda, pues podemos contar con los dragones.» Que de lo que tenian tratado antes, no le manifesto planes algunos ni Romo ni Moyano, i que es cuanto puede responder en satisfaccion a la pregunta.—Preguntado que si de estas palabras infiere que tuviesen reducido a efecto algun plan de conspiracion, i si en las conversaciones ulteriores tuvo motivos de inferirlo, i diga cuales fueron: dijo que a mas de las razones dichas en esta i sus demas declaraciones, tuvo motivos de inferir, no de que tuviesen plan de conspiracion formado, i si conversaciones de ello, i que los motivos que le ayudaron a esta inferencia, fué haberle dicho Moyano que contaba con los dragones. (Declaracion de ff. 111.)

manifestaba una disposición, como no habria podido esperarse.

Romo i Moyano se lo creían todo bajo su palabra con un candor i simplicidad, que habria enternecido a cualquiera otro, que no hubiera ocultado un alma de bandido. Se entregaban a las mas alegres esperanzas. Un golpe de mano dirigido por un Talavera, i con tan poderosos elementos, les parecia de un triunfo infalible, i se enorgullecian, contemplándose colocados, casi sin saberlo, en el rango de los libertadores de Chile. Seis dias le bastaron al malvado Villalobos para envolverlos completamente en sus redes. Por sus consejos, convidaron a algunos de sus amigos, a fin de que les ayudasen. Todos aquellos a quienes se lo propusieron, hombres sencillos i poco entendidos como ellos, admitieron gustosos, ménos un don José Antonio Mardones, que no se encontró con ánimos, aunque estaba viviendo punto ménos que de limosna, por haberle secuestrado sus bienes. Pero si no se atrevió a tomar una parte activa en el negocio, guardó el secreto con fidelidad e hizo votos por su realizacion. El Talavera, que tenia prisa por cumplir su tarea, les anunció que todo estaba preparado, i los apresuró a señalar día. Por indicacion suya, se fijó la noche del 5 al 6 de Febrero, porque en ella le tocaba ser el jefe de la guardia.

Entónces los conspiradores desearon añadir el socorro del cielo a las fuerzas de que se lisonjaban disponer en la tierra, i quisieron mandar decir una misa que les atrajese el amparo del Señor. Mas eran tan pobres que no pudieron reunir la módica suma que necesitaban para pagársela al capellan, i fué todavía Villalobos quien, prestándosela, les permitió hacer celebrar en la capilla de la cárcel una funcion relijiosa que él sabia mui bien no era una rogativa, sino un oficio de difuntos. Romo i Moyano asistieron a la misa, i la oyeron con devocion, habiendo rogado al sacerdote la aplicase por el buen éxito de un asunto que mucho les interesaba.

En la tarde del 5, el sarjento, que habia entrado de guardia, como lo habia calculado, principió los aprestos de la insurreccion, remachando una barra de grillos al delator Argomedo, de quien con justa razon se recelaban los demas, i haciéndolo encerrar, apesar de sus gritos i protestas, en uno de los calabozos del piso bajo.

Tan luego como oscureció, concurrieron con puntualidad a la cita tres de los convidados, Julian Sanchez, Diego Penros i un tal Concha, que habia sido sarjento en el ejército patriota. Sin pérdida de tiempo, Romo i Moyano pidieron al Talavera, pusiese en libertad e hiciese venir a su cuarto a seis de los detenidos cuyas opiniones habian sondeado sin dejarles traslucir su objeto. Su voluntad se cumplió en el instante. Cuando comparecieron estos auxiliares improvisados, (1) Villalobos los embriagó con aguardiente para infundirles coraje, i en seguida les dió a

(1) Sus nombres eran: Jerónimo Cervantes, Manuel Quesada, Pascual Cisternas, José Villaseñor, Pedro Chavarría i Cipriano Rodríguez.

conocer el proyecto que los reunia. Beodos como estaban, acogieron la idea con entusiasmo i juraron cooperar a su ejecucion.

Hallándose congregados en el aposento todos los cómplices que habian podido reclutarse para tan estraña conjuracion, los tres caporales se apresuraron a acordar los últimos arreglos. Como si dispusiesen de batallones, hablaron con seriedad de apoderarse de los cuarteles i de fortificar la plaza. Quando hubieran levantado sus baterías, convocarian al pueblo por medio de cohetes i de repiques de campana i procederian a organizar el gobierno. Villalobos debia ser el jefe de armas del movimiento. Redactaron su lista de proscripcion; muchos de los opresores serian acuchillados, i Ossorio el primero. El sarjento pronunció con este motivo una filípica virulenta contra sus compatriotas, i pidió que no se perdonara a ninguno, a ménos que se plegara a la insurreccion. Propuso que se fijaran en las esquinas carteles para llamar los ciudadanos a las armas, declarando traidores i amenazando con la muerte a todos los que no concurrieran. Sus conclusiones fueron admitidas por unanimidad. Antes de todo instó porque se escribieran los carteles; él mismo los dictó, los firmó i persuadió a Romo i Moyano que hicieran otro tanto. Su empeño nacia de que aquella era una indicacion de San Bruno, que deseaba someter la fidelidad de los habitantes de Santiago a la misma prueba de que tan mal parados salian los presos de la cárcel, i que estaba resuelto a imponer a los primeros, si delinquieran, la misma pena que meditaba para los segundos. Con respecto a Ossorio, aunque su suerte parecia haber quedado decidida, no obstante volvieron a poner el asunto en discusion, como correspondia a su alta categoría, i todo bien reflexionado, convinieron en fin en que valia mas demorarle su castigo i encerrarle en las Cajas Reales, para obsequiar con su persona al gobierno de Buenos-Aires, de cuya proteccion iban a necesitar, el cual resolveria a su agrado sobre su destino.

Entretanto Morgado i San Bruno habian sido informados por su agente hora por hora de todas las determinaciones que habian tomado los conjurados, de modo que sabian el instante preciso, en que debian presentarse a ejecutar la parte que se habian reservado en esta horrible intriga. El centinela de la cárcel acababa de contar los tres cuartos para las dos en el reloj de la plaza, cuando llegaron a la reja de hierro los dos jefes ya citados i el cadete don Felipe Arce, que ocultaba una linterna debajo de la capa, i que habia adquirido títulos para ser de la partida, habiendo atravesado pocos dias ántes de parte a parte con su espada a un pobre mozo de café por un motivo insignificante. Los seguían los gastadores del batallon de Talavera, que por sus formas hercúleas i luengas barbas aterrorizaban a la multitud con solo su presencia. Morgado dió la órden de que desenvainasen los sables, i subiesen en puntillas la escalera. Llegados a la puerta del aposento de donde solo salia hácia fuera un lijero murmullo, la empujó con violencia i se

precipitó adentro el primero, cubriéndose la cara con una pistola, e intinimando con voz de trueno a los atónitos concurrentes se echasen a tierra. Obedecieron sin resistencia, ménos Concha, que procuró apagar la luz, i Moyano, que viéndose perdido, intentó asir un puñal, como para defenderse; pero no alcanzó a usarlo, porque no bien hubo notado su accion San Bruno, que le llamaba a grandes gritos, le tiró una estocada en el cuello i otra en la cabeza, dejándole muerto en el acto. Ebrio de sangre, acometió en seguida contra Concha<sup>2</sup> i le asesinó en el suelo como un perro, quebrando la espada en su cuerpo. A este ejemplo, los gastadores se pusieron a tirar tajos i reveses a diestro i siniestro, hiriendo sin distincion a los desgraciados prisioneros, entre otros a un pobre indio, anciano de sesenta años, llamado Ignacio Guarache, que no tenía otra culpa, que el haber sido encarcelado en la sala habitada por Romo i Moyano, i que estaba tan inocente de todo, que habia dormido como un tronco durante el conciliábulo anterior, despertando solo al recibir dos cuchilladas.

Por algunos momentos, todo fué confusion. A la débil claridad de la linterna que Arce habia arrojado por el suelo, i de la vela que alumbraba el cuarto, habria podido percibirse una lucha horrorosa por la debilidad de los acometidos i la barbarie i encarnizamiento de los agresores. Hombres desarmados i postrados en la tierra, que estaba cubierta de sangre, barajaban con sus brazos los hachazos que descargaban sobre ellos los enfurecidos Talaveras. El ruido de los sables, los ayes de los heridos, las blasfemias de los soldados i los rezos de aquellos infelices, que creyéndose en su último trance, pedian confesion i misericordia, todo eso formaba una batahola espantosa. San Bruno, cuya sed de carnicería no se habia satisfecho con dos victimas, acometió a Romo resuelto a ultimarle, i habria cumplido su designio, si un soldado no le hubiese hecho entender que necesitaban las declaraciones de aquel hombre para descubrir los cómplices. Es preciso que el furor raye en frenesí, que la exaltacion se haya convertido en fanatismo, para que se pueda no perdonar a rendidos, que en vez de oponer resistencia, imploran compasion. Pero los gritos suplicantes i los quejidos, como que estimulaban a los Talaveras, en lugar de calmarlos. Uno solo de los conjurados habria quedado con vida, si el mayor de plaza don Luis Urrejola, precipitándose entre los asaltantes, no hubiera trabajado por suspender la matanza, i todavia tuvo que hacer valer para conseguirlo, toda la autoridad de su empleo. (1)

Miéntras se habia estado representando este sangriento drama en uno de los calabozos de la cárcel, Ossorio, lleno de terror, no habia podido permanecer tranquilo en su palacio, i habia salido a situarse con tres edecanos debajo del Portal, impaciente por observar con sus propios ojos

(1) Conversacion con don Julian Sanchez, que, sea dicho de paso, conserva la cabeza i las manos cubiertas de cicatrices.

el evento de lo que él se figuraba terrible conspiracion. Su primer cuidado fué llamar al sarjento mayor de plaza, i ordenarle poner la guarnicion sobre las armas. Cuando Urrejola, que como se recordará, habia despreciado la delacion de Argomedo, vió la importancia que se concedia a un asunto que habia desdeñado hasta el punto de no dar parte, temió por un instante hallarse él tambien complicado por una estraña fatalidad. (1)

Sin tardanza las tropas estuvieron en movimiento i con el arma al brazo. Una parte del batallon de Talavera se formó en batalla al costado de la cárcel, i otra se colocó sobre los tejados del cuartel de los dragones de Concepcion, de quienes se sospechaba. Patrullas numerosas cruzaron en todas direcciones la ciudad, en donde no se notaba el menor alboroto, i que despertaba sumisa i abatida, como de costumbre. Los habitantes comenzaban a entregarse a sus faenas cotidianas, ignorantes del riesgo inminente que los habia amenazado. San Bruno i otros habian instado a Ossorio, para que se fijasen los carteles, i se hiciese todo el aparato de una insurreccion triunfante, a fin de experimentar así la fidelidad de los santiaguinos, i tratarlos como mereciesen. Afortunadamente, el presidente, a pesar de lo dominado que estaba por los Talaveras, esta vez se mantuvo firme i prohibió que se llevase a cabo perfidia tan inaudita. Su entereza poco habitual salvó como por un milagro a los incautos de un degüello seguro i de la brutalidad de una soldadesca desenfrenada.

Al dia siguiente, amanecieron colgados del rollo, monumento que decoraba en aquella época la plaza principal, los dos cadáveres de Concha i Moyano, sobre cuyas cabezas se leia esta inscripcion: *Por conspiradores contra el Rei i Perturbadores de la Pública Tranquilidad*. Su aspecto era espantoso, pues los habian desfigurado, no solo las mutilaciones de que habian sido victimas, sino tambien el habertos arrojado desde las ventanas de la cárcel, por no tomarse el trabajo de bajarlos. Contribuia a aumentar la indignacion que producia este lúgubre espectáculo, la insolencia con que se paseaban los asesinos con sus uniformes manchados de sangre, haciendo alarde de su atentado. Por de pronto, la capital se llenó de los mas discordantes rumores; cada uno se pintaba el suceso, segun sus ideas o simpatias; pero cuando pasada la sorpresa, se conoció a fondo el hecho, el terror fué universal. Nadie se consideró seguro, despues de aquella red tendida tan cobardemente a unos desventurados prisioneros, i aun en el corazon de los mas tibios se levantó un odio sordo contra el gobierno que semejantes crímenes cometia.

Ossorio ordenó sustanciar el proceso de los reos que habian sobrevivido; mas no consiguió sustanciar, sino el proceso de su propia conduc-

(1) Conversacion con don Manuel Barañao, que sabe todo esto de boca del mismo Urrejola.

ta. Tres fiscales se emplearon uno tras otro en formar una sumaria engorrosa i llena de nulidades, que hizo tan evidente de parte de quién estaba la culpa, que al último solo pensaron en concluirla, i en sepultar en el olvido aquel incómodo negocio. Debemos advertir que durante el curso del juicio, la autoridad puso cuantos medios estuvieron en su mano, para estorbar la continuacion de una causa, en que aparecia manifiestamente criminal a los ojos de sus súbditos. Hizo embarcar clandestinamente para el Perú, como sarjento primero del batallon de voluntarios de Castro, título con que premió su vileza, al delator don Juan Argomedo, personaje sin cuya presencia era imposible continuar las averiguaciones; i a los otros testigos de la conspiracion, o les permitió escaparse de la prision, o los remitió con sijilo a Juan Fernandez. El proceso, pues, no pudo proseguirse, i finalizó con la siguiente sentencia, que copiamos íntegra, porque mejor que cualquier otro documento testifica la verdad de lo que hemos referido—Santiago 30 de Mayo de 1815. Córtese este asunto: póngase en libertad a los comprendidos en él: a Romo i Mardones que fijen su residencia, fuera de la capital el primero, i de Curicó, el segundo: hágaseles entender a todos que esta gracia la deben a nuestro Augusto Soberano, en cuyo real nombre la hace—Ossorio.

Villalobos, acosado por los remordimientos, abandonó a Chile, teatro de su delito, i se dirijió a Lima, donde en el convento de los Descalzos cambió su casaca de soldado por el sayal de fraile. Allí por algun tiempo se entregó a la penitencia i a actos de la mas ríjida devocion con el fanatismo propio del alma ardiente de los españoles. Pero la infamia de su crimen le persiguió hasta en la soledad del claustro. En aquel asilo fué todavía a turbarle el susurro de su inhumano proceder, el anatema que sobre él habia fulminado la sociedad. Cuando quiso profesar, los prelados recibieron su peticion con frialdad i terminaron por insinuarle la verdadera causa de su repugnancia. Villalobos se sinceró lo mejor que pudo, trató de calumniosas semejantes inculpaciones; mas como no se diesen por satisfechos por su simple dicho, solicitó que se le concediese volver a Chile para proporcionarse comprobantes irrecusables de su inocencia. En efecto vino, cuando el ejército de San Martín amenazaba atravesar los Andes; i ya sea que la dificultad de paliar su delito le arrojase en la desesperacion, o bien que el ruido de los próximos combates despertase sus instintos marciales, lo cierto es que dejó los hábitos, descolgó su espada i se alistó otra vez en su antiguo cuerpo. Parece que la cólera del cielo le arrastraba a lidiar en Chacabuco, para que cayese prisionero en poder de los independientes. Iba ya a partir con los demas de igual clase que San Martín enviaba a la punta de San Luis, cuando recordaron que habia intervenido como principal ajente en los asesinatos de la cárcel de Santiago, i le hicieron retroceder del camino, para fusilarle en el mismo banco que su cómplice San Bruno. (1)

(1) Conversacion con el jeneral don José Santiago Aldunate.

Por los acontecimientos que van referidos, se coleccionará sin trabajo que toda la táctica de la restauracion para mantener a Chile dependiente de la Metrópoli, consistió en apoyarse en los españoles-europeos i en dominar por el terror a los americanos. Se compró el beneplácito de los primeros, permitiéndoles cometer todo linaje de fechorias, incluso el asesinato. Destierros, confiscaciones, encarcelamientos fueron los elementos principales de que se valió el gobierno para reducir los segundos al silencio. No despreció por eso los resortes morales, que por experiencia propia sabia eran instrumentos mas eficaces, aunque ménos aterrantes que el látigo i el sable, para radicar su poder. Las señales estereotipadas de acatamiento que arrancaba por la violencia, no le dejaban ni con mucho satisfecho. Esas demostraciones serviles, hijas del miedo, podian trocarse en actos de hostilidad, al menor contraste que su fortuna padeciera. En la necesidad de legitimar su señorío para hacerlo duradero, puso tambien sus conatos en imperar sobre las conciencias, las cuales estaban imbuidas del espíritu innovador que les habian comunicado los revolucionarios. La imprenta dirigida por manos hábiles i esperatas habia sido el ariete que estos habian puesto en juego, para desquiciar el edificio del pasado; i los realistas que tocaban los estragos que sus golpes redoblados habian causado en las viejas creencias, resolvieron defenderlas con las mismas armas, i como sus antagonistas, hacerse de la imprenta un medio de propaganda.

Con este fin habia hecho publicar Ossorio, desde el 11 de noviembre de 1814, un periódico que bajo el titulo de *Gaceta del Rei*, estaba destinado a condensar la espesa niebla que ocultaba a los colonos sus derechos. Este papel que aparecia los juéves de cada semana trabajó sin brillo ni talento en la tarea que se le habia confiado. En vano se buscará en sus inspidas columnas la refutacion de las ideas sobre libertad i soberania popular, cuyos jérmenes habia esparcido la prensa de los insurgentes. Durante el período de su existencia, en vez de atacar bien o mal esas doctrinas, solo se ocupó en aterrorizar al pueblo, ponderando la prosperidad creciente de la Metrópoli i rejistrando la historia del martirolojio de los independientes en las demas secciones americanas. La *Gaceta del Rei*, casi en su totalidad, estaba reducida a una copia indijesta i adulterada de las noticias estranjerias. No todas, por interesantes que fuesen merecian los honores de la publicidad, i solo se estampaban en letra de molde los hechos que confirmaban el engrandecimiento rápido de la España, i los boletines de las victorias que el absolutismo obtenia en los diversos paises de Europa i América. Los editoriales, cuando los traia, nada significaban, estaban escritos con el estilo de actos de contricion o peroraciones de sermón, i no debilitaban en lo menor los argumentos de la Aurora, del Semanario i del Monitor, cuyas voces parecian mas elocuentes en la ausencia de Henríquez, de Irisarri i de Vera, que vagaban en el destierro. El gobierno conoció que era mas difícil vencer a los patriotas en el terreno de las ideas, que en el

campo de batalla; esas pequeñas hojas de papel le lanzaban acusaciones mudas, pero formidables, que no pudo soportar. En la imposibilidad de contestarlas, quiso al ménos darse el bárbaro placer de destruirlas. Espidió un decreto, en el cual mandaba que todo aquel que poseyera los escritos publicados por los facciosos los entregara en el término de ocho días, amenazando castigar a los renitentes, como sospechosos de infidelidad. (1) Luego que estuvieron reunidos, mandó hacer con ellos un auto-de-fe, i arrojar a las llamas esos documentos imperecederos de su sinrazon, como si el fuego que iba a devorarlos, hubiera podido reducir a cenizas la justicia de su causa.

Era el redactor de la Gaceta Frai José Maria de la Torre, fraile dominico, doctor en teología de la Universidad de San Felipe, que pasaba por el mas hábil predicador de su órden. Debía ser un hombre de convicciones poco profundas, a quien le gustaba vivir en buena armonía con las autoridades existentes, que defendia con calor el gobierno monárquico, porque le proporcionaba mayores privilejios i mas holganza; pero que se acomodaaba con cualquiera otro, como lo manifestó bien, cuando desde la Punta de San Luis, adonde le habian confinado los patriotas, escribia al jeneral San Martin, deprimiendo a sus antiguos señores, i haciendo la apolojía de la república, que tanto habia atacado con su pluma i con su lengua, i en la que sin embargo admitió en tiempos posteriores cargos importantes.

Aunque desde la batalla de Rancagua, de hecho los españoles se habian posesionado de Chile, lo habian gobernado hasta entónces militarmente, sin restaurar en sus funciones a las principales autoridades del antiguo réjimen. Habian aguardado la completa pacificación del reino, para reinstalarlas con una solemnidad prestigiosa, que consagrarse su dominacion, i con el espectáculo impusiese a la multitud. Bien que Ossorio, a petición del mismo Cabildo de Santiago, habia sido nombrado por el virrei de Lima, capitan jeneral interino, hasta la resolucion del monarca, por título espedido el 24 de Noviembre de 1814, no habia investido públicamente su cargo por hallarse suspenso el tribunal de la Real Audiencia, cuyos ministros habian sido desterrados por los insurjentes, como los guardianes mas incómodos i vijilantes que defendieran las instituciones añejas. Pero habiendo regresado estos al pais, cuando se consolidó el dominio español, i habiendo sido repuestos en sus empleos, determinó Ossorio tomar posesion del suyo, el 15 de Marzo de 1815, con toda la suntuosidad que posible fuera.

Ese dia se dió a la inauguracion el aparato de una fiesta religiosa i popular. El rejente don José de Santiago Concha, i los oidores don José Santiago Aldunate, don Félix Basso i Berri i don José Antonio Rodriguez, acompañados de las corporaciones i vecindario de la capital, se encaminaron al palacio, dedonde sacaron con gran pompa al jefe del Es-

(1) Bando de 10 de Enero de 1815.

tado, para conducirlo a la plaza mayor, en la cual le esperaba formada en cuadro toda la tropa vestida de lujosos uniformes. En medio de la plaza, se veía un tabladillo vistosamente adornado; sobre el tabladillo una mesa; sobre la mesa un crucifijo i dos azafates de plata, uno con el baston, simbolo del mando, i el otro con las llaves de la ciudad; i bajo un magnífico dosel el retrato de Fernando VII. Luego que la comitiva llegó a este sitio, cada uno se colocó, segun su categoria, en los ricos sillones de que estaba cubierto, i el escribano de cabildo leyó en alta voz el título, que instituía a Ossorio, capitán jeneral interino del reino de Chile. En seguida hincando Ossorio la rodilla sobre un cojin, preparado al efecto, hizo ante el crucifijo i santos evangelios juramento de ser fiel al Rei, de premiar la virtud i de castigar el crimen. Acto continuo, el rejente le entregó el baston i el rejidor mas antiguo las llaves de la ciudad, tomando así su puesto en esa serie de mandatarios que principia en Pedro Valdivia, el conquistador de Chile, i concluía en Francisco Garcia Carrasco, depuesto ignominiosamente por el pueblo, que protestaba contra esa conquista. Despues de haber renovado el juramento en la sala de la Audiencia, i de haber dado las gracias al cielo en la iglesia Catedral, volvieron todos a la plaza, endonde Ossorio, adelantándose solo gritó en alta voz, *viva el Rei*, contestándole la tropa con una descarga, i la multitud con estrepitosos aplausos.

A consecuencia de tan fausto acontecimiento, se abrieron las puertas de la cárcel a muchos reos, i el nuevo capitán jeneral celebró un *cabildo abierto i junta de corporaciones*, con el objeto de enviar a la corte dos diputados, que fueron don Luis Urrejola a nombre del ejército i don Juan Antonio Elizalde a nombre del pueblo, tanto a felicitar al monarca por su restablecimiento en el trono de sus mayores, como a demandar un indulto en favor de los confinados a Juan Fernandez. El conocimiento que habia adquirido del caracter dócil i apacible de los chilenos, comenzaba a hacerle comprender que su política se habia estroviado en un camino falso. Habia tenido tiempo de observar que el sistema de terror que habia adoptado para someterlos, le alejaba, ántes que acercarle, al término apetecido. Descosido de reparar su error, trabajó con ahinco en acreditar sus mensajeros al lado del soberano i en remover todos los obstáculos que pudieran retardar su partida. Faltándole buque tuvo que interponer su influjo con el comandante de una fragata inglesa, la *Tagus*, para conseguir que los admitiese a su bordo. Los comisionados llegaron a la Coruña en los momentos de estallar en esa provincia la revolucion de Porlier, i como en España se equiparaban los movimientos de esta especie con la insurreccion de América, era esta una circunstancia en extremo desfavorable al logro de su encargo. Pero eran tales los informes i recomendaciones de Ossorio, que apesar de esta contrariedad sa-ieron airosos en su pretension, consiguiendo el perdón de los desterrados, i obteniendo ademas Urrejola la capitania je

neral de las Filipinas, i Elizalde el nombramiento de oidor para la Audiencia de Manila. (1)

No obstante, el presidente no sacó el fruto que debiera de su clemencia, porque sea que escuchara las insinuaciones del temor, o la voz de sus consejeros, tomó precauciones tan excesivas para prevenir los tumultos, alborotos i cualquiera tentativa de revuelta, que llegó a hacerse verdaderamente insoportable, i la rigidez de sus providencias subsecuentes hizo olvidar bien pronto el acto de bondad que acabamos de referir. En Abril de aquel año publicó un bando de policía, que sometía Santiago a un réjimen cloustral. Todo vecino debía encerrarse en su casa a las nueve de la noche en invierno i a las diez en verano; i cuando habia pasado el umbral de su morada, aun entónces sentia sobre si el yugo de la lei, que procuraba entristecer su reclusion, vedándole las diversiones que a un empleado de policía se le antojase calificar de ruidosas. A toda hora conocia que era atisbado por el ojo vijilante de cuatro alcaldes de corte, de quienes dependia en sus respectivos distritos una falanje de alcaldes de barrio, «que en calidad de subalternos suyos, se enteraban i les imponian de la calidad, circunstancias i método de vivir de cada vecino.» (2) De suerte que no habia acto alguno ni público ni privado que se escapase del conocimiento de la autoridad, que habia elevado el espionaje a la categoría de una funcion gubernamental. Se dividia a la poblacion, como para todas las cosas, en vencedores i vencidos, i se prohibia a los americanos el uso de las armas que se concedia a los españoles; el que llevaba una piedra o un palo se esponia a sufrir prision, presidio, destierro o azotes. (3) La tiranía era ya intolerable; el tribunal de infidencia, los alcaldes de barrio, i la comision de pasaportes se apoderaban de la vida entera del hombre; le interrogaban sobre el pasado, le oprimian en el presente i ponian trabas a sus resoluciones futuras.

La jente educada sufría i se callaba por temor de empeorar su situacion; tenia demasiado juicio para no comprender que el mas lijero murmullo, que la menor palabra que sonase mal al oido de los mandatarios seria indubitablemente seguida de una confinacion a Juan Fernandez o de una molesta prision, i purgada por una fuerte multa o talvez por una secuesturacion de bienes. Por lo tanto, se tragaba sus agravios, se componia en público un semblante placentero i solo se desahogaba en el interior de sus casas, entre cuatro paredes, cuando las puertas estaban bien cerradas i los oyentes eran mui abonados. No sucedia lo mismo con la plebe; incapaz por naturaleza de contenerse, la prudencia es una virtud que practica con rareza. Esperimentaba por los agentes del gobierno i los soldados europeos, no solo esa repugnancia propia de todo pueblo conquistado por sus conquistadores, sino tambien esa

(1) Conversacion con don Manuel Barañao.

(2) Decreto de 16 de agosto de 1815.

(3) Artículo 2 del bando de 10 de abril de 1815.

aversion entrañable, que siempre profesa el populacho a los censores fastidiosos que le perturban en medio de sus pasatiempos. Durante la época revolucionaria, la policía había sido muy condescendiente con los *rotos*, que deseaba mantener a su devoción, i por consiguiente los había dejado beber i divertirse a sus anchas, mientras que en la época de que tratamos, se mostraba muy suspicaz i puntilliosa. Veía con mala cara toda reunión, cualquiera que fuese su objeto, i hacia cerrar estrictamente las *chinganas* a ciertas horas no muy avanzadas. Se concibe que semejante régimen no agradase mucho a los concurrentes, i era un motivo mas que se agregaba a los otros, para que recordasen con pesar los tiempos pasados i renegasen de los presentes. Sin calcular en las consecuencias, su disgusto estallaba de una manera bulliciosa. Envalentonados con la bebida, i esa audacia que se infunden mutuamente los hombres congregados, cuando participan de los mismos sentimientos, desahogaban en las fondas i demas lugares públicos que frecuentaban, su odio contra los peninsulares con tremendos *Viva la Panchita* (designaban así a la Patria), que lanzaban como un grito de guerra con todas las fuerzas de sus pulmones. Los celadores acudían solícitos a calmar la algazara, i contestaban sus injurias con golpes i sablazos, mientras los arrastraban a la cárcel. Apesar de ser siempre el mismo el resultado de estas grescas nocturnas, es decir, el triunfo de los satélites del gobierno, se repetían con frecuencia, señalando en las masas una oposición tenaz contra el sistema que había restablecido la catástrofe de Rancagua.

Cada una de estas luchas parciales agriaba la rabia concentrada de la multitud contra los opresores, que para ella estaban personificados en los soldados europeos, o mas bien, no reconocía otros. Poco o nada tenía que ver con el presidente, jueces fiscales o gobernadores, cuyos nombres había solo oído, o que talvez había visto pasar por la calle; pero con quienes no estaba en contacto. No así con los Talaveras, con los cuales se encontraba en todas partes, que en todas partes le mortificaban, que en todas partes abusaban de sus fuerzas, que en todas partes se manifestaban insolentes i provocativos. Este cuerpo ha dejado en el pueblo un recuerdo imborrable i rencoroso. No hai historieta escandalosa, ni exacción brutal, ni asesinato acaecido entónces, en que no se haga intervenir a un Talavera. Quizá hai en todo esto exajeración; pero siempre es una prueba poco favorable contra los que la han orijinado. Este batallón tenía malos antecedentes, i por desgracia su conducta no los desmentía. Un coronel realista que sirvió junto con ellos en el mismo ejército, refiere que en España fueron reclutados entre los viciosos incorregibles i la escoria de otros regimientos; que inspiraban a sus propios jefes tan poca confianza, que cuando iban a embarcarlos para la América, los condujeron desarmados i con una fuerte escolta, dándoles durante el tránsito las cárceles por alojamiento. En Chile la relajación de la disciplina i la condescendencia de sus superiores dejaron sin freno sus instintos depravados. Ossorio, que se había propuesto gobernar

a los criollos como a nacion subyugada, miraba en los Talaveras, como peninsulares que eran, su principal sosten, i esta persuasion hacia que los adulase, permitiéndoles cometer con impunidad todo jénero de atentados. Ellos no tardaron en descubrir esta flaqueza del jefe supremo, lo que no era por cierto difícil, i suponiéndose necesarios, se constituyeron en una especie de Jenizaros, que imponian al capitán jeneral i tiranizaban a los habitantes. Tenian carta blanca para entregarse a todas las violencias, a todos los excesos. Trataban a los chilenos, cualquiera que fuese su condicion, de alto a bajo, i el último de entre ellos exijia que se le tributaran los acatamientos que un príncipe real habria pretendido. Si se hubieran limitado a los desmanes de un orgullo desmedido, todavia habria sido soportable; pero eran violentos i crueles. Por la mas lijera contrariedad, por capricho aun, apelaban al sable, i no escrupulizaban en golpear i en herir. Los seres mismos a quienes su debilidad proteje, las mujeres i los niños, no estaban al abrigo de sus ultrajes. Usaban un lenguaje soez i grosero, mezclado con una letanía de juramentos horribles i de maldiciones i blasfemias execrables contra lo que el pueblo estimaba mas sagrado. Realzaba la bronquedad de sus palabras el acento naturalmente áspero i duro de los peninsulares, que contrasta con la dulzura del de los americanos. Este conjunto de voces obscenas e indecentes, cuya repugnancia aumentaba la novedad, chocaba a los oidos de los colonos habituados por un réjimen casi monacal a la mas rijida castidad en las espresiones. La multitud no se esplicaba esa inclinacion gratuita hacia el crimen, esa falta de respeto a Dios i a sus Santos, sino clasificando a los Talaveras entre los demonios, mas bien que entre los seres humanos. (4) Merced al espanto que infundian, lograron al principio ejercer su despotismo sin peligro; pero pasada la sorpresa, el pueblo buscó como tomar represalias. Los Talaveras que se comprometian en los arrabales de Santiago, se salvaban difícilmente de recibir una herida o la muerte. Habiendo perecido varios en esta guerra de todos los instantes contra un enemigo múltiplo, sus jefes no encontraron otro medio de protegerlos, que intimarles la órden de no alejarse del cuartel, sino en grupos. Como siempre sucede, la lucha i el conocimiento del odio que excitaban, los impulsaron a ser crueles por venganza i a multiplicar sus desacatos para volver mal por mal.

A las tropelias injustificables que cometian desde la primera autoridad hasta el último soldado de Talavera contra todas las clases sociales, se agregaban los despojos mas violentos i arbitrarios de la propiedad. La necesidad de mantener en pié una fuerza armada considerable, por recelo de insurreccion interior i miedo de la invasion de Buenos-Aires,

(4) Los Talaveras eran tan perversos, que el pueblo los creia de una raza diferente de la nuestra i atribuia hasta a sus cuerpos algo de diabólico. En un escrito serio del año de 1820 hallamos estas palabras: «Los que hayan leido que hai paises, como los húmedos del Asia, donde los hombres tienen cola, no estrañarán se hubiese encontrado esta deformidad en los Talaveras muertos en Chacabuco; pues este rejimiento era una miscelánea de varios climas i naciones.»

exijia gastos crecidos que el erario en bancarrota no se hallaba en estado de satisfacer. En tales apuros no tuvieron los conquistadores el menor escrúpulo de estrujar a un pueblo, que por desobediente merecia su desgracia, para arrancarle el poco dinero que habia podido escapar de los trastornos que hacia cuatro años conmovian el reino. No se concebirá bien la dureza de sus espoliaciones, si no se tiene presente cuál era la situacion de la riqueza pública en aquel entónces. Chile ántes de 1810 era un pais tan pobre, que no alcanzaba a cubrir la mayor parte del costo de la guarnicion de Valdivia, i todos los gastos de la provincia de Chiloé, que se pagaban por la tesorería del Perú. Vino la revolucion i reclamó esfuerzos extraordinarios que dejaron el pais agotado; pesadas contribuciones, empréstitos forzosos, proratas i requisiciones militares, no se presentaron otros medios para hacer frente a necesidades imperiosas. A consecuencia de la guerra, la porcion de nuestro territorio, la más fértil quizá, que se estiende desde Talca hasta Concepcion, habia sido talada en todos sentidos por los dos ejércitos beligerantes, que buscaban con frecuencia en el pillaje el saldo de sus cuentas atrasadas. Como se habia suspendido el comercio con el Peru, principal mercado de nuestros productos agricolas, las cosechas se pudrieron en los graneros, i una ruina completa envolvió a los hacendados, a quienes el servicio militar habia arrebatado sus inquilinos, i desposeido de sus animales de labranza. Destruida la agricultura, paralizado el comercio, se cegaron las dos fuentes de la riqueza nacional, i el empobrecimiento jeneral del pais lo puso en la imposibilidad de suministrar recursos al erario.

Hemos dicho que Ossorio trajo de Lima muy poco numerario. A su entrada en Santiago encontró las cajas escuetas, siendo así que adeudaba a sus tropas cuantiosas sumas. Para remediar este mal el cabildo publicó una proclama, excitando a los ciudadanos «a que abriesen sus tesoros, i prodigasen una parte sin mezquindad entre quienes habian sabido conservárselos.» (1) El miedo al vencedor i el deseo de borrar la mancha de infidelidad hizo que los sujetos acomodados, apesar del menoscabo de sus rentas, franqueasen el donativo «mas copioso que jamas se hubiese cojeitado de pronto en la capital.» (2) Pero esa cantidad, junto con la plata i oro que habian quitado a los patriotas en su fuga, solo sirvió para cubrir las urjencias del momento. Se recurrió entónces al arbitrio de apoderarse de los bienes pertenecientes a los confinados de Juan Fernandez i a los emigrados de Mendoza, para lo cual se estableció el tribunal de *secuestros*. Este no obraba sino por capricho; vendia o arrendaba las propiedades sin decir por qué i sin mas razon que el hallarse los dueños detenidos o proscriptos. Con los fundos embargaba hasta los utensilios mas despreciables, dejando en la miseria a familias opulentas. Mas no sacó el gobierno gran provecho de estas es-

(1) Proclama de 8 de Octubre de 1814.

(2) Libro 8º de la coleccion in folio de los manuscritos de la Biblioteca Nacional. Memorial dirigido al virrei por los confinados a Juan Fernandez.

torsiones, que solo sirvieron para hostilizar i exasperar a adversarios rendidos, porque fueron sus satélites los que se enriquecieron con tan opimos despojos.

Entre tanto los gastos aumentaban, i a proporcion el déficit cundia. Para salir de apuros se recurrió a levantar dos empréstitos forzosos; el uno de 100000 pesos destinado a cubrir en parte lo que se adeudaba por remesas de tabaco a la Factoría Jeneral de Lima, que cobraba con instancia, (1) i el otro para hacer frente a las crecidas erogaciones que la situacion del reino imponia, el cual apenas ascendió a 152085 pesos, apesar de haberse exigido con la mayor dureza. (2) Se rebajó su sueldo a los empleados, i se gravó con fuertes derechos todas las mercaderías nacionales i extranjeras, sin exceptuar las que son indispensables para la vida, como el pan i la carne. (3) Pero el dinero recaudado parece que caia en una caja sin fondo, pues se agotaba en el instante. Por lo cual Ossorio, sin atender al aniquilamiento del país, convocó una junta de corporaciones, para que le suministrase nuevos recursos, i en ella se resolvió imponer una contribucion mensual de 83000 pesos, que debia durar doce meses i repartirse proporcionalmente entre las personas pudientes del reino. Mas tanta era la pobreza, que la comision elejida para que distribuyese aquella cantidad no encontró, no obstante sus grandes cavilaciones, a quienes asignársela, aun habiendo incluido al clero regular i secular i monasterios de monjas que hasta entónces habian sido exceptuados de contribuir, i solo pudo cargar 43174 pesos, que era poco mas de la mitad de lo que se habia proyectado recoger.

Esta multitud de gabelas que tenian por recaudadores a Talaveras, que forzaban irremisiblemente al pago fusil en mano, aun cuando cayesen en familias cuyos padres se encontraban en Juan Fernandez o vagaban léjos de su patria; los exorbitantes derechos que gravaban las mercancías, no solo a su entrada i salida del reino, sino tambien a su entrada i salida de la ciudad, i al tiempo de su espendio, sumerjieron al país en una miseria espantosa. El destierro o la proscripcion de los capitalistas habia privado a la industria de fomento; la guerra mantenía en los ejércitos a los trabajadores, alejándolos de sus faenas; i los impuestos, colmando la medida, hacian soportar a los habitantes una carestia que para muchos venia acompañada de los horrores del hambre. La autoridad reconoció el mal. «Nuestro país es el mas feraz i abundante, dice el procurador del cabildo don José Maria Lujan, en un informe sobre la materia, dado a principios de 1815, cuando las cosas no habian llegado todavia a ese estremo, i sin embargo los vecinos de esta ciudad no comen hoy a satisfaccion, ni llegan a abastecerse, sino a costa de diez o doce tantos mas de dinero de lo que ántes necesitaban para mandar a la plaza.» Pero aunque se apercebiese del mal, la autori-

(1) Bando de 6 de Julio de 1815.

(2) Bando de 5 de Mayo de 1815.

(3) Bando de 13 de Mayo de 1815.

dad fué impotente para remediarlo; porque la raiz de la enfermedad que trataba de curar estaba en ella misma, en la improbidad de sus empleados, en la voracidad de su fisco, en su ejército siempre en aumento, en su sistema restrictivo i opresor. El pueblo exasperado buscó en los pasquines un medio de venganza, ya que no de alivio, i persiguió con ellos a los distribuidores de las contribuciones hasta el punto de amenazar con la muerte en un anónimo al contador mayor, que de miedo a aquella amenaza solicitó con empeño se le exonerase de semejante cargo. (1)

Ossorio habia soñado que, como era de justicia, la corona confirmaria en el reconquistador de Chile el nombramiento de capitán jeneral que le habia conferido interinamente el virrei de Lima. Mas probó en sí mismo los efectos de ese sistema de favoritismo, contra el cual clamoreaban los criollos.

Rodeaban el trono de España muchos pretendientes a los destinos de las colonias; pues se miraba jeneralmente la revolucion de América, como una insurreccion sin consecuencia, esperándose de dia en dia la noticia de su completa pacificacion, sobre todo en 1815, cuando los españoles estaban ensoberbecidos por sus victorias sobre los franceses. No escaseaban, pues, los empeños para los empleos de ultramar. Aun hubo quienes se disputasen el título de virrei de Buenos-Aires.

Hacia parte de la camarilla de Fernando VII, don Juan José Marcó del Pont, dueño de vastas posesiones en Galicia, absolutista por conviccion mas bien que por adulo, de lo que dió pruebas mas tarde conspirando contra el monarca mismo, cuando se le supuso contajado de ideas liberales. Este se empeñó por que se adjudicase la capitania jeneral del reino de Chile, talvez ántes de que se supiese su reconquista, a su hermano don Francisco Casimiro, que alegaba méritos capaces de desesperar a cualquiera otro competidor. Tenia las mismas ideas que don Juan José; poseia una fortuna mas que regular; habia combatido en Orán contra los berberiscos i en la Peninsula contra los franceses, los dos pueblos que mas aborrecian los españoles; varios sitios le habian sorprendido encerrado dentro de las ciudades asediadas; i llevaba el pecho cargado de cruces i veneras, que si atendemos a su conducta entre nosotros, es de sospechar las debió al influjo, mas bien que al valor.

El 15 de Diciembre de 1815 fué para Ossorio un dia aciago; cuando aguardaba su nombramiento en propiedad, le llegaron las felicitaciones del monarca i los despachos de brigadier, a la par que la noticia de que muy pronto arribaria el sucesor que venia a recojer el fruto de sus fatigas. ¡Triste desengaño para un hombre que contaba casi segura la preferencia sobre cualquier otro pretendiente, como un premio debido a sus servicios! En efecto, Marcó no tardó en desembarcar en Valparaiso, poniéndose inmediatamente en marcha para la capital. Ossorio salió a

(1) Archivo del Ministerio del Interior.

recibirle acompañado de una lucida comitiva, i a una legua a estramuros de Santiago se encontraron el presidente que venia i el que se iba, (4) Ambos se abrazaron, o finjieron abrazarse, tierna i cordialmente, i tuvieron sin testigos una larga conferencia, cuyo asunto no traspiró afuera, pero que probablemente rodó sobre el estado del pais. Ossorio se resignó a entregar el mando sin dar muestras de descontento, apesar de sus esperanzas burladas i de su pretension infructuosa, porque seguramente el principal objeto del viaje de Urrejola i Elizalde fué esponer en presencia del Rei los titulos del capitan jeneral interino, para solicitar en su favor el gobierno de Chile.

(4) Marcó desembarcó en Valparaiso el 19 de Diciembre de 1815 i se recibió del mando el 26 del mismo en la chacra de Prado donde se le fué a recibir.

## GOBIERNO DE MARCÓ.

---

Nada mas diferentes que los caracteres de los dos capitanes jenerales que gobernaron a Chile durante la reconquista.

Ossorio era un hombre cauteloso, que no revelaba sus proyectos, de pocas palabras, de aspecto agrio, con las maneras bruscas de un soldado que solo ha vivido en los cuarteles, aunque no era valiente en el campo de batalla; su tosquedad se manifestaba hasta en su traje tan ordinario, como el del último de sus subalternos. Pero bajo esta ruda corteza ocultaba un corazon bueno, puede decirse, comparándole con los otros mandones españoles, que en el mismo tiempo despotizaban la América. Si remitió al presidio de Juan Fernandez a muchas personas, fué por contemporizar con las ideas de su partido i obedecer a las órdenes de Abascal, mas bien que por conviccion propia, como lo prueba el haber enviado a España a solicitar del monarca su indulto, con lo que dió un ejemplo de clemencia, único en medio de los horrores que cometian sus compatriotas desde Méjico hasta el cabo de Hornos. Su complicidad en los crímenes de los Talaveras no consistió, sino en la debilidad de dejárselos perpetrar i en no poner coto a sus demasias. Las confiscaciones injustas, tan frecuentes entónces, le lastimaban profundamente. «Entre los asuntos que mas ocupan mi atencion, dice en una nota reservada a los ministros de la Real Hacienda, i el que con particularidad oprime mi corazon es el de los embargos i secuestros, i modo con que se hacen; los repetidos clamores de los inocentes, a quienes miro como cosa propia, me obligan a valerme de toda la autoridad que represento, para prevenir a U. S. S. que aquellos se hagan solo con las léjítimas pertenencias de los que sean acreedores a tal providencia, que

avisará el gobierno, sin mezclarse en lo mas mínimo en las ajenas.» Con todo, estamos mui distantes de hacer la apolojía de su conducta, i su panejirico, si es que cabe, solo se estiende a considerarle el mejor entre los malos.

Marcó del Pont al contrario, con una figura afeminada i modales adamados, era cruel a sangre fria; dictaba con tono dulce i meliflúo órdenes de muerte i esterminio. Sin capacidad para nada, solo se ocupaba de las superfluidades del lujo; el tren que trajo a Chile era tan espléndido, cual no se habia visto otro. Gustaba del fausto i del oropel, usurpando los títulos mismos en que vinculaba su vanagloria. Elasonaba de noble i ensartaba en su firma apellido tras apellido; i su padre habia sido un pobre pescador de la aldea de Vigo, que se habia enriquecido, haciéndose contrabandista durante la guerra con los ingleses. Presentaba una brillante hoja de servicios en que enumeraba campaña tras campaña, i era un cobarde tan menguado, que para que pudiese montar a caballo un asistente tenia que alzar su ruin persona. Ostentaba su pecho cargado de cruces i medallas, i esas veneras las debia al favor, al dinero o a la casualidad. Presuntuoso i fanfarron, se jactaba de poseer las prendas mismas de que estaba destituido. La dureza de su alma, la pobreza de su intelijencia i su falta de valor resaltaban mas por el contraste de sus exajeradas pretensiones. Bastaba leer su firma para penetrar la necia vanidad que le dominaba; todos sus decretos estaban precedidos por esta retumbante fórmula: *Don Francisco Casimiro Marcó del Pont, Anjel Diaz i Mendez, Caballero de la Orden de Santiago, de la Real i Militar de San Hermenegildo de la Flor de Lis, Maestrante de la Real de Ronda, Benemérito de la Patria en Grado Heroico i Eminente, Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, Superior Gobernador, Capitan Jeneral, Presidente de la Real Audiencia, Superintendente Subdelegado del Jeneral de Real Hacienda, i del de Correos, Postas, i Estafetas, Vice Patrono Real de este Reino de Chile, etc. etc.* Esta retahíla de títulos con que exornaba su apellido, i con los cuales pensaba realizarse, le degradaban tanto mas, cuanto que ménos los merecía.

A pesar de tanta nulidad i de tanta ridiculez, como ántes de su arribo era un ente desconocido para los chilenos, que todavia no habian hecho la triste esperiencia de su ignorancia i barbarie, no es extraño que se congratularan con su llegada. El ruido que él esparcia de las proezas que en el viejo continente habian llevado su nombre en alas de la fama, el boato de que se rodeaba i las condecoraciones con que el monarca le habia distinguido, abogaban en su abono. La pompa con que se anunciaba, le hizo pasar por un gran potentado. La *Gaceta del Rei*, tan pródiga en adulos como pobre de razones, no trepidó en decir que «la fama le predicaba el mas cumplido de los héroes,» i en jeneral todos los habitantes le dieron la bienvenida con las mas cordiales demostraciones de afecto. Solemnizaron su recepcion con músicas i con salvas

de artillería, con iluminaciones i con repiques, con aplausos i con fiestas. El gobierno de Ossorio habia sido tan fecundo en padecimientos, que el mero hecho de ser reemplazado por otro lo celebraban como un paso inmenso hacia el alivio de sus aflicciones. El nuevo presidente no podia tener resentimientos de ningun jénero contra ellos; no le habian recibido a balazos como a su antecesor, sino entre aclamaciones i homenajes; no entraba a mandar en una época borrascosa i ajitada, sino en la estacion mas pacífica i tranquila. Así no habia bienes que no se aguardaran de su munificencia. La apertura de las cárceles, el alijamiento de los impuestos, la devolucion de las propiedades confiscadas, la conclusion de las persecuciones i otra infinidad de actos por este tenor, componian el programa con que los colonos dotaban a la administracion que iba a inaugurarse.

Los estrenos de Marcó, aunque quedaron mui atras de tan grandioso prospecto, no le hicieron con todo desmerecer en el concepto de sus súbditos. Al principio hizo concebir lisonjeras esperanzas, que desgraciadamente mui pronto se frustraron. Aparentando un ardor entrañable por la justicia i por la caridad, que desmintió durante toda su vida, hizo avisar en el periódico oficial que todos los miércoles desde las diez de la mañana hasta la una de la tarde daria audiencia pública a cuantos la solicitasen sin distincion de clases ni condiciones, para remediar los abusos que sus subalternos hubieran cometido sin que él lo supiera, i visitó los hospitales, examinando el aseo de las salas, la calidad de los alimentos, la limpieza de los lechos i la asistencia de los enfermos con un celo que encantó a los asistentes. Las nobles ocupaciones a que el jefe supremo comenzaba a dedicarse, llenaron de regocijo a la poblacion de Santiago, que las miró como un comprobante de las brillantes dotes con que su fantasia se habia complacido en revestirle. Empero la alegría que excitaron estas muestras de interes por el bien público, fué tan efímera, como la causa que la habia inspirado. El fervor de parada que don Francisco Casimiro ponía en el cumplimiento de sus deberes, no le duró siquiera unos cuantos meses. A los pocos dias de su presidencia arrojaba con enfado la máscara bajo la cual se habia encubierto, para abandonarse a su natural cruel i presumido. La suma total de sus beneficios se redujo a dos o tres audiencias en palacio i a dos o tres visitas al hospital, audiencias i visitas tan nulas por otra parte en resultados útiles, que habrian pasado desapercibidas, si la Gaceta no se hubiera encargado de cacarearlas.

Esta misma molestia, Marcó no se la habria tomado, si no hubiera visto que Fernando VII habia practicado en España una cosa parecida, pues el necio habia venido de la Europa con la firme resolucion de imitarle hasta en sus jestos. La perfeccion en el arte de gobernar consistia para este títere relamido i odorífero, en copiar servilmente las acciones de su ilustre amo. Bien pronto tuvo el país que llorar el alcance de sus teorías políticas. Arrastrado por la loca pretension de ser un tra-

sunto fiel de tan pésimo orijinal, empezó a tomar en su trato público i privado los aires de un monarca, i a ejemplo de su modelo, se rodeó de una camarilla compuesta de peninsulares ricos, salidos de la hez del pueblo, que por su espíritu rastrero e ideas mezquinas estaban a su altura. Estos intrigantes despreciables tuvieron muy en breve con el capitán jeneral una familiaridad de que se habria abochornado una persona de mediano pundonor, i de la cual se valieron para adquirir sobre su voluntad un ascendiente pernicioso, que explotaron en provecho suyo i de sus amigos. Su presencia sola bastó para ahuyentar de las antecámaras de palacio, donde por lo demas eran bastante mal recibidos, a los realistas honrados, que habrian podido dirigir a Marcó con sus consejos, i suministrarle datos para rejir un país que pisaba por la primera vez i cuya situacion le era desconocida. Aquellos que sofocaron sus repugnancias para acercársele i alumbrarle sobre los errores inevitables a que se esponia, si se dejaba guiar por las estúpidas sugestiones del círculo que le rodeaba, no fueron escuchados. La triste asociacion que se habia formado en torno suyo, pudo mas con sus chismes i delaciones, que los amigos ilustrados de la Metrópoli con sus discursos fundados en noticias auténticas, i sus reflexiones dictadas por la prudencia. El recibimiento que se les hizo a causa de su franqueza, no les dejó otro partido, que retirarse i abandonar el campo a los manejos de los aspirantes, que no malograron ocasion tan oportuna. Se prevalieron del aislamiento en que quedaba el presidente, para acabar de dominarlo, i apartar de su lado a los individuos que habrian podido contraminar sus maniobras. Los dogmas que formaban el credo político de estos hombres, que por lo bajo habian logrado apoderarse del timon del estado, se resumian en esta máxima: los americanos que no han sido traidores, se aprovecharán de la primera circunstancia para serlo; premisa dedonde sacaban la conclusion de que en castigo de sus pérdidas intenciones debia tratárseles con mano de hierro. Consecuentes a sus principios, trabajaron con perseverancia en inspirar al presidente alarmas continuas sobre su seguridad personal, pintándole a los naturales del país, aun cuando fueran los mas ardientes partidarios de la España, como enemigos secretos, conjurados contra su administracion. Resueltos como estaban a no retroceder delante de la infamia a trueque de medrar, se ocuparon diariamente en fabricar calumnias contra ellos, i don Francisco Casimiro, que como sus cortesmos tenia por los criollos el desprecio que siente un noble por plebeyos, no ponía ninguna dificultad en creerlas. Acusaciones sin pruebas eran suficientes para que él las sentenciase sin exámen, como pedian los soplones corrompidos que las forjaban.

No tardaron en espermentarse los funestos efectos de estas cábalas fomentadas por el mismo jefe del Estado. Los particulares que por su notoria inocencia habian sido perdonados en el interinato de su antecesor, fueron desterrados, i aun los empleados mas fieles servidores de la Península fueron destituidos, sin que tuvieran otro delito que haber

abierto los ojos en nuestro suelo. Contados son los chilenos que en esta temporada obtuvieron empleos de representacion. Casi todos aquellos que los tenian, fueron separados i sustituidos por españoles-europeos; hasta los escritos i memoriales se encabezaban con lo de natural de España, i se quedaba seguro del buen éxito. Los subdelegados i comandantes americanos en todos los partidos, desde Copiapó a Chiloé, fueron subrogados. El mando del batallon de Concepcion se arrancó al antiguo teniente coronel Roa i se dió a Campillo; el de dragones se quitó al coronel Santa-María i se entregó a Morgado; del de Chillan se despojó a Lantaño para darlo a Alejandro; del de Valdivia a Carvallo para poner a Piquero. Todos los dias habia ascensos militares, i no se vió ejemplo de que un americano participase de aquella prodigalidad. Los oficiales de Talavera subian en razon de lo que bajaban los del pais; hasta los sargentos, cabos i soldados se trasformaron repentinamente en oficiales, miéntras a los coroneles chilenos se les convertia en comandantes de milicias o instructores de reclutas. (1)

Quando por acaso se ponía excepcion a esta regla, era en favor de aquellos sujetos que compraban sus despachos, tratando a sus compatriotas con ese encarnizamiento proverbial de los renegados, o de aquellos que habiéndose hecho antipáticos a sus conciudadanos, se esperaba que por espíritu de venganza observaran igual comportacion. Así Marcó nombró su asesor a don Juan Francisco Meneses que, con razon o sin ella, se habia hecho altamente impopular en los disturbios anteriores. Amigo i confidente de Carrasco, habia pasado por uno de sus consejeros. Elevado en su tiempo por una brutal destitucion al empleo de escribano sustituto de cámara, habia sido depuesto de su destino, a petición del vecindario de Santiago. Por abnegacion de sí propio que le supongamos, no podía ménos de cobijar en su alma hondos resentimientos contra sus paisanos, que le habian inferido tamaña injuria. Con tales antecedentes, su exaltacion al rango de ministro único, que a eso equivalía la dignidad de asesor, léjos de ser una concesion para acallar las susceptibilidades de los colonos, importaba un desafío que el jefe supremo lanzaba a la poblacion en cuyo seno residia.

Este plan sistemado de ajar a los criollos no se llevó a cabo impunemente. El miedo, ese compañero inseparable de los déspotas, vino a acibarar la existencia de Marcó, i a vengar a sus vasallos de los males que les hacia sufrir. La animadversion que le habian concitado sus provocaciones cotidianas, no era un misterio para nadie, i ménos para él. Temiendo con razon las represalias de los desgraciados, víctimas de sus furores, se llenó de inquietudes. Tan pusilánime como insolente, no se atrevió a salir a la calle, sino escoltado de soldados, i colocó centinelas en todas las puertas i ventanas de su habitacion, los cuales no dejaban entrar libremente a su presencia, sino a los miembros de su camarilla.

(1) Este acápite ha sido extractado de la *Carta de un sacerdote en el Perú a su hermano en Jesu-Cristo don Cayetano Réquena*.

No por esto modificó en un ápice la rigidez que se había propuesto por norma en su gobierno. Aborrecía tanto a los colonos, que se le prestan a este respecto palabras dignas de los tiranos de la antigüedad. «No he de dejar, decía, a los chilenos ni lágrimas que llorar.» (1) Las angustias del miedo no fueron bastante poderosas para contener la especie de frenesí que le agujoneaba. Se lisonjeó con la idea de calmar la agitación que se notaba en el país con nuevos golpes de arbitrariedad, como si se pudiera apagar un grande incendio, arrojándole nuevos combustibles. Con este objeto recojió las listas de proscripción, presentadas a Ossorio por viles aduladores, i que este no se había atrevido a poner en ejecución, i se guió por ellas para aprisionar o desterrar a los que habían escapado de las persecuciones de su predecesor.

Esta opresion de Marcó, la mas terrible de que haya ejemplo en Chile en las tres centurias que permaneció bajo el yugo de la España, comenzó a producir a la sordina una fermentacion violenta, que el momento ménos pensado podia tronar i reventar, máxime cuando se corria la noticia de que se estaba aprestando en las Provincias Argentinas un ejército que iba a atacar a los opresores por mar i por tierra. Las murmuraciones en voz baja podian degenerar en acusaciones públicas, i estas dar orijen a tramas i conspiraciones. Para intimidar a los que intentaran resistirle, Marcó adoptó con solicitud el pensamiento, que en tiempos igualmente turbulentos habian propuesto sus consejeros a Carrasco, de convertir en una fortaleza el cerro de Santa Lucia, que se levanta en el centro de Santiago i domina la poblacion. El terror le hizo poner manos a la obra a toda prisa, i en un año, ántes de principiari las fortificaciones, alcanzó a concluir dos baterias que debian quedar dentro de ellas, i que colocadas en las estremidades norte i sud, eran como dos centinelas que velaban por su seguridad, prontos a incendiar la ciudad al menor amago de insurreccion. Las construyó en la piedra viva, sin cuidarse del costo, porque habiendo invitado a un donativo para ayuda de la fábrica, el vecindario trémulo de miedo puso a su disposicion mas de lo que necesitaba. Los peones tampoco le escasearon, pues decretó que todos los que no se presentasen espontáneamente a ofrecer sus servicios, serian arrancados por la fuerza de cualquiera otra ocupacion en que se hallaran i obligados a trabajar sin jornal en calidad de presidiarios. (2)

Bajo el fuego i a la sombra de estos fortines, funcionaba una comision extraordinaria, establecida por Marcó desde el 17 de Enero, i que denominó *Tribunal de vijilancia i seguridad pública*. (3) Componiase

(1) Egaña, El Chileno consolado en los presidios.

(2) Gaceta del Rei, Tom. 2. N. 17.

(3) Egaña, que en su obra de el *Chileno consolado* se propuso hacer una reseña jeneral de la *Reconquista Española* sin atender mucho a la cronología, ha reunido en un solo cuadro los tribunales establecidos por Ossorio i por Marcó durante sus respectivos gobiernos. El P. Guzman ha copiado la lista de estos tribunales, formada por Egaña, i sin fijarse bien en lo que hacia ha atribuido la fundacion de todos ellos, incluso el de

del mayor del rejimiento de Talavera don Vicente San Bruno, presidente, de los vocales don Manuel Antonio Figueroa, don Agustin de Olavarría, don José Barrera, don José Santiago Solo de Saldivar, del asesor don José María Lujan i del secretario don Andrés Carlos de Vildosola. Su jurisdiccion se estendia no solo a la capital, sino tambien a las provincias, ménos la de Concepcion, pudiendo nombrar en los lugares que lo estimase conveniente un comisario facultado para formar sumarios i asegurar a los que juzgase delincuentes. Las justicias i guardias debian prestarle los auxilios que pidiera, i las cárceles i cuarteles recibir las personas que el tribunal destinara, sin que ninguna autoridad pudiese soltarlas, a no mediar una órden espresa suya. El fin de su institucion era evitar con el mayor empeño todo conato de revolucion, toda correspondencia con la otra banda, aun sobre motivos insignificantes, las reuniones sospechosas i las conversaciones en que se virtiesen conceptos directa o indirectamente opuestos a la fidelidad. Debia proceder en todo de oficio, por inspeccion propia o por las delaciones que se le hicieran, «guardando en cuanto a estas el secreto i reserva que correspondiese a no retraerlas de objetos tan interesantes al bien público.» Sus procedimientos eran verbales i sumarísimos; no debian pasar por lo comun de cinco dias, i podian estenderse, cuando mas, a ocho, en casos extraordinarios con permiso del capitán jeneral. Estaba autorizado a imponer por si solo penas correctivas i pecuniarias a individuos de toda clase, i las de espatriacion, perdimiento de miembros o muerte con consulta de Marcó. (1)

Ademas de estas atribuciones estaba encargado de celar por el cumplimiento de un terrible bando que don Francisco Casimiro habia dictado el 12 de Enero, i cuya ejecucion se habia mas especialmente encomendado al presidente del tribunal San Bruno. En él se mandaba: que nadie saliese del recinto de la ciudad sin una licencia espresa, i que los vecinos que se hallasen ausentes volviesen a ella dentro de tres dias, si distaban veinte leguas, i dentro de ocho, si pasaban de la enunciada distancia, incurriendo en el caso contrario el noble en la pérdida de sus bienes i encierro en un castillo, i el plebeyo en la pena de cincuenta azotes i diez años de presidio; que los que indujesen a particulares o a soldados a que desistiesen de su fidelidad o siguiesen correspondencia con el enemigo, «aunque fueran delatados por un testigo ménos idóneo, fuesen ahorcados o pasados por las armas i confiscados sus bienes sin juicio ni sumario;» que sufriesen la misma pena, dándose una parte de sus bienes al denunciante, los que no entregasen inmediatamente las armas blancas o de chispa que poseyesen, no eximiéndose de igual

*vigilancia*, solamente a Ossorio, descargando a Marcó de la responsabilidad que le toca como fundador de algunos. Ballesteros, segun su costumbre, siempre que no se trata de operaciones militares que haya visto por sus ojos, ha copiado en esta parte a Guzman sin corregir sus inexactitudes.

(1) Reglamento de 17 de Enero de 1816.

castigo los cómplices en la ocultacion, ni aun las mujeres mismas, que no serian oidas por acciones ni excepciones.

No se necesita desenvolver las consecuencias de tan bárbaras disposiciones; basta narrarlas para que se comprenda su funesto alcance. Después de haber agrupado al pueblo en torno suyo, llamándole a son de caja, un pregonero leía en alta voz, hasta en los villorrios mas miserables del reino, estas providencias que excitaban los ciudadanos a la delacion. En un pais cuyos habitadores estaban divididos en facciones rivales, que se combatian a muerte, esas palabras debian ser recojidas con avidez. Los decretos de Marcó suministraban a los mal intencionados en cada uno de sus artículos un medio fácil para desembarazarlos de sus enemigos privados, sin peligro i con provecho. La lei habia cuidado de proteger al denunciante con todas las seguridades, que el mas tímido habria podido apetecer. El sijilo mas profundo debia ocultar su nombre, para ponerlo a cubierto de la venganza del acusado; si sus revelaciones eran falsas, no se le castigaba por su calumnia, i si eran verdaderas, obtenia una magnífica recompensa en premio de su villanía. Los privilejios que se concedian a los delatores, eran tantos, como las garantías que se quitaba a las personas delatadas. Los bandos del presidente no hacian ninguna diferencia entre la malicia o la casualidad. Las apariencias solo bastaban para legitimar una sentencia de muerte contra los presuntos enemigos del Rei. Un bandolero no habria deseado otra mina, que la existencia de este código, para nadar en la abundancia. Con esconder un puñal o una pistola en la casa del propietario mas rico de su pueblo, i noticiarlo en seguida al tribunal de vijilancia, se ahorrraba de andar por despoblados i encrucijadas, salteando pasajeros. La autoridad se habria encargado por sí misma del asesinato, i después se habrian repartido amistosamente entre ambos los despojos. La vida de los ciudadanos quedaba sujeta al simple dicho del testigo ménos calificado, como un niño, un estúpido, un facineroso. Però lo que horroriza particularmente es la condicion de las mujeres, que sometia a la alternativa de vender a sus padres, esposos e hijos o participar con ellos el patibulo, i que aun en el caso de ignorancia, no podian escapar de la muerte, porque segun la letra de estos edictos memorables, toda defensa les era prohibida.

El tribunal de vijilancia, remedo del Santo Oficio, que por entónces restablecia Fernando VII en sus dominios, aplicó la inquisicion a la politica. Trabajó para el mal con una actividad infatigable, reuniéndose diariamente aun en los dias festivos. Como sus facultades eran estensas, i no le faltaban deseos de abusar, cometió tan flagrantes injusticias, tan escandalosas tropelias, que su tirania llegó a ser insoportable hasta para los realistas. El mismo Marcó, al fin de su gobierno, no pudo desentenderse de las incesantes quejas de las personas vejadas i reclamaciones de los tribunales cuya jurisdiccion usurpaba esta comision excepcional; i se vió obligado a darle una nueva planta, limitando sus fun-

ciones a la pesquisa de los delitos de infidencia, sin poder librar mandamientos de prision ni sentenciar por ningun pretexto. (1)

Este conjunto de disposiciones tiránicas, que castigaban las acciones mas insignificantes con centenares de azotes o prisiones indefinidas, cuando no con la horca, convirtió la vida de los chilenos en una agonía lenta e insufrible, mil veces peor que la muerte. Nadie se atrevia a salir del recinto de las ciudades, por temor de que su viaje fuera mal interpretado; nadie osaba dar hospitalidad en su casa a un amigo o a un indijente, porque si esa persona resultaba sospechosa, el dueño habria sido castigado como su cómplice; nadie queria conservar en su poder un instrumento cortante, de miedo que un esbirro de la policía lo calificase de arma prohibida i arrastrase al poseedor a la cárcel; nadie pronunciaba la palabra mas inocente, concerniente a politica, porque si esa palabra era sorprendida por un espía, podia servir de preámbulo para un proceso criminal. La permanencia en Chile habia llegado a ser un tormento tan inaguantable bajo el imperio de ese código, escrito con sangre, mas bien que con tinta, que la población entera habria fugado a bandadas fuera del país, si Marcó no hubiera cuidado de cerrarlo como un calabozo, para que ninguno pudiese escapar a su vigilancia. La configuracion fisica del terreno, tanto como sus satélites, contribuyó a mantener a los habitantes inmóviles en su lecho de dolor. Por el norte un desierto intransitable, por el sud el tempestuoso cabo de Hornos, i al oeste el Pacifico, por donde no vogaban mas que naves españolas, eran otras tantas barreras insuperables, que la naturaleza oponia a la emigracion. Quedaban al este los empinados Andes, que en ciertas estaciones del año ofrecian a los oprimidos algunos pasajes para la fuga; pero Marcó recelando que sus vasallos se precipitarian por aquel lado para acrecentar con su reunion la expedicion que San Martín organizaba en las faldas orientales de esos montes, se apresuró a tapar todos los boquetes, colocando en sus entradas triples destacamentos, que recibieron la órden de matar como traidores al Rei a los que sin su permiso intentasen pasar a las Provincias Argentinas. Viéndose rodeadas por todas partes, i no divisando salida por ninguna, las infelices victimas de aquel atroz despotismo tuvieron que resignarse a su triste suerte, i doblegarse sumisas en la apariencia, aguardando que llegara el dia de las venganzas.

Mas lo que debe asombrar es que Marcó desplegaba este lujo de rigor, no solo en los asuntos serios, sino aun en los frivolos i pueriles. Hasta para compeler a sus súbditos a que concurrieran a una fiesta, los conminaba con penas tan severas, como si tratara de prevenir una sedicion. El suceso siguiente va a probarlo. Desde el año de 1855 se celebraba en la capital la vispera i el dia del apóstol Santiago, una espléndida funcion, a la cual asistia la población en masa. En ella se condu-

(1) Decreto de 19 de Enero de 1817.

cia por las calles i plazas con gran pompa i aparato, seguido de una selecta comitiva, el real estandarte que Pedro Valdivia habia plantado en nuestro suelo, como un signo de que lo ocupaba a nombre del monarca de Castilla. El objeto de este paseo era el que la poblacion tributase en esa bandera una especie de vasallaje a los reyes católicos, cuyas huestes se habian apoderado de esta tierra a su sombra. Esta ceremonia fué suprimida por los independientes, como un recuerdo degradante de vil esclavitud, i abolida por las mismas cortes españolas, como un monumento de la conquista, opuesto a la igualdad que debia reinar entre españoles i americanos. Pero restablecida por Ossorio durante su gobierno, i hecha obligatoria por una cédula de Fernando, Marcó se encaprichó en que habia de ostentar en ella una suntuosidad que oscureciera el brillo con que la habian solemnizado todos sus antecesores, i cuando se acercó el mes de Julio, época de este aniversario, comenzó a tomar cuantas medidas le parecieron propias para la consecucion de sus deseos. Como nunca entendia que las cosas pudieran hacerse por bien, mandó al mayor de plaza que citase a los personajes mas notables de Santiago, amenazando con una fuerte multa a los que no comparecieran el dia prefijado. La tristeza que abrumaba a los ciudadanos, era tan profunda, que muchos sin fijarse en la rabia que su negativa iba a despertar en el corazon de Marcó, se escusaron de asistir, alegando diversos pretextos. En medio de las tribulaciones que los rodeaban, presentarse con un semblante placentero en un regocijo público les parecia un suplicio espantoso, que no se encontraban con el valor de afrontar. Antes que pasar por semejante sacrificio, las personas pudientes se manifestaron dispuestas a pagar la multa exigida, i esta resolucion, apesar de sus precauciones, no dejó de divulgarse por lo bajo. No bien hubo llegado a los oidos del presidente que muchos rehusaban dar cumplimiento a sus mandatos, cuando se puso furioso. Mandó llamar a su despacho al mayor de plaza, i le hizo escribir i repartir entre los convidados la siguiente esquela:—«Deseando el M. I. S. Presidente la mayor solemnidad en el paseo del Real Estandarte, convidó por mi conducto al vecindario distinguido de esta ciudad, imponiendo la multa de cien pesos a los que no concurriesen a un acto el mas debido i el mas propio del vasallaje que tributamos a los reyes de España nuestros Señores; porque la esperiencia ha acreditado el poco fruto que se ha logrado de sola la insinuacion de los señores capitanes jenerales sus antecesores; mas viendo que apesar de la multa, algunos vecinos se han escusado con frivolos pretextos en las circunstancias que mas debieran acreditar su aficion a una funcion tan abominada de los insurjentes, ha resuelto se avise a los convidados, como lo hago por este, que despues de exhibir la multa, el que falte será mandado a la isla de Juan Fernandez hasta la resolucion del Rei: su Señoria espera que U. le evitará el disgusto de tomar estas providencias; esperando yo se sirva contestarme quedar enterado de esta orden superior que le comu-

nico.—Dios guarde a U. muchos años.—Mayoría de Plaza i Santiago 16 de Julio de 1816.» (1)

No es extraño despues de semejante convite, segun lo asegura la *Gaceta del Rei*, que «la mas numerosa i lucida concurrencia» acompañase el estandarte, «apesar de haber caído una recia lluvia en toda la mañana del 24.» Por esta vez el periódico oficial debe sin duda haber anunciado la verdad. *No digo un simple aguacero, una tempestad en forma habria aguantado cualquiera por no concluir el resto de sus dias en Juan Fernandez.*

Marcó siempre torpe i amigo de ultrajar por ultrajar, se aprovechó de esta fiesta para inferir a los americanos un insulto gratuito, de que no podia sacar otro fruto, que envenenar el odio que con razon le habian jurado. En medio del inmenso jentío, que como de costumbre se habia agolpado a contemplar aquella especie de procesion militar, los españoles se presentaron lujosamente vestidos con la espada al cinto i las pistolas en el arzon, montados sobre briosos caballos ricamente enjaezados i seguidos de lacayos i escuderos. miétras que los americanos tuvieron que salir «sin pistoleras o con ellas vacias, i aun ocupadas con cuchillos de mäsas.» (2) Este desaire necio por demas, que a cualquiera habria ofendido, debia causar particularmente una irritacion violenta entre los magnates chilenos de aquella época, que estaban por lo jeneral animados de una vanidad pueril. Ansiosos como eran los colonos de distinciones i dignidades, hasta el punto de gastar sumas injentes para comprar un titulo de nobleza, o un grado honorifico en la milicia, la afrenta pública que se les hacia de tratarlos como a villanos, prohibiéndoles el uso de las armas, no podia ménos que enrudecer su ira contra un gobierno, que tomaba a placer el humillarlos a la faz del pueblo.

Mas lo que principalmente contribuyó a desacreditar a Marcó, aun entre los realistas, fué el no haber dado cumplimiento a la órden del monarca sobre el indulto de los patriotas desterrados. Ya hemos dicho que en Madrid se recibió con mucha aceptacion, en vista de los informes de Ossorio, a Urrejola i a Elizalde, comisionados para impetrar el perdon. En la corte concibieron con prontitud que la Metròpoli reportaria grandes ventajas con la retsituicion a sus hogares de tantos personajes como jemian en las cárceles i presidios, i a quienes hacian poco temibles su cordura i tendencias pacificas. En la revolucion se habian reñido a solicitar ciertas reformas por las vias legales, mas bien que a pretender una independendencia absoluta; importaba, pues, a la España no exasperarlos i ganarlos a su causa. Penetrado de la verdad de estas consideraciones Fernando VII, a quien, segun sus instrucciones, se habian dirijido los dos diputados, los recibió con sumo agrado, i los re-

(1) Biblioteca Nacional. Tom. 5. de la coleccion en 4.º de los impresos publicados en Chile.

(2) Egaña, el Chileno consolado en los presidios.

mitió a su Consejo de Indias, para que este le impusiera sobre la conveniencia de sus peticiones i la solucion que deberia dárselas. Esta corporacion se manifestó mui favorable a sus demandas, i contestó a la consulta del soberano que con excepcion de los corifeos de la revolucion, que se hallaban prófugos i a quienes debia seguirse causa con arreglo a las leyes, era de opinion que a los demas procesados se les devolvieran la libertad i los bienes. El gabinete de S. M. se conformó con este dictámen, i tomó tanto calor porque se realizara cuanto ántes, que uno de los ministros del despacho don Silvestre del Collar, para aprovechar la oportunidad de un buque que se hacia prontamente a la vela con destino al Perú, se apresuró a ponerlo en conocimiento del virrei de Lima i del capitán jeneral de Chile en una carta escrita a nombre del soberano, en la cual se les mandaba que verificaran i cumplieran en todas sus partes el indicado acuerdo, en la intelijencia de que en la primera ocasion se les remitiria la real cédula con las formalidades necesarias.

Pero Marcó con un corazon cerrado a la piedad no quiso obedecer, pretestando hacerlo, cuando se le comunicase la orden con los requisitos de estilo, probablemente con la esperanza de que se demoraria mucho tiempo en venir. Esta esperanza se le frustró; porque a los cuatro meses llegó la real cédula con todas las solemnidades exigidas. Entonces aparentó cumplirla, la notificó a los interesados i los obligó a firmar al pié, haciéndoles en seguida saber que por motivo del público sosiego i conveniencia de ellos mismos, aunque estaban perdonados, no les suspendia el destierro. Esta desobediencia patente a la voluntad del Rei, esta violencia injustificable con individuos por la mayor parte inofensivos excitó una indignacion jeneral. La Audiencia alzó la voz para compelerle a la ejecucion del rescripto, el Ayuntamiento la secundó con enerjia; pero Marcó permaneció sordo a las instancias de los oidores i cabildantes, como a los ruegos i lágrimas de las familias de los desterrados. Les devolvió, si, los fondos confiscados; pero tan destruidos, como si hubiesen sido entregados al pillaje, i exijiéndoles tan crecidas contribuciones, que habrian preferido se los hubiera retenido.

Marcó, dirijido por los consejos de la camarilla, exajeró siempre las providencias de su antecesor. Ossorio habia impuesto a la capital i a las provincias una cuantiosa suma, que debian satisfacer mensualmente durante un año. Como el pais se hallaba agotado, la autoridad no pudo desentenderse de la justicia con que algunos se escusaban. La miseria habia llegado a tal estremo que muchos huían de la ciudad, buscando en los campos un asilo contra la avidez del fisco, o se sustraian a ella con toda especie de subterfujios. En fuerza de las circunstancias, el presidente interino tuvo que ser remiso en la cobranza, de modo que cuando le sucedió Marcó, una gran parte de la contribucion no habia sido recaudada. Don Francisco Casimiro con su crueldad característica cortó de raiz todas estas dificultades; exijió en un escaso término el pago de todos los caídos; ordenó que no se admitiesen excusas ni reclamos;

conlenó a los cobradores a que cubriesen de su bolsillo las cantidades que no recojieran; i estimulándolos así con el aguijón del interés propio, los soltó sobre su presa. Para evitar dilaciones los autorizó a compeler con la fuerza militar a los morosos, que si no efectuaban su erogacion dentro del plazo prefijado, veian instalarse en su casa cuatro Talaveras, a cada uno de los cuales tenian que pagar cuatro reales diarios i alimentar a su costa hasta que quedasen corrientes sus cuentas con el gobierno. Júzquese de las tribulaciones del dueño de casa, cuando se considere que el impuesto recaia sobre individuos que el fisco habia dejado exhaustos, o sobre mujeres cuyos maridos estaban ausentes o prisioneros. Mas no habia efujio ni escapatoria. La guardia destinada a hacer efectivo el pago estaba compuesta de soldados tan groseros, que por libertarse de sus desacatos nadie titubeaba en vender cuanto poseia i precipitarse en las angustias de la indijencia. Se imponia el doble al que de cualquier modo trataba de eximirse. (1)

Concluido el año, el gobierno, para aparentar ser fiel a sus promesas, se vó precisado a suspender la contribucion mensual; pero como necesitaba dinero mas que nunca, apareció bajo otra forma. Recargó todavía los derechos de las mercaderías de primera necesidad, i exijió un empréstito voluntario de que no quedaban exentos los empleados, ni los militares que no estuviesen en actual servicio. No hai que alucinarse con la cualidad de voluntario; porque no tenia de tal mas que el nombre. Hizo imprimir billetes en progresion desde 50 hasta 800 pesos, i cada uno tenia que tomar tantos de estos billetes, cuantos correspondiesen a sus facultades. Si no lo ejecutaba en el término de un mes, se le penaba con que satisficiese el duplo sin restitution, i de igual manera se castigaba a los que tomaban ménos billetes o de menor cantidad, que lo que correspondiese a sus respectivos capitales, que avaluaban comisiones nombradas al efecto. Fácil es de figurarse la desesperacion del pueblo, saqueado por su propio gobierno convertido en una pandilla de bandoleros, que le arrancaba sable en mano los restos de su fortuna. Ni siquiera habia moneda suficiente para calmar su voracidad, i muchos no podian enterar la capitacion, sino con la vajilla de plata o con las alhajas que por casualidad habian salvado. (2)

Si el gobierno hubiera dejado a los chilenos tranquilos en su indijencia i se hubiera contentado con arrancarles el dinero, se habrian estimado felices con su vida de mendigos, con tal que se les hubieran ahorrado las persecuciones i las violencias. Pero Marcó, fulminando una serie de bandos que forman el código mas arbitrario i despótico, que haya rejido a nacion civilizada, hizo de su existencia un suplicio continuado. Convirtió las ciudades en cárceles i encerró en ellas a los habitantes, no permitiéndoles salir fuera de los estramuros sin previo pasaporte,

(1) Bando de 9 de Enero de 1816.

(2) Decreto de 2 de Noviembre de 1816.

para tener el placer de atormentarlos a su antojo. Aunque los dueños de haciendas i sus familias se hallaban comprendidos en esta descabellada confinacion, los hacia responsables de cuanto sucediese en sus posesiones, que a muchas leguas de distancia no podian vijilar. A pesar de la imposibilidad para practicar esta inspeccion en que los colocaba el alejamiento, caian sobre sus cabezas las faltas del último de sus sirvientes, o las tentativas que los revolucionarios emprendiesen en las mas recónditas quebradas, montes o serranias de sus propiedades. Oprimió las provincias bajo la férula de consejos de guerra permanentes, compuestos de soldados brutales e ignorantes, a quienes amenazaba con imponerles la misma pena que a los delincuentes, si no les aplicaban toda la severidad de sus bandos; i para refrenar en su corazon todo movimiento de clemencia, por si acaso eran capaces de sentirlo, los hacia fiadores de los *excesos* que cometiesen despues de la gracia los reos perdonados. Los jefes de cualquier destacamento, que se hallase a veinte leguas de la capital, podian fusilar a los trasgresores de sus edictos sin otras trabas, que estar sujetos a formarles un sumario en veinticuatro horas i a dar parte de que se habia ejecutado la sentencia. Si un hombre era aprehendido, aunque se le encontrase inocente, no debia ponerse en libertad; porque el hecho de su prision importaba una sospecha que no se juzgaba desvanecida, sino cuando todos los que habian intervenido en la detencion, revelaban su injusticia i declaraban que no habia cargos que hacer contra él. Pasadas las oraciones, no se permitia en las ciudades andar a caballo, i se consideraba como un crimen que dos personas fuesen juntas o que alguién se embozase en su capa o manta. Estableció rondas i patrullas para que irremisiblemente apresasen a los infractores de estas inicuas disposiciones. Como al aprensor se le gratificaba con el caballo o prenda que constituia el cuerpo del delito, los mismos Talaveras eran a menudo los que instigaban a los crédulos a infringir la ordenanza, para obtener los gajes de la captura. (1)

Pero por maldades que cometiesen los subalternos, nunca igualaban las del presidente del tribunal de vijilancia, a quien se habia encomendado en particular la ejecucion de los bandos, i que por su crueldad refinada ha llegado a ser como la encarnacion de este sistema opresivo. Su recuerdo ha quedado palpitante en las tradiciones populares. ¿Quién no ha oído hablar de San Bruno, el ejecutor de los asesinatos del 6 de Febrero en la cárcel de Santiago, ese héroe de mil leyendas sangrientas, ese ajente secundario sobre cuya cabeza se ha amontonado mas odio quizá, que sobre la de sus superiores? Fraile carmelita en Zaragoza, durante el sitio de aquella plaza por los franceses, habia como otros muchos de sus hermanos, combatido con el crucifijo en una mano i la espada en la otra, i portádose con tal valor, o mas bien ferocidad, que obtuvo en recompensa el grado de teniente. Desde entónces abandonó su

(1) Bandos de 7, 16 i 22 de Enero de 1817.

ministerio de paz por la carrera de las armas, a que llevó el fanatismo de un sectario i la crueldad de un bárbaro. El apóstata vino a Chié como capitán de cazadores del cuerpo de Talavera, mirando a los americanos con el mismo desprecio con que los conquistadores habían tratado a los indios. Consiguió con sus desafueros, siempre sostenidos por la autoridad, rodear su persona de tal terror, que rondaba sin mas compañía que unos cuantos soldados la ciudad, que la falta de alumbrado público envolvía durante la noche en la mas densa oscuridad. Las primeras ocasiones que le tocó salir de patrulla, visitó las chinganas donde se agrupaba el populacho, i aunque casi solo, arreó con el sable a los infractores de los bandos con tanta facilidad como un pastor su rebaño; mas las calles estaban lóbregas i los prisioneros tímidos i sumisos al principio, viéndose protegidos por las tinieblas, se le escaparon, echando a correr cada uno por su lado. San Bruno no era hombre para ser burlado dos veces. A las noches siguientes, para que no se le volbiesen a fugar, los obligó a bajarse los calzones, i atándoselos fuertemente en el tobillo, los hizo marchar con estos grillos de nueva especie, libre de todo temor. Las tinieblas no le asustaban ya; porque había encontrado un medio fácil de suplir las luces que faltaban en las calles; tal era, forzar a sus cautivos a que llevaran en la mano una vela encendida, pues como Marcó, el terrible ministro de sus venganzas mezclaba siempre algo de burlesco e irrisorio a sus tiranías. Con estas precauciones era seguro que la fortaleza de Santa Lucia contaba al otro dia tantos nuevos trabajadores, como individuos habían sido conducidos a la cárcel por San Bruno de tan ignominiosa manera.

A los oprimidos les llegó tambien su turno, i los que han sobrevivido hasta el dia han de ser muy rencorosos, si no se han dado por completamente satisfechos. Si hai algo que iguale la enormidad de las faltas de San Bruno, es la magnitud de su castigo. La vindicta pública no se contentó con que perdiese afrentosamente la vida en un patíbulo; ha perseguido su memoria i la ha condenado a la infamia. La voz popular guiada por el odio ha echado sobre los hombros del presidente del tribunal de vijilancia no solo sus crímenes, sino tambien los de todos sus correligionarios; lo ha convertido en una especie de mito que personifica esa época de despotismo i de sangre. Si prestamos crédito a la tradición adulterada que se ha transmitido de boca en boca, San Bruno nos aparecerá como un monstruo dominado por la codicia i la lujuria, que robaba su dinero a los habitantes i que vendía a las mujeres la gracia de sus esposos o padres a precio de su honor. Pero la severa imparcialidad de la historia, condenando sus descarrios, no puede consignar esas calumnias. San Bruno en su trato privado era un hombre de maneras groseras, de carácter brutal, pero de costumbres intachables; demasiado casto i excesivamente sobrio para un soldado de la última ralea, delicado i escrupuloso en el manejo del dinero; era cajero de su cuerpo i nunca dió nada que decir; conservaba en sus hábitos ciertas reminiscen-

cias del convento; rezaba con fervor i cargaba rosario i escapularios. Pero en la vida pública merece su reputacion. Era un hombre sin entrañas para cumplir lo que él entendia por su deber. Miraba la insurreccion de América como un crimen contra Dios i el Rei, i juzgaba por consiguiente que toda pena era lijera para los rebeldes. Tales convicciones debian enjendrar el encarnizamiento i la inhumanidad que le han conquistado en los anales de Chile un puesto tan poco envidiable.

Una marcha gubernativa semejante a la observada por los realistas desde que la libertad del pais quedó sepultada bajo las ruinas de Rancagua, habria sido llamada despotismo, habria excitado reclamaciones en cualquier pueblo; mas en Chile su peso era insoportable, inaudito, inconcebible para los habitantes. Por trecientos años habian disfrutado una existencia tranquila i uniforme, que, si no suministraba ejemplos de grandes virtudes, tampoco la manchaban grandes crímenes. Moradores de un estrecho territorio, lejano de la Europa, que encerraba por un lado un mar que pocos bajeles surcaban, i por otro elevadas cordilleras, intransitables durante muchos meses del año, los sucesos esteriore no hacian eco en aquella sociedad, que apenas habia subido las primeras gradas de la civilizacion. En el interior, restricciones políticas i comerciales que el hábito suavizaba para ellos, les habian quitado toda espontaneidad; los acontecimientos de familia eran los únicos que alteraban la uniformidad de su vida. La revolucion los habia hecho experimentar fuertes emociones i exaltado pasiones desconocidas; pero aunque las persecuciones habian destruido a veces el sosiego doméstico, la mayoría las soportaba, i contenia su descontento e irritacion porque colubraba por término de aquel trastorno social algo de bueno i de útil, mientras que bajo el yugo de Ossorio i en especial de Marcó, los ataques contra la seguridad individual i la propiedad fueron incomparablemente mas repetidos e injustos. Este exceso de severidad exacerbaba a una nacion que se hallaba habituada a un trato mas dulce i humano, i que no ofrecia mérito para que se le aplicase tanto rigor. Sobre todo, la tiranía de los españoles era rastrera i sin grandeza; no hacia nada que la disculpase siquiera a los ojos de una intelijencia vulgar. Constituia su política un sistema de oprimir, torpemente concebido i ejecutado a sangre fria, que inspiraba repulsion. Esos mandatarios que en la paz, cuando nadie les resistia, manifestaban contra los enemigos mas saña que los militares en un dia de batalla, causaban aversion i repugnancia. Todas sus medidas demostraban que se habian imaginado esplotar un pueblo en provecho de un centenar de peninsulares, dominándolos con quinientos Talaveras. No solo eran tiranos porque a ello los forzaba la necesidad de sostener un orden de cosas imposible, sino que hacian mal por hacer mal.

«Estos hombres que declamaron tanto la infelicidad en que nos habiamos sumerjido, dice un contemporáneo en un elocuente resúmen de los resultados de la reconquista, que nos prometian tantos bienes con su nueva

dominación i que aun tienen la impudencia, de gritar en sus gacetas que los gozamos actualmente, debian ya que no libertarnos de las trabas coloniales, siquiera permitir los establecimientos que no les perjudican. ¿A qué ha sido restituir los derechos parroquiales con gravámen de los pueblos? ¿Por qué han reducido a la esclavitud a los infelices que con unánime consentimiento del pueblo por sus representantes, nacieron en estos años en la posesion de su libertad? ¿Por qué destruir la escuela militar, teniendo soldados? ¿Para qué alzar la prohibicion que se habia impuesto a los prelados monacales de que no hiciesen granjeria en dar licencia para que residiesen los relijiosos fuera de sus claustros, por un salario que contribuian, i que no pagasen derechos por los honores i grados literarios de su orden? ¿A qué destruir el Instituto Nacional destinado a la educacion moral i científica de los jóvenes, i a premiar las primicias de la virtud i relijiosidad? ¿Qué les perjudicaba que el tabaco, aunque estuviese estancado, se sembrase en el pais i no se trajese de fuera? ¿Por qué sofocaron nuestro hermoso proyecto de formar un Instituto de artes mecánicas para la educacion del pueblo, en que nada costaba el fisco? ¿Por qué destruir hasta los cimientos la preciosa i única fábrica de tejidos de lana formada en Chillan a tanto costo i con tan ventajosos progresos? ¿Eran todos estos delitos de infidencia? En recompensa de tantos daños gratuitos, no aparece una sola institucion benéfica de nuestros pacificadores. Solo vemos que nos despedazan por sacarnos la última alhaja de valor para sostener horribles presidios, donde agonizamos, cóstosísimas fortalezas que nos opriman i un lujo i depredacion escandalosa en la tropa.»



## LA EMIGRACION.

Durante la aciaga época de la reconquista, la historia de Chile se divide en dos partes, como que tambien la sociedad chilena se fracciona en dos porciones. La una comprende las tiranías i violencias de Osorio i de Marcó, la otra las miserias i padecimientos de los emigrados. Al paso que la primera nos entristece como un largo i doloroso martirio, la segunda nos consueta, a la par que nos aflije, presentándonos el cuadro de hombres que conservan su dignidad en medio de la pobreza, i no descansan un momento, buscando recursos para salvar su patria de la opresion en que jime.

La emigracion arrastró en sus olas miembros de todas las clases sociales. Despues del desastre de Rancagua se esparció una alarma jeneral, un terror pánico irresistible, que precipitó al otro lado de los Andes a individuos que no habian tenido injerencia en la política ni de hecho ni de palabra. Se corrió que los vencedores venian pasando a cuchillo a los vencidos, voz que motivó la circunstancia de haber combatido sin cuartel i con bandera negra en aquella fatal jornada. Las escenas sangrientas de Méjico, Caracas i Alto Perú daban tambien a los españoles una fama terrible, que lo hacia esperar todo de su crueldad i barbarie. Soldados, mujeres i niños atravesaron los Andes a pié i en la mayor confusion. Esta multitud que improvisaba un viaje penoso por entre rocas cubiertas de nieve, endonde dejaba un rastro de sangre, soportó penalidades sin cuento. Faltaban los viveres i las cabalgaduras; muchos de estos infelices viajeros abandonaban en el camino estenuados de fatiga sus equipajes, que habian trasportado en hombros. Aquellas cumbres presenciaron cuadros patéticos, escenas lamentables producidas por el hambre, la desnudez i la precipitacion de la marcha. Se vió a una po-

bre madre dar a luz sobre la nieve un hijo, que llevó en sus brazos hásta Huspallata.

Defendia las espaldas de los fujitivos don José Miguel Carrera con la poca tropa que no se habia desorganizado, i abandonaba uno de los últimos el suelo de Chile. Lo abandonaba triste i pensativo, con un vago presentimiento de los males que le aguardaban. Muchos de los argentinos que intervinieron en la revolucion, como Balcarce, Villegas, Vidal, Pasos, don Santiago Carrera habian tenido con él frecuentes desavenencias; algunos aun se habian declarado paladinamente por sus adversarios políticos. Temia que el gobierno de las Provincias Unidas, influido por estos personajes, le hiciese una acogida desfavorable, i se iba preparando a no sufrir la menor cosa que menoscabase en un ápice su dignidad. El gobernador de Cuyo, don José de San Martín, oficial que se habia distinguido en la guerra de España, no estaba hecho para entenderse con él. De un carácter tan altanero i ambicioso como el suyo, ansiaba por ocupar en los acontecimientos de América el rango que correspondia a su alta capacidad, no tolerando ni superiores ni iguales. Era, pues, inevitable que chocase con Carrera, que tampoco reconocia la supremacia de nadie, i cuyo orgullo se aumentaba con la desgracia. Miétras mas lo abatia la fortuna, tanto mas se elevaban sus pretensiones, sin que le intimidase ningun jénero de persecuciones. Si en la prosperidad cedia, si era capaz de alargar una mano de amigo a O'Higgins despues de haberle derrotado, oponia en el infortunio una resistencia incontrastable a sus enemigos. Los individuos que habia desterrado a Mendoza, cuando se apoderó del gobierno deponiendo al director Lastra, muchos de ellos distinguidos por su graduacion o su talento, habian predispuesto en contra de Carrera el ánimo de San Martín, pintándose como un espíritu turbulento, principal causa de la pérdida de Chile. En consecuencia, San Martín se habia formado una idea desventajosa de su carácter, que creia discolo e intratable.

Bajaba don José Miguel de la cordillera, i el gobernador de Cuyo venia a auxiliar la emigracion, cuando se encontraron los dos en el valle de Huspallata, i aunque se reconocieron, no se saludaron. Este fué el principio de las hostilidades. (1) A poco supo Carrera que algunos de los confinados de Julio, habian salido al camino a insultar a su familia; que el mismo San Martín habia dado órdenes a los soldados de que reconociesen por Jeneral a O'Higgins; que habian sido vejados dos de sus mas decididos partidarios, don Juan José Benavente, a quien habia ofrecido enseñarle política con el sable, porque no se quitó el sombrero en su presencia, i don Juan de Dios Ureta, a quien se habia

(1) Para referir las competencias entre Carrera i San Martín, hemos tenido a la vista la correspondencia orijinal de estos dos jefes, el Diario i un Manifiesto del primero, un trabajo histórico publicado por don Manuel Gandarillas en el Araucano, i consultado el testimonio de varios emigrados.

obligado a bajarse de una mala bestia, porque no tenia de pronto con que pagarla, forzándole a caminar con el avio al hombro.

Carrera, prevenido como estaba, divisó en estos incidentes otros tantos actos de malquerencia hacia su persona; pensó que sus recelos comenzaban a realizarse aun ántes de lo que habia temido, que habia un ánimo deliberado de ajarle i de ensalzar a sus rivales, i que los desaires i persecuciones de aquel en cuya proteccion habia confiado, se agregarían para él a los sinsabores del proscripto. Nunca habia amado mucho a los argentinos; pero entónces su antipatia se convirtió en odio. Esa disposicion de que se pusieran a las órdenes de O'Higgins, comunicada a sus subalternos por San Martin, por un mandatario extranjero, heria en lo mas vivo sus susceptibilidades de jeneral, de hombre de partido, de chileno. El espíritu de nacionalidad estaba mui pronunciado en don José Miguel, lo llevaba aun hasta la exajeracion; era en extremo puntilloso en todo lo que le parecia un ataque a las prerrogativas de su patria. En el caso presente su altivez i sus odios políticos se aunaban con este sentimiento, para que el insulto le hiciera mayor impresion.

Con la rabia en el corazon aguardó impaciente en el alojamiento al gobernador, a fin de exigirle una esplicacion. Tan luego como se le anunció su venida, aunque ya fuese entrada la noche, envió con uno de sus ayudantes a pedirle una conferencia. San Martin le recibió en el acto i con la mayor cortesía. La conversacion fué cordial i amistosa. Manifestó a Carrera que al dar la orden de que se reconociera por jefe a O'Higgins, no habia tenido intencion de ofenderle; que habiendo visto venir dispersos i desbandados un gran número de soldados, habia tratado de evitar las fechorias siempre temibles en semejantes circunstancias, i para conseguirlo habia encargado de contenerlos al oficial chileno de mas graduacion i respeto, que habia encontrado a su lado. Como don José Miguel se quejara de la escasez de cabalgaduras para su tropa, i de la carestía con que se les vendian los pocos viveres que se les proporcionaban, le prometió poner a su disposicion, para remediar el mal, cuantos le fuera posible. Todo pareció quedar arreglado, i los dos se separaron, si no completamente satisfechos en el fondo uno de otro, al ménos con todas las apariencias de una reciproca consideracion.

Mas apénas amaneció el siguiente dia, pudo conocerse que las competencias i disgustos que molestaban a los fujitivos, tenian su raiz en pasiones demasiado irritadas para que se cortaran con una palabra. San Martin se habia marchado mui de madrugada para Mendoza, dejando a O'Higgins el encargo de prestar a la division los auxilios que habia prometido. Habiendo este merecido el honor de que se le encomendase la comision con preferencia a otro, aparecia rodeado de sus parciales i de algunos jefes argentinos con todo el prestigio del apoderado, del hombre de confianza del gobernador. Algunos de sus amigos, entre los cuales llevaba en esta ocasion la voz don Santiago Carrera, pretendieron que debia entregársele el mando de las tropas en virtud de la delegacion de

San Martín. Los *carrerinos* no se mostraron muy dispuestos a permitir se infiriese a su caudillo tan humillante agravio, e hicieron entender que no obedecerían las órdenes de ningún otro. Los emigrados a quienes la guerra civil traía divididos desde Chile, habrían venido a las manos, en el momento de pisar un suelo extraño, si O'Higgins hubiera cometido la imprudencia de reclamar el mando; mas viendo la disposición de los ánimos no se atrevió a exigir una obediencia que se le habría negado, se puso en camino con los dragones de Alcazar, evitando con su determinación que se desbordasen de una manera terrible resentimientos antiguos que los sucesos referidos habían agriado.

Siguió luego don José Miguel con el grueso de la fuerza, i apenas pisó los umbrales de la ciudad, tuvo que sujetarse a una inquisición injuriosa para su honra por la causa que la inspiró. Se hablaba mucho en el público de los injentes caudales que llevaba consigo, del oro i de la plata de que se había apoderado en su fuga de Santiago, i declarándose los mandatarios de Cuyo herederos del fisco chileno, procuraron echarse sobre aquel tesoro. Un escuadrón de aduaneros, escoltados por una partida de cívicos se precipitó sobre los equipajes de los Carreras, de su hermana doña Javiera, de Uribe i de don José María Benavente, i les intimó que dejasen registrar las cargas de su pertenencia. Los dueños al principio resistieron con energía semejante exámen; pero su oposición no hizo, sino aumentar el empeño de los empleados del resguardo, que los amenazaron con usar de violencia, si no consentían por bien. Entónces hubo que ceder. Inspeccionaron los baulés i las camas con la mayor escrupulosidad; mas en vez de las cuantiosas sumas, que talvez esperaban descubrir, solo hallaron ropa i objetos de poco valor. No habiendo podido practicarse igual operación con el equipaje de don José Miguel por haberse perdido las llaves, lo condujeron ellos mismos a la aduana, endonde fue preciso al siguiente día para abrirlo desarrajar la cerradura. Este reconocimiento no produjo tampoco ningún resultado, i sufrieron el mismo desengaño que con los otros. No puede ponerse en duda que la razón de esta medida fué, como lo hemos indicado, el deseo de posesionarse de los caudales, que según suponían, se habían apropiado los Carreras. Si hubiese sido un mero trámite fiscal, se habría practicado con todos; mas únicamente se observó con las personas citadas.

Había bastado este recibimiento para suscitar entre el gobernador i Carrera enemistades i disensiones; pero motivos mas serios vinieron bien pronto a imprimir a la controversia un carácter mas grave i hostil. Don José Miguel pretendía ejercer sobre sus tropas la autoridad de un jeneral en jefe, sin permitir que ningún mandatario extranjero se entrometiera en el régimen doméstico i económico de su división, i alegaba por fundamento a su conducta el pacto de union que existía entre Chile i la república argentina. Reclamaba de un aliado lo que sin dificultad le habría concedido un neutral. Desde que entraba con la auto-

rización competente en el territorio de un pueblo amigo, i mas que amigo, hermano, no estaba dispuesto a tolerar que se le usurpasen las atribuciones que le correspondian de derecho. Habia salido de su patria al frente de los restos escapados del destrozo de Rancagua; se habia dirigido a Mendoza para buscar proteccion, no para rendirse, i solo aguardaba auxilios del gobierno de Buenos-Aires, para repasar la cordillera i continuar la guerra en la provincia de Coquimbo. Sostenia, pues, que debia tratársele como al jefe de un ejército en tránsito, no como a un subalterno, i obraba en conformidad de estas ideas. Cuando mas, en caso de tener que recibir las órdenes de alguién, serian las del director supremo, i nunca las de un simple gobernador. (1)

Estas pretensiones incomodaban sobremanera a San Martín, que las recibia como un insulto dirigido a su persona, como un desacato cometido contra la dignidad del puesto que ocupaba. No podia tolerar con paciencia que fuese Carrera i no él; quien diese el *santo*; que la retreta se tocara en la casa del jeneral chileno, i no en la suya. Pensaba que desde que los españoles se habian enseñoreado de Chile, habian cesado de hecho en sus funciones todos los majistrados, todos los oficiales de este estado, cualquiera que fuese su grado o jerarquía, que habian pasado a ser meros ciudadanos como cualesquiera otros i que en todo estaban sujetos a su jurisdiccion. Miraba como actos de sediccion, dignos de castigo i abusivos de la hospitalidad, los aires de independencia que aparentaba Carrera. Decia con indignacion que este intentaba mantener en el centro de una ciudad ajena una especie de nacion ambulante i postiza, gobernada por él solo.

Una parte de la emigracion apoyaba esta opinion, i fomentaba las prevenciones de San Martín contra don José Miguel. Ya hemos dicho que los desterrados de Julio, entre los cuales se contaban hombres de tanto respeto como Mackena, i de un talento tan insinuante como el de Irizarri, le habian rodeado desde su llegada a Mendoza, i formaban su círculo. Naturalmente O'Higgins i sus amigos, correligionarios políticos de los anteriores, se les habian unido, i repetian en coro, recargándolas con los mas negros colores, cuantas acusaciones habia inventado el espíritu

(1) Copiamos el siguiente párrafo de la correspondencia entre Carrera i San Martín, en que aparece a las claras cuál era el orijen de su competencia.—«Niega V. S. haber sido atropellados mi autoridad i empleo desde que pisé este territorio, cuestionando si en un pais extranjero hai mas autoridad, que las que el gobierno i leyes constituyen. Los paises dejan de ser extranjeros, cuandose unen por una mutua alianza. Tal ha sido la que constituyó hermano al estado chileno de las Provincias Unidas del Rio de la Plata. Asi es que rendido cualquiera de ambos dominios debia ser protegido por el que aun conservase su poder. En este debia aquel reunir sus fuerzas bajo las órdenes del oficial que hubiese nombrado jefe de ellas. No me aparto de que las facultades de V. S. lleguen a la de contener los desórdenes que cometieren algunos emigrados; pero le niego la de hacer jenerales de Chile a mis subalternos, en cuyo número esta el comandante de la primera division don Bernardo O'Higgins, e igualmente la de mezclarse en el réjimen interior i económico de las tropas que mando. Cuando el supremo director me conteste accediendo a ayudar la reconquista de Chile, saldrán ellas unidas a las auxiliares. En el extremo opuesto quedarán todas esentas de servicio, o tomarán el destino que mas les acomode, como que hasta ahora no conocen ni han jurado mas banderas que las de Chile.»

de partido contra don José Miguel. San Martín los escuchaba con contaplacencia; no simpatizaba mucho con el desgraciado jeneral que no se había prestado a tributarle las consideraciones que le había exigido, i en quien miraba para el porvenir un obstáculo a su ambición. Meditaba ponerse a la cabeza de la expedición que marcharía a libertar a Chile; i con su ojo penetrante columbraba en Carrera un émulo que le disputaría el mando i le embarazaría en sus planes. Veía al contrario entre sus adversarios personas sumisas, que pondrían a su disposición el socorro de su brazo i la influencia de que gozaban entre sus compatriotas. No tenía que vacilar un momento sobre la línea de conducta que le convenía seguir. Abatiendo a don José Miguel, castigaba su proceder, insolente i descomedido a su juicio, facilitaba para despues la realizacion de sus proyectos, i se ligaba por la gratitud a los hombres de quienes iba a tener necesidad.

En poco tiempo la competencia había enconado los ánimos hasta el último estremo. Día a día habían luchado los dos contendores a punta de oficios. En esta correspondencia acre e incisiva, se habían lanzado mutuamente esas injurias que pocas veces se perdonan. La cólera de San Martín había llegado al colmo, i los *o'higginistas* no se descuidaban en atizarla. Trabajaban principalmente por acabar de hundir a Carrera, despojándole de la sombra de poder que le restaba. Así excitaban de continuo al gobernador, para que le separara de la division, i alejara de Mendoza tanto a él, como a los demas corifeos de su partido. El otro, que contentando estos deseos, satisfacía los propios, se manifestaba mui inclinado a darles gusto. Para proporcionarle un pretexto, le elevaron una especie de acta en que recapitulaban todas las reerimaciones i cargos que podían levantarse contra su rival, i solicitaban su espulsion.

Los *carrerinos* por su parte, tan luego como supieron la ocurrencia, se reunieron sin pérdida de tiempo, i se pusieron a redactar el proceso de sus enemigos con tanta hiel i acrimonia, como estos habían usado para con ellos. Estaban ocupados en esta operación, cuando vino a notificarse a los tres hermanos Carreras i a los dos vocales de la última Junta Muñoz i Uribe la intimación de que salieran confinados a la provincia de San Luis a esperar las órdenes del director supremo. El intendente paliaba este decreto con la precision en que se hallaba de atender no solo a la seguridad de sus propias personas, sino también a la tranquilidad pública, que amenazaba alterar la fermentacion producida por su presencia entre los emigrados. «Si V. S. confinase a José Miguel Carrera, le contestó este entre otras cosas, ya espondría los derechos del hombre al alcance de la judicatura, i el orden con que deben hacerse los juzgamientos; pero como jeneral del ejército de Chile, i encargado de su representacion en el empleo de vocal del gobierno, que dura mientras lo reconozcan los patriotas libres que me acompañan, i mientras hagamos al directorio de estas Provincias la abdicacion de armas i personas a que marchamos, solo puedo contestar que primero sería descuar-

lizarme, que dejar yo de sostener los derechos de mi patria.» Le avisa en seguida en medio de muchos desahogos bastante provocativos contra su proceder i el de los *o'higginitas*, que puesto que considera perjudicial su permanencia en la ciudad, se queda disponiendo para marcharse a la mayor brevedad con su tropa a Buenos-Aires.

A la vista de esta actitud conoció San Martín que se había apresurado demasiado, pues no estaba preparado para oponerse por la fuerza a semejante resolución. Carrera se hallaba a la cabeza de un cuerpo de tropas cuya mayor parte abrigaba hacia su persona un verdadero afecto, el amor del soldado por un jefe respetado, mientras que él no había reunido todos los elementos de que necesitaria para intimidar a los parciales del jeneral chileno, e impedir que la desesperacion i el entusiasmo por su caudillo los precipitaran en una resistencia porfiada. Tomó el partido de cejar por entónces, i aplazó para mas tarde el cumplimiento de sus designios. Uno de los rasgos prominentes de su carácter era el disimulo; sabia ocultar su pensamiento, i no escrupulizaba por llegar a su fin acomodarse un rostro que disfrazase los sentimientos que en realidad le animaban. Por salir del apuro no tuvo en esta ocasion ninguna repugnancia para ir a las ocho de la mañana a hacer a don José Miguel una visita, en la cual le hizo mil protestas de amistad, se disculpó por su providencia i le manifestó estaba conforme en que él o cualquiera de sus amigos pasasen a Buenos-Aires, o al punto que mas les acomodase.

No tardó Carrera en convencerse de que no tenia intencion de cumplirle esta promesa. Hacia este tiempo partieron para la capital del Plata Mackena e Irisarri acompañados de don Pablo Vargas. Se susurró que el objeto de su viaje era ir a trabajar por los intereses de su faccion al lado del director supremo. Sospechando este propósito, el bando contrario procuró neutralizar las ventajas que podian obtener con esta determinacion, enviando tambien un ajente que abogase por su causa. Nadie pareció mas idóneo para tan delicada mision, que el presbitero Uribe. Le sobraba sagacidad para luchar en diplomacia con los emisarios de los *o'higginitas*, i estaba en posesion de todos los datos i antecedentes necesarios para defender las pretensiones de sus amigos. A fin de llevar a cabo esta resolución, solicitó Carrera de San Martín que concediese a su coléga el correspondiente pasaporte. Mas este olvidado de los ofrecimientos que había hecho pocos dias ántes, contestó que estaba dispuesto a permitir se trasladara a Buenos Aires cualquier individuo que se le indicara, a ménos que fuese de los que componian la última Junta de Chile, porque ignoraba que decision tomaria sobre las personas de estos su gobierno, a quien ya había consultado.

Esta variacion del gobernador dejaba traslucir algo de sus designios. Importaba por consiguiente apelar cuanto ántes a la proteccion del director, i buscar un amparo a la sombra de su autoridad. Fué lo que hizo don José Miguel, apresurándose a pedir licencia para que partiesen su hermano Luis i el coronel don José María Benavente, ya que no la

habia logrado para don Julian Uribe, como lo habia deseado. Estos dos caballeros debian hacer ante el gabinete de Buenos Aires la historia de los servicios prestados por su partido a la independencia americana, i una relacion de los agravios que les habia inferido el intendente de Mendoza, implorando juntamente los auxilios que exijia una expedicion restauradora.

Mas todo el empeño de los *carrerinos* por aferrarse en su naufragio a una tabla de salvamento, era inútil; su ruina estaba decretada i su poder no alcanzaba a conjurar la tempestad que iba a sumerjirlos. San Martin no era hombre que desistiera fácilmente de lo que una vez habia concebido. Habia visto que don José Miguel no se intimidaba por simples amenazas, aunque llevasen la forma de decreto i la firma de un mandatario superior, i la esperiencia le habia enseñado que aquel jenio contumaz solo se doblegaria delante de una fuerza capaz de imponerle. Desde que esta idea habia penetrado en su espíritu, se habia puesto a la obra. Antes de todo habia computado sus recursos para no esponerse a dar un golpe en falso. Habia alistado las milicias de los alrededores, a fin de que viniesen a reforzar el cuerpo de auxiliares argentinos, mandado por Las-Heras, que estaba a sus órdenes, i se habia asegurado de la cooperación de Alcazar i Molina, que disponian de una parte de las tropas chilenas. Cuando tuvo arreglados todos estos preparativos, exijió de Carrera que diese a reconocer en su division por comandante jeneral de armas a don Marcos Balcarce. El desgraciado don José Miguel, que se iba sintiendo ya débil e impotente para la resistencia, no se atrevió a contestar el oficio por no enconar mas la cuestion. Pensó probablemente que el silencio le haria ganar tiempo, hasta conocer las intenciones del director supremo. Reprimió con trabajo los arranques de su arrogancia, i se contuvo. Pero este sacrificio de nada le valió. San Martin se hallaba demasiado fuerte i estaba mui resentido, para que le guardara muchas consideraciones. En aquellos dias le dirijió una tras otra las notas mas imperiosas e insultantes. Carrera que habia apercibido que se le habian minado muchos de sus propios soldados, perdidas sus esperanzas, quiso morir como valiente, mas bien que bajo los golpes de la persecucion, i solicitó con ahinco se le proporcionaran algunos auxilios para dejarse caer con sus compañeros sobre la provincia de Coquimbo. La respuesta de San Martin fue intimarle el 30 de Octubre que si en el perentorio término de diez minutos no entregaba su tropa a don Marcos Balcarce, le trataria no como a un enemigo extranjero, sino como a un infractor de las leyes del pais, i le castigaria como a tal. (1)

(1) «Todos los emigrados de Chile quedan bajo la proteccion del supremo gobierno de las Provincias Unidas, como han debido estarlo desde que pisaron su territorio; de consiguiente las obligaciones i contratos que dichos individuos formaron con aquel gobierno, quedan libres de su cumplimiento en el instante que entraron en esta jurisdiccion.

Carrera, aunque le doliera, conoció bien pronto que no le quedaba otra salida que rendirse. El cuartel estaba rodeado por numerosas milicias de caballería; se habían abocado cañones a las avenidas principales; Aleazar i Molina al frente de sus soldados aparecían entre los sitiadores; se había desplegado en una palabra un grande aparato militar, ni mas ni ménos que si fueran a asaltar, no el desmantelado corral que servía de alojamiento a los emigrados, sino un punto convenientemente fortificado. Sin embargo toda aquella ostentación de fuerzas se redujo a una simple parada, porque el jeneral cediendo a la necesidad obedeció a cuanto se le exijía, i segun se lo indicaron, hizo formar la tropa en el patio del cuartel. Entónces a la vista de la línea se proclamó un bando que proponía a los chilenos continuar sus servicios bajo las banderas argentinas, o retirarse como meros ciudadanos. En seguida un ayudante mandó que avanzasen dos pasos los que prefirieran la primera de estas propuestas. Solo dos hombres se separaron de la fila; los demas permanecieron firmes. Esta decisión desagradó a los mandatarios de Cuyo, i a pesar del bando todos aquellos hombres, tanto los que habían admitido el nuevo compromiso, como los que habían rehusado, fueron retenidos i enviados en número de 700 a Buenos-Aires, endonde fueron incorporados en distintos batallones. (4)

Apénas se concluyó esta función, San Martín hizo llamar a su pre-

Ya no tiene V. S. ni los vocales que componían aquel gobierno mas representación que la de unos ciudadanos de Chile, sin otra autoridad, que la de cualquiera otro emigrado, por cuya razón, i no debiendo existir ningun mando, sino el del supremo director, o el que emane de él, le prevengo que en el perentorio término de diez minutos entregue V. S. al ayudante que conduce este, la orden para que las tropas que se hallan en el cuartel de la Caridad, se pongan a las inmediatas del comandante jeneral de armas don Marcos Balcarce.

La menor contravención, pretexto o demora a esta providencia me lo hará reputar a V. S., no como un enemigo, sino como un infractor de las sagradas leyes de este país.

El adjunto bando que en este momento se está publicando enterará a V. S. de las ideas liberales de este gobierno.—Dios guarde a V. S. muchos años. Mendoza 30 de Octubre de 1814.—José de San Martín.—Señor Brigadier don José Miguel Carrera.

(4) Como algunos pudieran tener dudas sobre el número de plazas a que ascendían las tropas de Carrera, vamos a copiar el estado siguiente, fechado el 22 de Octubre de 1814, que don José Miguel envió con su hermano Luis al director supremo de las Provincias Argentinas.

Brigada de artillería. . . . .	105 hombres.
Batallon de infantería de línea N.º 1. . . . .	36
Batallon de infantería de línea N.º 2. . . . .	38
Batallon de infantería de línea N.º 3. . . . .	22
Batallon de infantería de línea N.º 4. . . . .	73
Batallon de injenuos. . . . .	60
Rejimiento de caballería. Gran Guardia Nacional. . . . .	164
Asamblea Jeneral? de caballería. . . . .	" "
Dragones. . . . .	210
<hr/>	
Total . . . . .	708

NOTA.—La premura del tiempo no permite dar una noticia circunstanciada del armamento, i de los jefes i oficiales sueltos, tanto de los cuerpos de línea como de los de milicias que han emigrado, i se hallan en esta ciudad, que realizada se acompañará con los pies de lista de la fuerza existente comprendida en el presente estado.

Llegan a cada momento una porción de emigrados del ejército i particulares.

sencia a don José Miguel i a don Juan José Carrera, a Uribe i a don Diego Benavente, i exhortándolos a la conformidad, puso en su conocimiento que obligado por las circunstancias se veía en la precision de dejarlos arrestados. El primero de estos señores le contestó que «no extrañaba semejante tratamiento, porque lo esperaba desde tiempo atras, i que con respecto a la conformidad, era esa una virtud que le habian enseñado los españoles en sus cárceles, cargándole de cadenas.» De ahí fueron los cuatro conducidos a un estrecho calabozo, endonde quedaron prisioneros con centinela de vista.

El gobernador habia llevado muy a mal la repugnancia que la tropa habia mostrado para enrolarse en el ejército argentino, i atribuía, por las insinuaciones de ciertos individuos, esta, que él llamaba insubordinacion, a la influencia del capitán don Servando Jordan. Por este motivo estaba irritadísimo con este oficial, a quien ordenó comparecer luego que se retiraron los cuatro anteriores. Cuando se le presentó, le recibió con cortesía, pero habiéndole mandado que siguiere a su ayudante, no sabemos con qué objeto, el capitán a corta distancia de su persona se colocó el sombrero en la cabeza por librarse de los rayos del sol. Talvez ejecutaria esta accion con insolencia, aunque Jordan asegura que no, bajo su palabra de honor; mas lo cierto es que San Martín se precipitó furioso sobre él, le arrojó al suelo su sombrero, le dió una manotada en el brazo i le gritó con voz entrecortada por la cólera. «Delante de mí nadie se cubre. Tengo bayonetas para destapar a V. los sesos. V. pagará su desacato.» Hizo despues arrastrarle a la prision de los criminales comunes, i remacharle una barra de grillos. (1) Contamos la anécdota, porque puede servir para dibujar un rasgo de carácter de uno de los libertadores de América. Los hombres notables son casi siempre una mezcla de grandes cualidades i de pequeños defectos, i la historia que no es una apolojía, sino un espejo fiel de lo pasado, debe procurar poner en escena los personajes cuales han sido, i no rotular con nombres célebres creaciones convencionales o de pura fantasia. Cuando el escritor tropieza con una falta de alguno de esos a quienes nos liga la gratitud, i que deseariamos hallar siempre intachables, es un triste deber, pero es un deber sagrado consignarla; sin insultar a la verdad se desquitará en otra ocasion, relatando sus hazañas o sus virtudes.

A solicitud de Carrera, él i sus compañeros de cárcel fueron trasladados a Buenos-Aires bajo la custodia de 30 dragones. El jefe de la escolta habia recibido instrucciones para exigir de los reos (así se les denominaba en el pasaporte) el dinero que necesitaria para satisfacer su paga. Sabedora la tropa de esta disposicion reclamó de los presos los sueldos cumplidos del último mes, que no se le habian aun cubierto, i como es-

(1) Todo esto consta de la representacion que elevó Jordan al supremo director, para quejarse del agravio que se le habia inferido.

tos se negaron a sus pretensiones, resolvió chancelar sus cuentas por sí misma, saqueando los equipajes. Afortunadamente este complot principió a tramarse en las inmediaciones de San Luis, de manera que el intendente de la provincia Dupui pudo ser informado de la maquinación i evitar su estallido, haciendo arrestar al oficial que la encabezaba. La tropa continuó custodiando a los viajeros hasta el pueblo de Lujan, distante diez i seis leguas de la capital, endonde recibió orden del director don Jervacio Posadas para retirarse i dejarlos entrar libremente; pero ántes de separarse el capitán que la mandaba, arrancó a don José Miguel 50 pesos como recompensa debida a sus soldados por haberlos acompañado.

Mientras venian los prisioneros de Mendoza a Buenos-Aires, habia ocurrido en esta ciudad un lance funesto que comprometió todavía mas la crítica posicion de los tres hermanos. Hemos hablado ántes de las dos comisiones compuestas la una de Mackena, Irisarri i Vargas, i la otra de don Luis Carrera i Benavente, que a cortos intervalos enviaron las dos facciones en que estaban divididos los emigrados a defender sus encontrados intereses al lado del gobierno central. Mackena i los Carreras se aborrecian de muerte. Al principiar su vida pública la mas estrecha union habia existido entre el primero i don José Miguel; ambos se habian manifestado una estimacion sincera, i habia reinado entre ellos una intimidad, como se encuentra rara vez aun entre camaradas de colegio. Despues, la desconformidad de miras políticas los habia separado, habia enfriado su afecto i al fin los habia convertido en enemigos implacables. No hai resentimientos mas profundos, que los que suceden a la amistad. Durante toda la campaña contra los españoles, se habian inferido reciprocamente grandes ofensas, i se habian prodigado una multitud de esas injurias, que se mirarian como insignificantes, si se consideraran a sangre fria; pero que abultadas por la prevencion parecen desmedidas.

Cuando los Carreras estaban perseguidos bajo la administracion Las-  
tra, Mackena habia firmado contra ellos un informe que comprende desde su aparicion en la revolucion hasta su prision en Chillan, i que ha quedado como la acusacion mas fulminante, que se les haya levantado. A su turno los Carreras, cuando se apoderaron del mando a consecuencia del movimiento de Julio, le confinaron con otros a Mendoza. Allí Mackena, que habia sabido atraerse las atenciones del gobernador, contribuyó en gran parte a desbaratar los planes de sus rivales, i a que en vez de ser favorecidos, se les persiguiese. Era un anciano jeneralmente respetado; de una austeridad de costumbres ejemplar; reunia a la riji-  
dez del veterano, que se ha habituado a cumplir al pié de la letra la ordenanza, la devocion fervorosa del católico irlandés, nacion a que pertenecia, que observa rigurosamente los mandamientos de Dios. Su valor estaba probado; ántes de venir a Chile, habia servido en los ejércitos de España, tanto en la Peninsula, como en Africa. Aunque el empleo de

cuartel-maestre que desempeñaba, le habria permitido abstenerse de entrar en la batalla, nunca habia podido permanecer simple espectador, i voluntariamente habia casi siempre solicitado de sus jefes comisiones arriesgadas. (1) Su cabeza estaba cubierta de canas; pero bajo ellas ocultaba la petulancia de un jóven. A despecho de los años la sangre circulaba lijera por sus venas, i el corazon le latia aprisa. Esa exaltacion de carácter hacia que sus pasiones fuesen en extremo impetuosas; no sabia ni amar ni aborrecer a medias. Su odio contra los Carreras era ingobernable, salvaba todas las barreras. Era su enemigo a cara descubierta, sin hipocresía, Nada le impedía espesar delante de todo el mundo crudamente i sin ambages, lo que pensaba acerca de ellos.

Quien se haya penetrado del orgullo, de la fogosidad, del arrojo que sus tres adversarios habian recibido en patrimonio de la naturaleza, ese comprenderá la impresion terrible que debian causarles las injurias de un hombre de la categoría de don Juan Mackena. Si él los odiaba, ellos tambien le odiaban. Si él los insultaba i los ofendia, ellos tambien le insultaban i le ofendian. Ninguno de los cuatro estaba amasado para contentarse con zaherir desde léjos a sus contrarios, i limitarse como mujeres a hacer una guerra de palabras. Dos veces habian intentado darse razon con las armas en la mano. Primeramente en Talca, Mackena i don Luis se habian desafiado; pero no sabemos cómo la autoridad habia sido advertida, i el duelo no habia podido llevarse a cabo. Despues en Mendoza, don Juan José i Mackena habian resuelto tambien terminar la cuestion como militares de honor; habian concurrido con este objeto a la cañada; habian alcanzado aun a dispararse un tiro, i como ninguno hubiese recibido lesion, estaban cargando de nuevo sus pistolas, cuando llegó apresuradamente al frente de una partida el ayudante don Domingo Arteaga que venia a intimarles en nombre del jeneral en jefe que o se separaràn sin tardanza, o marcharan arrestados. Sabedor don José Miguel del negocio, habia pensado que cualquiera que fuese su resultado embrollaria todavia mas sus relaciones con San Martin, i habia procurado impedirlo a toda costa. (2)

A los pocos dias salió Mackena para Buenos-Aires con sus compañeros; don Luis con el suyo, le siguió de cerca, segun queda dicho. En cada posada, en cada posta recojia este último las voces ofensivas a su familia, que habian ido esparciendo los que le precedian. En todas partes oia que los habian pintado como forajidos, traidores, asesinos; que atribuian a don José Miguel la pérdida de Chile, el desastre de Rancagua; que le echaban en cara haber abandonado cobardemente a los patriotas. Figuraos que los resentimientos del viajero eran de antigua data, i que a cada paso su amor propio recibia una nueva herida ¡ qué herida! una sola habria bastado para convertir en enemigos irre-

(1) Así aparece de su hoja de servicios i de un certificado del marques de la Romana que originales tenemos a la vista.

(2) Conversacion con don Juan de Dios Ureta.

conciliables a dos hombres que se hubieran amado, i entónces podreis calcular la medida de su furor.

Llegado a la capital don Luis fué casualmente a alojarse en una fonda, calle de por medio, con la que ocupaba Mackena. En la ciudad fué peor que en el camino. Las rencillas de los chilenos servian naturalmente de conversacion en las tertulias. A cada momento le llegaban a don Luis mil cuentos, mil chismes. En todas las casas donde visitaba, le pedian esplicaciones sobre lo que relativamente a su persona i la de sus hermanos propagaban sus contrarios. Esas hablillas que mancillaban la reputacion de su familia, comentadas por los comadrones de un pueblo estraño, al cual venia a pedir proteccion, atizaban su rabia, aguijoneaban su deseo de venganza, i le ponian fuera de si. No era, puede decirse, un sentimiento puramente personal el que le estimulaba; sus motivos tenian algo de mas jeneroso, de mas desprendido. De los tres Carreras, don Luis era el que ménos animosidades habia suscitado. Al contrario, todos por lo jeneral le amaban; sus camaradas por su jovialidad, los soldados por su valor, las mujeres por su belleza i su elegancia. Era un mozo apuesto i cortes, de sangre lijera, de un corazon caballeroso, que se hacia querer tan luego como se le conocia. Uno de sus adversarios políticos nos ha confesado con toda nobleza que era un valiente cuya mano se estrechaba siempre con gusto, i uno de sus compañeros de armas ha escrito que su cabeza erguida, sobresaliendo entre las filas, era el pendon que seguian durante el combate. Asi murmuraban contra sus hermanos, reservaban para ellos todo el veneno, toda la hiel; a don Luis le consideraban, iban aun hasta ensalzarle por abatir a los otros dos. Contaban que en la accion de Rancagua, cuando la tercera division tuvo que retirarse, habia roto su espada, exasperado al ver que no se le dejaba abrir por entre las trincheras i batallones enemigos un pasaje a los sitiados. El hecho es falso; pero es cierto que lo referian. Sin embargo, estos lenitivos no le enfriaban, estas excepciones en su favor no le calmaban. Una injuria inferida a don José Miguel le dolia mas que si él la hubiera recibido. Le profesaba un tierno afecto de hermano, i le respetaba como al mas ilustre representante de su apellido, como al sostenedor de su casa. Encaraba, pues, el negocio no enteramente bajo el punto de vista egoista, sino como una mancha que se intentaba arrojar sobre su familia, sobre el nombre que llevaba. Exijir una satisfaccion era a su juicio un deber sagrado, que le correspondia cumplir, porque se llamaba Carrera.

Por desgracia las cosas habian llegado a un extremo, que no se les divisaba otra solucion que un duelo. Fué esta la resolucion que adoptó don Luis, i en su conformidad escribió a Mackena la siguiente esquila: «Noviembre 20. V. ha insultado el honor de mi familia i el mio con suposiciones falsas i embusteras; i si V. lo tiene, me ha de dar satisfaccion, desdiciéndose en una concurrencia pública de cuanto V. ha hablado, o con las armas de la clase que V. quiera i en el lugar que le pa-

rezca.—No sea señor de Mackena que un accidente tan raro como el de Talca, haga que se descubra esta esquila.—Con el portador espera la contestacion de V.—L. C.»

La fonda en que vivia don Luis pertenecia a un norte-americano Mr. Taylor, comandante de un queche de guerra argentino; se interesaba en extremo por su huésped, que le habia sido mui recomendado por Mr. Poinsett, aquel íntimo amigo i consejero de los Carreras, primer cónsul de la Confederacion en Chile. Este consintió en encargarse de la carta, i fué a llevarla en persona. La respuesta de Mackena no se hizo aguardar. Hela aqui: «Noviembre 20. La verdad siempre sostendré, i siempre he sostenido; demasiado honor he hecho a V. i a su familia, i si V. quiere portarse como hombre, pruebe tener este asunto con mas sijilo que el de Talca i el de Mendoza. Fijo a V. el lugar i hora para mañana a la noche; i en esta de ahora podria decidirse, si me viera V. con tiempo para tener pronto pólvora, balas i un amigo, que aviso a V. llevo conmigo. De V.—M.»

A las siete de la noche del siguiente dia don Luis acompañado de Mr. Taylor, a quien habia elegido por padrino, se dirijió al bajo de la Residencia, uno de los arrabales mas solitarios de la capital del Plata, i encontró allí aguardándole a don Juan Mackena junto con don Pablo Vargas. La calle estaba desierta. A mas de los cuatro actores indispensables en el desafío, solo iba a presenciario el cirujano don Carlos Hanford, a quien se habia llamado en la prevision de una desgracia. Los contendores se saludaron con cortesía. Carrera sacó un par de pistolas, i se las pasó a los testigos. Estos las examinaron con cuidado, i despues las cargaron. Concluida esta operacion se las presentaron a Mackena, quien escojió la que mejor le pareció; don Luis tomó la otra. Colocados en seguida a una distancia de doce pasos, dispararon al mismo tiempo. La bala de Carrera no tocó siquiera el cuerpo de Mackena; pero la de este atravesó el sombrero a su adversario. Taylor se interpuso entónces; dijo que se habian portado como hombres de honor, que debian darse por satisfechos i buscar cómo avenirse. Don Luis contestó que estaba pronto a una reconciliacion, siempre que su contrario consintiese en retractarse en una concurrencia pública de todas las palabras con que habia atacado su reputacion. Apénas le dejó concluir Mackena. Las pretensiones de su rival habian avivado su rabia de solo oirlas. «No me desdeciré nunca, gritó, i ántes de hacerlo me batiré todo un dia.» «I yo me batiré dos,» replicó don Luis, volviéndole baldon por baldon. Ni uno ni otro quiso escuchar una sola razon mas; se les habian hecho largos los minutos gastados en la interrupcion, i exijieron de los testigos que se apresuraran a cargar las armas otra vez. En esta ocasion fueron las pistolas de Mackena las que se emplearon, i fué a Carrera a quien le tocó elegir. Los dos tornaron a colocarse frente a frente, en la misma posicion en que ántes se habian apostado. Dada la señal, salieron los dos tiros, i Mackena midió con su cuerpo la tierra; la bala de su ad-

versario le habia hecho pedazos el guardamonte de su pistola, le habia quebrado un dedo i le habia roto de rebote las arterias de la garganta. Fué inútil la asistencia del cirujano, i vanos todos los socorros con que se intentó volverle a la vida. (1)

Don Luis habia quedado ileso i estaba vengado. Pero talvez le habria sido mejor morir. Si en aquel momento hubiera conocido el porvenir que le estaba reservado ¿quién sabe si habria envidiado la suerte de su rival? Solo iba a sobrevivirle cuatro años, i cuatro años que no serian para él mas que una serie de infortunios i de dolores. En ese corto periodo de tiempo le aguardaban los sinsabores de la pobreza, los rigores de la persecucion, las ansiedades del proscrito, el triunfo de sus enemigos, la ruina de su familia, la pérdida de sus esperanzas, el desvanecimiento de sus ilusiones, el destierro, los calabozos, el cadalso.

Al dia siguiente los transeuntes descubrieron el cadáver de Mackena, i fué espuesto segun costumbre en el pórtico de la cárcel. Sus amigos le reconocieron, i a las pocas horas no se hablaba en la ciudad, sino del duelo i de su triste desenlace. La muerte de un personaje de tanta importancia, cuyo nombre estaba ligado al recuerdo de victorias brillantes, obtenidas contra los españoles en las campañas de Chile, debia naturalmente llamar la atencion de los habitantes de Buenos-Aires. Mas el ruido excitado por este infausto acontecimiento dimanó no solo de la categoria de la victima; el espíritu de partido lo explotó para proveerse de armas contra los Carreras. Los que tenian interes en perder a estos tres jóvenes, se pusieron a esparcir que no habia perecido en un desafio leal, sino que habia sido cobardemente asesinado. Acomodaron a su antojo, i con ese descaro que da la seguridad casi plena de no ser desmentido, un hecho que solo tres personas habian presenciado. Suponian accidentes que no se habian verificado. Forjaban un cuento inverosímil, pero que halagaba sus pasiones, en lugar de una realidad que, aunque por cierto mui lamentable, no deshonoraba a nadie. Publicaban de voz en cuello los unos que el malogrado Mackena habia sido muerto por una bala partida en cuatro pedazos i atada con seda; los otros que le habian disparado por la espalda; i otros todavía que le habian ultimado despues de herido, i cuando yacia en el suelo sin poder valerse. Se conoce la aficion del pueblo a todo lo extraordinario, sea un crimen, sea una virtud, i asi no se estrañará que estuviera pronto a prestar oidos, mas bien que a la verdad, a esas calumnias que proporcionaban alimento a su imaginacion.

Los perseguidores encarnizados de don Luis necesitaban imprimir esta direccion a la opinion pública, para llegar a saciar la tirria que contra él abrigaban. Las leyes españolas que rejian en las Provincias

(1) Don Manuel Gandarillas, refiriéndose al testimonio oral de Vargas, testimonio que segun parece no sabia de la propia boca del testigo, ha contado en el Araucano de diverso modo este suceso; pero nosotros hemos preferido guiarnos por una relacion escrita de puño i letra de Mr. Taylor, en que asegura bajo su palabra de honor ser verdad cuanto se ha leído.

Unidas, como en las demas colonias, castigan con la pena de muerte a los dueñistas i sus testigos; pero estas leyes estaban abolidas por las ideas dominantes en una época en que casi todos ceñian espada, i no recurrían a otro juez para dirimir sus querellas. Una simpatía jeneral habria seguido hasta su prision a aquel que hubiera sido encarcelado solo por haberse desafiado, i la sociedad sin duda habria revocado la sentencia que en un juicio de esta clase hubiera pronunciado un majistrado con la mano sobre el código. Para molestar con éxito a don Luis era preciso acusarle, no de un lance de honor, sino de una felonía. Fué esa la determinacion que adoptaron sus contrarios. Pudieron hacerlo sin dificultad, porque estaban ciertos de que ningun testimonio se alzaria a contradecirlos. Los padrinos i el cirujano, únicas personas capaces de aclarar los hechos, se habian ocultado, temiendo tener que sufrir alguna incomodidad por su intervencion en aquel funesto negocio. Carrera, aunque habia tenido tiempo para escapar, se habia quedado en su casa. Los amigos de Mackena solicitaron su aprehension, i le denunciaron como asesino.

El pobre preso soportó que en los escritos en que se le demandaba a ja justicia, se trazara su vida pasada con los mas negros colores, i se tratara a él i sus hermanos, como a facinerosos de la última especie. Vió consignadas en el papel esas mismas injurias que le habian obligado a recurrir a las armas, i a su despecho tuvo que escucharlas mas venenosas todavia que antes, desde el fondo de un calabozo, cuando se habia en la impotencia de tapar la boca a los que las pronunciaban. No tenia a quien volver los ojos; se encontraba desvalido i sin amparo, en un pais extranjero, cuyo gobierno se habia decidido por sus acusadores. El director supremo habia llevado su irritacion hasta pretender degradar de sus insignias militares a un oficial que pertenecia a otra nacion. Habria cumplido aun ese atentado escandaloso, sino hubiera habido entre sus allegados uno que le hizo conocer lo irregular de semejante conducta, i le espresó con toda franqueza que mandara ahorcar a don Luis si se le antojaba, pero que se abstuviera de arrancar unas charreteras que él no habia colocado sobre sus hombros.

En tan tristes circunstancias llegó don José Miguel a Buenos-Aires; Posadas le recibió con frialdad, i cuando tenia que ajenciar la libertad de su hermano, le costó trabajo el no ser encarcelado él mismo. Sin embargo hizo cuantas diligencias estuvieron en su poder, recojió las declaraciones de los testigos, se proporcionó todos los datos, todos los documentos que manifestaban la inocencia del acusado. Trabajó por salvarle contra viento i marea. Todos sus pasos fueron al principio inútiles; todos sus esfuerzos quedaron frustrados. Al fin, aprovechándose del advenimiento al gobierno de don Carlos María Alvear, jóven jeneral que acababa de ilustrarse con la toma de Montevideo, i que sucedió en el mando a su pariente Posadas, pudo lograr que las puertas de la prision se abriesen para don Luis.

El nuevo director heredó en parte las antipatías de su antecesor contra los Carreras. Le rodeaban varios individuos que no les tenían muy buena voluntad, entre otros Balcarce i don Juan Florencio Terrada, íntimo amigo de O'Higgins, a quien este había conocido desde Europa. Movido Alvear por las influencias de estos personajes decretó del día a la noche, i sin que hubiera ocurrido ningún accidente que lo justificara, la confinación de los tres Carreras a Santa Fe. Pero don José Miguel que le había tratado en España, donde habían servido en el mismo ejército, con motivo de una representación que le dirigió contra una tropelía de esta naturaleza, volvió a anudar sus relaciones con él, costándole mucho desimpresionarle de la mala opinión que acerca de su persona le habían hecho formar. Entre los dos había además un vínculo común, que los estimulaba a unirse, el odio a San Martín; así es que no tardaron en estrechar su amistad. Alvear, jeneral de veinte i cuatro años, el más joven de sus colegas, ambicioso de gloria, aborrecía al gobernador de Cuyo que podía arrebatárle las ocasiones de distinguirse. La mala voluntad que Carrera profesaba a San Martín, era un motivo poderoso, para que le estimara. Los celos que dominaban a Alvear eran tan violentos, que cuando se trataba de abatir a su rival, le abandonaba hasta la prudencia. No podía soportar que ocupase un punto tan importante como Mendoza, que debía servir de base a las operaciones militares de la restauración de Chile, i sin reparar en la gran popularidad que le sostenía en aquel empleo, fué hasta intentar sustituirle en el mando de la provincia por un señor Pedriell, hombre oscuro i sin antecedentes. Esta caprichosa disposición se estrelló contra la opinión pública que resistió enérgicamente su ejecución, i no hizo más que poner al descubierto la impotencia en que se hallaba el director para voltear a su enemigo. El pueblo i las tropas que idolatraban a San Martín, se reunieron al instante en un cabildo abierto, manifestaron su descontento por semejante medida, i elevaron una petición para que se le conservase en el destino que tan satisfactoriamente desempeñaba. El gobierno central, cuya autoridad en aquella época era poco fuerte, reconoció después de una demostración tan poco equivocada, que sería una temeridad persistir en su resolución. Alvear tuvo, pues, que pasar por la confusión de volver sobre sus pasos; de modo que este incidente no produjo otro efecto que envenenar las antipatías de los dos émulos.

Estas desavenencias, como lo hemos indicado arriba, aprovecharon hasta cierto punto a Carrera. Alvear por odio a su competidor se manifestó dispuesto a escucharle, i a ayudarle en sus empresas. Don José Miguel hizo cuanto pudo para que estos ofrecimientos no se quedaran en buenos deseos, i se convirtieran en obras. Le presentó planes de invasión, le explicó sus ideas en prolijos memoriales i procuró hacerle comprender que las Provincias Unidas estaban interesadas en la restauración de Chile no solo para probar su jenerosidad i adquirir gloria, sino también por utilidad propia. Solo le pedía 500 argentinos, armas i de-

más auxilios indispensables. Estaba seguro, decia, que los emigrados en doble número se agregarían a la expedición. Estas fuerzas le bastarían para dejarse caer sobre Coquimbo, i hacer en seguida la guerra de partidarios, mientras el pueblo, i en particular los campesinos, animados por este socorro, se levantaban en masa contra sus opresores. (1)

El director parecía oírle con complacencia, pero no pasaba de meras palabras. Le exhortaba a perseverar, mas no le proporcionaba ni los soldados ni el dinero que solicitaba. Es cierto que por favorable al proyecto que fuese su ánimo, no se hallaba en circunstancias de atender a su realizacion. No se sentía muy firme que digamos en su silla presidencial, i ántes de pensar en salvar a los demas, tenía que ver como sostenerse el mismo. Un descontento sordo germinaba contra su administracion. Se tachaba su conducta de despótica i arbitraria; se le acusaba de ser el primer mandatario supremo, que despues de la fundacion de la república se rodease de un fausto, que sobrepujaba talvez al de los mismos vi-reyes. Los altivos porteños le veían con disgusto pasearse por la ciudad rodeado de numerosa escolta, como si fuera un monarca, i soportaban de mala gana que hiciera aguardar largas horas en sus antecámaras a los que pedían audiencia. Alvear no ignoraba las prevenciones que suscitaba; pero acariciaba a las jentes de espada, i se lisonjaba de poder dominar la crisis con el apoyo de sus fuertes brazos. Mas la parcialidad que descubria para con los militares, la prodigalidad con que repartía los grados, léjos de favorecerle, le enajenaban cada vez mas i mas las simpatías de sus compatriotas. Era ya un refran popular, que todo teniente que se le acercaba, se retiraba de capitán, i todo mayor, de coronel.

El presidente escuchaba los murmullos sin inquietarse tanto como debiera. Confiaba para acallar la oposicion en un brillante ejército de 6000 hombres, perfectamente equipado a la europea, como nunca se habia visto otro en el país, que mantenía acampado en los Olivos a corta distancia de Buenos-Aires. Ignoraba que sus enemigos contaban con una milicia de otra especie, que no estaba armada con fusiles ni con cañones; pero que sabia arrebatárselos a sus contrarios, i volver los soldados contra los que se habian tomado el trabajo de disciplinarlos. Las sociedades secretas, en que ejercía grande influjo San Martín i su partido, socababan a la sordina el prestigio del director. Se movían con misterio i andaban en la sombra; pero los resultados de sus tareas eran incalculables i de una rapidez asombrosa. Alvear habia percibido en el horizonte signos presájos de la tempestad; mas la consideraba todavia remota i fácil de conjurar. Se engañó como un niño. De repente estalló en la capital del Plata una furiosa revolucion. El pueblo levantó barricadas, i suspendiendo sus ocupaciones, permaneció por tres dias pronto a oponer la fuerza a la fuerza, si con bayonetas intentaba contrarrestar

(1) Hemos tenido a la vista uno de los memoriales presentados por Carrera a Alvear.

su voluntad. Fué precisamente el cabildo, quien se puso a la cabeza del movimiento. No le quedó al director otro refugio que el campamento de los Olivos, i mui luego este mismo dejó de ser seguro. Don Ignacio Alvarez, que comandaba una parte de las tropas, fraternizó con los revolucionarios i se puso en actitud hostil contra su jeneral. No habia ya como resistir, i Alvear para escapar tuvo que ir a buscar un asilo a un país extranjero.

Era tal la animosidad de ciertas personas contra los Carreras, que se valieron para molestarlos hasta de estos acontecimientos, en los cuales no podian ser otra cosa que simples espectadores. Entre las prisiones que se ejecutaron en Buenos-Aires, se contó la suya, i no se contentaron con meterlos en un calabozo, sino que les remacharon a cada uno una barra de grillos. ¿Por qué este cruel tratamiento? ¿Habia alguna solidaridad entre estos tres extranjeros i el ex-director? Ninguna. No habian mediado entre ellos otras relaciones, que las que dejamos referidas, para ver si podian arreglar una expedicion restauradora, que libertase a Chile de la dominacion española. ¿Cuál fué entónces el motivo del arresto de los tres Carreras? Una equivocacion del oficial encargado de las prisiones, que no entendió bien las órdenes que se le impartieron, dice el oficio en que se les dió una satisfaccion al ponerlos en libertad; pero nosotros, para quienes esa esplicacion es mui sospechosa i poco clara, casi estaríamos tentados a responder, el odio. (1)

Apesar de la mala disposicion a su respecto que esta tropelia debía hacerle presumir, don José Miguel no desesperó, i continuó sus solicitudes al lado del coronel don Ignacio Alvarez, que habia sido elegido director interino. Volvió a presentarle desarrollado i comentado el plan que habia propuesto a su antecesor, ofreció otra vez sus servicios i los de sus compañeros; pero el jefe del estado se redujo por toda contestacion a darle las gracias por el empeño que manifestaba en favor de la causa americana, i a disculparse de no tomar una resolucion, que aplazaba para mejores tiempos, con la situacion apurada en que se hallaba la república. (2) Don José Miguel comprendió entónces que no tenia

(1) «Una mala intelijencia del oficial encargado, al recibir las órdenes para el arresto de algunas personas, causó el de V. S. S. sin que haya habido causa para ello. Esta manifestacion les servirá de satisfaccion, i de no haber desmerecido la reputacion buena de V. S. S. Dios guarde etc. Sala Capitalar de Buenos-Aires Abril 19 de 1815.—Francisco Antonio de Escalada—SS. Brigadieres i coronel don José Miguel, don Juan José i don Luis Carrera.»

(2) «Me ha llenado de satisfaccion el patriótico celo con que V. S. empeña sus luces en la meditacion de los medios que han de fijar el destino de la América del Sud, en cuya consecuencia ha presentado con fecha 8 del que rije un juicioso plan relativo a la libertad del estado de Chile, cuya suerte mira este gobierno con igual interes que la de estas Provincias. He examinado con toda la detencion que exige proyecto tan importante, i sin embargo de que en él resultan las oportunas reflexiones en que se funda, he tenido por conveniente no deliberar por ahora en la materia hasta que se reciban nuevas noticias de la expedicion peninsular, e instruido de ellas pueda fijarse el plan de operaciones militares, segun el suceso de las del ejército del Perú, que por momentos se espera. Doi a V. S. las gracias igualmente que a la valiente oficialidad que ofrece sus servicios en la empresa, i me lisonjeo que la ulterior conducta de este gobierno acreditará cuanto interesa su atencion

nada que aguardar del gobierno argentino, que seria inútil su insistencia, i desatendidas todas sus súplicas.

Agobiado por tantos contrastes, desanimado por tantas decepciones, cualquiera otro habria desesperado, se habria creído bajo el imperio de una fatalidad inexorable i se habria abatido bajo los golpes de la desgracia. El permaneció inquebrantable i resuelto a continuar la lucha contra todos los obstáculos que se levantaban en su camino. Chile se habia perdido en sus manos, i estaba decidido a sacrificar su vida i cuanto es caro al hombre, por reconquistar sus derechos atropellados i afirmar su independencia. Estaba dotado de una rara fuerza de voluntad; nunca acobardaba en sus empresas por difíciles i arriesgadas que pareciesen; no habia embarazos que no se considerase capaz de superar; jamas los mas graves inconvenientes le hacian desistir de lo que habia determinado. Cuando la respuesta categórica del director le hizo entender que de Buenos-Aires no sacaria el ejército que necesitaba, se puso a meditar en los medios de encontrarlo en otra parte. El pueblo que mas habia amado despues de su patria, eran los Estados-Unidos. Pensó que en esa nacion de sus simpatias podria talvez proporcionarse los auxilios que le eran indispensables, para que la bandera tricolor flamease de nuevo en su suelo natal. Tan luego como se le ocurrió esta idea, trató de realizarla sin demora. No hizo vacilar un momento su resolucion ni la escasez de sus recursos pecuniarios, ni el abandono en que iba a dejar a una esposa jóven i bella, ni el desamparo en que quedaban sus hijos, niños que dormian todavia en la cuna. A toda prisa reunió cuanto dinero poseia, lo pidió prestado a sus amigos, empeñó las alhajas de su mujer, encomendó su familia a la proteccion de la Providencia i se dió a la vela, no llevando consigo para asalar a soldados, para comprar buques, armas i pertrechos mas que 593 marcos de plata en barra i 12,500 pesos (4). Nada mas que con esta cantidad, que habia reunido a costa de mil sacrificios, se embarcó para Norte-America, i sin embargo iba en la firme persuacion de traer consigo una expedicion que espulsase para siempre de Chile a los españoles. ¿Cuál era la razon de esas halagüeñas esperanzas? ¿Cómo se imaginaba obtener de un pueblo lejano, de diferentes creencias i antecedentes, lo que no habia podido alcanzar entre nuestros vecinos que estaban interesados en el triunfo de nuestra causa que era la suya, i a los cuales ligaba con los chilenos la comunidad de raza i de orijen? Contaba probablemente con su jenio i su constancia. Los hechos probaron que su fe en si mismo no era una vana presuncion. A los catorce meses volvía a cruzar el océano, trayendo consigo «una

la suerte futura del desgraciado Chile. Dios guarde etc. Buenos-Aires Mayo 11 de 1851.—Ignacio Alvarez—Por ausencia del secretario Tomas Guido—Señor Brigadier don José Miguel de Carrera.»

(13) Que esta fué la única cantidad que llevó consigo, consta de una representacion que elevó don José Miguel al gobierno supremo de Buenos-Aires para que se le exonerase del pago de los fuertes derechos que gravaban la esportacion del dinero.

respetable escuadrilla, abundancia de toda clase de armas, un jeneral i oficiales de acreditado mérito, municiones de guerra, hábiles artistas, imprenta, instrumentos para la fábrica de armas i trabajos de guerra, oficiales inferiores para la instruccion de las tropas, i cuanto podia contribuir a la salvacion del pais i a su seguridad futura, dejando entabladas relaciones de grande importancia a los intereses de la independencia jeneral de Sud-América» Si esta expedicion no realizó el objeto deseado, no fué ciertamente por culpa suya.

Precisamente al mismo tiempo en que Carrera surcaba el Atlántico para ir a buscar elementos con que socorrer a su patria, San Martín comenzaba a organizar en Mendoza bajo la proteccion del director, un ejército para expedicionar sobre Chile. Era este un pensamiento que meditaba aun desde antes de la emigracion, no porque hubiese adivinado a punto fijo los sucesos tales como se verificaron, sino porque habia concebido que para derrocar el poder español, se necesitaba destruir en Lima el centro de sus recursos, i que pasar por Chile era un camino mas corto i mas fácil para dirigirse a aquella ciudad, que el que se habia seguido hasta entónces por el Alto Perú. Esta idea, entre varios otros motivos, le impulsó a abandonar la direccion del ejército del Tucuman, en que habia sucedido al jeneral Belgrano, pretestando el mal estado de su salud, i a solicitar que se le confiase la provincia de Mendoza, insignificante a los ojos del vulgo, pero cuya posicion al pié de los Andes la hacia para él de un precio inestimable, debiendo servir de base a la realizacion de su plan. La ocupacion de Chile por los españoles aumentó las dificultades del proyecto, si bien hacia el triunfo mas glorioso. Antes solo las nieves de la cordillera estorbaban su pasaje, i ahora esa misma cordillera servia de antemural a soldados enemigos que habia que derrotar. Su rivalidad con Alvear casi desvaneció sus esperanzas, i por persistir en su empeño se vió forzado, como queda dicho, a atizar la revolucion que precipitó a su émulo. Cuando el triunfo de sus amigos en Buenos-Aires hubo quitado del medio aquel obstáculo, i cuando la activa cooperacion del director interno Alvarez comenzaba a allanarle todas las dificultades, supo de repente con inquietud que el congreso jeneral de las Provincias Argentinas, reunido en el Tucuman con el objeto de nombrar en propiedad el majistrado supremo i de organizar el estado, se habia fijado en don Juan Martín Pueyrredon. Era este un caballero que se sabia fuertemente prevenido contra la expedicion de Chile, i era mas que probable que con su elevacion al poder el proyecto fracasara.

Cualquiera otro de temple ménos firme que San Martín, se habria desanimado. Levantar un ejército en aquellas circunstancias, cuando la guerra exterior i las disensiones intestinas tenian estenuada a la nacion, era ya por si sola una empresa harto ardua i difícil, para que nadie se li-sonjeara de darle cima a despecho i contra la voluntad del jefe de la república. Sin embargo San Martín no se resolvió a abandonar la parti-

da; ántes buscó como vencer las presuntas resistencias del nuevo director, i como obligarle a conformarse con sus miras. Estas pretensiones que se habrian estimado ridiculas i disparatadas en un hombre vulgar, habrian parecido serias i fundadas a quien quiera que conociese la sagacidad extraordinaria del gobernador de Cuyo, la fertilidad de su injenio i la rapidez de sus concepciones. Como el jeneral de Maquiavelo, tenia algo del zorro i algo del leon. Si se mostraba valiente en el campo de batalla, las combinaciones a que se entregaba en su gabinete le habrian atraído la admiracion de los mas consumados diplomáticos. Gustaba aun por sistema de emplear los amaños, las intrigas, las maquinaciones subterráneas, ántes de recurrir a las armas para acabar de arruinar a sus adversarios. La continuacion de nuestra narracion suministra mas de una prueba de lo que asentamos.

Conocidos estos antecedentes, nadie estrañará por cierto que San Martín no se desconcertara al recibir la fatal noticia de aquel nombramiento que amenazaba desvanecer como el humo sus doradas esperanzas, desbaratar todos sus planes, anular sus talentos, dejarle confundido quién sabe por cuanto tiempo mas en la categoría de los gobernadores de provincia. En un instante calculó lo que tenia que hacer. Tan rápido en ejecutar como en concebir, se puso inmediatamente a la obra. Con toda presteza hizo salir para Buenos-Aires a uno de sus ayudantes, que gozaba de toda su confianza. Este agente llevaba el encargo de entenderse con el gobierno central, que componian entónces amigos fieles i adictos a San Martín; debia con el acuerdo i el permiso de las autoridades, que consideraba seguros, apoderarse de todos los pertrechos de guerra que encontrase en la capital, i remitirselos a Mendoza a la mayor brevedad. Lo que importaba sobre todo, i lo que particularmente recomendó al emisario, era la prisa. Los pertrechos debian ponerse en marcha i quedar fuera del alcance del director supremo, ántes de que este tuviera tiempo para detenerlos. Con esto se proponia San Martín asegurarse de todos los recursos que Buenos-Aires podia proporcionarle. Sabia que una vez bajo su mano, no era fácil arrancárselos. En cuanto al consentimiento de Pueirredon creia tener medios de hacerle mas tratable. Tras de su ayudante, i con pocos dias de diferencia, partió él mismo a toda carrera con direccion hacia Córdoba. En el camino le salió al encuentro su emisario; habia cumplido punto por punto con sus instrucciones; venia a anunciarle que el cargamento se habia internado ya en la pampa, i a traerle ciertos avisos de los amigos de la capital, que quedaron un secreto entre los dos. San Martín se impuso de todo, i sin descansar continuó su viaje.

A poco de haber llegado a Córdoba, hizo tambien su entrada en la ciudad don Juan Martín Pueirredon, que se encaminaba a Buenos-Aires a recibirse del mando. Desde la cinco de la tarde hasta la una de la noche, el presidente i el jeneral tuvieron una larga conferencia. Sin duda fué sobre la expedicion de Chile, porque desde entónces el nuevo direc-

tor se manifestó mui favorable al proyecto i cambió completamente de ideas a este respecto. Cuentan que uno de los principales argumentos que empleó San Martín para convencerle fué asegurarle que si no se convenian, corría mucho riesgo de ser asesinado, ántes de alcanzar a la posta vecina. Tan luego como quedaron acordes, se separaron, dirijiéndose el uno a la capital a gobernar el estado, i el otro a Mendoza a organizar el ejército.

La aprobacion del supremo director a la expedicion de Chile casi no importaba mas que la licencia concedida a San Martín de promoverla i levantarla, si para ello le alcanzaban las fuerzas. Buenos-Aires, agobiado por la larga i costosa lucha que sostenia en el Alto-Perú, sin erario público, despedazado por las facciones civiles, sobresaltado por la alarmante noticia de que en la Peninsula se estaba disponiendo un poderoso ejército para venir a ahogar en su seno los jérmenes de la insurreccion, no podia proporcionarle la multitud de elementos que aquel grandioso proyecto exijia. San Martín no lo ignoraba; así siempre habia calculado con que tendria que sacarlo todo de las tres provincias de Mendoza, San Juan i San Luis. Mas la dificultad del problema no estaba en saber de dónde se sacarían los recursos, sino cómo se sacarían. Aquellas tres comarcas eran pobres, escasas de poblacion como el resto de la América; el espíritu público era desconocido entre sus habitantes; no los animaba un grande entusiasmo que los estimulase a hacer prodijios. Faltaba provision de armas, acopio de viveres, vestuarios i municiones; no habia soldados ni dinero; todo en una palabra estaba por crear. En tal aprieto San Martín no vaciló, como no vacilaba nunca, en estrujar a los moradores para formar el ejército que le era menester. Los trató sin compasion. Nadie se exceptuó; todos tuvieron que satisfacer su cuota, unos en plata, otros en trabajo. A los patriotas les impuso fuertes contribuciones, a los godos, como era natural, otras mas crecidas todavia. Obligó a los hacendados a cederle una parte de sus sementeras para alimentar a las tropas, i algunos de sus potreros para mantener los caballos; a las mujeres ricas i pobres, a coser la ropa de los soldados; a los artesanos a trabajar a racion i sin salario en los pertrechos de guerra. Declaró libres i obligados a alistarse a los esclavos de veinte a cuarenta años. Llamó a las armas a todos los que eran capaces de llevarlas; no se eximieron del alistamiento ni los hijos de las familias acomodadas, a los cuales colocó de sarjentos u oficiales. Esto duró dos años, i lo que tiene de extraño es, no que San Martín arrancase a aquellos habitantes el fruto de sus sudores, porque eso i mucho mas se ha visto en el mundo, sino que supiese arrancárselos sin descontentarlos, i aun granjeándose su aprecio; nunca se manifestó mejor el talento sagaz del gobernador, que en estas circunstancias. Siempre tenia a mano, cuando necesitaba conseguir algo, algun pretesto, alguna astucia que dulcificase su exigencia. Recurría a mil arbitrios injeniosos, a los mas diestros disimulos para no exasperar a los contribuidores. Con esta táctica despertó un entusiasmo jeneral, e

hizo que todos se creyesen interesados en la empresa i la mirasen como cosa propia.

Compartíase el tiempo de San Martín en buscar del modo indicado medios para levantar i sustentar su ejército, i en atender a su disciplina. Era en este último punto mui delicado i rigoroso. No le gustaba que tropas regladas se asemejasen a montoneras. Prefería tener soldados bien enseñados, aunque fuesen poco numerosos, a mandar hordas insubordinadas i mal disciplinadas. Quería dejar a la casualidad lo ménos que fuera posible, i por eso procuraba saber de antemano hasta que punto podía contar con su jente. Le agradaba dirigir una campaña científicamente, con plan, con combinaciones, i para eso necesitaba militares espertos, diestros en las maniobras, i que poseyesen no solo el valor, sino también, i mui principalmente, una educacion marcial. Con la mayor estrictez aplicaba esta teoria a la organizacion de su ejército. Los soldados tenian poco mas o ménos ocho horas de ejercicio todos los días; muchas veces los disciplinaba hasta por la noche. No los dejaba un momento ociosos. Cuando no estaban ejercitándose, los empleaba en limpiar las armas i en las demas faenas del servicio. De esta manera la disciplina de su ejército llegó a ser admirable.

A pesar de su tirantez i rigor, sus subalternos le amaban i respetaban. Los oficiales admiraban en él al veterano que se habia educado en las guerras de Europa, al guerrero valeroso que habia obtenido una mencion especial en el parte de la batalla de Bailen, al vencedor de San Lorenzo. Los soldados le perdonaban fácilmente las rudas fatigas que les hacia soportar por los desvelos paternales que le merecian. Frecuentemente hablaba con ellos, se informaba en persona de sus necesidades para remediarlas, manifestaba interes en cuanto les concernia. Dominaba a los jefes por la admiracion, a los inferiores por las muestras de un cariño que no descendia nunca a la induljencia. Asi San Martín habia logrado hacerse estimar de los habitantes que esquilmba, i del ejército que trataba con la mayor rijidez. Hasta su cualidad de provinciano le favorecia en una época en que la capital inspiraba ya muchos zelos a las demas provincias argentinas. (1)

A los jefes i oficiales chilenos, con excepcion de los que eran partidarios mui exaltados de Carrera, los llamó también a que cooperasen a la restauracion de su patria. Les encomendó la disciplina de algunos cuadros, o los empleó en otras varias comisiones de importancia. Entre estos merece un recuerdo especial por la actividad i destreza con que le ayudó en sus arduas tareas, don José Ignacio Zenteno, simple paisano, a quien estaba reservado un brillante porvenir, aunque hasta entonces solo habia intervenido en la revolucion, asistiendo a los cabildos, o mezclándose a las pobladas. Cuando llegó a las Provincias Unidas, repugnán-

(1) Todos estos datos sobre la organizacion del ejército nos han sido suministrados por el jeneral argentino Dehesa.

dole ser gravoso a quien quiera que fuese, aun a los españoles, en cuyas casas habia alojado el gobernador a los emigrados, se proporcionó en la vecindad de la pampa una pequeña heredad que cultivaba con su propia mano. Habiendo sabido San Martín que era una persona intruida, fué a buscarle él mismo, i le nombró oficial de su secretaria, i poco despues su secretario. El jeneral encontró en Zenteno el hombre que necesitaba; de una paciencia férrea i de una laboriosidad incansable, le ayudó a dictar esa multitud de providencias que exige la formacion de un ejército, i a velar sobre su cumplimiento.

Los demas emigrados a quienes no se proporcionó ocupacion en Mendoza, sea por sus opiniones políticas, sea por cualquier otro motivo, fueron a establecerse en su mayor parte a Buenos-Aires, i bien pronto buscaron, quienes en la industria, quienes en una empresa arriesgada, los medios de subsistencia. Los unos bajo la direccion de don Manuel Gandarillas, jóven chileno que estaba llamado a representar un papel distinguido en los acontecimientos posteriores de su patria, i que manifestaba una aptitud asombrosa para las artes, fundaron una imprenta i una fábrica de naipes. Dos comerciantes chilenos, don Diego Barros i don Rafael Bilbao, i uno argentino, el señor Arana, les suministraron jenerosamente los capitales necesarios. En ambos establecimientos se emplearon como operarios, olvidando sus preocupaciones aristocráticas, miembros de las familias más encumbradas de nuestro país. Mas de un coronel ganó entónces su pan, improvisándose cajista ó recortando cartones, i esperó resignado que llegase el momento de volver a desenvainar la espada para lidiar en los combates. Es preciso decir en su alabanza que fueron tan hábiles artesanos, como habian sido valientes soldados. La imprenta llegó a ser la mejor, o mas bien, la única de Buenos-Aires, lo que le mereció la proteccion del gobierno, i el honor de dar a luz el periódico oficial. (1)

Otros emigrados se comprometieron con sus personas i sus miserables fortunas en un corso que por aquel tiempo se proyectó, para incomodar a los españoles. (2) Se hallaba entónces desocupado i fastidiado por su inaccion el conocido marino ingles Guillermo Brown, que acababa de asentar su reputacion de bizzarria i ciencia náutica, destruyendo dentro del mismo puerto de Montevideo, endonde flameaba a la sazón la bandera de la España, las fuerzas navales de esta nacion, aunque superiores en número a las suyas. Esta hazaña habia contribuido no poco a la toma de aquella plaza, i alcanzado una alta nombradía a su autor. Esta circunstancia movió sin duda a muchos emigrados chilenos, i a muchos de los aventureros extranjeros que habian acudido a la capital de las Provincias Argentinas, con la intencion de medrar a la sombra

(1) Conversacion con don Diego Benavente.

(2) Para formar esta relacion nos hemos guiado en primer lugar por el testimonio del jeneral don Ramon Freire i en segundo por varios partes relativos al asunto escritos por las autoridades de Lima o Guayaquil.

de la revolucion, a instar a Brown, para que consintiera en ponerse a su cabeza en una correría naval por el Pacifico. La expedicion debia proponerse un triple objeto, arruinar el comercio español en aquellos mares, libertar a los prisioneros de Juan Fernandez e intentar, si se podia, un desembarco en el puerto de Coquimbo, para que a favor de la diversion que este ataque ocasionaria en las tropas realistas San Martín atravesase con mas facilidad los Andes. Brown acoció la idea con ardor, i en compañía del clérigo Uribe, de un frances Buchard i de varios otros se puso sin pérdida de tiempo a tratar de realizarla. No les faltaron armadores que se prestasen a habilitarlos, lisonjeándose con sacar crecidos réditos de un curso que ponía entre los artículos de su programa, barrer con todas las embarcaciones españolas de la mar del sud. El gobierno mismo fomentó la empresa, abriéndoles sus arsenales para que se proveyesen de los pertrechos que les faltaran. Gracias a esta proteccion, pudieron poner en estado de darse a la vela las viejas i averiadas naves que habian adquirido. No eran estas mas de cuatro, a saber la fragata Negra o Hércules, montada por Guillermo Brown, el bergantín Trinidad, propiedad tambien del anterior i que dirijia su hermano, el queche Uribe, mandado por el italiano Barrios i equipado por el clérigo don Julian, que lo habia bautizado con su nombre, i la Corbeta Halcon cuyo capitan i dueño era el frances Buchard. Sin embargo, si la escuadrilla no era numerosa ni muy bien acondicionada, estaba sí tripulada por hombres que la creian mas que suficiente para que nadie les disputara el imperio del océano. Los jefes, marineros i jente de desembarco eran todos de lo mas selecto por su coraje. Aunque la expedicion dejaba columbrar sus peligros no pequeños, como tambien prometia oro i ricas presas, si se portaban con denuedo, los voluntarios no habian escaseado, i los caudillos habian tenido buen cuidado de no admitir, sino a los que hubiesen dado sus pruebas. Los buques estaban carcomidos, pero las tripulaciones eran escogidas. Entre otros chilenos, iba como jefe de armas de la corbeta Halcon don Ramon Freire, que aunque era en la tierra, donde se habia dado a conocer por sus proezas, no era con todo la primera vez que hacia sentir a la marina española el peso de su brazo; pues ya en 1813 habia arrebatado en Talcahuano a los navegantes realistas presas de mucha importancia, i eso casi sin los elementos precisos. Llevaba a sus órdenes la mayor parte de los dragones que con él habian escapado de Rancagua.

A fines de Octubre de 1815 salieron de Buenos-Aires la Negra i el Trinidad, i poco despues el Halcon i el Uribe, llevando todos bandera argentina, ménos el último que habia enarbolado una bandera negra. Los audaces marinos que los montaban, se atrevian a doblar en tablas podridas por el tiempo, ese terrible cabo de Hornos que todavia hace empalidecer a los mas intrépidos navegantes, i se comprometian con cuatro buques mal equipados a limpiar de todo bajel enemigo el vasto océano que se estiende desde la tierra del Fuego hasta el istmo de Panamá.

Arrostraban peligros de todo jénero, con nociones imperfectas sobre la direccion de los vientos i la posicion de los lugares, en un mar, se puede decir, desconocido, porque hasta entónces casi solo habia sido surcado por los bajeles españoles. Iban a atacar con fuerzas mediocres, i sin ninguna esperanza de socorro, a un adversario dueño de todas las costas, i no deteniéndose aqui su arrojo, estaban resueltos a saltar a tierra i a acometerle en ella, aunque se hallase parapetado detras de sus fortalezas, algunas de las cuales tenian la fama de ser inexpugnables.

La Negra i el Trinidad pasaron sin tropiezo el cabo de Hornos, i dirijieron su rumbo hacia la Mocha, punto de reunion señalado de antemano para los buques de la espedicion. El viaje de el Halcon i el Uribe distó mucho de ser feliz. No encontraron en su camino a los realistas; ningun navio procuró cerrarles el paso; pero al doblar el cabo tuvieron que combatir a enemigos mas terribles todavia, los vientos, que concitaron contra ellos una desecha tempestad de catorce dias. Durante ese tiempo las dos embarcaciones marcharon convoyadas, para que en caso de desgracia, una de ellas sirviese de asilo al equipaje de la otra. La que ménos resistencia ponía al embate de las olas, era el Uribe, que su armador habia cargado con tantos cañones i de tan grueso calibre, que se hundia naturalmente en el agua bajo un peso que su porte no le permitia sostener. Un dia, a la caída de la tarde, i en lo mas recio de la borrasca, lo percibió el Halcon medio envuelto entre las nubes i las sombras de la noche, en un estado de angustia tal, que su pérdida le pareció inevitable. No le fué posible prestarle ningun auxilio; porque él mismo resistia apénas a la furia de la tempestad, que levantaba millones de olas tan altas i tan prontas en reventar, que una sola que hubiera azotado contra la embarcacion la habria sumerjido. Cuando a la mañana siguiente se disiparon las tinieblas, el Halcon no divisó por ningun lado a su compañero de viaje. Desde entónces nadie volvió a ver a el Uribe. Quién sabe cuál habia sido su suerte. Talvez el huracan lo habia sepultado en el fondo del océano, o estrellado contra las rocas erizadas de puntas agudas, que cubren aquellas playas. Este era el único de los cuatro buques que no llevaba a su bordo mas que chilenos. De tan trájica manera pereció con sus conmitones tan enérgicos como él, don Julian Uribe, que con su cabeza de tribuno i su corazon de soldado, quién sabe qué papel estaba llamado a representar en las futuras revoluciones de Chile; pereció allí donde termina el Atlántico i principia el Pácifico, cuando su imaginacion quizá le sonreía con la idea de gloriosos triunfos i con la imájen seductora de recuperar esa patria, a la cual todo se lo habia sacrificado. ¡Pobre clérigo! que murió sin otra necrolojia que una cuantas lineas de la Gaceta del Rei, que infamaban su persona i su familia, i que le perseguian aun mas allá de la tumba, haciendo impiamente a Dios cómplice de sus rencorosas pasiones.

Reunido en la Mocha el Halcon con la Negra i el Trinidad, segun

estaba convenido, descansaron de sus fatigas, i despues de reparar sus averías, se dispusieron para dar principio a sus proyectos, que modificaron con arreglo a sus intereses. Muerto Uribe, los jefes de los otros tres buques eran extranjeros, a quienes excitaba sobre todo el deseo del lucro, i que por lo tanto se empeñaban en hacer el mayor número de presas que les fuese posible, aunque para conseguirlo hubieran de descuidar los demas fines de la espedicion. Asi mientras Brown se dirigia a reconocer la isla de Juan Fernandez, despachó el Halcon i el Trinidad para que recorriendo las costas, sorprendieran las naves ignorantes todavia del riesgo que las amenazaba. Sea porque los vientos se lo impidieran, o por cualquiera otro motivo, lo cierto es que la Negra no ejecutó ninguna tentativa de ataque contra el presidio, ántes al contrario se dirigió apresuradamente a San Lorenzo, isla cercana al puerto del Callao, donde habian quedado de reunirse sus compañeros. No habiendo tardado estos en llegar cargados de botin i de prisioneros, la escuadrilla se puso a cruzar a la boca del indicado puerto en acecho de los buques que entrasen o saliesen. Como en Lima se ignoraba, no solo la proximidad, sino aun la existencia de semejante corso, los insurjentes permanecieron a su gusto en la ventajosa posicion que habian escogido, sin que nadie los inquietase durante diez dias, que aprovecharon para sus negocios. La suerte los favoreció mas de lo que se habian imaginado quizá; pues cayeron en sus manos cuatro hermosas naves con rico i surtido cargamento, entre ellas una gran fragata, la Gobernadora, i un velero pailebot, el Andaluz, que pasaron a engrosar sus fuerzas, armadas cada una con dos cañones. A otra de las embarcaciones apresadas le derribaron los palos, i la convirtieron en un ponton, que les servia de cárcel para los prisioneros i de hospital para los enfermos. Fué trasladada a este sitio la tripulacion de la Gobernadora, que habia sido reemplazada por jente segura, i con ella el carpintero del buque. Este que era hombre intrépido, no pudo conformarse con su detencion, i buscó cómo escaparse. Comunicó a sus compañeros el objeto de sus preocupaciones, i escusado parece decir que todos le aprobaron i prometieron su cooperacion. No se les presentaba otro medio de fuga, que un bote que habian dejado en el ponton; pero precisamente lo habian dejado, porque estaba tan agujereado i mal traído, que lo habian juzgado bueno para nada. Mas ya que no se ofrecia otro arbitrio, se pusieron a reflexionar entre todos sobre su compostura, i al fin lograron medio tapar los agujeros con las zuelas de unos baúles. Cuando lo hubieron remendado lo mejor que pudieron, se embarcaron en él confiados en la proteccion del cielo veinte i un individuos, que arribaron felizmente a Chancai, i comunicaron los primeros en Lima la noticia de la estacion del corso patriota.

Nada podria espresar el furor de Brown, cuando descubriendo a la vuelta de una de sus correrias la fuga de los presos, conjeturó que la posicion de su flotilla no era ya un misterio para los peruanos. Mas no

conformándose con perder sin indemnizacion las valiosas presas de que, a no sobrevenir este contratiempo, se habria apoderado, resolvió desquitarse con un golpe de mano sobre el Callao. A primera vista parece que solo a un loco se le ocurriria acometer con cinco buques estropeados i faltos de tripulacion, al mas importante de los establecimientos españoles en la América del Sud; al Callao defendido por esos célebres castillos, cuyos poderosos medios de resistencia pueden calcularse por su excesivo costo, que hacia preguntar a Carlos III si estaban contruidos de piedra o de plata; al Callao defendido por ciento cincuenta cañones colocados en tan fuertes baterías, que de su boca partió el último tiro en favor de la Metrópoli; al Callao en fin defendido mas que por todo esto por su fama de inexpugnable. El asombro que esta audacia inspira, subirá de punto, cuando se sepa que Brown no intentaba solo sacarse bajo el fuego de las fortalezas enemigas a los buques surtos en la rada i lanzar algunas balas rojas contra la poblacion en despique de sus expectativas burladas; sino que se proponia desembarcar en la ciudad misma i arrebatarle sus tesoros. Sin embargo el resultado casi justificó este ataque temerario, que rayaba en la insensatez.

El 21 de enero de 1816, la escuadrilla penetró hasta dentro de la bahía, i contestó a las balas de los castillos, que agujereaban las naves, izando la bandera insurgente i saludándola con veinte i un cañonazos. En aquel momento no habia en el puerto buques armados en guerra; pero sí, lanchas cañoneras, que sostenidas por un fuego bien nutrido de las baterías de tierra, obligaron a los patriotas a ponerse en retirada. Dos o tres veces mas, volvieron al asalto, echando a pique en una ellas, la fragata Fuente Hermosa e incendiando varias casas de la ribera. Pero como nada obtenian con esta clase de ataque, por mas arrojado que desplegasen, renunciaron a la táctica franca de que habian usado hasta entónces, i recurrieron a una de esas estratagemas en que el buen éxito depende de la audacia, i que en tiempos posteriores empleó lord Cochrane. Por la noche encendieron varias fogatas en la isla de San Lorenzo, que cierra i domina la bahía, para llamar hacia aquel lado la atencion del enemigo, i mientras tanto, protegidos por la oscuridad, se aventuraron al traves de los buques en cuatro o cinco botes. Al principio todo les salió a pedir de boca; respondian *la ronda* al quién vive de los centinelas, i estos engañados los dejaban pasar adelante. Merced a este ardid, lograron sorprender varias lanchas cañoneras; pero al fin uno de los botes cayó sobre una que estaba alerta. Habia en ella 50 extremeños recién llegados de España, que recibieron a los asaltantes en las puntas de las bayonetas. Trábose entónces cuerpo a cuerpo una lucha encarnizada, en que la victoria no habria favorecido a los realistas, si el estrépito del combate no hubiera hecho acudir a los botes de auxilio, que con un fuego mortífero obligaron a los audaces aventureros a retirarse con mucho daño apesar de su denuedo.

Abortado este plan, estaba visto, ni la fuerza, ni la astucia salian bien

contra el Callao, i la prudencia aconsejaba a los expedicionarios no en capricharse en la temeridad, o mas bien, su pérdida era segura, si no buscaban la salvacion en una pronta fuga. Abascal habia destacado de Lima una división de 4,000 hombres, que para perseguir a los corsarios iba a embarcarse en seis buques de alto bordo, que aceleradamente habia armado con las erogaciones del comercio (1). Habiendo tomado en cuenta estas mismas consideraciones partió Brown el 28 de Enero, i como importase para el logro del corso que se ignorara el derrotero de la escuadrilla, aparentó encaminarse a Chile; pero con el fin de que perdiesen su pista, cambió por la noche de direccion, continuó recorriendo la costa hacia el norte i no se detuvo hasta Guayaquil, adonde se acercó con la resolucion de arrancarle una gruesa contribucion con el perentorio argumento de sesenta balas rojas, que habia aprontado para lanzárselas, si no se dejaba convencer. Esta ciudad se hallaba en estremo alarmada con el aviso del corso trasmitido por Abascal a todos los puertos del litoral; mas apesar de que temia la visita de los corsarios, no se la aguardaba tan pronto. Los patriotas, pues, habrian podido con facilidad sorprenderla, si desgraciadamente un pailebot que a fuerza de velas se escapó de ser tomado al entrar, no hubiese anunciado su venida.

Guayaquil está situado sobre un rio ancho, rápido, navegable, que tiene flujo i refluo como el mar; cuatro fuertes construidos sobre sus bordes defienden el pasaje; el primero, denominado Punta de Piedra, dista cinco leguas del puerto. Se necesitaba ántes de penetrar en la bahia, posesionarse de esta fortaleza, que era como su llave. No perdieron tiempo los independientes, i mientras Brown la acometia por mar, Freire saltaba valerosamente en tierra, i caminando a la sombra de unos bosques que ocultaban su marcha, la atacaba por retaguardia i se apoderaba de ella a la bayoneta. El gobernador habia procurado defenderla tan luego como recibió la noticia de encontrarse a las puertas el enemigo; mas el refuerzo que le envió, volvió a avisarle que habia llegado demasiado tarde, porque habia caido ya en poder de los asaltantes. Grande fué la confusion en Guayaquil, cuando se supo este desastre. Todos no pensaban mas que en huir, las mujeres i aun la mayor parte de los hombres, i en poner a salvo los caudales tanto públicos, como particulares; pues todavia estaba vivo el recuerdo de los flibusteros, que varias veces se habian precipitado sobre la ciudad como aves de rapiña, cometiendo todo linaje de atrocidades i saqueando hasta los templos.

En medio del espanto jeneral, las autoridades organizaban la resistencia, cubrian la playa de soldados, levantaban baterias i procuraban en una palabra recibir del mejor modo que les fuese posible a sus adversarios. Estos no tardaron en penetrar en la rada con solo un bergantin i una goleta, pues a los buques mayores los habian dejado afuera, temien-

(1) Estos buques eran las corbetas Tagle, Minerva, Palafox, Reina de los Angeles, Comercio i el bergantin Barbarita, bajo el mando de don Isidro Couseyro.

do que la poca altura del agua los embarazara en su marcha i les impidiera maniobrar con libertad. El asalto principió con ventaja de los insurjentes. Las tropas de desembarco bajo la direccion de Freire abordaron la ribera, arrebatando una de las baterías, cuyos cañones echaron al río. Mas un fatal incidente les impidió aprovecharse de un triunfo, que juzgaban seguro. Uno de los castillos denominado San Carlos incomodaba al bergantin en sus movimientos; impacientado Brown por las averías que le estaban causando sus balas, impelió el bergantin hacia tierra para colocarse a medio tiro de pistola i trabar el combate con mas ventaja. En ese momento bajaba la marea, i el norte poniéndose como el mar de parte de sus contrarios, encalló el buque en la arena; por casualidad se encontró barado en tal situacion, que los realistas ocultos detras de parapetos, descargaban sobre él sus fusiles a mansalva i sin recibir lesion alguna, de manera que con facilidad se enseñorearon del buque. Algunos de los corsarios pudieron escaparse en las lanchas; Brown que no consiguió imitarlos, viendo que los guayaquileños asesinaban sin piedad a los restantes bajó a la Santa Bárbara con un lanza fuego en la mano, i los amenazó con que si no respetaban el derecho de jentes, incendiaria la pólvora. Conociendo por su ademan que estaba resuelto a cumplirles la palabra, suspendieron la carnicería, haciendo prisionero a Brown i 44 de sus compañeros. El populacho se vengó en el bergantin del miedo que los marinos le habian causado; en un instante lo despedazó furioso, saqueando las velas, jarcias i mástiles; trabajo les costó a las autoridades que no se robasen hasta los cañones.

Al observar Freire la desgracia de Brown, reembarcó en la goleta las tropas con que habia asaltado i tomado una de las fortificaciones de tierra, i se juntó felizmente con las otras embarcaciones, siendo el portador de la triste noticia de la prision del jefe. El sentimiento que debia producirles tan infausto acontecimiento, no amilanó a aquellos intrépidos navegantes. Sin demora pensaron en salvar a su caudillo, i como durante la correria se habian habituado a burlarse del peligro a fuerza de temeridad, no trepidaron un instante en comprometerse en el río con la fragata i la corbeta. La suerte del bergantin no los hizo prudentes, i marcharon adelante confiados en esa buena estrella que siempre favorece a los bravos. Los guayaquileños habian recuperado su tranquilidad; pues creian que las fragatas no se animarian a entrar en la bahía, a causa de su magnitud i por no dejar sin custodia las valiosas presas que arrastraban consigo. Mucho se asombraron, pues, cuando percibieron la Negra i el Haleon, que venian a proponer a tiro de cañon el canje de sus compañeros. No obstante su reciente victoria, no se encontraron capaces de rechazar por si solos un nuevo ataque, i cifraron todas sus esperanzas en la oportuna llegada de la flota peruana, que segun los partes del virrei debia aparecer de un momento a otro. Mas en valde los atalayas consultaban el horizonte, no se divisaba ninguna vela amiga, i mientras tanto todo el mundo podia ver estacionar

dentro de la misma bahía a los corsarios en facha asaz amenazante. Entónces procuraron embromarlos, para ganar tiempo hasta que les viesen auxilios. Con esta intencion aparentaron prestar oídos a las propuestas de los independientes; mas en vez de darles una respuesta categórica, se pusieron a hacer objeciones, a cambiar mensajes, a proponer modificaciones i a disculparse de aquellos interminables trámites con que habia que reunir al pueblo para consultarle, i con otra infinidad de pretextos por este estilo. Conociendo su táctica Freire i el hermano de Brown que dirijian el ataque, intimaron que si dentro de algunas horas no se concluía la transaccion, incendiarían a bala roja la ciudad, ultimatum que produjo un efecto májico en los guayaquileños, que en tantas ocasiones habian experimentado el fuego de los piratas. En un momento todo se arregló, cediéndose en cambio de Brown i de sus compañeros una de las fragatas apresadas, tres buquecitos de poco valor i además algunos personajes de jerarquia que habian caído en poder de los corsarios, entre ellos el nuevo gobernador Mendiburu, que venia de España a Guayaquil.

Después de las dos tentativas infructuosas sobre el Callao i Guayaquil, los marinos patriotas, amenazados por la escuadra del Perú, no habrían podido permanecer por mas tiempo en el Pacifico, sin esponerse a ser esterminados por las fuerzas superiores que se enviaban contra ellos; pero mas que este riesgo, lo que particularmente se oponia a la continuacion del curso, era la desunion que habia comenzado a reinar entre los espedicionarios. Individuos de diversas naciones, diferentes por sus creencias i costumbres, hablando distinto idioma, animados talvez por antipatías de raza, no los ligaba siquiera la unidad de miras; pues la empresa, para los unos era una especulacion, para los otros una cruzada en favor de la causa americana. Al principio cuando no habia todavía un rico botin que repartirse, los intereses egoistas de los unos se hermanaban con las miras patrióticas de los otros; todos se empeñaban en marchar juntos adelante, sea para molestar a los realistas, sea para hacer negocio con las presas de los buques enemigos. Pero cuando después del suceso de Guayaquil, trataron, en la isla de Galápagos, donde se retiraron al efecto, de distribuirse los despojos, estallaron a impulsos de la codicia las rivalidades hasta entónces contenidas, i fué imposible para el porvenir, el concierto i la harmonia. Los dos jefes, el uno frances i el otro ingles, que ya se habian enemistado durante el curso de la espedicion, acabaron de malquistarse, con ocasion del repartimiento. El odio que se inspiraron fué un odio a muerte, al menos en cuanto a su manera de espresarse: Buchard decia que habia de ahorcar a Brown, i Brown que habia de ahorcar a Buchard. Para evitar una mala interpretacion, hai sin embargo que hacerles la justicia de confesar que estas desavenencias eran, por decirlo así, puramente domésticas; no habian salido del casco del buque; en los dias de peligro los aventureros siempre habian recordado que combatian bajo una misma bandera i contra el

mismo enemigo. Con todo la conciliacion era imposible; i luego que se arreglaron como pudieron, la espedicion se dividió en dos que tomaron diverso rumbo. Buchard con la Consecuencia, una de las naves capturadas, i el pailbot Andaluz, volvió a doblar el cabo i arribó felizmente a Buenos Aires. Freire, que iba de jefe de armas de la Consecuencia, al poco tiempo despues de su desembarco, pasó a incorporarse al ejército de Mendoza con los restos de sus dragones, reliquias gloriosas de tantos combates, que acribillados de heridas, pelearon todavía en las llanuras de Maipo. Brown con la Negra i el Halcon se dirijió al puerto de San Buenaventura (en la costa del Chocó) a proveerse de viveres i a vender sus efectos. Había desembarcado muchas de sus mercaderías i la mayor parte de la tripulacion, cuando supo que los realistas se aproximaban. Sin detenerse echó a pique una de sus embarcaciones que le estorbaba, i huyó precipitadamente, dejando en tierra sus efectos, i lo que es mas, un gran número de sus compañeros, entre los cuales se encontraba su propio hermano i muchos chilenos que fueron silados por los españoles o combatiendo a las órdenes de Bolivar, en cuyas filas se enrolaron despues los pocos que se salvaron.

Este corso, aunque operó sobre parajes distantes de Chile, influyó sobre los acontecimientos de este país; suspendió sus comunicaciones con el Perú, impidiendo que Abascal le remitiese socorros, i distrajo la atencion de Marcó del punto en que siempre debería haberla fijado, Mendoza.

## BATALLA DE CHACABUCO.

Abascal en las tres expediciones que envió contra Chile, siempre tuvo la misma idea, subyugar este país por las armas o la política, dejar en él una parte de sus tropas para asegurar su dominio i dirigir las restantes sobre las Provincias Argentinas. Si conseguia apoderarse de Mendoza, como era fácil, amagaba por la espalda al ejército de Rondeau en el Alto Perú, e interceptaba los auxilios que le fuesen remitidos de Buenos-Aires. Tres jenerales, Pareja, Gainza i Ossorio recibieron a este respecto idénticas instrucciones; la invasion de las Provincias Argentinas debía ser la consecuencia i una de las principales ventajas de la reconquista de Chile. Ossorio estuvo a punto de realizar el encargo del virrei; pero la insurreccion del Cuzco, acaecida en la misma época, le obligó a desmembrar su ejército, mandando 950 hombres al socorro de Pezuela, a quien este suceso habia puesto en el mayor apuro. Despues si en vez de ocuparse en poblar las cárceles i presidios con individuos inofensivos, se hubiera empleado en reclutar la jente necesaria para resarcirse de esta baja i cumplir con su comision, quién sabe cuántos años habria demorado la independenciam de América. Una columna de 3,000 hombres que hubiera escalado los Andes, i se hubiera precipitado al otro lado con ese empuje peculiar del soldado recientemente victorioso, habria esparcido la consternacion entre los insurgentes del Plata. Ese ataque repentino por uno de sus flancos desconcertaba los planes de los arjentinos, i los ponía a dos dedos de su ruina. No tenían otro medio de parar ese golpe terrible, que introducía al enemigo en su propio seno, sino oponerle una parte de las fuerzas que estaban acantonadas en otros puntos igualmente amagados, i que con este movimiento habrían quedado desguarnecidos. Un cambio semejante en las posiciones del ejército,

en caso de verificarse, habria espuesto la confederacion al embate de diversos asaltos simultáneos, i entónces la república, trabajada como estaba por discordias intestinas, solo habria podido salvarse, a costa de grandes sacrificios, que la habrian dejado estenuada.

Aun suponiendo que la incursion proyectada por el virrei, no hubiera tenido un evento tan próspero, como la destruccion completa del último baluarte donde se habia asilado la libertad americana, de todos modos estaba en la conveniencia de los realistas el intentarla. La ocupacion de una provincia que por su situacion habia llegado a ser el cuartel jeneral de los emigrados, que aprovechándose de su vecindad, podian perturbar el órden en Chile, mediante las influencias que debian dejar en él, i el aislamiento de Buenos-Aires en que por la misma evolucion se colocaba al jeneral Rondeau, eran dos resultados brillantes, que compensaban sobradamente las fatigas de una campaña en que no habia mas que mostrarse para triunfar. En aquel entónces Mendoza no contaba con elemento alguno de defensa, i habria caido en su poder sin disparar un fusilazo, porque el gobernador de Cuyo estaba resuelto a retirarse delante de los agresores, ántes que comprometerse en una lucha desigual. La posesion de esta comarca por las armas del rei habria dado a los acontecimientos un jiro mui diverso del que tuvieron, i hecho mas que dudoso el triunfo espléndido que despues alcanzaron los patriotas. Las presunciones humanas no son oráculos infalibles, la prevision es una facultad que con frecuencia nos induce al error; pero en el caso presente casi todas las probabilidades están porque la ejecucion del paso mencionado habria obstruido con un obstáculo invencible esa ruta que en 1817 inmortalizaron los independientes con sus victorias. Para no detenernos en comentarios inútiles, cuando versan no sobre lo que ha sucedido, sino sobre lo que pudo suceder, solo advertiremos en apoyo de nuestro aserto que si los españoles hubieran dado cima al atrevido pensamiento de Abascal ni habria podido levantarse en Mendoza el ejército restaurador, ni se habria por consiguiente recuperado a Chile, ni habria zarpado jamas de Valparaiso la escuadra que redimió al Perú.

San Martín que habia concebido el proyecto de recorrer el mismo camino señalado por Abascal a sus leñones, aunque en órden inverso i con mui distintos designios, conociendo todo el alcance de semejante determinacion, temblaba de que el jeneral español adoptase la marcha que le convenia i asomase de un momento a otro sobre la cresta de la cordillera, cuando él no tenia preparado mas que la concepcion del plan. Pocas posiciones mas desesperadas i violentas que la suya; bullia en su cabeza una grande idea que entrañaba resultados maravillosos, la libertad de un mundo quizá, i esa idea fecunda, que en su imaginacion veia realizada, estaba próxima a abortar sin producir ningun bien, a consecuencia de una agresion extranjera, que no tenia como rechazar, i de obstáculos interiores, que en vano pugnaba por vencer. El pensamiento de organizar una expedicion que atacara a los españoles por mar i por tie-

rra i los espulsara de sus principales establecimientos, parecia entonces una idea tan quimérica en razon de las innumerables dificultades con que se tropezaba para formarla, que cualquiera habria desesperado de rematar la empresa con acierto. Empero ninguna contrariedad, por amenazante que al principio apareciera, fué bastante poderosa para arredrar a San Martin. El héroe argentino pertenecia a esa familia de hombres obstinados a quienes ningun atajo es capaz de contener, i que cuando se han propuesto algun fin, o perecen en la demanda, o llegan al término prefijado cueste lo que cueste. Con un tacto esquisito i con una laboriosidad extraordinaria supo allanar los estorbos que embarazaban su carrera i tocar la meta, a despecho de los impedimentos que amigos i enemigos le opusieron.

El peligro mas inminente a que por lo pronto habia que proveer, era esa invasion exterior que el dia ménos pensado podia descargar sobre la provincia de su mando i cojerle desprevenido; así fué lo primero que trató de evitar. Cuando observó que Ossorio no pensaba en atacarle inmediatamente, procuró quitarle todo estímulo para emprenderlo. La astucia era la cualidad que predominaba en su carácter, como el arrojé en el de Bolívar. A ella recurrió para quitar a su incómodo vecino el deseo de hacerle una visita intempestiva, que le habria sorprendido en medio de los preparativos con que se disponia para ir a desalojarle de su reciente conquista. Concibió que si lograba persuadirle que los mandatarios de Mendoza se ocupaban de transacciones mercantiles, ántes que de contiendas i combates, se le calmarian en gran manera sus ánimos belicosos. El principal aliciente que debía influir sobre el capitán español para hacerle intentar una invasion, no podia ser otro que el temor de verse inquietado en la posesion de un país endonde aun no habia robustecido su imperio. Si se llegaba a hacerle creer que la capital de Cuyo distaba mucho de ser un campamento, no se necesitaba ser un calculador mui eximio para prometerse que Ossorio, sintiéndose asegurado en el reino que su buena estrella le habia deparado, pensaria en gozar los favores de la fortuna, i se entregaria a la grata tarea de consolidar su dominacion con preferencia a iniciar una campaña, abriéndose pasaje por entre la nieve i saltando por encumbradas cordilleras. San Martin no ignoraba que la victoria ha hecho estremadamente descuidados a grandes jenerales; cómo no esperar que deslumbrara a uno tan vulgar como era Ossorio? En conformidad con estas ideas acordó mostrarse apocado i humilde ante el conquistador de Chile, i reservar sus bríos para mejor ocasion. A fin de desarmarle le remitió una tras otra dos o tres embajadas a pedirle que no se rompieran las hostilidades, que segun las apariencias estaban próximas a estallar entre los dos estados, i que se restablecieran las relaciones comerciales interrumpidas por los últimos acontecimientos. La instancia que manifestaba por llegar a un avenimiento, era calculada para hacer creer al jefe español que los argentinos estaban en la imposibilidad de hacer una tentativa contra Chile. Ossorio debía inde-

fectiblemente tomar las proposiciones de paz que se le dirijian por el órgano del gobernador de Cuyo, como una prueba evidente de su debilidad, como una confesion tácita de su impotencia.

El gobierno chileno contestó a estos oficios que jamas pactaria con rebeldes, interin no volvieran al gremio de la España, de donde impiamente se habian separado. No necesitaba San Martín abrir el pliego en que se le replicaba, para saber su contenido. Jamas habia pensado que Ossorio admitiria sus propuestas i celebraria con él un tratado de comercio. Unicamente habia tenido en cuenta al entablar estas negociaciones quitar a Ossorio la precision de atacar para no ser atacado a su turno, i ganar él mismo tiempo para ponerse sobre la defensiva i acometer en seguida luego que pudiera.

La tregüa de algunos meses que por estos manejos se habia proporcionado, acabó de asegurársela por una nueva estratajema. Hizo esparcir en Santiago por medio de cartas escritas en Mendoza o de fieles emisarios que previendo como mui inmediata una irrupcion de los españoles, i no estando dispuesto a defenderse, habia tomado con anticipacion las medidas concernientes a una pronta retirada, cuales eran, trasladar a un lugar seguro los caudales del fisco i las pertenencias de los particulares; que por el mismo motivo habia hecho trasportar hacia el interior todos los efectos de valor existentes en la ciudad, i los ganados i cosechas que estaban en los campos, habiendo dejado solo en las cercanias los caballos i las mulas, para que los habitantes pudieran fugar apresuradamente tan pronto como viesen ondear sobre las nieves el pabellon español.

Los artificios del astuto argentino tuvieron un éxito completo. Luego que estas noticias llegaron a los oidos de los oficiales realistas, comenzaron a cambiar de dictámen i a considerar una expedicion a la otra banda mas difícil i ménos útil de lo que al principio habian creido. La guerra es para muchos una especulacion, i la abundancia o escasez de botin decide de su conveniencia. La voz que se habia propagado de haber quedado Mendoza reducida a un esqueleto, borró a los ojos de muchos militares las ventajas resultantes de su ocupacion i apagó su ardor marcial. A su juicio no podia ser necesaria una incursion contra mercaderes i labradores, en la que no habia ni peligros que evitar, ni ganancias que obtener, ni gloria que adquirir. Los únicos frutos que debian esperarse de una campaña, como la que se proyectaba iniciar, eran las penalidades sin fin de los expedicionarios en un viaje dilatado por entre rocas escarpadas, donde talvez iban a encontrar la muerte, i la conquista de unas cuantas casas de barro, despojadas de sus muebles i abandonadas por sus dueños, adquisicion que no compensaba por cierto las fatigas que demandaba. Las ideas de sus subalternos influyeron como era natural sobre Ossorio, cuyas disposiciones bélicas se habian notablemente entibiado con la seguridad que se le habia hecho concebir de que sus adversarios no podian ni querian agredir sus dominios. La persuasion en que

estaba de que se habian puesto a correr aun ántes de que se fuera en su seguimiento, acabó por hacérselos despreciables i por hacerle mirar con indiferencia una expedición a la que ni el miedo ni la codicia le estimulaban, i que demorada de dia en dia, concluyó por no verificarse.

Mientras tanto San Martín se aprovechaba de esa inacción para reclutar hombre a hombre ese ejército débil en número, pero fuerte por su valor i disciplina, que elevó a Chile al rango de una nación. Trabajó en su enganche e instrucción con una actividad que pocos han desplegado en su vida, como que a cada instante temia ver descolgarse de la cima de la cordillera a cuyo pié estaba situado su pequeño campamento, a los realistas que venían a desbaratárselo. Los afanes que le costaron la enseñanza de los individuos alistados, la fabricación de pertrechos, el acopio de las municiones de boca i la recolección de los fondos necesarios para los gastos fueron estremados. Con todo, esos afanes habrían podido llamarse lijeros, comparándolos con los muchos que se le esperaban ántes de llevar a cabo sus proyectos. En el vasto plan que se agitaba en su mente, la reunión de tropas que le pusieran a cubierto de una sorpresa, no era mas que el principio de su obra. Necesitaba todavía para coronarla con el debido acierto vencer dos dificultades enormes, que habrían acobardado a un alma ménos impertérrita que la suya. Tenía que tramontar con un ejército compuesto de las tres armas esas moles estupendas, que se alzaban a su vista, de tránsito difícil aun para un viajero solo, i derrotar en seguida en el opuesto lado a los vencedores de Rancagua, que iban a caer con las fuerzas intactas sobre sus soldados diezmados por la intemperie i abrumados por el cansancio. Bastaba preguntar cuál era el estado de los caminos por donde los republicanos tenían que pasar, i los batallones con que los realistas podían repelerlos, para inducir hacia qué parte se inclinaria la victoria: por esta sola consideración, atendiendo a las reglas de las probabilidades, cualquiera habria declarado la partida perdida ántes de jugarse.

El mismo San Martín a pesar de la confianza singular que tenía en sus propios recursos, sentía delante de tantos obstáculos dudas mortales sobre los resultados de la expedición que meditaba. Por mal jeneral que supusiera a Ossorio, no se persuadía lo fuera hasta el extremo de malograrse las infinitas ocasiones de esterminarlo que se le iban a ofrecer ora en su pasaje por los Andes, ora en su descenso al territorio chileno. Las zozobras con que la prevision de una desgracia turbaba su espíritu, no comenzaron a disiparse, sino cuando supo que Ossorio habia sido reemplazado por Marcó, a quien habia conocido durante su permanencia en España. Sabiendo por experiencia propia que el nuevo gobernante era un imbécil fácil de engañar, i un cobarde incapaz de una resistencia enérgica, sintió con el anuncio de este nombramiento renacer en su corazón de una manera irresistible su vacilante fé. Cuéntase que se hallaba sentado a la mesa, donde a la sazón comia con varios de sus amigos, cuando se le avisó que don Francisco Casimiro habia sido elegido capi-

tan jeneral de Chile, i que al saber esta noticia, arrebatado por un entusiasmo súbito i cuasi profético, tomó en sus manos una copa, que llenó de vino hasta sus bordes, i brindó en seguida por la independencia de América con una convicción tan profunda, como si estuviera leyendo las palabras que profería en el oscuro porvenir.

No se descuidó por eso en sus trabajos, esperanzado en las torpezas que la ineptitud haría cometer a su antagonista i de que él estaría pronto a utilizarse. El gobierno chileno contaba con tantos elementos para su resguardo, que parecía obra de milagro el derribarlo. Con las numerosas huestes que le rodeaban, podía estimarse al abrigo de todo peligro. Si la cuestión entre los dos partidos llegaba a ventilarse en una batalla campal, desplegando cada uno sus fuerzas respectivas, los patriotas habrían sido derrotados irremediabilmente. No se le ocultaba a San Martín la superioridad numérica del enemigo i su debilidad comparativa; pero esa preponderancia no le asustaba, porque mas que en la fuerza bruta, creía en la estrategia, en la diplomacia, en la astucia. Confiado en su natural sagacidad, no consideraba una faena superior a sus alcances colocar a los españoles en tal situación, que la multitud de sus soldados de nada les sirviera.

La elaboración de un plan que no obstante su inferioridad manifiesta le diera la victoria, había sido el tema de sus constantes meditaciones desde que había concebido la idea de la expedición libertadora, i nunca había desesperado de encontrar la incógnita del problema. Desde luego se fijó en dos medidas que juzgaba, i con razón, indispensables para el logro de sus proyectos ulteriores. Era la primera ponerse al corriente por datos exactos i fidedignos de cuanto en Chile sucedía, a fin de dirigir con tino las operaciones militares sobre este reino, i la segunda hacer ver a los realistas bajo un aspecto engañoso cuanto pasaba en Mendoza, para que tomaran en falso todas sus disposiciones de defensa. La actividad i destreza que empleó en la consecución de estos dos resultados importantes, solo son comparables a las que desplegó en la organización i equipo de su ejército, cosa de que se ocupaba al mismo tiempo. No podía alcanzarse el doble objeto que se proponía, sino por medio de expedientes ingeniosos, que burlaran la vigilancia del enemigo e introdujeran el desacierto en su campo. La invención de tretas que le condujeran a ese término, no ofreció graves dificultades a San Martín, que como sabemos era eximio en esa clase de descubrimientos i mas temible quizá en su gabinete urdiendo las redes con que se disponía envolver a las personas que trataba de anular, que en el campo de batalla donde sin embargo había dado pruebas de bravura. Miembro de las sociedades secretas en España i fundador de lojias en América, se había avezado en estas asociaciones tenebrosas a las intrigas i manejos encubiertos. Dotado además de un talento fecundo en invenciones i amaños, sabía sacar provecho de los accidentes mas insignificantes para embaucar con ellos a sus adversarios i hacerles creer cuanto se le antojaba. Los

ardides de que se sirvió para engañar a Ossorio i a Marcó, tuvieron una influencia demasiado directa en el desenlace de los sucesos para que sea lícito pasarlos en silencio; pero como la relacion de todos ellos sería interminable, nos limitaremos solo a referir los principales.

Al poco tiempo despues de la emigracion, algunos chilenos, entre los cuales se encontraba don Pedro Aldunate, aburridos de permanecer en una tierra estraña, viviendo en la escasez i no teniendo en que trabajar, resolvieron restituirse a Chile i quedar ocultos en su propia patria hasta que se mejorase el estado de los negocios. Lo supo San Martín, e inmediatamente los hizo apresar i formar causa como a desertores. El tribunal encargado de juzgarlos dió muestras de una severidad excesiva, pues considerando sus preparativos de viaje como un crimen digno de la pena capital, los condenó a muerte. Esta sentencia pareció demasiado rigurosa a San Martín, i la conmutó en una confinación a la Punta de San Luis. No sabemos si se propendria con semejante conducta efectuar lo que despues hizo, o si entónces no tendria mas objeto que impedir con este castigo la vuelta a Chile de los emigrados. Sea lo que sea, el gobierno español tuvo noticias de lo sucedido e hizo publicar en la Gaceta un pequeño artículo sobre el particular, en el cual se encarecía la mísera suerte de los desterrados i el ansia que todos manifestaban por regresar a su pais natal a gozar de la lenidad con que se trataba a los patriotas arrepentidos.

San Martín conoció en el acto las ventajas que podia sacar de aquel incidente, para entablar con sus enemigos de un modo fácil i sencillo relaciones favorables a la causa de la independencía. Habiéndose espiado secretamente a este respecto con Picarte, Guzmán, Fuentes i algunos otros emigrados cuyo patriotismo le era conocido, les propuso que abandonasen las Provincias Argentinas i se dirijieran a Chile donde su presencia podia ser de la mayor utilidad. Indicóles que les servirían de salvo conducto las voces mismas que los godos habian cuidado de esparcir. Podrían alegar como pretexto para paliar su regreso la imperiosa necesidad en que se habian visto de escapar a esas tiranías i vejaciones del gobernador que tanto vociferaban en su periódico oficial, i el propósito que tal opresion les habia hecho formar de abjurar las ideas liberales. Era probable que los españoles darian crédito a sus palabras i los dejaran tranquilos en sus casas, tanto por creer ciertos los hechos a que aludirían, como por el deseo de promover la desercion en las filas de los insurjentes. Si a favor de este engaño lograban establecerse en el pais, propalarían la voz de que las Provincias Unidas no contaban absolutamente con recursos para expedicionar sobre Chile, fomentarian el descontento en todas las clases i procurarían remitirle a Mendoza las noticias que juzgaran de importancia.

Los individuos indicados no trepidaron un momento en admitir la peligrosa comision que les proponía San Martín, i despues de haberse concertado en la manera como cada uno representaría su papel, empe-

zaron a darle ejecucion, saliendo una noche ocultamente del territorio argentino con direccion a la provincia de Coquimbo. Apenas se rufió al siguiente dia esta partida, cuando San Martin para dar mas apariencias de verdad a su tramoya hizo perseguir a los supuestos fujitivos por diversos piquetes de caballeria que, escusado parece decirlo, no los alcanzaron, aunque para conseguirlo los correteasen hasta las fronteras enemigas.

Los españoles no se dejaron engañar por esta estrafajema, i mirando con razon a los tránsfugas como sospechosos, los apresaron i pusieron en estrecha incomunicacion. El astuto argentino habia previsto esta contingencia, como tambien su remedio. Luego que supo el encarcelamiento de sus mensajeros, llamo a Aldunate de San Luis, donde le tenia confinado, i le excitó a que escudado con la salvaguardia de su condenacion a muerte i de su destierro se volviera a Chile lo mismo que los anteriores; encargándole que cuando fuera interrogado acerca de ellos, los presentase como victimas de sus persecuciones. Aldunate aceptó con gusto una proposicion que le permitia tornar a su patria, como ántes lo habia deseado, i libertar a varios paisanos suyos de la prision en que jemian. Sin pérdida de tiempo hizo los preparativos indispensables para su viaje, i acto continuo se puso en marcha para su destino con las precauciones minuciosas que habria tomado un verdadero fujitivo. Llegado a Chile no fué recibido en un calabozo como sus predecesores. El castigo que ya ántes le habian inflijido los patriotas era conocido, como lo hemos dicho, en el pais, i alejaba de su persona toda idea de doblez i mala fé. Así cuando la autoridad le hizo comparecer a su presencia, para interrogarlo sobre las causas de su vuelta, espuso con ese aplomo de todo reo cuya absolucion está segura: que los procedimientos hostiles del gobernador de Cuyo eran los motivos públicos i notorios, que le habian determinado a fugar de la otra banda, como ya lo habian practicado ántes que él varios otros individuos, entre los cuales nombró a Picarte i sus demas compañeros, a quienes aseguró se les habia aplicado un tratamiento análogo al suyo por haber manifestado cierta simpatia en favor de la Metrópoli. El gobierno, que no tenia ninguna razon para dudar de la veracidad del deponente, i sí para creerle, se persuadió por esta declaracion que habia andado injusto en la aprension de los sujetos antedichos, i deseoso de reparar el error en que suponía haber incurrido, se apresuró a ponerlos en libertad, dejándolos por esta circunstancia espeditos para desempeñar su comision.

De esta manera pudo contar San Martin en el centro del pais enemigo con una falanxe de operarios fieles i laboriosos, que en adelante no tuvieron mas ocupacion, que atizar el descontento producido por las violencias de los realistas i comunicarle con la mayor exactitud los datos que creian conducentes al buen suceso de la expedicion. Los movimientos de las tropas reales, los bandos promulgados por el gobierno i sus electos, las escaramuzas de las guerrillas insurjentes i otra multitud de

asuntos interesantes por este estilo, se supieron en Mendoza por su conducto. Desde el establecimiento en Chile de estos emisarios, no hubo acontecimiento que arrojara alguna luz sobre la situacion política del reino, que no fuera noticiada a los patriotas con la mayor prontitud (1).

Mientras que el gobernador de Cuyo se enteraba, merced a la diligencia de sus corresponsales, de cuanto hacian sus enemigos, él trabajaba en Mendoza para que estos no tuvieran la misma certidumbre con respecto a sus operaciones, e ignoraran hasta los últimos momentos sus planes i recursos. Una intriga coronada por un éxito feliz le habia permitido acreditar al lado del gobierno chileno a los mismos agentes que iban encargados de espíarle. Otra intriga no ménos ingeniosa i dirigida con una maestría sorprendente, le proporcionó una comunicacion directa con Marcó i sus principales allegados, i le puso en aptitud de hacerle creer como verdades indubitables las mentiras garrafales que sobre sus proyectos le convenia autorizar.

Existian en el distrito de su mando un gran número de realistas que los revolucionarios chilenos habian relegado al otro lado de la cordillera durante la época de su auge, por ser de aquellos godos fanáticos, que se habrian llevado conspirando, si no se les hubiera alejado del centro de sus relaciones. El gobernador temiendo que en aquellas circunstancias, estos prisioneros le suscitasen algunas dificultades, sea embarazando sus providencias, sea delatándolas a sus adversarios, los hizo trasladar a la Punta de San Luis, distante ochenta leguas del paraje donde habia asentado su campamento.

Entre las personas trasladadas iba don Felipe del Castillo Albo, comerciante acaudalado i de representacion en Chile, de suma honradez i de una fidelidad intachable al monarca, motivos suficientes para que sus palabras gozasen de grande autoridad en su partido. Antes de su destierro a las Provincias Arjentinas habia manifestado de un modo franco i leal su apego por la España. Su casa habia servido de club a los partidarios del rei, su bolsillo habia proveido a los gastos exigidos por la política, su persona habia aparecido complicada en todos los movimientos reaccionarios. Don José Miguel Carrera lo habia confinado por estas causas a Mendoza, recomendándole al jefe de la provincia como un sarraceno incorrejible, que era necesario vijilar con el mayor cuidado. San Martín le habia tratado en consecuencia, i colocado su nombre el primero en la lista de los que por perjudiciales habia separado de Mendoza; mas despues reflexionando pensó que un hombre semejante tan acatado de sus correligionarios como detestado por los insurjentes, podia servirle de mucho en la situacion presente, valiéndose de su intervencion, sin que él mismo lo sospechase, para suministrar a Marcó noticias falsas sobre el estado de la espedicion, i sonsacarle, en retorno de las imposturas que se le remitieran, la confesion auténtica del plan de defensa que habia adoptado.

(1) Este hecho nos ha sido referido por el jeneral don José Santiago Aldunate.

Con este objeto le hizo volver de San Luis, i encargó a uno de sus oficiales que procurara granjearse su amistad, comision de fácil desempeño a causa del carácter franco i expansivo de Castillo Albo. Tomáronse en seguida por medios indirectos, tanto de él como de los chilenos emigrados, minuciosos informes acerca de sus negocios particulares, i cuando se adquirieron a este respecto los datos precisos, la persona que se había captado su confianza empezó a dirigirle frecuentes cartas bajo cualquier pretexto, para conseguir que contestase con otras, a las cuales se cortaban con prolijidad las firmas. Hecha esta operacion, el agente a quien San Martín había encomendado la direccion de esta intriga, escribía en nombre de Castillo Albo a su esposa i a sus deudos, a Marcó i a sus demas amigos políticos largas cartas en las que les hablaba a los primeros de los asuntos domésticos i de intereses tan peculiares suyos, que alejaban todo recelo de supercheria, i en las que relataba a los segundos los sucesos de Mendoza en la manera i forma que a San Martín convenia. Para desvanecer las sospechas que la diferencia de la letra habria hecho nacer sobre su autenticidad, se cuidó de hacer decir en la primera al honrado comerciante que por temor de que cayeran en manos de los satélites de San Martín, no las escribiría nunca de su puño, ni las firmaría con su nombre i apellido; pero que el conductor en prueba de veracidad entregaria junto con cada misiva un pedacito de papel con la firma correspondiente.

Marcó i los miembros de su camarilla se encantaron, cuando recibieron este anuncio. No se les pasó siquiera por las mientes que pudiera haber alguna traicion encubierta en la correspondencia mencionada. Castillo Albo estaba en Mendoza, luego Castillo Albo debía escribirles, tal fué el raciocinio que se hicieron. La Providencia le habia colocado sin duda en aquel sitio para desconcertar con sus oportunos avisos las tramoyas de los rebeldes. Nadie, a no ser una persona verdaderamente comprometida i espuesta a perder su cabeza al menor deslíz, habria imaginado ese ingenioso expediente para recatar su nombre. El temor de ser descubierto, que se revelaba a cada línea, era una prueba evidente de la veracidad del testigo. Por otra parte, las noticias eran halagüeñas, i eso bastaba para que se las tuviera por verdaderas. El hombre es formado así por la naturaleza: siempre cree los acontecimientos que favorecen sus pasiones, sus ideas, sus intereses; siempre duda de los sucesos que contrarian sus esperanzas. Alucinado por sus raciocinios i engañado por las apariencias, no es extraño que el presidente de Chile no vacilara en entablar una sostenida correspondencia con el gobernador de Cuyo, en la que el astuto argentino le hacia creer bajo el seudónimo que habia adoptado cuantas patrañas se le antojaba comunicarle, i en la que Marcó participándole en contestacion cuáles eran las intenciones del gabinete, se convirtió sin saberlo en el principal espia de los insurjentes.

La alegría de San Martín no conoció límites, cuando vió el éxito obtenido por su astucia. En lo sucesivo no tuvo que fatigarse en arbitrar

trazas para acreditar entre los españoles sus embustes. Había encontrado un medio soberano que le dispensaba de ese trabajo. Cuando necesitó hacerlo en adelante, salió de sus apuros con la mayor facilidad, enviando un correo al palacio mismo de Marcó a entregarle una carta de Castillo-Albo en que se afirmaba la falsedad que le convenia esparcir, ni una bólitá de papel que el mensajero llevaba oculta en el conducto del oído. Era esta última la contraseña convenida, que comparada con las otras firmas del negociante existentes en Chile, resultaba ser idéntica, i que el propio aseguraba llevar en aquel sitio para que no se supiera jamás quién era el autor de los papeles que consigo traía, aun en el caso de ser apresado por los insurjentes. Marcó recibia al conductor siempre del mismo modo, i por decirlo así, casi con los brazos abiertos. Aplaudia su destreza i discrecion, lo recompensaba con una buena propina i le despedia con la contestacion correspondiente. (1)

No acabaríamos nunca si tratáramos de contar una por una todas las argucias de que se valió San Martín para burlar la credulidad de sus torpes adversarios. Es inagotable el catálogo de anédoctas que existen sobre el particular. Con todo vamos a referir a mas de la anterior otra que prueba la rara capacidad de observacion con que el cielo lo habia dotado, i el arte infinito con que sabia aprovecharse para sus fines de las menores incidencias. Una noche que se encontraba trabajando en su gabinete, los guardias que custodiaban las gargantas de la cordillera, conduxeron a su presencia a un hombre que habian sorprendido tratando de introducirse furtivamente en la provincia. San Martín suspendió por algunos instantes la ocupacion que le embecia, i despues de haber examinado al prisionero con esa mirada penetrante que le era característica, le dijo con voz amenazante que era un espía del enemigo i que iba a entregarle al verdugo, si no le confesaba paladinamente la verdad. El pobre diablo turbado por aquellas amenazas i creyéndose realmente descubierto, declaró ser efectivamente un mensajero de Marcó, i a trueque de salvar su vida, puso en manos de su interrogante algunas cartas que traía escondidas entre los forros de su montura, para varios realistas residentes en Mendoza. Apénas hubo leído San Martín los sobres, cuando conoció las ventajas inmensas que podia sacar de la posesion de aquellas piezas para engañar al enemigo, i sin pérdida de momento pensó en ejecutar el plan que para ello improvisó. Obligó al mismo portador, sobre cuyas huellas puso a los corchetes de la policia a fin de que no se le escapara, a que llevara las cartas a su destino i le trajera al siguiente dia las contestaciones, habiéndole amenazado ántes con la muerte si revelaba a quien quiera que fuese el secreto de su conferencia anterior. Luego que las respuestas estuvieron en su poder, hizo comparecer ante si a las personas que las habian firmado, i cuando se hallaron en su presencia

(1) Todos estos pormenores están autorizados por el testimonio de don José Antonio Alvarez Condarco, a quien San Martín habia puesto en el secreto de la intriga i de cuya boca los hemos escuchado.

les manifestó que teniendo en sus manos aquellos documentos, testimo-  
nio irrecusable de sus intelijencias con el enemigo, podía hacerlos fusilar  
inmediatamente sin tomarse siquiera el trabajo de formarles su pro-  
ceso, i que estaba resuelto a practicarlos así, a ménos que consintieran  
en escribirle otras cartas enteramente diversas de las que ántes habian  
redactado. El tono firme con que fueron pronunciadas estas palabras,  
hizo ver a los interesados que estaba determinado a obrar como decia.  
Su deliberacion por consiguiente no fué larga, ni su resolucion dudosa.  
No encontrándose con fuerzas para sufrir el martirio, escribieron i fir-  
maron cuanto se les dictó, i San Martin se encargó de remitir a Chile  
sus cartas contestes entre sí i redactadas en el mismo sentido que las de  
Castillo Albo con un mensajero de su confianza, pues en cuanto al pri-  
mero, le dejó bien asegurado en Mendoza.

A fin de mantenerse al corriente de cuanto pasaba por acá, San Mar-  
tin no se limitó a usar de los medios ingeniosos que dejamos referidos.  
Habia organizado además una numerosa falanje de espías, que tenia es-  
parecidos en todo el territorio. Se esmeraba particularmente en que es-  
tos agentes no se conocieran unos a otros, porque de esta manera estaba  
seguro de que no se complotarian para engañarle, i los ponía así mismo  
en la imposibilidad de delatarse unos a otros, caso de que alguno le  
traicionase o fuese descubierto. Pagaba sus servicios con jenerosidad,  
a diferencia de Marcó que se mostraba tacaño con los suyos, por lo cual  
aconteció algunas veces que San Martin, que los recompensaba mucho  
mejor, se los sobornase por lo bajo i se sirviese de sus propios emisarios  
para espiarle o embaucarle. No es preciso creer por esto que el gover-  
nador de Cuyo emplease solo en estas comisiones a viles mercenarios, de  
esos que por oro sirven todas las causas; frecuentemente se valia de indi-  
viduos de corazon, adictos a la independenciam por conviccion, que con  
noble desinterés esponian su vida, sin mas estímulo que el deseo de coo-  
perar a la libertad de su patria. No faltaron hombres del pueblo, que  
con una abnegacion sin limites admitieron tan peligrosos encargos, arros-  
trando la rabia i la venganza de los realistas bajo un gobierno inquisi-  
torial i receloso, que rodeado de delatores se imaginaba crímenes en las  
acciones mas insignificantes. Una de las catástrofes mas horribles que  
ensangrientan la historia de esa época, demostró cuán grandes son esos  
sacrificios ignorados que despues de una derrota pierden a los que los  
ejecutan, i que despues de la victoria talvez se olvidan.

Vivia en San Felipe una familia que llevaba el apellido de Traslaviña.  
Su decision por la independenciam la habia hecho pasar de una decente  
mediania a la pobreza. Las contribuciones forzosas, las proratas, las con-  
fiscaciones habian consumido su fortuna. Aunque la revolucion habia  
sido el orijen del menoscabo de sus bienes i de la escasez que soportaba,  
no habia renegado sus principios ni arrepentidose de sus sacrificios. Si  
se hubiera hallado en el caso de volver a principiar, habria seguido la  
misma conducta sin vacilar, a sabiendas de las penalidades que se le

aguardaban. Con la desgracia su patriotismo se habia fortificado i sus convicciones se habian arraigado. La triste situacion de Chile le acongojaba tanto como la suya propia. Esta familia era numerosa. Tenia por padre un anciano ciego e inválido para el trabajo. Componiase sin contar las mujeres de seis varones. Todos habian sido soldados, menos el menor a quien su poca edad no le habia permitido cargar el fusil como los otros; habian lidiado bajo las banderas patriotas desde el comienzo de la guerra, i en su hoja de servicios estaban consignadas todas las acciones desde Yerbas Buenas hasta Rancagua. Despues del sometimiento del país, probablemente la humildad de su posicion les permitió quedar en la sombra i vivir tranquilos ocupados de sus negocios. La subsistencia de toda la familia pesaba sobre los cuatro hermanos mayores, que hacian cuanto de ellos dependia por llenar cumplidamente sus deberes. Si hubieran dejado de trabajar un dia, el pan habria faltado en la casa. Entramos en estos pormenores domésticos, porque solo con su conocimiento podrá estimarse cual se debe la abnegacion i el civismo que animarian a estos jóvenes, cuando se prestaron a desempeñar un encargo en que jugaban su vida, i con ella el bienestar de personas tan queridas. En cualquiera es gran mérito esponer la existencia por el triunfo de una grande idea; pero es doble mérito esponer como los Traslaviñas la comodidad de un padre viejo i venerado, que no se encuentra ya en situacion de pasarse sin el auxilio de sus hijos.

El primojénito se llamaba Juan José, i estaba casado con una hija de aquel coronel don José Maria Pórtus que hemos visto en la batalla de Rancagua, mandando las milicias de Aconcagua. Pórtus emigró a Mendoza, como todos los que escaparon de aquella fatal jornada. San Martín que queria a toda costa organizar su espionaje en la provincia de Aconcagua, pordonde tenia meditado que se descolgara el ejército, i ponerse en relacion con los patriotas que por allí hubiera, sabiendo que era natural de aquella tierra, le llamó un dia, le comunicó sus deseos, le hizo ver la utilidad que se reportaria de realizarlos, i le preguntó como conocedor de sus paisanos cuáles serian entre ellos patriotas bastante decididos para prestarse al desempeño de una comision tan ardua i peligrosa, como era la de remitirle un estado exacto de las fuerzas realistas acantonadas en la comarca i los demas datos que estimare convenientes. El coronel le designó como aparentes para su propósito a don José Antonio Salinas, vecino de Putaendo, i a don Pedro Regalado Hernández de Quillota, i aun que comprendia mui bien todo el riesgo que correrian los que admitiesen el mencionado encargo, le nombró primero que a los otros dos a su propio yerno, el cual como queda dicho residia en San Felipe.

Creyendo el gobernador en virtud de los informes de Pórtus que los individuos indicados aceptarían sin oponer reparo de ninguna especie, despachó a don Manuel Navarro, orijinario de la misma provincia, para que se pusiera de acuerdo con ellos i les comunicara sus instruccio-

nes, que se guardó de darle por escrito. Solo llevaba a manera de credencial la siguiente carta que aunque enigmática, bastaba que fuese autorizada por tal firma para que su sentido fuera fácil de descifrar.— «Señor don Juan José Traslaviña i don José Antonio Salinas.—*Santiago* i Octubre 17 de 1816. Mis paisanos i señores: los informes que he adquirido de sus sentimientos i honradez me han decidido a tomar-me la confianza de escribirles. El amigo Navarro dador de esta entera-rá a V.V. de mis deseos en la *viña del Señor*. Yo espero, i V.V. no lo duden, que recogeremos el fruto; pero para esto se hace necesario el tener buenos peones para la vendimia.—No reparen V.V. en gastos para tal cosecha; todos serán abonados por mí, bien por libranza, o a nues-tra vista, que precisamente será este verano.—Con este motivo ase-gura a V.V. su amistad i afecto sincero su apasionado paisano Q. S. M. B.—José de San Martín.» (1)

Habiendo recibido esta carta, que por un equivoco singular San Martín databa en Santiago, Salinas i Traslaviña buscaron como darle una pronta ejecucion. No entibió su ardor la consideracion de los peligros a que se esponian, i no se piense que pudo lisonjearlos mucho la esperanza de la impunidad. Desde los primeros pasos debieron conocer que era difícil sustraerse al ojo vijilante de la policia; Navarro a pesar de sus precauciones habia excitado sospechas, i se habia visto precisado a regresar a Mendoza, para no caer en manos de la justicia, que habia traslucido su llegada. Este incidente i las diligencias que comenzó a practicar la autoridad, habrian arredrado a patriotas ménos desprendidos; pero no desalentaron a estos hombres del pueblo, que se sacri-

(1) Junto con la carta de San Martín conducia Navarro otra de Pórtus, que como la anterior cayó en manos de los realistas, i cuyo tenor es el siguiente:

«Mendoza 15 de Octubre de 1816.

Señor don José Antonio Salinas.

Mi mejor amigo: el silencio que V. i demas paisanos habrán advertido en mí en el discurso de dos años, no ha sido efecto de un letargo, ni ménos de cansancio en trabajar a fin de salvar nuestro país, libertando a sus habitantes de la tiranía de esos malvados, sino que siempre esperando el tiempo mas oportuno, no he querido aventurar mis letras, ni esponerlos a mayores sacrificios hasta hoi que hallándonos en esta ciudad con una superior fuerza mandada por un jeneral en quien concurren todas las virtudes que pueden desearse, i tratando de avanzar sobre esos déspotas, me ha llamado para preguntarme de qué sujetos podremos echar mano en la parte del norte, que sean de un decidido patriotismo, para entablar una correspondencia i poder tener puntuales avisos de lo que necesita saber, le he contestado que uno de los hombres en quienes podemos fiar esta gran obra lo es V., i así hemos determinado enviar a don Manuel Navarro para que hablando verbalmente con V. i mi sobrino Juan José Traslaviña, les imponga de todo i del método que debe observarse; a este le darán todo crédito, i por lo tanto omitimos puntualizar por menor todo lo que podemos advertirles.—Ya parece amigo que el Dios de los ejércitos quiere suspender el brazo de su justicia, con que ha castigado nuestros delitos el tiempo pasado: así es necesario ponga cada uno de su parte cuanto esté a sus alcances para ayudarnos a esta empresa, que segun las disposiciones, me parece no escapan esos piratas, i en breve tendremos la gloria de vernos libres de la opresion en que nos han puesto: yo no le encargo otras cosa que la reserva en todo i que solo se comuniquen los dos autores de este encargo, porque de lo contrario nada avanzaremos i podemos padecer un presajio, que yo les avisaré cuando convenga noticiar a los demas amigos que se interesan en la causa para que esten prontos.—Dios guarde a V. muchos años hasta que tenga el gusto de verle este su apasionado que de corazon le estima.—José María Pórtus.»

ficaron casi a ciencia cierta por comunicar las noticias que se les pedían para redimir la patria de la esclavitud.

Para principiar, Salinas se encaminó a Quillota, donde en compañía de Regalado Hernández i de otros dos nuevos asociados llamados Ramon Arestigui i Ventura Lagúnas, jóvenes de diez i siete años, arbitraron los medios de satisfacer los deseos de San Martín. Guarnecia por entonces aquel pueblo el cuerpo denominado Húzares de la Concordia, i como uno de los datos que con mas instancia les pedia el jeneral, era un estado de las fuerzas realistas, lo primero en que pensaron fué en procurarse una noticia cabal de aquella tropa. El joven Lagúnas habia trabado conocimiento con un tal La-Rosa, sarjento del rejimiento, i ofreció conseguir lo que querian por la intervencion de este sujeto. No presentándose otro arbitrio para obtener una razon puntual cual se necesitaba, convinieron por desgracia en que se tocara este resorte. El sarjento sin hacerse de rogar prestó oídos a la peticion de su amigo, i respondió satisfactoriamente a todas sus cuestiones. El buen éxito de esta primera tentativa no hizo sino fortificar en su empeño a los patriotas, i sin demora Salinas i Lagúnas pasaron a Valparaiso para injeniar la manera de alcanzar en aquel punto su objeto con tanta felicidad como en Quillota.

Mientras andaban en este viaje, La-Rosa cometió una grave falta contra la disciplina, que le hizo acreedor a la pena de muerte. Cuando estaba ya en capilla para ser ejecutado, sin duda con la esperanza de salvarse, reveló las relaciones que habian mediado entre él i Lagúnas, qué preguntas le habia hecho el joven i con qué fin habia entendido que se las dirijia. No hai para qué advertir la importancia que concedieron naturalmente los godos a semejante relacion. En el acto procedieron a las más activas pesquisas, i se pusieron a indagar con toda urjencia el paradero del denunciado. Este regresó a los dos días ignorante de cuánto habia sucedido durante su ausencia, de modo que tanto él como su compañero Salinas vinieron como a entregarse en manos de los que le perseguian. Desde luego negaron a pié firme las acusaciones del sarjento. Era aquel un testigo singular, que se hallaba colocado en una posición excepcional; seguramente habia querido escudarse con una calumnia contra el castigo que iba a inflijirsele. Como se ve la defensa era brillante, i nada se les habria probado, sino hubiera venido a confirmar el testimonio de La-Rosa una criada de Salinas, que habia escuchado a su amo participar a unos amigos la especie de trajines a que se habia entregado. Entonces perdieron la presencia de ánimo que los habia sostenido, i lo confesaron todo de plano. En consecuencia fueron aprendidos don Pedro Regalado Hernández i don Juan José Traslaviña; afortunadamente Arestigui i los hermanos del último se escaparon como por un milagro.

Los cuatro reos fueron conducidos a Santiago con una fuerte escolta. La sustanciacion i resolucion de su causa duraron poco. Estaban convictos, se les habia sorprendido la correspondencia con San Martín; no se habria necesitado tanto, ni con mucho, en la época de Marcó para

considerarse inútiles las funciones del juez, i del abogado; bajo tal gobierno solo el verdugo tenia que intervenir en el asunto. Unicamente se les concedieron treinta horas para recibir los auxilios de la iglesia, i mientras tanto como el ejecutor que habia, no estuviese bastante diestro en el suplicio de horca, a que se les habia condenado, tuvieron que ejercitándose en el patio de la cárcel en ahorcar carneros para que se desempeñara bien en su terrible ministerio.

Cuatro horcas que amanecieron el 5 de Diciembre en la plaza, anunciaron que iba a ejecutarse la sentencia. Un inmenso jentío habia acudido a presenciar el espectáculo. Las circunstancias de los condenados, el encono jeneral contra los godos, todo les granjeaba las simpatías de la multitud. Cuando a las once de la mañana salieron de la prision para marchar al cadalso, ninguna señal de aversion, ningún grito de escarnio se levantó contra ellos. El pueblo los contempló trémulo, azorado, sombrío. Probablemente la mayoría de los circunstantes los miraba como mártires, i se sentia en su conciencia reo del mismo crimen, si crimen era aquel. Traslaviña, Hernández i Salinas fueron sucesivamente ajusticiados; su corta edad habia salvado al jóven Lagúnas de la muerte, pero no de una agonía mas espantosa que la misma muerte. Por un refinamiento de crueldad se le hizo acompañar a sus amigos hasta el suplicio, i se le obligó a permanecer al pié de la horca al tiempo de la ejecucion de cada uno. Los tres cadáveres fueron dejados suspendidos de las cuerdas.

Los espectadores se retiraron conmovidos. Mas por lo comun aquel escarmiento no despertó sentimientos de sumision, sino de rabia. En vano un predicador desde una cátedra levantada en la misma plaza, los excitó a la fidelidad, les aconsejó el respeto al rei; aquella escena sangrienta produjo sobre los auditores mayor efecto que sus palabras, i casi todos hicieron en lo íntimo de su corazon votos, porque el triunfo de los independientes vengara a las victimas. (1)

Este suceso siniestro causó una impresion notable de terror sobre el vecindario de la capital, que no estaba habituado a semejantes espectáculos. En los dias subsiguientes circularon por entre el pueblo muchos de esos rumores aterradores, que siempre son el indicio de una imaginacion sobresaltada. Comenzóse a decir por lo bajo que Marcó estaba dispuesto a incendiar la ciudad, si era atacado por el ejército trasandino; que se fabricaban puñales para un degüello jeneral; que en el cuartel de San Pablo se estaban construyendo horcas que iban a colocarse en la anchurosa calle de la cañada, i otras patrañas por ese estilo. Mas si la multitud se manifestaba asustadiza, no así los patriotas activos, a quienes como que alentaba ese mismo exceso de rigor desplegado por los godos. La noche del dia en que Traslaviña i sus compañeros eran

(1) Todos los datos anteriores nos han sido suministrados por don Gabriel Traslaviña, hermano menor del ajusticiado, por el comandante de los Húzares de la Concochia i por algunos otros contemporáneos.

ejecutados, un jóven ponía con toda calma en el buzón del correo un paquete de cartas que le había confiado con este objeto don Manuel Rodríguez i cuyos sobres iban dirigidos a los principales oficiales americanos, que servían bajo las banderas de la España. El jóven se llamaba don José Santiago Aldunate, i las cartas habían sido escritas i firmadas en Mendoza por O'Higgins i otros emigrados, i eran una especie de proclama en que se les recordaba a aquellos militares su orijen i los agravios comunes que a los criollos sin excepcion les había inferido la Metrópoli.

Mientras pasaban en Chile todos los acontecimientos referidos, San Martín hacía sus últimos aprestos, i pensaba en emprender la marcha. Sus tropas estaban ya listas, bien disciplinadas i bien pertrechadas. Pero le quedaba al jeneral que superar una grave dificultad, quizás la mayor de todas. ¿Por dónde conducía su ejército? ¿Cómo atravesaba los Andes, esa estupenda valla natural que Dios había colocado entre los dos países? Si los españoles obraban con destreza, temía que un solo hombre no le bajase con vida a la llanura. Con una simple trinchera defendida por una pequeña division podían cerrarle el pasaje, i una vez detenidos sus soldados, acosados por el hambre i batidos por la tempestad, iban a encontrar su tumba bajo la nieve. Toda su esperanza se cifraba en ocultarles su itinerario, i obrar de tal modo, que no supieran el camino de sus lecciones, sino cuando estuvieran a este lado prontas a medirse en un campo de batalla. Mas dejando aparte todas las contingencias de este proyecto i suponiendo que consiguiera realizarlo, todavía no estaban evitados todos los obstáculos. Antes de tratar de ponerlo en ejecución, tenía que decidirse él mismo por uno de los caminos, para apartar de aquel punto la atención del enemigo i dirigirla hacia otro. ¿Cuál sería ese? ¿Cómo examinarlos, cuando deseaba que ni aun sus mas íntimos descubrieran que los estaba haciendo explorar, para mayor seguridad de que no se revelaría el motivo de su ansiedad?

San Martín era el prudente entre los prudentes. Todo el que tiene el arte de engañar a los demás, no puede ménos de ser en extremo receloso. Creía que el buen éxito de la expedición dependía del secreto. Era tal su convencimiento a este respecto, que según sus propias expresiones, no habría querido confiar ni a su almohada sus planes, sus dudas, sus esperanzas, sus temores. Si hubiera sido posible, todo lo habría hecho por sí mismo, pero no lo era. ¿Qué hacer entónces? Tenía entresus ayudantes uno que gozaba de toda su confianza. Llamábase don José Antonio Alvarez Condarco. Era ingeniero i mui apto por sus cualidades para una comision delicada como aquella. En este se fijó el jeneral para que explorara uno por uno todos los senderos que cruzan las cordilleras. La primera condicion que le impuso fué que ocultase a quien quiera que fuese los trabajos a que iba a dedicarse; que obrara de modo que nadie sospechara el término de sus correrías; que procurara persuadir a todo el mundo que era mui diversa la clase de sus ocupacio-

nes. Le hizo ver que del sijilo dependia la salvacion comun, que una palabra indiscreta podia perderlo todo.

Alvarez Condarco comprendió perfectamente la necesidad que habia de no escusar precaucion alguna, i se esforzó por corresponder a la distincion que habia merecido de su jefe. Mas esa estricta circunspeccion a que se le sujetaba, embarazaba el cumplimiento de su encargo, ponia infinitas trabas a sus operaciones. A cada viaje que emprendia, se veia precisado a poner en tormento su imaginacion para inventar pretestos que los esplicasen. Cuando se dirigia al norte, decia que iba al sud i vice-versa. Tomaba los mas minuciosos cuidados para que no se columbraran la importancia de sus trabajos i el interes que les prestaba San Martin. Al fin de cada una de sus esploraciones, venia tarde de la noche, i por decirlo asi, de incógnito a darle cuenta de sus resultados. Lo peor era que tantos desvelos salian infructuosos. Aquellas investigaciones practicadas por persona competente hacian resaltar los obstáculos sin ofrecer el remedio. Alvarez por mas que examinase con atencion escrupulosa todas aquellas veredas, no hallaba sino sendas buenas para animales, al borde de profundos abismos, cortadas por torrentes i despeñaderos, incapaces de servir para el tránsito de un ejército. Podian pasar por ellas contrabandistas o arrieros, mas no cañones ni bagajes.

A cada visita de su ajente, subia de punto la zozobra de San Martin. Solo quedaban por reconocer los caminos que desembocan en el valle de Aconcagua. El jeneral deseaba con ansia que se les inspeccionara; porque solo aguardaba tener noticias precisas acerca de su naturaleza, para tomar su última resolucion i fijar definitivamente su partido. Pero su exámen parecia casi imposible; pues estaban severamente guardados por los españoles, que fusilaban como espías o como tráfugas a los pasajeros de ambos lados. ¿Quién se atreveria a emprender un viaje a cuyo término se encontraba la muerte? San Martin exijió de Alvarez que los recorriera, i para proporcionarle un pasaje por entre los centinelas i alguna probabilidad de que Marcó no le ahorcaria i le dejaria volver a comunicarle sus observaciones, recurrió al arsenal de sus amaños, i dispuso uno que aunque no exento de todo reproche, era el único que se presentaba en un caso tan arduo. Ocurriósele disfrazar a su injeniero de parlamentario, i darle por pasaporte un oficio en que notificaba al presidente de Chile la declaracion de la independenciam argentina, que meses ántes habia proclamado el congreso del Tucuman. Como se concebirá, era este un salvoconducto, que podia mui bien trocarse en una sentencia de muerte. A San Martin ménos que a nadie, se le ocultaba el riesgo que iba a correr su mensajero, i temiendo que este se desalentara con una garantia tan precaria, junto con descubrirle su arbitrio, le pidió que marchara sin temor, porque si los godos tocaban uno solo de sus cabellos, él haria ahorcar sin remision a todos aquellos de sus panaguados que tenia bajo su mano como rehenes.

Ni el documento que se le daba por salvaguardia, ni la promesa con

que se le reforzaba, libertaban a Alvarez de todo cuidado por su existencia. Comprendia demasiado que el portador de una nueva que por lo rancia debia hacerle sospechoso i que por su contenido era en alto grado desagradable para un mandon español, aun cuando fuera premunido de mejores seguridades que las que a él le escudaban, se safaria siempre del lance con trabajo. Sin embargo no se escusó del encargo, a condicion de que se le dejara un dia para prepararse. El jeneral queria que partiese sin tardanza; pero al fin tuvo que acceder a sus deseos. Alvarez estaba en el secreto de la intriga que se estaba jugando con el nombre de Castillo Albo, i era ademas amigo de este caballero. La dilacion que con tanto empeño solicitaba, no tenia otro objeto que pedir al honrado comerciante una carta de recomendacion, en la cual, caso de obtenerla, confiaba mas para escapar con vida de aquel paso, que en el oficio i terribles represalias de San Martin. En efecto al siguiente dia, a pretesto de despedirse fué en persona a comunicarle su viaje, i con toda naturalidad se le ofreció para que le escribiera a su esposa por su medio. Castillo Albo ignorando que se le mantenía en correspondencia con su mujer, se resistió desde luego, temiendo que San Martin lo llevase a mal. Pero fué tanto lo que le instó Alvarez, tanto lo que le aseguró que el gobernador no se disgustaria, que al cabo se decidió a hacerlo. Su carta, en la que por supuesto recomendaba mucho al portador, era sencilla i se referia a hechos muy anteriores, como escrita por un hombre que no estaba en relacion con su familia desde tiempo atras. Mas todo eso léjos de perjudicar, favorecia; porque en Santiago debia interpretarse aquella sencillez como calculada para engañar al conductor, que no podia suponerse en el secreto de la clandestina correspondencia.

Premunido de un papel insignificante por su contenido, pero que para él importaba acaso la vida por la recomendacion que hacia de su persona, Alvarez se puso en marcha por la via de Huspallata, i llegó a la primera guardia española, cuando se acercaba la noche. El jefe de la partida respetó su carácter de emisario; pero pretendió hacerle continuar la ruta incontinenti, lo que desconcertaba todo su plan, porque en medio de la oscuridad le era imposible observar el camino. No tuvo mas recurso que finjirse enfermo i suplicar que mientras se mejoraba, se enviase a pedir órdenes al jefe realista que mas cercano se encontrase. Así consiguió permanecer allí hasta el siguiente dia, en que al amanecer el oficial *La-Fuente*, hoy mariscal del Perú, le vino a encontrar para conducirlo a Santiago. Al acercarse a la ciudad fue recibido por un destacamento de soldados, tan lujosamente equipados como oficiales, cuyos uniformes estaban cubiertos de bordados i cuyas cornetas eran de plata, ostentacion pueril de lujo con que se pensó deslumbrarle sobre el estado del ejército. Le vendaron los ojos con misterio, i le llevaron a la presencia del capitan jeneral. Marcóse habia figurado que se le enviaba un mensajero con miras pacificas; mas cuando vió que lo que traia no era sino el acta de la independencia de las Provincias Arjentinas, a

vista de una rebelion tan declarada, de una provocacion tan audaz se enfureció hasta el frenesi i amenazó al conductor del pliego con tomar providencias capaces de escarmentar su insolencia. En tal estremidad recurrió Álvarez al talisman de que se habia provisto; tenia en la mano la carta de Castillo Albo, i aprovechándose de uno de los momentos en que se calmaba el furor de Marcó, se la presentó tímidamente. Luego que el presidente leyó la firma i los elojios con que se recomendaba al parlamentario, cambió de tono, i alegando como causa de su mutacion las inmunidades con que el derecho de jentes consagra la persona de los enviados, despues de manifestarle que nada tenia que temer, dispuso que fuese hospedado en casa del coronel i comandante de dragones don Antonio Morgado, miéntras consultaba sobre el particular al consejo de guerra.

Durante su corta permanencia en Chile, Álvarez adquirió la certidumbre de que existia un gran descontento en el ejército realista i aun de que se estaba tramando una especie de conspiracion entre los jefes principales, lo que le hizo augurar mui favorablemente de la espedicion patriota. Siendo ayudante de San Martin habia hablado con él de las sociedades masónicas, en las que, segun dicen, se habia iniciado el mismo jeneral en Madrid, i por consiguiente conocia la clave de los signos emblemáticos con que se comunicaban los hermanos entre si. Una de estas señales hecha de intento o por casualidad, le granjeó la intimidad de Morgado, que tomándole por uno de sus correlijionarios, le reveló la existencia de una vasta asociacion política que nacida en España, contaba en toda la América con una multitud de adeptos. Se hallaban afiliados en ella muchos oficiales i realistas distinguidos, que se proponian por término de sus trabajos secretos el restablecimiento de la abolida constitucion de Cadiz. En Chile eran miembros de esta lojia, los militares de mas reputacion, como Morgado, Marqueli, Cacho i otros que aborreciendo la estúpida tiranía de Marcó, nada deseaban mas que verse libres de un superior tan despreciable. Morgado no se limitó a comunicar a Álvarez el plan de la sociedad, sino que tambien le puso en relaciones con los socios. Conociendo este las ventajas que podia sacar de esta conspiracion interior, entró en proposiciones con estos constitucionales solapados. Los exhortó a que se sublevaran contra el capitan jeneral, i se declarasen independientes de la España, miéntras no la rijese una constitucion, prometiéndoles que el ejército de Mendoza los secundaria para que el levantamiento surtiese buen efecto. Mas como los oficiales realistas por los finjidos avisos que les habian trasmitido a nombre de Castillo Albo suponian mui diminutas las fuerzas de San Martin, i como por otra parte no les inspiraban suficiente confianza las promesas del arjentino, que no les daba ninguna garantía de su palabra, trepidaban en admitir, i proponian a su vez que los insurjentes principiasen por pasarse, que influirian para que se les conservasen sus grados i que despues realizarian juntos el proyecto. De proposicion en

proposicion, quién sabe adónde habrian ido a parar en sus maquinaciones contra un gobierno que convenian en derribar los mismos encargados de sostenerle, cuando Marcó cortó de repente las conferencias. Habia concebido violentas sospechas de un enviado sin objeto, que solo habia venido a notificarle un suceso conocido con anticipacion por la correspondencia pública del Janeiro. De buena gana le habria ahorcado o fusilado; pero el consejo de guerra que para tratar de la materia convocó, compuesto de esos mismos oficiales con quienes Alvarez habia entrado en tratos, le negó el derecho de hacerlo, de manera que tuvo que contentarse con espulsarle a toda prisa del territorio. En cuanto al acta de la declaracion de la independencia argentina, por dictámen del auditor de guerra don Prudencio Lazcano, hizo que el verdugo la quemase en la plaza pública, como un libelo infame, «atentatorio a los principios que la naturaleza, la religion i el rei prescriben.» (1)

El objeto del viaje de Alvarez se habia completamente llenado. A su vuelta San Martin poseyó todos los datos que necesitaba acerca de la topografia de los lugares. Como era esta la única cosa que le faltaba para fijar las combinaciones de la campaña, bien pronto todo el plan estuvo arreglado, si no en el papel, al ménos en su pensamiento. Todas las eventualidades fueron calculadas, todas las evoluciones determinadas, las funciones de cada jefe i de cada batallon bien designadas. Todo en una palabra fué previsto en cuanto puede hacerlo una intelijencia humana.

Mientras tanto nada contrastaba mas con la habilidad i la prudencia de San Martin, que la imprevision i la torpeza de Marcó i su círculo. Las hostilidades iban a abrirse, i no habian adoptado todavia ningun partido. Variaban de determinaciones cada dia, daban órdenes i contraórdenes i por todos sus pasos se traslucia mui a las claras que no tenian sistema ni cosa parecida. Habia providencias que las circunstancias habrian indicado a los individuos que hubieran tenido ménos tintura de milicia o de táctica, i que ni siquiera se les ocurrían a aquellos menguados. Por ejemplo, la ocupacion militar de los principales caminos de la cordillera les habria exigido poca jente, i habria sido funestisima para los independientes. Un cuerpo colocado en un desfiladero i correspondientemente atrincherado, una bateria situada en alguna de esas alturas inaccesibles, habrian sido un atajo que con dificultad habrian superado los invasores. Pero por fortuna en nada de eso pensaron.

Ya que no estimaban conveniente hacer alguna tentativa de resistencia en el corazon de los Andes, podian haber concentrado sus tropas para caer con todas sus fuerzas sobre los patriotas agobiados por la atiga i las penalidades de la marcha. Pero en vez de obrar como ha-

(5) Todos los pormenores de la relacion que acaba de leerse nos han sido suministrados por el mismo don José Antonio Alvarez Condareo.

bria obrado un teniente, el consejo de guerra de Marcó creyó posible defender con un ejército de unos cuantos miles lo que apenas habria podido con un millon de soldados, i en consecuencia resolvió guardar diseminando sus tropas todas las avenidas de los Andes en una estension de mas de cuatrocientas leguas. Con tan estúpido plan el ejército se fraccionó, i el gobierno del rei perdió las ventajas que habria podido sacar de la unidad de dirección i de la concentracion de los recursos.

Dos motivos impulsaron particularmente a los godos a cometer este desacierto; los ardides de San Martín i la actitud del pueblo. Uno de los objetos que a toda costa se propuso conseguir el jeneral argentino, fué engañar, o cuando ménos hacer titubear a los enemigos acerca del punto pordonde se descolgaria a Chile. No hubo resorte que no tocara, precaucion que no tomara para alcanzarlo. Por impedir que los realistas maliciaran siquiera el rumbo que meditaba seguir, duplicó su reserva, i no descubrió su itinerario ni aun a sus principales oficiales. Al contrario hizo circular entre los suyos, i sobre todo en Chile por los medios de que ya hemos hablado, noticias mentirosas con respecto a su plan de campaña. Cuando estuvo bien resuelto a venir por Aconcagua, todo su empeño se dirigió a persuadir que invadiria por el sud. Finjió adoptar misteriosamente medidas que no podian tener otro fin. Conociendo el carácter falso de los indios, trató de aprovecharse de su duplicidad i de hacer que le ayudasen a embaucar a los palaciegos de Marcó. Los pehuenches forman una horda que habita la rejion comprendida entre los Andes i la provincia de Cuyo, de la cual la separa por el norte el río Diamante. Por entre ellos debia abrirse paso el ejército patriota, si intentaba marchar por el camino del Planchon que desemboca a los valles de Talca. Como si tal fuera su resolucion, San Martín convocó a aquellos indijenas a un parlamento, de que se acordaron durante muchos años por la magnificencia de los agasajos con que los festejó, i solicitó su permiso para que las tropas atravesaran su territorio. Los indios accedieron con apresuramiento a la petición de tan jeneroso amigo; pero al mismo tiempo arrastrados por sus malos instintos comunicaron puntualmente al gobierno de Chile cuanto habia sucedido. No era otra cosa lo que habia querido San Martín. Todavía una vez su finura habitual le habia hecho ver justo.

Para que la relacion de los pehuenches surtiera mejor efecto, habia cuidado de hacer que los correspondales de Mendoza noticiaran a sus correligionarios de por acá que un ingeniero frances habia sido comisionado para explorar el río Diamante, i para que construyera sobre él un puente. Los godos estuvieron muy dispuestos a prestar crédito a un aviso que recibian por dos orijenes diversos. Con aquel descubrimiento alborotóse la camarilla de Marcó. Hablóse mucho en palacio de la presunta alianza de los indijenas con los rebeldes. ¿Proyectaria el caudillo insurgente asociarse tambien con los araucanos? Esa idea desazonó en extremo a los cortesanos. El recuerdo de la intrepidez con que ese pue-

blo bárbaro había rechazado durante siglos la conquista, había quedado vivo en la memoria de los españoles. Por eso les parecía perjudicialísimo que se unieran a los invasores. Meditóse mucho sobre la manera de impedir que los indígenas faltando a la fidelidad reforzaran a los republicanos. Al fin de muchas cavilaciones, para eludir este eminente peligro, resolvióse enviar a la Araucanía al religioso fr. Melchor Martínez con el objeto de que les impidiera quebrantar su juramento.

Era este padre muy idóneo para semejante comisión. A más de ser un hombre sagaz y bastante entendido, había vivido cuarenta años entre los indígenas, hablaba su idioma, poseía su amor, conocía sus costumbres y tenía nociones geográficas de la comarca. Así fue que se desempeñó perfectamente, e hizo más de lo que se le había exigido. Tan luego como principió sus averiguaciones descubrió que nunca había venido tal ingeniero francés al río Diamante. Este dato le llevó a recelar lo que había en realidad. Despachó a la otra banda buenos espías, y con sus noticias se afirmó en sus sospechas de que la intención de San Martín no era acometer por allí. Comunicóle al presidente el resultado de sus investigaciones, y le propuso que más bien que aguardar a los patriotas, fuese a desbaratarlos al mismo Mendoza.

La opinión tan terminante que manifestaba Martínez, de que el sud no sería atacado, no produjo igual convencimiento en el consejo de Marco, porque si el puente no había sido construido sobre el Diamante, el parlamento había sido celebrado con los pehuenches. La exploración no hizo, pues, sino sumergir a los cortesanos más y más en la duda, en la ansiedad. Tenían fuertes presunciones para creer que el sud era el punto amagado; pero nada les aseguraba que el norte no lo estuviera también. En medio de estas perplejidades, no se les ocurrió otra cosa, sino desparramar las tropas para guardar con cuerpos parciales cada uno de los lugares que podían ser amenazados. Así inutilizaron a fuerza de dividirlo un ejército de más 5000 veteranos sin incluir las milicias a sueldo, que reunido habría podido, sino vencer a los insurrectos, al menos resistirlos con honor.

Hemos dicho más arriba que lo que impulsó a los conquistadores a cometer esta torpeza, fué no solo la incertidumbre del camino que escogería San Martín, sino también la actitud de la población. Sentían que se agitaba bajo el yugo, que sus simpatías eran para los invasores, su odio para ellos, que la habían oprimido tan brutalmente. Habían desconfiado de los criollos, cuando no les daban el más ligero motivo ¿cómo no desconfiar, cuando sus recelos no eran sino demasiado fundados? A cada instante temían una insurrección unánime, una toma de armas general. Pensaban que el único medio de evitarla era ocupar militarmente cada ciudad, cada aldea, cada hacienda. Para realizar este sistema, se veían forzados a no tener ejército y distribuir sus tropas por escuadrones, aun por compañías, a fin de alcanzar a guarnecer todos los puestos en tan dilatado territorio. No hai casi para que advertir que

con semejante plan se condenaban a la impotencia de resistir a los republicanos.

Quando se está en posesion de estos antecedentes, se comprende muy bien el desden con que acogieron la idea que proponia Martinez de que en vez de quedarse quietos en Chile, fuesen a acometer en Mendoza el campamento mismo de los invasores. Sin duda el proyecto no podia ser mejor calculado, salvo el pasaje de los Andes, si el padre misionero les hubiera garantido que el pais no se sublevaria durante su ausencia. ¿Quién, a no ser un insensato, se habria atrevido a asegurarlo? Bastaba tener ojos i abrirlos para ver que lo contrario seria lo probable. A despecho del despliegue de tropas, a despecho de esos escuadrones escalonados, el pueblo no se limitaba ya a murmurar en la sombra, i principiaba a protestar a mano armada contra la dominacion goda. La provincia de Colchagua sobre todo se conmovia. Los *guasos* de sus campos se organizaban en montoneras. Partidas de rebeldes correteaban por toda su estension. Los fundos de los propietarios tildados de realistas eran asaltados. La alarma se esparcia en la comarca. En una palabra el pueblo comenzaba las hostilidades, ántes de la llegada del ejército libertador.

Es ocasion de hablar aqui de un hombre que simple abogado i extraño hasta entónces a la carrera de las armas, hizo a los españoles una cruda guerra, i cooperó como el que mas al buen éxito de la expedicion trasandina; de un hombre que adquirió tanta gloria i desplegó tanto jenio en el peligro, que despues de la victoria llegó a inspirar celos al mismo San Martin. Don Manuel Rodriguez, secretario que habia sido de don José Miguel Carrera, dominado por un patriotismo ardiente, no se conformó con permanecer en Mendoza en la inaccion despues de la derrota de Rancagua, i a los pocos dias de haber emigrado solicitó del gobernador de Cuyo que le confiase una mision importante i difícil, tal era, la de volver a Chile para participarle sus observaciones sobre la situacion del pais, dar curso a la correspondencia que quisiera entablar con los patriotas de por acá e inflamar el odio del pueblo contra sus opresores. Escusado parece advertir que el jeneral se apresuró a aceptar un ofrecimiento que tanto le cuadraba, i Rodriguez que no lo habia hecho por baladronada, sino con la firme intencion de cumplirlo, no perdió tampoco tiempo para dar principio a su arriesgado proyecto. Como lo habia prometido, penetró en Chile, recorrió sus campos en todas direcciones, vivió en sus principales ciudades, entró en relaciones con los insurgentes solapados que estaban diseminados en toda la estension del territorio, repartió las proclamas i las cartas que se le remitian de Mendoza, atravesó tres veces los Andes para ir a comunicar en persona a San Martin el resultado de su mision, visitó a los ricos hacendados i a sus pobres inquilinos, a todos los excitó a la revuelta; sin embargo no se encontró nadie entre tan diversos linajes de jente que estimulado por el temor del castigo o la esperanza de la recompen-

sa osara delatarle, supo escapar a todas las activas pesquisas de la policía, i se burló, puede decirse, cara a cara de todo el poder de los godos.

Para que se conciba bien cuánta habilidad supone esta maravillosa destreza, recuérdese cuál era el estado del país bajo el imperio de Osorio i sobre todo bajo el de Marcó, cuál la vijilancia inquisitorial del gobierno, cuál el espionaje que atisbaba por todas partes hasta el menor jesto, cuál el terror cerval que con tales medios habian logrado despertar en la mayoría de los moradores; ténganse presentes las numerosas partidas que guardaban los caminos, las patrullas que cruzaban las campiñas, los cuerpos de tropa que cubrian toda la estension del reino, acantonados de distancia en distancia; nótese que no era lícito dar un paso sin permiso especial, que no se podia pasar de una ciudad a otra, mas aun que no se podia andar unas cuantas cuadras sin un pasaporte. No obstante un pobre proscrito se reia de esas minuciosas precauciones del despotismo, a su despecho se paseaba por donde mejor le convenia, se deslizaba por entre las guardias, se alojaba en casa de los mismos jueces.

En vano le perseguian con teson, Rodríguez siempre se les escapaba. De una imaginacion traviesa i fecunda, era diestrisimo en disfrazarse. Ya buscaba su seguridad bajo la capucha de un fraile limosnero o el bonete de un minero, o bien iba libre de temor a sus negocios, llevando al hombro la bandola de un mercachifle ambulante, o bien todavia durante sus permanencias en Santiago se adaptaba el vestido del criado que servía al individuo con quien necesitaba conferenciar. Cierta dia, convertido en calesero le abrió por su propia mano al mismo Marcó la portezuela de su coche, i le acomodó el estribo para que bajara, porque era de esos hombres que afrontan por gusto el peligro, i que a fuerza de audacia i sangre fria, logran conjurarlo. En uno de sus viajes a Mendoza cayó en manos de una de las partidas que cerraban los boquetes de la cordillera; habia tomado la ropa i el aire indolente de un peon: el oficial que la mandaba le interrogó con cuidado, pero nada sospechó. Con todo no le puso desde luego en libertad. El destacamento se ocupaba en componer un camino, i dándole herramientas le obligó a trabajar. Rodríguez como si hubiera nacido peon, manejó durante dos dias con tanta destreza el pico i el azadon, que cuando se concluyó la faena, le dejaron partir sin dificultad, no habiendo concebido el mas lijero recelo acerca de su verdadera condicion (1).

Otra vez se hallaba mui tranquilo en casa de uno de esos jueces de campaña cuya amistad habia sabido conquistarse, cuando vinieron a avisarle que se acercaba un piquete para prenderle. Los soldados estaban ya mui próximos, i no habia como escapar. No obstante Rodríguez permaneció impassible, miró a su alrededor i casualmente sus ojos se fijaron

(1) Mercurio Chileno núm. II.

en el cepo, mueble, como se sabe, indispensable en la casa de todo juez. En ménos de un minuto se le ocurrió como convertir aquel instrumento de tortura en su tabla de salvamento. Exijió de su amigo, que estaba tan azorado como un condenado a muerte, que le metiera i aprisionara en él con todo rigor, i mientras ejecutaba la operacion, le aleccionó para que diera por causa de su prision a los recién venidos, que no dejarían de interrogarle sobre el particular, una calaverada de jóven. Sucedió punto por punto como lo habia pensado. El oficial no dejó de indagar cuál era el motivo que habia merecido a aquel hombre tan severo tratamiento. El amor de la propia conservacion dió ánimos al juez para repetir bien su leccion, i como estaba calculada para interesar a jentes del jaez de los soldados, todos declararon que debia dársele soltura. Así mientras que guiados por el dueño de casa, se dirijian a un bosque vecino, donde esperaban sorprender a Rodríguez, este favorecido por los mismos que debían capturarle, se ponía en salvo por el lado opuesto (1).

Esta existencia novíesca, que no era mas que un tejido de aventuras sorprendentes por el arrojó de su autor i de burlas picarezcas contra los agentes de un gobierno detestado, no podia ménos de cautivar la atencion de las masas. Rodríguez en poco tiempo llegó a ser un héroe verdaderamente popular. Todos le amaban, particularmente los *guasos*, que eran aquellos de los habitantes con quienes mas habia procurado ponerse en contacto. No limitaba sus aspiraciones a ser un simple cartero de San Martín, un mero instrumento de sus intrigas aquende la cordillera; su ambicion se habia fijado mas alto blanco; deseaba fomentar la insurreccion entre los mismos chilenos, i para eso, ningunos le parecían mas propios que los moradores de los campos. Bien se le habia ocurrido que habria sido la quimera de un loco pretender levantar, no digo una division, sino un escuadron en un país ocupado militarmente por el enemigo. Pero si semejante intento le habria parecido insensato, no creía tal el de promover la guerra de montoneras. Lo consideraba al contrario mui practicable, i si llegaba a realizarse, en extremo provechoso para la causa de la patria, porque de ese modo iba a suscitarse a los realistas un enemigo asaz molesto, puede decirse, dentro de su propio campamento. Todos sus trabajos tendian, pues, a ese fin, i para conseguirlo nada le importaba mas, que ganarse el afecto de los *guasos*. Ya hemos dicho que los miraba como los únicos capaces de comprometerse en la empresa. Los admirables conocimientos prácticos del terreno que poseen estos hombres, su valor imperturbable, su destreza en el caballo, su disimulo concentrado que les permite ocultar bajo la máscara de la sumision i mansedumbre sus instintos belicosos, todo esto los hacia aptísimos para entrar en una lucha de emboscadas i de asaltos, en la cual el buen éxito exige que se aúnen la astucia con el coraje.

Rodríguez habiéndose puesto en relacion con ellos por la intervencion

(1) Conversacion con don Manuel Cervantes, compañero de Rodríguez.

de algunos hacendados patriotas, se los atrajo por la amabilidad de su carácter, los acaloró con sus palabras, los asombró con el atrevimiento de sus resoluciones i el denuedo con que las ejecutaba. Valiéndose de estos medios, se ligó con los fuertes vinculos del respeto i de la fidelidad a un gran número de los campesinos que habitan las comarcas comprendidas entre el Maipo i el Maule, i adquirió la certidumbre de que podía contar sobre su abnegacion. Su influencia era tanto mas poderosa, cuanto que la debia no al dinero, sino a sus calidades personales. La penuria de su bolsillo le habia forzado a ser parco en sus dadas. Los regalos que ofrecia a sus nuevos amigos en prueba de amistad, nunca fueron valiosos, aunque si escogidos mui a su gusto. Si no les daba plata, les obsequiaba en cambio vino, tabaco, azúcar i yerba, articulos de que llevaba siempre consigo una buena provision. Los campesinos recibian con reconocimiento estos humildes presentes, que les servian para satisfacer sus vicios predilectos; tales agasajos no podian menos de acrecentar el cariño que le profesaban.

Cuando Rodriguez supo a ciencia cierta la proximidad de la venida de San Martín, creyó llegado el momento de obrar, i pensó en organizar sus guerrillas para distraer i embromar a los godos. En consecuencia, avisó a los que tenia palabreados de antemano que era ya tiempo de cumplir su compromiso, i de levantar el estandarte de la insurreccion. Todos respondieron a su llamamiento. Eran ellos o patriotas desesperados; dispuestos a atropellar por todo, u hombres temerarios de esos a quienes nada intimida, o bandidos desalmados a quienes convenia tapar sus robos con la bandera de la revolucion. Guardáronse bien de reunirse en un solo grupo, que no habria tardado en ser desbaratado por las tropas realistas. Antes por el contrario, se dividieron en diversas bandas, que por lo jeneral no eran ni estables, ni compuestas de los mismos individuos, ni sujetas siempre al mismo caudillo, sino que se congregaban o separaban, segun habia o no un buen golpe que dar. Habia sin embargo tres que eran hasta cierto punto fijas i reconocian cada una su jefe. Estaban capitaneadas la una por don Francisco Villota, dueño de la hacienda de Teno, una de las mas importantes de la provincia de Colchagua, patriota distinguido, de corazon noble i de un valor a toda prueba; la otra por don Francisco Sálas, vecino oscuro de San Fernando; i la tercera por el famoso salteador José Miguel Neira.

Se nos permitirá ántes de proseguir nuestra relacion, detenernos un poco en la historia de esta última partida, que llegó a hacerse célebre por lo mucho que incomodó a los realistas i por los grandes latrocinios que cometió. Esperamos que se estará tanto mas dispuestos a perdonarnos esta digresion, cuanto que el relato de las fechorias de estos bandidos puede servir hasta cierto punto para figurarse la vida i la táctica de los demas montoneros. Neira habia sido en su juventud ovejero; de guardar rebaños habia pasado a saltar hombres en los caminos. Andando el tiempo se habia creado una gran reputacion en su oficio. Otros

parecidos a él se le habían agregado, i había pasado a ser capitán de bandoleros. Era un facineroso que tenía por máxima matar siempre al enemigo, para ponerlo en la impotencia de vengarse. No obstante, como todos los bandidos, dejaba vislumbrar de cuando en cuando un destello de jenerosidad. Una noche con otros cuatro había asaltado el rancho de un pobre *guasó* llamado Florencio Guajardo, que vivía solo en compañía de su mujer. Al sentir este la proximidad de los ladrones, se había armado de un chuzo, apagado la vela i esperádolos a pié firme a la entrada de su cuarto. El primero que osó penetrar a tientas en la oscuridad, cayó por tierra dando grandes alaridos; Guajardo con su chuzo le había roto una pierna. Neira mientras sus otros compañeros retiraban al herido, se precipitó adentro furioso con la resistencia; Guajardo le recibió en la punta de su arma, i le abrió en la frente una ancha herida, cuya cicatriz siempre conservó. El bandido perdió el sentido, i el dueño de la casa se aprovechó de aquel momento para escapar como pudo. Aunque Neira quedó postrado i permaneció durante mucho tiempo luchando con la muerte, Florencio no se atrevió a continuar viviendo en el país, porque era cosa sabida que aquel era terrible en sus venganzas. Trascurrieron muchos meses; Neira era ya jefe de guerrillas, cuando un día que marchaba al frente de su tropa, se encontró con Guajardo. Le hizo rodear en el acto, i le manifestó que iba a tomar represalias de la herida que tanto le había hecho sufrir. El prisionero sin desconcertarse le respondió que no sería grande hazaña que ayudado por tantos le oprimiera. El bandolero sintió el reproche, mandó darle un sable i que nadie se entrometiera en su querella, i en seguida entró en un combate singular con su adversario. Guajardo mas diestro o mas feliz le hirió todavía, i Neira le proclamó un valiente, dejándole ir en libertad (1).

Rodríguez, que conoció al antiguo ovejero durante sus correrías, le convirtió al patriotismo, le arrancó la promesa de no robar sino a los godos, promesa que como se colejirá no siempre cumplió, i le hizo consentir en formar una montonera de su gavilla correspondientemente aumentada. Neira entró en campaña con 60 o 70 individuos todos bárbaros i sanguinarios como él; pero como él también diestros i arrojados. Los reclutas que se habían incorporado a la cuadrilla para ponerla en pié de guerra, no habían obtenido su admisión, sino dando sus pruebas. Consistían estas en sufrir estoicamente veinte i cinco azotes, o en mostrar en una lucha a machetazos con Illanes, el segundo de la banda, que los sabían dar tales i tan buenos. Con jente de esta especie, se concibe sin trabajo que Neira diese mucho que hacer a los españoles i mantuviera en alarma toda la comarca. Ya se anunciaba que un convoi de pertrechos había caído entre sus manos, o bien que un rico hacendado rea-

(1) Esta anédocta, así como otros muchos de los datos de que nos hemos servido para componer esta parte de nuestro trabajo, se los debemos a don Mateo Olmedo, que los ha recojido en la provincia de Colchagua de boca de los mismos montoneros o de testigos presenciales.

lista habia sido saqueado. Todos los dias se corria alguna noticia por este estilo, lo que contribuia no poco a fomentar la agitacion.

Los españoles perseguian a Neira con todo el empeño que imaginarse puede; pero era mui baqueano del terreno i los burlaba con facilidad. Nunca caia sobre los destacamentos del gobierno, sino cuando por su superioridad númerica estaba seguro de vencer. Si encontraba costosa la victoria, cada uno de sus parciales, segun órdenes impartidas con anticipacion, corria por su lado, para volver a reunirse en lugares que tenian tambien designados. Nada mas propio para semejante táctica, que las tierras de la provincia de Colchagua, vecinas a la cordillera, que habian elegido para sus incursiones tanto esta, como las demas montoneras. Campos son esos que están cubiertos de montes tupidos i estensos, pordonde solo un práctico puede caminar sin desorientarse. Los atraviesan sendas de baqueros, fragosas i casi intransitables, trazadas al parecer para entorpecer la marcha de los escuadrones regulares. Están dominados por las faldas de los Andes, cuyas eminencias convertian los rebeldes en atalayas, desde las cuales esploraban a lo léjos si venian a atacarlos, i calculaban, segun el número de los agresores, si les convenia quedar o retirarse. Cuando eran obligados a permanecer ocultos por muchos dias, nada les incomodaba; tenian en abundancia con que satisfacer su sed i su hambre; los torrentes les proporcionaban agua; los ganados que poblaban aquellas serranias, cuanta carne fresca apetecieran.

Todas las demas guerrillas seguian la misma conducta que Neira, ménos los robos i el pillaje. Con semejante táctica se aprovechaban de todas las ventajas naturales, e imponian una ruda tarea a las tropas encargadas de perseguirlas. De ahí resultó que el gobierno, que se exajeraba aun su importancia, tomándolas por las avanzadas del ejército de San Martín, comenzó a destacar contra ellas escuadron tras escuadron, hasta que vino a tener empleados en su seguimiento a 2600 de sus mejores soldados, los mismos que embromados por las montoneras dejaron de concurrir a la batalla de Chacabuco (1). Lo peor del caso era que, bien poca cosa lograban tantas fuerzas combinadas. Las bandas les huian el bulto siempre que se les antojaba, cambiaban con los realistas algunas balas a escape, i se desaparecian a su aproximacion. En cierta ocasion una partida de carabineros de Abascal, haciendo un reconocimiento en un bosque sorprendió dormidos a Neira i dos de sus compañeros; pero no anduvo tan lista, que no les permitiera huir; eso si que la premura fué tanta, que Neira tuvo que hacerlo en camisa i descalzo. Inmediatamente rodearon el bosque, i empezaron con prolijidad sus pesquisas, casi ciertos de atraparle. Estaban en esta operacion, cuando un centinela avisó que se presentaban en actitud hostil de 20 a 46 hombres armados. Hubo que suspender el registro para salir a combatirlos. Los asaltantes

(1) Conversacion con don Manuel Barañao.

dispararon algunos tiros, i se pusieron en retirada. Los carabineros corrieron tras ellos; los montoneros continuaron huyendo, i así les hicieron caminar seis leguas por unos cerros escarpadísimos, hasta que al fin se les perdieron de vista. El resultado de tanto afanarse fué que dieran tiempo para que se les escabuyera por entre las malezas el capitán de la gavilla, a quien creían haber dejado perfectamente acorralado; de modo que después de tanta fatiga, en vez del famoso bandido, solo se encontraron con su casaca que había abandonado en el bosque, algunas armas i caballos i cuatro prisioneros que habían tomado entre los rezagados. Estos últimos fueron fusilados sin tardanza, i marcharon a la muerte vanagloriándose de haber venido resueltos a arrostrarlo todo, con tal de salvar a su caudillo. Poco mas o ménos, a algo parecido a esto se reducían los triunfos que obtenían los godos en esta guerra, a despecho de su gran despliegue de tropas (1).

El gobierno había procurado desbaratar las guerrillas no solo empleando la fuerza, sino también fomentando la traición entre sus mismos cómplices, para lo cual había ofrecido mil pesos por cada una de las cabezas de Rodríguez i de Neira, i el perdón del *delito mas atroz*, si es que lo había cometido, el que los vendiera; i vice-versa había amenazado con los mas terribles castigos a los que hospedaran o favorecieran de cualquier manera a los insurrectos (2). Al que se le sospechaba siquiera de connivencia con ellos, se le quemaba hasta su rancho, como si se quisiera castigar la complicidad aun en los objetos inanimados. Mas inútil era tanto rigor. Cuando muchos de aquellos miserables campesinos con solo una palabra habrían asegurado su existencia, si lo hubieran querido, no se halló un solo traidor que la pronunciara, prueba irrecusable del inmenso prestigio que sobre ellos había adquirido Rodríguez. Solo una vez en uno de los continuos encuentros que tenían los soldados con los montoneros, un *guaso* que acompañaba a los primeros, enlascó a otro que iba con los segundos, i tuvo bastante labia para persuadir que su prisionero no era otro que el buscado Neira. Trajéronlos a ambos a Santiago, al uno para ser descuartizado, al otro para ser recompensado. Entraron a la capital en medio de repiques de campana i de un gran jentío, que curioso había acudido a conocer al célebre bandolero. Mas desgraciadamente para los realistas, el gozo no les duró sino aquel día, pues al siguiente reconocieron que habían sido engañados, i que habían perdido sus mil pesos. Fuera de este, no tenemos noticia de que los bandos produjeran otro efecto.

Al contrario Rodríguez i los suyos comenzaron a cobrar ánimos de día en día, i no contentos con molestar a los godos en los campos, resolvieron asaltar las poblaciones mismas. Fué la de Melipilla, situada solo a diez i ocho leguas de la capital, la primera que escogió para hacer a-larde de su coraje i dar una muestra patente del desden con que miraba

(10) Gaceta del Rei, T. 2. N. 105.

(11) Bando de 7 de Noviembre de 1816.

las impotentes amenazas del gobierno. Al efecto salió de su escondite acompañado únicamente de unos cuantos de sus parciales, i se dirigió a aquella villa con tanta tranquilidad, como si fuera el jefe de un destacamento realista. Durante la marcha engrosó su partida hasta completar unos 200 hombres, que equipó, como pudo, con toda especie de armas. Ejecutó sus movimientos con tanta rapidez, que el 4 de Enero de 1817 cayó sobre el pueblo mencionado sin que las autoridades hubieran tenido el menor conocimiento de su proximidad, se enseñoreó de él sin resistencia al grito de *Viva la Patria*, hizo prisionero al gobernador Tejéros, entregó el estanco al saqueo de sus compañeros para recompensarles sus servicios, i permaneció quieto desde por la mañana hasta las cinco de la tarde, como para recobrase del cansancio del viaje, apesar de las observaciones de los muchos que le hacían presente el riesgo a que se estaba esponiendo. Al fin a esa hora noticioso de que se acercaba una fuerza enemiga, abandonó la posicion, i principió a ponerse en retirada, llevándose consigo a Tejéros i su asistente (1).

Por el camino se fué, segun su costumbre, disolviendo la banda para burlar así las pesquisas de la jente de Marcó. Operacion fué aquella que le demandó no poco tiempo i trabajo, porque Rodriguez descuidando la suya propia, atendia a la seguridad de cada uno de sus allegados con un cariño verdaderamente paternal. No vino a pensar en la salvacion de su persona, sino cuando estuvo casi cierto de que su temeridad no acarrearía ningun mal a los que le habian acompañado. Entónces seguido solo de cuatro de sus hombres, que custodiaban a los dos prisioneros, se encaminó a una de sus guaridas habituales, situada en la hacienda de San Vicente, a las márgenes del Maipo, que corre allí por una quebrada profunda, cuyas orillas fecundadas por la humedad de sus aguas deja cubiertas de espesos bosques. No habia descansado aun de su peligrosa escursion, cuando el mayordomo, a quien habia sabido ganarse, vino a avisarle, esponiendo talvez la vida, que acababa de llegar en su persecucion una tropa capitaneada por el mismo San Bruno, i que se disponian a rodear la hacienda para darle caza. La situacion de Rodriguez no podia ser mas critica. En Santiago su ataque contra Melipilla habia causado una alarma espantosa. Marcó i sus palaciegos estaban furiosos. No veian mas que sangre, no hablaban mas que de horcas. Nada irrita mas a un gobierno, i sobre todo a un gobierno despótico, que verse escarnecido por adversarios que en sí considera débiles i pequeños. Se resolvió escarmentar a los insolentes montoneros, costase lo que costase. Se destacaron partidas en todas direcciones; todos los caminos, todos los pasos fueron guardados. San Bruno iba de rancho en rancho, averiguando el paradero del proscrito materialmente con el látigo en la mano; ofrecia a los *guasos* comprarles sus noticias a precio de oro; pero en cuanto a los sospechosos que guardaban silencio, a esos mandaba

(1) Conversacion con el jeneral don José Santiago Aldunate, que se hallaba a la sazón en Melipilla.

azotarlos sin compasion i reducir a cenizas sus miserables viviendas. Sin embargo hasta entónces a nadie le habia arrancado una sola palabra; más de un momento a otro podia encontrarse uno ménos esforzado o ménos fiel, que no tuviera corazon para resistir con igual heroicidad a las torturas del tirano.

Rodríguez escuchó inalterable como siempre la relacion del mayordomo. El riesgo no le tomaba de nuevo; era demasiado previsior para que no lo hubiera calculado de antemano. Sin tardanza hizo ensillar las cabalgaduras, i escoltado por sus cuatro amigos i conduciendo a los dos prisioneros, buscó como burlar la persecucion, atravesando el rio por un paraje inmediato, que por lo escarpado i fragoso se habian los realistas descuidado de guardar. Realizó su intento felizmente, aunque tenia en su contra la circunstancia de no ser un buen jinete, como quizá lo haria presumir la naturaleza de sus correrias, i de que se le desvanecía completamente la cabeza en el pasaje de los rios.

Internóse por las serranias de Naltagua, i creíase ya salvo bajo los tupidos bosques de tréboles, quilos, maquis i canelos que sombrean aquellos lugares, cuando se sintió descubierto por los moradores de la hacienda, que habiendo sabido que estraños vagaban por sus dominios, los habian tomado, o bien por lo que eran en realidad, o por ladrenes de animales, i les habian seguido la pista. Encontráronse entónces los fujitivos en tal situacion, que se vieron forzados a abandonar sus cabalgaduras agotadas por una larga jornada, i a continuar a pié su fuga. No se les presentó otro arbitrio, que engolfarse por una travesía que seguia las faldas de escarpados cerros, i que enmarañadas malezas hacian casi intransitable. A poco andar rompióseles el calzado, i tuvieron que proseguir su carrera con los piés desnudos por entre zarzas i rocas.

La fatiga, la zozobra, la necesidad en que se encontraban de marchar lijero con preferencia a todo, no les permitieron vijilar como hubieran debido a los prisioneros. Aprovechándose el asistente de esta negligencia, logró fugarse. Nuevo motivo de ansiedad fué este para Rodríguez i los suyos. Si aquel hombre era práctico en el terreno, iba sin duda a servir de guia a sus perseguidores. Una estenuacion completa de fuerzas habia impedido a Tejéros imitar la conducta de su asistente: Poco habituado a semejantes correrias, no podia ya moverse por sus piés. Su trasporte llegó a ser otro grande embarazo para sus conductores. Tenian que llevarle en hombros i entre dos. No tardaron en conocer que aquel peso los retardaba considerablemente en su marcha. Era necesario resolverse a ser pillados o a abandonarle. Pero dejarle en el camino era un medio seguro de que los atrapasen, porque él no habria ciertamente guardado como un secreto la direccion que tomasen. En esta alternativa uno de entre ellos propuso quitarle con la vida la posibilidad de dañarlos. Rodríguez que no era sanguinario, manifestó repugnancia por adoptar aquel dictámen. Su objeto al apoderarse del gobernador de Melipilla, no habia sido darle la muerte. Si tal hubiera sido su intento, no le

habria conducido a tanta costa hasta aquel punto. Mas al fin, mal que le pesase, se vió precisado a convenir que el problema no tenia otra solucion. Habia presunciones para suponer que las partidas realistas no estaban mui distantes; de la mayor o menor prisa que empleasen los proscritos, dependia por consiguiente su salvacion. Si se llevaban a Tejéros, tenian que andar a paso de tortuga; si le daban soltura, su pérdida era mas que probable. No hubo, pues, remedio, i tuvieron que sacrificar a su seguridad la vida del malaventurado talavera (1).

Libres de todo estorbo i favorecidos por su conocimiento de los lugares, los montoneros supieron burlar todas las pesquisas. Bien pronto volvieron a apersearse de caballos, i pudieron así continuar su viaje con mas holgura i rapidez. Sin embargo les faltaba mucho todavia para considerarse a salvo. Los destacamentos realistas rondaban por todos aquellos parajes, i como estaban en la firme persuasion de que Rodriguez no habia salido de aquellos alrededores, le buscaban con ese encarnizamiento i esa prolijidad que siempre inspira la certidumbre de encontrar. Los *guasos*, aun los que no ignoraban el paradero de los fujitivos, permanecian mudos i fieles; mas los duros castigos que infljian los godos a diestro i siniestro, propagaban el terror por toda la comarca. Por consiguiente era mui de temer que el miedo hiciese romper el silencio a aquellas jentes groseras, i entónces no habia ya escapatoria posible.

Afortunadamente el movimiento que Rodriguez habia dirigido contra Melipilla, no habia sido aislado. Calculando el jefe de las guerrillas que una vez dado el golpe, él seria rodeado, para desorientar a los godos habia ordenado a don Francisco Sálas que con su banda cayese sobre San Fernando precisamente siete dias despues de aquel en que pensaba dar el asalto sobre la villa (2). Sálas asociado con don Feliciano Silva cumplió al pié de la letra con las instrucciones que habia recibido. El dia designado se precipitó con grande alboroto sobre la ciudad, arrasando consigo cierto número de cueros, cargados de piedras para simular el rodado de los cañones. El gobernador Osoreo con los 80 o 400 hombres que componian la guarnicion salió a rechazarlo; pero fué completamente desecho i puesto en vergonzosa derrota. Los insurjentes tomaron como precio de su hazaña las especies del estanco, i con el alba se volvieron a sus guaridas.

Cuando se recibió en la capital la nueva de este suceso, redobló, si tal cosa era ya posible, la rabia de los godos. No dejaron de atribuir como siempre la concepcion i ejecucion del proyecto a Rodriguez, el cual supusieron se les habria pasado por alguna de esas veredas ignoradas, de que eran tan baqueanos sus secuaces. Imbuidos con esta idea, suspendieron sus investigaciones por los contornos de Melipilla, mino-

(1) La mayor parte de los datos anteriores nos han sido comunicados por don Vicente Arlegui, que ha tenido la bondad de recojerlos para nosotros del anciano Melchor Herrera, mayordomo de la hacienda de San Vicente en la época de los sucesos referidos.

(2) Esto consta de una presentacion elevada al Congreso por don Feliciano Silva.

raron la vijilancia por aquel lado i fijaron su principal atencion en la provincia de Colchagua, donde, engañados por el último ataque, presumian que estuviera el cuartel jeneral de los montoneros como tambien su caudillo. Asi todo sucedia, como lo habia conjeturado Rodriguez. Gracias al cambio de posicion que su falsa sospecha hizo operar a las partidas realistas, pudo trasladarse sin obstáculo de Algüé, endonde le habian tenido rodeado, a los cerros de Yaquil, i encaminarse de ahí a otros puntos mas seguros, endonde las circunstancias le permitian obrar con ménos coaccion.

Pero si el caporal de las guerrillas i sus valientes compañeros consiguieron sustraerse a las venganzas de los españoles, no así el indefenso e inocente pueblo de San Fernando. Furioso Marcó i su círculo con las dos mencionadas intenciones que habia coronado un éxito tan feliz, destacó a esta última ciudad al comandante de los Húzares de la Concordia reforzado con el batallon de Chiloé, dándole la órden espresa «que dondequiera que encontrase un paisano con las armas en la mano, sin mas sumario ni ceremonias lo fusilase al momento» (1). No hai para que advertir que en la poblacion no habia quedado ninguno de los que habian concurrido al asalto, porque eso era tan natural, que lo estraño hubiera sido, que no hubiese sucedido de esta manera; la horca inspiraba a todos ellos demasiado horror para que no fueran a buscar en los bosques i serranías un asilo contra el verdugo. No obstante el comisionado de Marcó a falta de culpables, aprisionó en cumplimiento de sus órdenes a todos aquellos sobre quienes pesaba la mas lijera apariencia de complicidad, e hizo fusilar sin mas trámites a siete de aquellos infelices (2).

Al presidente le pareció todavia corto el número de las víctimas; queria mas sangre, mas ejecuciones, i reprendió tercamente por su lenidad al comandante de los Húzares. Para que que no se nos tache de exajeracion, hé aquí el oficio. «Enero 24 de 1817. Desde el dia que U.S. me comunicó la ejecucion de haber pasado por las armas a siete criminales, no se ha vuelto a dar parte alguno de esta naturaleza, cuando estoi seguro que son muchos los que merecen de justicia igual escarmiento. En esta virtud encargo a U.S. mui particularmente la agitacion i brevedad en evacuar los sumarios que por lei militar no deben pasar de veinte i cuatro horas, i puesta la sentencia debe ejecutarse al momento el castigo para escarmentar esa canalla que no cede al bien i no oy la voz de la razon. Si no estuviesen completos los individuos de la comision por haber tomado otro destino, supla U.S. los votos con subalternos, i si no hubiere bastantes, con oficiales de esas milicias que

(1) Oficio del 13 de Enero.

(2) Los nombres de estos infelices son: Manuel Llanca, Juan Llanca, Juan Moreno, José María Villavicencio, José Régulo Galves, José Peñalosa i Tomas Nilo. La ejecucion tuvo lugar el 13 de Enero de 1817.

sean de su satisfaccion. El asunto es que no se demoren las causas ni se retarden los escarmientos. Dios guarde a U.S.—Marcó del Pont.»

Es preciso advertir que las comisiones militares existentes en las cabeceras de departamentos, de que se hace mérito en esta nota, se componian de hombres mas feroces que las leyes mismas segun las cuales juzgaban. Eran sus miembros por lo jeneral soldados europeos, elevados en Chile al rango de oficiales, que habian salido de la bez del pueblo i algunos aun de las cárceles i presidios, i que miraban a los criollos como sus enemigos naturales. Ahora se comprenderá bien cual seria el despotismo de semejantes hombres, a quienes la autoridad léjos de contener, azuzaba contra la poblacion.

No obstante, esas comisiones excepcionales, esos bandos sanguinarios, esos cadalsos, ese sistema de terror practicado sin misericordia, todo fué ineficaz para extinguir las guerrillas. Cuando la chispa revolucionaria ha prendido en el alma del pueblo, se necesita para apagarla que se derrame mucha sangre. Los españoles con sus injustificables tiranias, con sus estúpidos conatos de tratar a los chilenos como a súbditos en vez de acariciarlos como necesarios habian hecho comprender a las masas las ideas de emancipacion, de independenciam que al principiar la crisis solo habian jermidado en las cabezas de los hombres pensadores como teorías, como sueños de ejecucion remota. La insurreccion habia arrojado ya raices en el corazon de la multitud, i llegada a ese estremo, ahogarla era mui difícil, por no decir imposible. Eso nos esplica como a despecho de la furia de los godos, como con desprecio de sus terribles amenazas, que la esperiencia demostraba no limitarse a meras palabras, los montoneros no acobardaban, se acrecentaban al contrario de dia en dia i se manifestaban cada vez mas i mas osados.

Cuando no se habia disipado aun el espanto producido por las bárbaras ejecuciones de San Fernando, cuando era de suponer a los rebeldes escarmentados con aquel ejemplo que les notificaba qué suerte seria la suya, el bravo don Francisco Villota convocaba impasible su banda para asaltar a Curicó. Por desgracia su empresa distó mucho de ser terminada tan felizmente, como la de Rodriguez en Melipilla i la de Sálas en San Fernando. Habiendo congregado unos 60 *guasos*, acometió el pueblo indicado, pero fué rechazado con pérdida. Algunos de los suyos cayeron prisioneros i pagaron su patriotismo con la vida. El mismo con el resto de su jente escapó con dificultad, i pudo retirarse a duras penas a los llanos de Huemul. Al principio logró ocultar su asilo a los realistas, i comenzaba ya a repararse de su desastre, cuando fué denunciado su paradero a Morgado, el que con 50 infantes i 28 dragones se puso en su seguimiento sobre la marcha. Llegado al campamento de los montoneros i percibiendo que le esperaban formados en batalla, ordenó a sus soldados que avansasen sin disparar sus fusiles hasta que se hallasen a mui corto trecho de los rebeldes. Así lo hicieron, i su descarga fué bastante mortífera para los patriotas. Entónces estos, en-

contrándose inferiores, según su costumbre, comenzaron a retirarse, pero sin entregarse a una fuga desordenada.

Villota, que montaba en aquella ocasión uno de sus mejores caballos, no pudo resistir a la tentación de burlar a sus perseguidores, mandó a los suyos que continuasen ganando terreno, i él se quedó atrás toreando a los realistas. Con el calor de su peligroso juego no se orientó bien del lugar en que se encontraba. De repente se halló metido en una vega. Su caballo que se hundía en el barro casi no podía moverse, mientras que los enemigos, que habían sabido evitar aquella trampa natural, avanzaban sin tropiezo. A cada instante era menor la distancia que los separaba. Villota trabajó con el aliento de la desesperación para salir del pantano que le aprisionaba. Le fué imposible. Conoció entonces que aquella sería su última proeza, i amartillando sus pistolas, se preparó a morir denodadamente, como había vivido. No tardaron en alcanzarle dos soldados, uno de a pié, otro de a caballo. Iba a descargar casi a boca de cañón sobre el primero, cuando con un tremendo sablazo se lo estorbó el segundo. En medio de su agonía recordó que ocultaba dentro de la bota un billete de un clérigo patriota Fariñas, que podía encontrarse muy comprometido, si caía en manos de los agentes del gobierno. Corría por ahí próxima una acequia, i arrastrándose como pudo hacia ella bajo los golpes de sus encarnizados adversarios, procuró destruir en el agua aquel papel, que importaba una sentencia de muerte para un amigo; mas sucumbió ántes de lograrlo. El billete fué descubierto, Fariñas fué en consecuencia aprehendido, condenado i conducido al suplicio, dedonde le salvó un raro i milagroso movimiento de compasión que consiguió inspirar a un jefe militar (1).

Los realistas celebraron la muerte de Villota como una victoria espléndida. Después de Rodríguez, era el caudillo mas popular. Por servir a la santa causa de la independencia, había renunciado a todas sus comodidades, i trocado el regalo i los goces de un rico hacendado como era, por las penurias i miserias del proscrito. Cuando los españoles se enseñorearon del país, no escusó los compromisos con el silencio. Protestó contra su dominación, maldijo su despotismo en alta voz. Su noble franqueza le valió una tenaz persecución. Para evitar malos tratamientos tuvo que ocultarse. Mas su prudencia no fué tanta, que no diese bien pronto a los godos motivos para ocuparse de su persona.

Entre los oficiales que componían la guarnición de Curicó, había un capitán llamado Ornas, que se singularizaba entre los demás por su altanería i soberbia. Su desden por los vencidos i sus malos procederes para con los habitantes, le habían hecho odioso. Villota exacerbado, como sus demás paisanos por la insolencia de aquel español, no se resolvió como los otros ménos audaces a dejarle impune. Avisó a sus amigos que

(17) Parte de Morgado de 13 de Febrero de 1817, Valdiviano Federal N. 69 i Datos orales.

habia decidido que un bofetón dado por su fuerte puño seria el castigo de aquel desvergonzado sarraceno, i fiel a su palabra, le esperó una noche a la salida de un café, que situado en la plaza principal, servia de punto de reunion a los vecinos de la ciudad. Tan luego como apareció el oficial, le descargó en el rostro un feroz puñetazo, i aprovechándose de la confusion de su adversario, consiguió escaparse sin dificultad. Ornas pateaba de furor por haber soportado la injuria mayor que puede recibir un hombre, i no hallar como vengarla. Ofreció una gruesa cantidad al que le descubriera el paradero de Villota; pero todo su empeño quedó burlado, porque su ofensor estaba mui bien quisto i no se encontró quien se infamase, delatándole por dinero.

Cuando Rodriguez habia tratado de organizar las montoneras, Villota habia sido uno de sus mas activos cooperadores; habia puesto a su disposicion sus bienes, sus inquilinos, su persona. Al frente de su partida, no cesó él mismo de molestar a las tropas del gobierno, hasta que por la sensible fatalidad que hemos referido, su jenerosa abnegacion le condujo a un destino mui distinto del que merecia.

Entre tanto la ventaja obtenida en los llanos de Huemul no era ni con mucho decisiva. En aquel reencuentro habia perecido un caudillo meritorio, pero no las montoneras, que léjos de eso se multiplicaban a medida que se iba esparciendo la voz de que la invasion de San Martín estaba ya mui próxima. Semejante obstinacion hizo perder todo el tino a la camarilla de Marcó, i le impulsó a tomar providencias tan disparatadas i desfavorables a su propia causa, que no pueden ménos de contarse entre los resultados mas brillantes alcanzados por las montoneras. Desesperados los realistas de destruir las bandas por los medios ordinarios empleados hasta entónces, resolvieron desbaratarlas, ni mas ni ménos, como se limpian las haciendas de las alimañas que las infestan. Con el objeto de quitarles todo albergue, recurrieron al peregrino espediente de incendiar los bosques i sementeras, irrogando incalculables perjuicios a los propietarios. Para impedir que en adelante se surtieran de cabalgaduras o reemplazaran las que perdiesen, ordenaron que nadie, a no ser militar o emisario del gobierno, pudiese viajar en ninguna especie de bestia en la estension comprendida desde el Maipo hasta el Maule. Los vecinos de Colchagua, Curicó i Talca debian entregar a la autoridad, para ser trasladadas a los partidos de Rancagua, Santiago, Andes i Aconcagua, sus caballadas, que no les serian devueltas hasta nueva orden. La muerte era la sancion de estas disposiciones arbitrarias (1). No contento Marcó con agrupar todos aquellos ganados, donde mejor se le antojó, arrancó a ricos i pobres cuantos caballos le fueron necesarios para montar su ejército, i en Santiago se apoderó hasta de las mulas caleseras, a pretesto de que estando acostumbradas a tirar carruajes, eran excelentes para conducir el tren de

(11) Bando de 22 de Enero de 1817.

artillería (1). Quien conozca los hábitos e ideas de nuestros *guasos*, «que estiman más su caballo que su propia mujer» (2), ese comprenderá la irritación i los ímpetus de venganza que tal espoliación excitó en ellos. «Esta imprudente medida, dice un historiador contemporáneo, fué la que más eficazmente hizo patriota a todo el reino.»

Estas precauciones del despotismo, como casi siempre suele suceder, perjudicaron en vez de favorecer a los que las habían dictado. En vano se incendiaron los campos; los rebeldes encontraron techo en que guarecerse. En vano se quiso privarlos de caballos; los *guasos* se los llevaron espontáneamente, i eso cuando no iban a alistarse en persona bajo la bandera de la insurrección. En vano se intentó esterminarlos, porque sobrevivieron a la dominación de los godos, i solo se dispersaron cuando los opresores habían recibido un golpe de muerte.

En medio de los azares que le causaban las guerrillas i el levantamiento de la población, ocupaba todavía la atención de Marcó un asunto que no era a sus ojos de menor gravedad. San Martín para robustecerle en la persuasión de que la invasión venía por el sud i alejar de Valparaíso dos buques de guerra españoles que podían incomodarle, le anunció por una de esas falsas cartas, a que tanto crédito daba Marcó, la noticia de que habían zarpado de Buenos Aires el 25 de Octubre una fragata, tres corbetas, una goleta, dos bergantines i cuatro trasportes destinados a atacar a Talcahuano i San Vicente, para obrar en combinación con las fuerzas de tierra, que ya se movían desde Mendoza sobre la provincia de Concepción. Era imposible que tal escuadra hubiera salido, porque nunca había existido; pero Marcó trayendo a la memoria el corso de Brown, consideró probable su venida, i con esto sus apuros se redoblaron. Si antes se había propuesto defender cerca de 400 leguas por el lado de la cordillera, ahora se creía obligado además a proteger contra un desembarco las dilatadas costas de la República. Así fué que, a pesar de la escasez de dinero i de soldados, gastó 30,000 pesos en reparar la *Venganza* i la *Sebastiana*, completó su tripulación con tropa veterana i las lanzó contra una flota imaginaria, que esperaba encontrar desunida i maltratada por su reciente travesía del cabo de Hornos (3).

(1) Archivo del Ministerio del Interior.

(2) Guzmán, el Chileno Instruido en la Historia de su País.

(3) Para que se vea el candor con que Marcó creía, por inverosímiles que fuesen, las falsas noticias que San Martín le comunicaba por medio de las supuestas cartas de Castillo Albo, léase el siguiente documento que sacamos del Ministerio del Interior, donde quedan otros varios sobre la materia, en el cual reconoce con la mayor buena fe la existencia de una escuadra argentina que va a atacarle en combinación con las fuerzas de tierra i toma medidas para impedirlo.

«Señor don Tomás Blanco Cabrera, comandante de la fragata de S. M. La Venganza.

Cuando estimulé a U.S. por mi oficio de 15 a una conferencia viniendo a esta capital, fué para significarle la imperiosa necesidad de variar cualquier objeto en expedición, dirijiéndola contra los enemigos de Buenos Aires en estos mares. Tengo segura noticia de haber salido de allí el 25 de Octubre una fragata, tres corbetas, una goleta, dos bergantines armados i cuatro trasportes con 400 hombres de desembarco i

Dejemos a Marcó entregado a sus zozobras e incertidumbres, i volvámos a San Martín, que tenia sobre su adversario la ventaja inmensa de haber fijado un plan de operaciones. Mientras el presidente de Chile se perdía en cavilaciones i no hallaba qué hacerse con sus tropas, el jeneral arjentino habia determinado con la mayor precision el camino que debian seguir las suyas, los parajes donde debian hacer alto para descansar, i aun las horas que debian emplear en las jornadas, siendo lo mas admirable que habia calculado él solo i sin consultar a nadie todos estos pormenores. La reserva en estas materias le parecia una de las condiciones mas esenciales para el triunfo de su empresa. Si el enemigo llegaba a conocer la ruta que iba a tomar i consiguientemente el punto donde debia desembocar, su ejército habria sucumbido abrumado por la fuerza del número. Para evitar un descabro e impedir que una imprudencia o una traicion revelaran a los españoles dato tan importante, era preciso que del jefe abajo ninguno supiera un secreto de que dependia la vida de millares de hombres i la libertad de tres repúblicas. Consistiendo todas las probabilidades de la victoria en la ignorancia del itinerario, ninguna precaucion parecia excesiva para lograr que no se descubriera. Esta consideracion habia movido a San Martín a acantonar sus tropas, que ascendian a unos 4,000 hombres incluso las milicias, a corta distancia de Mendoza, i a rodear el campamento con guardias que prohibian a los soldados comunicarse con los

fusiles para armar sus partidarios, atacando a Talcahuano i San Vicente en combinacion de las fuerzas de tierra que ya están en movimiento de Mendoza contra la provincia de Concepcion i los partidos del sud de esta capital. A estas invasiones no me es permitido resistir con el corto ejército de mi mando en una línea descubierta de cerca de 400 leguas de mar i cordillera.—Ningun servicio es mas ejecutivo e importante, ni ningunas órdenes, aunque sean del Rei, pueden estar en oposicion de preferir este objeto. La fragata del mando de U.S. ha sido destinada de España espresamente para la seguridad de este continente. Las instrucciones del Exmo. Señor Virrei deben estimarse condicionales, pues no es presumible que si U.S. en su derrota encuentra otros enemigos que los que fué a buscar a Galápagos, los dejase por la espalda i siguiese al Callao. ¡Por lo mismo de ser uno de sus destinos la esploracion de las islas, puertos i costas de este reino, es claro que está en el plan de su expedicion la defensa de ellos en cualquier evento imprevisto. Así estimo que mediante mis reclamos no solo queda U.S. a cubierto, sino que se halla en la obligacion de auxiliarme con todas sus fuerzas.—Los motivos que U.S. espone en su contestacion de 16 no deben embarazarle, las averias de sus buques son de fácil remedio en Valparaiso, i lo mismo la falta de tripulacion i aun el completo de guarnicion a que yo provere con todo esfuerzo, no ménos que los caudales precisos para las obras i demas habilitacion. Se le agregará la corbeta Sebastiana, i si considera factible armar otro buque mercante, como la fragata Gobernadora que se halla igualmente en Talcahuano todo se aprontará. De esta suerte compondrá unas fuerzas visiblemente superiores a las enemigas compuestas de embarcaciones particulares armadas, con la ventaja de poderlas batir desunidas i con las averias que necesariamente deben padecer a la bajada del cabo de Hornos.—Pese U.S. tan graves razones i los incalculables e irreparables daños de omitir esta empresa que se le presenta de recomendar su celo i mérito en el mayor servicio del Soberano que puede emplearse hoy la marina real en el océano pacifico. En este concepto yo por mis obligaciones al Rei i al Reino no puedo dejar de insistir en la condescendencia de U.S. Cualquier infraccion de las órdenes superiores que tenga recaerá sobre mí. De no conseguirlo serán del cargo de U.S. las resultas, i responderá de esta protesta a S. M. i Exmo. señor Virrei a quien daré cuenta con ella, despachando a esta diligencia un buque tan pronto como me deje U.S. abandonado a la suerte azarosa de los enemigos, que no tengo medios ni otras fuerzas en esta parte con que resistirles.—Dios guarde a U.S. 17 de Diciembre de 1816.—Marcó.

moradores de la ciudad, a fin de que por ningun motivo pudiera traslucirse el momento de la partida ni espíarse por consiguiente el camino por el cual los patriotas se internarian.

Si a los suyos los mantenía en una completa oscuridad sobre sus designios, a los enemigos los engañaba con todo jénero de artificios. Con el objeto de desorientarlos mas i mas acerca de la direccion que seguiria, destacó tres pequeños cuerpos al mando de los tres oficiales Cabot, Lémus i Freire, que debían presentarse al mismo tiempo el uno por Coquimbo, el otro por el Portillo i el tercero por Talca, con la intencion de que los españoles se dispersasen por acudir a la defensa de estos tres puntos, temiendo ver aparecer en alguno de ellos al grueso del ejército.

Tomadas estas disposiciones, cuando se acercó el momento de cruzar los Andes despachó a Buenos-Aires un propio para poner en conocimiento del gobierno que había fijado para su salida el 17 de Enero de 1817 i solicitar en consecuencia su aprobacion, advirtiéndole que si no recibía respuesta ántes de esa fecha, como todos sus preparativos le obligaban a salir en el plazo señalado, supondría un consentimiento tácito i se pondría en marcha sin aguardar contestacion. Una circunstancia especial contribuía a hacer en extremo notable este mensaje. El conductor encargado de llevarlo disponía de un tiempo tan angustiado para desempeñar su comision, que si se detenía un solo día en la capital, a su vuelta no alcanzaba al ejército en el campamento, cosa que cuidó San Martín de anunciar al director. El jeneral había esperado la última hora para remitir el correo, a fin de evitar con esta premura las vacilaciones i demoras de la autoridad central, que le habrían espuesto a fracasar. Sabía que Pueirredon i el ministro de la guerra don Márcos Balcarce eran poco adictos a la espedicion, i trataba de impedir con aquella precipitacion estraña en un asunto de tamaño importancia, que una providencia aconsejada por la timidez o la indicision desbaratase todos sus aprestos, fruto de tantas fatigas i meditaciones. Si el jefe supremo del estado trepidaba en darle la orden de marchar adelante, él estaba dispuesto a hacerlo sin aquella formalidad; porque sabía que una victoria le absolvería de todo reato, i un desastre al otro lado de los Andes, siendo imposible la retirada, le costaría la vida, tuviera o no tuviera la aprobacion del director. Lo que había previsto sucedió. Pueirredon i Balcarce, que temían echar sobre sí la responsabilidad de una empresa que a cualquiera otro que no fuera San Martín, parecía en extremo peligrosa i aventurada, para descargarse sobre este del peso de la determinacion demoraron la respuesta hasta que supusieron que se había puesto en marcha.

En efecto San Martín no había titubeado, e inquietándose lo ménos del mundo por la tardanza de la contestacion del director, la víspera del día que tenía fijado para salir, había convocado un consejo de

los principales jefes, a quienes confió entonces por la primera vez el fin que se proponía i los medios de realizarlo.

A la siguiente madrugada, 17 de Enero de 1817, partió por el camino de Huspallata el coronel Las-Heras con el batallón núm. 11 reforzado con 30 granaderos a caballo i dos piezas de montaña. A alguna distancia iba a su retaguardia el gran parque de artillería, que en los parajes inaccesibles a las bestias de carga era necesario arrastrar a fuerza de brazos. El objeto de esta pequeña division era atraer la atención del enemigo hacia aquella parte para facilitar el pasaje del grueso del ejército, que venia por los Patos.

San Martín organizó sus tropas en tres divisiones: la de vanguardia a las órdenes del mayor jeneral Soler, la del centro a las de O'Higgins i la retaguardia bajo su propio mando. El 18 el ejército comenzó a salir del campamento, que acabó de evacuar el 19, dejándolo como estaba rodeado de guardias de milicias, de modo que los mendozinos no supieron ni el día ni la dirección de su marcha.

Principiaba San Martín a trepar las cordilleras, cuando uno de esos baqueanos, que corren por sus crestas casi con la velocidad de telégrafos eléctricos, llegó apresuradamente a anunciarle de parte del coronel Las-Heras, que su mayor don Enrique Martínez con 110 hombres había tenido en el paraje denominado Picheuta, un encuentro con 250 realistas capitaneados por el mayor de Talavera don Miguel Marqueli, el cual se avanzaba a practicar un reconocimiento, i que después de dos horas i media de fuego los patriotas se habían visto forzados a retirarse, a causa de la ventajosa posición del enemigo i de la superioridad de su número; pero que Marqueli había abandonado inmediatamente su puesto, dejando en el sitio algunos cadáveres i viveres. (1) Estaba el jeneral bajo la impresión de este suceso que abría la campaña, sino con una derrota, tampoco con una victoria, cuando apareció por el lado de Mendoza don Hilarion de la Quintana, conduciendo un pliego del supremo director, en que le intimaba que retrogradase con sus tropas, si no contaba con la seguridad del triunfo. San Martín se encontró colocado en una crítica alternativa; continuar adelante era echar sobre sus hombros el peso de una responsabilidad terrible, retroceder era perderlo todo, porque si volvía a Mendoza, iba a desbandarse el ejército falto de paga i de viveres. No obstante, no tuvo siquiera un momento de irresolución, incorporó en sus tropas a don Hilarion de la Quintana, que ignoraba el contenido del mensaje i se guardó en el bolsillo el oficio, a que solo contestó con el boletín de la victoria de Chacabuco. (2)

El ejército, que no sospechó absolutamente las angustias del jeneral, prosiguió impertérrito la marcha por entre las asperezas de los Andes,

(1) Diario del jeneral Las-Heras.

(2) Conversación con don José Antonio Álvarez Condarco, que se encontraba con san Martín al tiempo de recibir dicho oficio.

cuya aridez le precisaba a trasportar consigo hasta el alimento de las cabalgaduras. San Martín, por si los españoles le acometían en las gargantas de la cordillera, no daba un paso sin fortificar inmediatamente los puntos favorables que se le presentaban, i sin acopiar en ellos provisiones para el caso de una retirada.

Aquí querriamos poder detenernos para referir con todos sus pormenores ese maravilloso pasaje de los Andes, que bastaria el solo para inmortalizar al ejército que lo emprendió, aun cuando no hubiera ligado su nombre a las batallas de Chacabuco i Maipo. Esas montañas estupidas, cuyas cúspides se pierden entre las nubes, cubiertas de nieves eternas i coronadas de volcanes, opusieron a su tránsito mas dificultades que las armas enemigas. El aspecto jeneral de esos cerros, que se suceden unos a otros en una progresion cuyo término no se divisa, con sus cimas blanqueadas por la nieve, como las olas por la espuma, es el de un vasto océano que un soplo poderoso hubiera petrificado en el momento que levantaba hacia el cielo sus aguas encrespadas por la tempestad. ¡Tan accidentada es su superficie, tan profundos sus valles, tan prodijiosas sus alturas! La semejanza indicada parece mas perfecta todavia, cuando se sabe que ese mar de piedra, tiene como el verdadero mar sus dolencias endémicas, i que las personas que lo surcan, están sujetas a una enfermedad llamada *puna*, que como el mareo hace sufrir agonias terribles al paciente. La dificultad de respirar, ocasionada por la rareza del aire que corre en las rejiones superiores es tan grande en los Andes, que durante el tránsito de los espedicionarios, batallones enteros se vieron obligados a detener su marcha i a sentarse en el suelo por no poder sacar el aliento de sus pechos jadeantes.

Esa barrera colosal que separa a Chile de las Provincias Argentinas, i donde reina un invierno perpetuo, tiene todos los inconvenientes del océano, sin tener ninguna de sus ventajas. En un viaje maritimo hai que conducirlo todo consigo so pena de perecer; pero el viento i el agua ejecutan gratuitamente el transporte, que en estos páramos estériles i escabrosos no puede efectuarse, sino a costa de los fatigosos esfuerzos del hombre. Para comprender bien todas las dificultades que los soldados tuvieron que vencer durante su marcha, baste advertir que a mas de sus pertrechos de guerra arrastraban consigo alimento para el hombre, forraje para el animal, tiendas en que guarecerse i leña con que calentar sus miembros entumecidos por el frio; porque en aquellas soledades graníticas no crecen árboles ni yerba, i no se encuentran asilo ni refujio contra la rijidez del clima,

El único camino que se presentaba para salir de aquel laberinto de montañas, en que se habian comprometido, era un angosto sendero que serpenteaba al borde de anchurosos barrancos cuya profundidad causaba vértigo, i que ofrecian en su seno espaciosa tumba para un ejército entero. A veces la vereda que seguian se angostaba tanto, que

por un lado tocaban los transeuntes a la roca, i por el otro veian a sus piés el abismo en cuyo fondo mujian impetuosos torrentes con el estrépito de cataratas, mientras sobre sus cabezas contemplaban masas de piedra que parecian próximas a desprenderse al menor choque i arrojarlos al precipicio que costeaban. En otras ocasiones eran subidas tan escarpadas o bajadas tan rápidas, que parecia imposible trepar o descender por ellas. Sin embargo todas esas dificultades fueron superadas. Con el favor de Dios los independientes no tuvieron el sentimiento de marcar su pasaje, dejando a su espalda los huesos de muchos de sus compañeros. Por mas que hayan dicho algunos historiadores, la muerte respetó sus filas. La intemperie produjo una que otra baja; pero la mortandad no fué cosa notable en la tropa. Este resultado debe atribuirse, no por cierto a la suavidad de aquel camino abierto en la roca viva, sino a la prudencia con que el jeneral habia calculado todas las medidas de precaucion para proteger la vida de sus soldados. Prueba nuestro aserto lo costosos que fueron los medios a que tuvo que recurrir para conseguirlo. Mas de nueve mil mulas i ochocientos caballos herrados trajo consigo para trasportar el ejército i sus bagajes, i cuando llegó a este lado de la cordillera, mas de la mitad de las primeras habian perecido, i de los segundos solo ochenta se encontraban capaces de soportar un jinete. Pero en fin, poco importaban tantas fatigas, tantas penalidades que ya habian sido pasadas; poco le importaba a San Martin que su jente estuviera a pié; no son las cabalgaduras lo que escasea en los valles de Chile; i la victoria debia parecerle segura, porque atravesar los Andes era mas difícil que vencer a los realistas.

Mientras tanto la division Las-Heras, despues de la corta refriega con Marqueli, que dejamos referida, habia continuado su ruta por Huspallata. Su valiente jefe llevaba en sus instrucciones marcada la marcha casi paso a paso. Ningun accidente digno de mencion le sobrevino hasta que el 4 de Febrero se encontró delante de la *Guardia*. Resolvió apoderarse de este punto militar en términos, si era posible, que los individuos de su guarnición fueran pasados a cuchillo o hechos prisioneros, para que ninguno escapándose pudiera llevar la noticia al enemigo. Al efecto destacó al mayor don Enrique Martinez con 480 hombres i con la órden de que procurara que ni una sola persona se le saliera del fuerte. Aquel teniente, propio para servir bajo tan bizarro superior, asaltó la posicion con el ardor de quien deseaba que la funcion no se asemejara a la de Picheuta, se la tomó a la bayoneta i de los 106 hombres que la ocupaban solo 14 se salvaron, porque 50 quedaron prisioneros i los demas muertos.

Las-Heras, segun el itinerario que le habia designado San Martin, no debia posesionarse de Santa Rosa, sino el 8 de Febrero. Tenia pues que aguardar cuatro dias ántes de proseguir adelante, i durante ese tiempo estaba forzado a evitar todo combate so pena de desarreglar i de frustrar talvez el plan jeneral de la campaña. Los movimientos de las di-

versas divisiones debian ser uniformes i medidos casi por reloj. Unas cuantas horas de atraso o de apresuramiento podian causar perjuicios inmensos, perderlo todo quizá. Las-Heras no lo ignoraba, i por cumplir con su deber de subalterno sumiso deseaba en esta ocasion aplazar toda contienda con tanta ansia, como habia experimentado en otras porque se aproximara. Pero lograrlo parecia dificil, pues era de suponer que los realistas tan luego como tuvieran conocimiento de lo ocurrido en la Guardia, se apresurarian a cerrar el paso a los patriotas i se pondrian sin tardanza en marcha contra ellos. Solo habia probabilidades de demorar el encuentro, aparentando retirarse i consiguiendo hacerlo creer. Fué este el arbitrio que tocó Las-Heras. Dió a su tropa la órden de retroceder, i en el momento de ponerse en camino con uno de los mismos prisioneros dirijió un oficio al primer jefe enemigo que encontrara, anunciándole que la suerte de los soldados que le habian tomado en Picheuta, seria la de los que acaba de capturar en la Guardia. Escusado parece decir que aquel mensaje no era mas que un pretexto para notificar a los godos la finjida retirada; pero no lo es advertir que la estratajema surtió un efecto completo. Quintanilla, jefe del canton militar de Aconcagua, recibió la nota en Santa Rosa, precisamente cuando se estaba disponiendo a partir contra el cuerpo de insurjentes capitaneado por Las-Heras. El aviso le hizo vacilar sobre el partido que convendria adoptar, mas poco le duró su irresolucion, pues casi instantáneamente le llegó otro aviso, comunicándole que por el lado de Putaendo asomaba una columna enemiga. Entónces lisonjeándose con que por la parte de la Guardia habia cesado todo peligro, determinó correr a contener a los invasores por donde se presentaban, i abandonó sin ningun cuidado la villa de Santa Rosa, de la cual Las-Heras, merced a su ardid, no tardó en apoderarse con la mayor facilidad. (1)

La columna que aparecia por Putaendo era la vanguardia mandada por el brigadier Soler, quien al saber que se acercaban los españoles, dispuso que saliera a recibirlos el comandante Necochea con una partida de 80 granaderos, los únicos para los cuales fué posible proporcionarse caballos. La division de Quintanilla constaba de caballeria e infanteria i era estremadamente superior en número, i como si eso no bastara, se habia posesionado del cerro de las Coimas i ocupaba una ventajosisima posicion. Cuando los patriotas estuvieron a su vista, el comandante reconoció que seria una insensatez pensar en desbaratarlos en tal atrinchamiento, i finjendo haberse atemorizado con su imponente aspecto, volvió las espaldas i comenzó a retirarse. Los godos se lo creyeron, i confiados en su superioridad i en la timidez de sus adversarios, se precipitaron a todo correr hacia la llanura, esperando que aquello seria no un combate, sino un desparramo i una carniceria. Pero sucedió mui al reves de lo que se habian imaginado, porque los granaderos que con

(24) Diario del jeneral Las-Heras.

su movimiento solo habian querido hacerlos bajar de la altura, volviéndoles caras de repente, les dieron tan feroz carga, que los acuchillaron i correataron en todas direcciones. Lo que sobre todo contribuyó a aterrorizarlos, fué el ruido inusitado de las vainas de laton que traían las de cuero. Los fujitivos no dejaron de correr, sino mui léjos, i cuando fueron a incorporarse con el grueso del ejército, comunicaron a sus compañeros el pánico que les habian causado los sablazos de los granaderos i la sonajera de sus vainas.

Las dos victorias parciales alcanzadas por Las-Heras i Necochea entregaron a San Martin la provincia de Aconcagua, i le permitieron procurarse viveres en abundancia, i lo que mas le importaba, montar su caballería. La division Las-Heras, que como hemos dicho, habia venido por el camino de Huspallata hasta Santa Rosa, se unió en ésta villa con el cuerpo principal, que habia atravesado los Andes por los Patos. Asi se habia ejecutado al pié de la letra el plan de San Martin sin que ninguno de sus cálculos le fallara, sin que ninguno de sus subalternos dejara de llenar perfectamente la parte que se le habia encomendado.

Antes de seguir a los patriotas en su marcha a Chacabuco, volvamos la atención a lo que pasaba entre los godos. Contaban con un ejército de 5021 hombres, que por lo tanto excedia en 1061 al de San Martin, que no alcanzaba en el momento de pisar nuestro territorio, sino a 3960; pero estaba esparcido a grandes distancias, fraccionado por batallones, por compañías, i no tenia absolutamente ningun jeneral bueno ni malo que lo mandara. Esto último parecerá increíble, inaudito; pero es la verdad. Corria ya ese mes de Febrero, en cuya mitad iba a decidirse la cuestion, i Marcó i su círculo no pensaban en elegir un caudillo que condujera sus huestes a la batalla. ¿En qué se ocupaban esos hombres? ¿cuál era su plan?

Un día arriba de improviso el teniente coronel Marqueli, ha visto al enemigo, se ha batido con él en la misma cordillera, los invasores no vienen por el sud, van a atacar por Aconcagua. Los palaciegos pierden el tino, no saben qué hacerse. En su confusion llegan a persuadirse que son innumerables las tropas de San Martin, pues tambien les llegan noticias de que otras columnas aparecen por el sud. ¿Qué hacer? ¿Cómo concentrar ese ejército que han ido desmembrando por cada provincia, por cada departamento, por cada villorrio? No se han recobrado todavía de la sorpresa, de la primera impresion de terror, cuando he aqui que las malas nuevas se suceden sin interrupcion. La Guardia ha sido tomada; Quintanilla vergonzosamente derrotado. No hai remedio; o abandonan la capital, o tienen a su pesar que venir a las manos casi en las goteras mismas de la ciudad, porque el jeneral insurgente avanza i nada le detiene. Los propios salen en todas direcciones con órden a los comandantes de que se pongan en marcha sin tardanza, i se en caminen pronto a Aconcagua. Los batallones se apresuran, i corren

al encuentro de sus adversarios. Pero ¿cómo van a batirse? ¿quién va a mandarlos? No lo saben. El jeneral en jefe no se les ha dado a reconocer, no se ha nombrado aun siquiera.

¿Qué negocio tan grave embarga las potencias de don Francisco Gassimiro, para que no atienda a designar un jefe, ya que no es capaz de dictar otras providencias? ¡Está ocupado en arbitrar los medios de poner a salvo su equipaje, de impedir que los agresores se apoderen no del reino, sino de los lindos dijes que adornan sus salones! No somos nosotros los que le levantamos una calumnia pueril i ridicula, si careciera de fundamento; es él mismo quien lo dice en una carta confidencial, que vamos a copiar íntegra; porque patentiza cuales eran los grandes pensamientos que le absorbían en la hora del peligro, cuatro días ántes de la batalla de Chacabuco. «Señor don José Villegas—Reservada—Santiago i Febrero 8 de 1817—Mi apreciable amigo: ya estará V. impuisto de los últimos sucesos de los Andes, i que estos no han sido tan favorables como me lo esperaba. Los enemigos por *todas partes* asoman en grupos considerables, i cada dia descubren mas sus ideas de comprometernos, llamándonos la atencion por todas partes para apoderarse a un tiempo mismo del Reino todo, o para dividir nuestras pocas fuerzas para tamañas atenciones. Si ocurro a ellas, segun se presentan, mui en breve disminuiré mi pequeño ejército con las pérdidas que son consiguientes; si me reduzco a la capital, puedo ser aislado; i perdida la comunicacion con las provincias i ese puerto, me quedo sin retirada i espuesto a malograr mi fuerza, que pudiera desde luego contrarrestar la de los invasores, *si los pueblos estuvieran en nuestro favor; pero levantado el Reino en masa contra nosotros*, i obrando de acuerdo con el enemigo, toda combinacion es aventurada, i todo resultado incierto. Por estos principios, i el hallarse mi tropa cansada con los continuos movimientos que he tenido que hacer con ella en las presentes circunstancias, me veo precisado a manejarme con toda la precaucion que dicta la madurez i la prudencia.»

«Sin otro motivo, por ahora, i atendiendo al mucho equipaje con que me hallo, i que me seria tanto mas doloroso el perderlo en la última desgracia, cuanto que se aprovechasen de él estos infames rebeldes, he resuelto remitir una pequeña parte a ese puerto, a cargo del portador que es mi mayordomo, a quien estimaré a V. le franquee una pieza en su casa donde pueda depositarlo con lo demas que vaya remitiendo en lo sucesivo; para que en un caso desgraciado, que no lo espero, sin embargo de la maldita sublevacion del Reino, me haga favor de embarcarlo con su persona en uno de los buques mejores que *haiga* en ese puerto, o en el Justiniano como que es de la real hacienda, procurando salvarlo a toda costa para que esta canalla no se divierta a costa de Marcó.»

«Por precaucion ya tengo anticipado a V. aviso para que tome todas las medidas mas convenientes para asegurar ese punto, i con igual ob-

jeto camina, como se lo tengo dicho en oficio de hoi, el señor Olaguer Feliu, pues este debe ser el punto de retirada de mis tropas. Por las mismas razones deberá V. embargar todos los buques que se hallen en ese puerto i los que vayan viniendo, sin permitirles la salida, i reservando siempre el objeto de esta providencia, que no conviene se trasluzca por ahora. Para lo cual será siempre bueno el honestar la prohibicion de su salida con *la recalada de la escuadrilla enemiga*—F. Casimiro Marcó del Pont.»

Esta carta no necesita comentarios. Basta leerla para figurarse al hombre que la firma. No se encuentran por otra parte palabras para vituperar como merece al mandatario menguado, que en semejante ocasion no aliende a su deber, sino a librar del pillaje sus miserables fruslerias, i que en vez de meditar en los medios de resistir i de vencer, se entretiene en asegurarse los de la fuga. Al fin Marcó, cuando hubo provisto a tan serios e importantes intereses, vino a fijarse en elegir un caudillo que dirigiera sus tropas, i encomendó el cargo a don Rafael Maroto, comandante de los Talaveras.

Este caballero, recién electo jeneral de una division desorganizada, i cuyos batallones, fatigados todavia por la marcha, acababan de incorporarse unos a otros, no se reunió con ella, sino la antevispera de la batalla. En el campamento reinaba ese desaliento que siempre se apodera del soldado, cuando conoce que no hai sistema, cuando no se ve dirigido por una cabeza capaz i una voluntad firme. Habian perdido la conciencia moral de sus fuerzas, i antes de batirse, estaban derrotados. En los corrillos no hablaban de otra cosa, sino de la terrible carga de los granaderos de las Coimas, de los sanguinarios e implacables negros que formaban batallones enteros en el ejército patriota. Estas conversaciones solo servian para desanimarlos mas i mas; i lo peor era que no hallaban a su alrededor nada que los estimulara, nada que volviera a templar su valor; pues veian que la poblacion en masa se pronunciaba en su contra, i que aun los individuos que se ponian en contacto con ellos, pedian por lo bajo al cielo el triunfo de los libertadores.

Todo lo contrario sucedia en el ejército de San Martin. Los soldados tenian fé en un jeneral que con una mezcla admirable de prudencia i audacia habia principiado, ántes de desbaratar al enemigo, por superar los obstáculos que le oponia la naturaleza misma. Sus primeras victorias les parecian el preludio de otras mas grandes todavia. Las simpatias que los habitantes se apresuraban a manifestarles, no hacian sino acrecentar su entusiasmo. Asi estaban impacientes por pelear, i ardian por mostrar lo que valian a la faz de un pueblo que espectador interesado de la contienda, seguia sus menores movimientos con la mayor ansiedad.

El 11 de Febrero de 1817, San Martin abandonó la villa de Santa Rosa, i dió la orden de continuar adelante. Solo la cuesta de Chacabuco separaba ya a los combatientes. La jornada de ese dia fué corta. San

Martin se empleó en estudiar el terreno, i en coordinar su plan de ataque. Hizo que sus dos ingenieros don Antonio Arcos i don José Antonio Álvarez le levantasen un croquis de la cuesta i sus cercanías, i cuando poseyó todos los datos, adoptó su partido i aguardó tranquilo que llegase el momento de la ejecucion.

Al amanecer del siguiente día las tropas patriotas se pusieron en marcha. Iban repartidas en dos divisiones. La primera capitaneada por el brigadier don Miguel Soler, se componia de los batallones N. 4 de cazadores i N. 11, de las compañías de preferencia del N. 7 i del N. 8, de siete piezas de artilleria, de la escolta del jeneral i del cuarto escuadron de granaderos a caballo. La segunda mandada por el brigadier don Bernardo O'Higgins, constaba del grueso de los batallones N. 7 i N. 8, de dos piezas i de los tres primeros escuadrones de granaderos a caballo. Sobre la cima de la cuesta se divisaba un cuerpo de realistas, no mui considerable, dispuesto segun las apariencias para cerrarles el pasaje. La division Soler tomó por una vereda estraviada a la derecha del camino que va de Santa Rosa a Chacabuco, i prosiguió andando oculta por las serranias i sin ser apercebida de los que ocupaban la cumbre; mientras que la division O'Higgins marchaba por el camino real a la vista del enemigo, i en la actitud de tratar de desalojarle. Cuando esta última estuvo a tiro de fusil, sus adversarios, que la dominaban por la manera como estaban colocados, le dispararon una docena de fusilazos, a que no contestó, sino con el redoble de sus tambores i las tocatas de sus clarines. Pero como si aquellos sonidos tuvieran un prestigio mágico, los godos abandonaron en desórden su posicion, i huyeron desparvoridos cuesta abajo. Entónces O'Higgins, exhortando a sus soldados con la palabra i el ejemplo, se precipitó tras ellos, habiéndose demorado apenas para recobrase del cansancio que les habia causado la subida. El terror de los realistas habia sido producido por la aparicion de la columna de Soler, que cuando ménos se lo imaginaban, se les presentó por su flanco izquierdo. Viéndose rodeados por esta evolucion, desesperaron de sostenerse, i solo pensaron en salvarse. Al mismo tiempo que O'Higgins perseguia por la espalda a los fujitivos, Soler guardando la misma disposicion que habia observado hasta aquel momento, continuó caminando por las quebradas de la derecha.

Quando San Martin, que venia a la retaguardia, hubo llegado a la cumbre, su primer cuidado fué cerciorarse del estado de las cosas, i con el antejo de uno de sus ingenieros se puso a examinar el campo en todas direcciones, tomando juntamente noticias de cuantos le rodeaban. A lo léjos i allá en la planicie alcanzaba a distinguirse formada en batalla la línea de los enemigos. A mas corta distancia veíase a la division de O'Higgins correr encarnizada i a paso redoblado sobre los dispersos del destacamento que acababa de desbaratar con solo su presencia. El cuerpo de Soler habia desaparecido entre las irregularidades del terreno. Conociendo San Martin la impetuosidad del primero de estos

jefes, calculó que nada le contendría, i que trabaría la pelea sin aguardar el arribo de la division de la derecha. Inquieto por una presuncion que todo hacia demasiado probable, despachó unos tras otros a todos sus ayudantes para ordenar al brigadier Soler que se apresurara en auxiliar a sus compañeros, i él mismo continuó adelante para ir a participar la suerte de los combatientes.

Los españoles contaban con dos batallones de infanteria, el de Talavera i el veterano de Chiloé, que ascendian como a 1500 hombres, reforzados con la correspondiente caballeria. Habian escojido una posicion ventajosa. Apoyaban su derecha en un barranco defendido con dos piezas de artilleria, i su izquierda en un cerro a cuya espalda habian colocado la caballeria, a fin de que los protejese por detras. Como desde luego solo les acometió la division O'Higgins, no eran inferiores en número a los patriotas. La reyerta fué durante una hora porfiada i sostenida; el fuego bien graneado, i el coraje igual por ambas partes. La infanteria de los republicanos dió repetidas cargas a la bayoneta con O'Higgins a su cabeza, pero no pudo, apesar de su impetu, desbaratar la linea enemiga, a causa de que al coronel Zapiola le fué imposible secundarla por su costado derecho, pues teniendo para hacerlo que atravesar por la falda del cerro en que se apoyaba, la naturaleza del terreno impedía maniobrar a sus famosos granaderos i los esponia a recibir a pecho descubierto las balas del enemigo. Hallábase el combate en esta indecision, cuando dos compania del N. 1 de cazadores, que cómo se recordará pertenecian a la division Soler, habiendo recibido por medio del ayudante Álvarez Condarco la órden que trasmitia el jeneral a todos los jefes indistintamente de que acometieran sin tardanza, se dejaron caer al mando del capitán Salvadores por ese mismo cerro que protejia la izquierda de los realistas, i estorbaba las cargas de Zapiola. Miétras este asalto imprevisto e impetuoso desorganizaba aquel costado i permitia a la caballeria de la division de O'Higgins cumplir con su deber, el comandante don Mariano Necochea con el cuarto escuadron de granaderos se precipitaba por la espalda del mismo cerro e iba a embestir con un empuje irresistible a la caballeria española situada en aquel lugar. Los jinetes realistas recordando seguramente el encuentro de las Coimas, no tuvieron ánimo para resistirles, i amainando al primer choque, buscaron la salvacion en la lijereza de sus caballos. Muchos de ellos en la confusion de la huida fueron a estrellarse con la infanteria, i acabaron de desordenarla. Aprovechándose del desbarato, O'Higgins con sus valientes soldados, Zapiola i Necochea con los suyos, asaltaron, rompieron i atravesaron por varios puntos las filas de los godos. Por un movimiento de desesperacion, trataron estos todavía de defenderse formándose en columna cerrada; mas la presencia de espíritu los habia ya abandonado, i esta maniobra mal ejecutada solo sirvió para que se declarara la derrota i comenzase la carniceria (1).

(25) Hemos descrito la batalla de Chacabuco, guiándonos particularmente por datos

San Martín queriendo evitar a toda costa que los fugitivos se rehiciesen i fuesen a encerrarse en Santiago, hizo partir a escape en todas direcciones a sus ayudantes para que ordenasen a todos los jefes de caballería que los persiguiesen hasta donde les aguantaran los caballos. Este mandato fué cumplido demasiado al pie de la letra. Los sables que los granaderos traían afilados en el molejon, causaron destrozos espantosos. Despues se encontró un cadáver que había sido materialmente rajado por un hachazo en dos porciones desde la cabeza hasta la parte inferior; hallóse también un fusil que había sido rebanado de un sablazo (1). En los momentos de principiar la derrota, el comandante Necochea tenía rodeado con su escuadron un piño de prisioneros; uno de ellos, instigado probablemente por la rabia, lanzó un tiro a quemarropa sobre un hermano de este jefe que servía en el mismo cuerpo. Apenas vió el comandante caer por semejante alevosía a su hermano sangriento i al parecer sin vida, cuando arrebatado por el sentimiento de pérdida tan sensible, gritó a su jente que sin dar cuartel a nadie acuchillasen a los dispersos. El escuadron obediente a su voz emprendió la carrera, dejando marcado su pasaje con una huella de sangre, i no se detuvo hasta el portezuelo de Colina. A 700 se hace subir el número de realistas, que murieron en esta jornada, lo que para un ejército de 2500 hombres a lo sumo, era una mortandad horrible. Entre ellos se encontraron dos jefes que sucumbieron como bravos, Marqueli i Elorreaga. La pérdida de los patriotas fué mucho menor, i en la clase de oficiales solo se contaron dos de baja graduacion, Hidalgo i González.

Como se ve, la batalla de Chacabuco no fué notable ni por la estrategia que desplegaron en ella los jenerales, ni por el número de combatientes, ni por lo reñido de la pelea. Los ejércitos no se estuvieron tiroteando durante dos días, como sucedió antes en Rancagua. Los patriotas aun eran muy superiores a los realistas; nada tenía de extraño que vencieran. ¿Por qué entonces este hecho de armas es tan célebre, i por qué tan justamente célebre? Es porque para apreciar una batalla, no debe atenderse solo a lo que es en sí, sino también a los antecedentes que la han preparado i a los resultados que son su consecuencia. Si la victoria fué tan poco costosa para los republicanos en Chacabuco, eso lo debieron al prodijioso ingenio i a la profunda prudencia de San Martín que, desde su gabinete en Mendoza, supo con sus ardidés desarmar a los españoles en Chile i reducirlos a la impotencia de resistirle. Uno admira este combate porque suministra una prueba evidente de que aun en la guerra, cuyos resultados parecerían a primera vista depender de solo la fuerza bruta, la intelijencia lo puede todo; porque es la solución prevista de un problema cuya incógnita se ha despejado por cál-

que nos ha suministrado don José Antonio Álvarez Condarcó, ayudante de San Martín en aquella jornada.

(1) Conversacion con el jeneral argentino Dehesa.

culos casi matemáticos; porque es la consecuencia precisa de preparativos que uno ha estado viendo ejecutar para arribar a este mismo fin. No es que nuestro ánimo sea atribuirle toda la gloria a San Martín, pues consideramos que les cabe parte no pequeña a los agentes de toda especie que tan hábiles se mostraron en secundarle; pero lo que queremos decir es que la acción no tiene en sí nada de mas portentoso que tantas otras de la independencia. Toda su grandeza consiste en que es un acontecimiento cuya realización se ha estado disponiendo desde muchos meses antes, i que ha satisfecho plenamente las expectativas de los que lo han producido. Es un hecho que no debe nada a la casualidad, i que lo debe todo a la prevision humana. Si el ejército godó estaba vencido ántes de venir a las manos, es porque las felices tramoyas de los insurjentes le habian hecho perder la conciencia de su poder. Si al pié de la cuesta no se hallaron reunidos los 5,000 soldados con que contaba Marcó, es a causa de la incertidumbre acerca del punto amagado, en que le habia colocado San Martín; es a causa de esa insurreccion de las campiñas que Rodriguez habia organizado. Pero no porque haya pasado como decimos, se deslustran en lo menor los timbres de los guerreros que asistieron a esta función. ¿Qué importa que no hayan peleado largas horas, qué importa que no hayan ejecutado en el campo de batalla difíciles i complicadas evoluciones, cuando han tenido que soportar durante muchos meses las mas rudas tareas, cuando han tenido que atravesar los Andes i medirse con la naturaleza ántes que con el hombre?

Mientras patriotas i realistas reñían en Chacabuco, Marcó, que por un error de cálculo inconcebible no juzgaba tan próximo al enemigo, se ocupaba en Santiago de formar con las tropas que a cada momento llegaban de diversos puntos una buena division para que corriese en auxilio del cuerpo de Maroto. Ese mismo dia hizo salir por la mañana con aquel objeto al comandante don Manuel Barañaño con su regimiento de huzares de la Concordia, i él mismo quedó disponiendo las cosas necesarias para que por la tarde siguieran igual direccion dos batallones de infantería, un regimiento de caballería i una brigada de artillería. Por el camino Barañaño tuvo noticias de que la batalla estaba trabada, i como el jeneral enviase a pedir socorro con instancias, apresuró el paso cuanto pudo. De trecho en trecho iba recibiendo partes que le comunicaban las peripecias del combate. Subía el porte-zuelo de Colina, cuando le salieron al encuentro los primeros fujitivos, i con ellos el oficial don Anjel Calvo, quien al mismo tiempo que le anunció el revés que acababan de experimentar, con esa temeridad producida por la desesperacion de una derrota, le aseguró que la victoria habia sido en extremo costosa para los invasores, que habian quedado casi tan maltratados, como los mismos vencidos, i que si una tropa de fresco caía sobre ellos en medio de su triunfo, el éxito no seria dudoso. La exasperacion, el amor propio humillado, el deseo de venganza hacian

pintar a Calvo tan miserable la situacion de los patriotas, que fué hasta intentar persuadir a Barañao que bastaba una carga de su rejimiento para cambiar la faz de los sucesos; los vencedores se habian apoderado de la bodega de la hacienda de Chacabuco, i estaban entorpecidos por el cansancio i la embriaguez. Aunque al comandante no dejó de halagarle aquel proyecto, i aunque la primera impresion de la desgracia le hacia hervir la sangre en las venas, conservó sin embargo mas calma que su interlocutor para no atreverse a tomar por sí solo tan grave resolucion. Mandó hacer alto a su jente, i él se volvió a escape a Santiago, a fin de consultar la voluntad del presidente.

Encontró a Marcó a poco mas de una legua de la ciudad, en el lugar denominado la Palmilla, con esa division de que ya hemos hecho mencion mas arriba; i que marchaba a incorporarse al ejército. Le habló con el mismo tono con que a él le habia abordado Calvo, le infundió aliento; le hizo concebir la posibilidad de convertir la derrota en una espléndida victoria, enumerándole las fuerzas de que podian disponer; le persuadió que su idea no era un sueño; sin contar los muchos dispersos que indudablemente reunirian, el rejimiento de húzares que en aquel momento guardaba el portezuelo de Colina, ascendia a 300 plazas, a otras tantas el de los dragones capitaneados por Morgado, el batallon Chillan i el auxiliar de Chiloé componian 1,000 hombres, Cacho mandaba una brigada de artilleria perfectamente provista i equipada (1); todos estos cuerpos estaban disponibles; ¿qué les impedia sorprender con ellos al enemigo? Marcó que siempre era de la opinion de la persona con quien hablaba, halló el plan admirablemente concebido i mui realizable, i convino en que Barañao montando 900 infantes, sea a la grupa de sus húzares, sea en los caballos de reserva, se precipitaria sobre los vencedores i renovaria el combate. El comandante conociendo que no habia tiempo que perder, partió de nuevo a escape, para traer en persona su rejimiento a fin de trasportar la infanteria, i dictar algunas otras providencias que precisaban en las circunstancias. Mas apénas habria andado dos leguas, cuando le alcanzó un espreso del presidente con la órden de que se volviera sin tardanza, i aunque mui a su pesar se vió forzado a obedecer.

Era el caso que Marcó, irresoluto siempre i propenso a variar segun

(1) El cómputo de estas tropas que hemos apuntado en el testo nos ha sido dado por don Manuel Barañao; pero Ballesteros en su Revista de la Guerra de la Independencia hace subir todavia a mucho mas su número. En un estado que forma de las fuerzas que le quedaban a Marcó despues de la derrota de Chacabuco, atribuye a cada uno de estos cuerpos lo que a continuacion se ve:

Batallon auxiliar de Chiloé. . . . .	630 hombres.
Id. Chillan. . . . .	746 "
Rejimiento de dragones de Concepcion . . . . .	416 "
Escuadron de húzares. . . . .	150 "
Artilleria con 16 cañones . . . . .	250 "

A mas de estas fuerzas le restaban a Marcó muchas otras repartidas en diversos puntos. Véase la obra citada de Ballesteros.

el individuo a quien oia, despues de la partida de Barañao se habia puesto a tratar del asunto con Atero, uno de sus oficiales, i convencido por este de que la determinacion era imprudente i demasiado precipitada, habia accedido a su propuesta de someterla a un consejo de guerra. Apenas se desmontó de su caballo el comandante de los huzares, único a quien aguardaban, cuando los jefes convocados se agruparon a un lado del camino, i se pusieron a deliberar de pié i a cielo raso, entre los espinos que cubrian aquel campo. La discusion no fué larga. Todo se redujo a cambiar unas cuantas palabras. Uno propuso encerrarse en Santiago i parapetarse detras de sus murallas; otro retirarse al sud para reconcentrar las fuerzas i reorganizarse. Habiéndose adoptado este último partido, se acordó que los fujitivos de Chacabuco i la guarnicion de la capital debian dirigirse a Valparaiso para pasar de allí por mar a Talcahuano, miéntras que los destacamentos esparcidos entre el Maipo i el Maule se encaminarian por tierra a la provincia de Concepcion. Las medidas mismas conducentes a este fin se tomaron mal i apresuradamente. Era evidente que miraban como mui próxima la vecindad de los patriotas, i que ansiaban por aumentar el espacio que los separaba. La mayor parte de aquellos militares no pensaban mas que en ganar terreno, en alejarse lo mas pronto posible, i en esta disposicion de ánimo tornaron a la ciudad.

Grandes eran la alarma i la ansiedad que agitaban a Santiago. Como la noche se habian aumentado las incertidumbres del dia. Bien pocos eran los que estaban al cabo de lo que habia sucedido. Circulaban las noticias mas contradictorias. Cada uno racionaba segun su placer, i acomodaba los acontecimientos a su paladar. No cabia la menor duda de que el 12 de Febrero iba a ser el aniversario de un hecho importante i decisivo. Nadie ignoraba ya que aquel dia se habia dado una batalla. Pero ¿cuál habia sido el resultado? ¿habian triunfado los libertadores, o eran los godos los que estaban victoriosos? La agitacion que habia reinado en palacio, las carreras de caballos, el movimiento de tropas, la zozobra de ciertos magnates, habian hecho presumir con mucha razon que el evento no era favorable para los opresores. Durante algunas horas aun la noticia de la completa victoria de San Martin se habia esparcido por todas partes, no habia hallado contradiccion en ninguna i habia aterrado a los sarracenos. Mas un poco despues un nuevo rumor viene a destruir el júbilo de los insurjentes i a volver la esperanza a sus adversarios. Es cierto, se dice, que el jeneral argentino ha destrozado hoi la division de Maroto; pero tambien lo es que Barañao ha caido de repente con la reserva sobre los vencedores desprevenidos i agobiados de fatiga, i les ha hecho pagar caro su primera ventaja. Una especie de sancion oficial confirma este susurro, i le da cierta validez. Las campanas de varias iglesias se ponen a celebrar con sus repiques el afianzamiento de la dominacion española. Los patriotas se resisten a creer; porque no pueden persuadirse que Dios les haya señalado cercano

el término de sus males, solo para hacerles en seguida mas insoportable su continuacion; pero si buscan como convencerse unos a otros con sus palabras de que aquello no es mas que una mentira mal forjada, i si se empeñan por no manifestar en alta voz los temores que experimentan, en su interior la congoja de la duda les hace sufrir algo parecido a los dolores de aquel que no sabe si va a vivir o morir. En el primer momento de sorpresa no reparan que no hai tiempo para que Barañañ haya podido ejecutar tal hazaña al pié de la cuesta de Chacabuco con la reserva que acababa de salir el mismo dia de la ciudad. Contribuia sobre todo a asustarlos la seguridad con que lo afirmaban los godos, los cuales obraban en esto de buena fe; pues habiendo sabido la propuesta del comandante de los húzares, arrebatados por el deseo, habian dado por realizado lo que no era, sino un proyecto. Al fin la llegada de Marcó con su division, los preparativos de fuga que se hacen a toda prisa, el ruido de los cañones i de los rejimientos que abandonan la capital, cortan todas las disputas, aclaran todas las sospechas i descubren la verdad de lo que ha pasado.

La tropa habia venido en órden desde la Palmilla hasta Santiago; pero cuando a la media noche se dió la señal de la partida comenzó la confusion. Los jefes habian perdido la cabeza, i la desgracia los habia acoquinado hasta el estremo de no saber hacerse obedecer. A la claridad del sol el pundonor militar habia conservado la disciplina; pero ya se sabe que las tinieblas duplican el terror i quitan a la cobardia todo miramiento. No habia salido aun la division de las calles de la ciudad, cuando los soldados principiaron a desertarse, i a buscar su salvacion cada uno por su lado. Los mismos que permanecieron fieles bajo las banderas, se pusieron en camino sin respetar la línea i sin ser dirigidos por sus jefes respectivos. Marchaban a discrecion, en pelotones, revueltos los de a caballo con los de a pié, dando gritos i disparando por diversion al aire sus fusiles. Al acercarse a la pirámide de San Pablo, se formó un tropel espantoso; todo fué balazos, tumulto i algazara. A causa del desórden con que iban, se habian embarazado ellos mismos el pasaje; i como hasta su propia sombra les infundia miedo, creyeron que el enemigo los habia cercado i que se preparaba a degollarlos. Trabajo les costó persuadirse que su alarma era infundada i resolverse a proseguir su fuga. Pero al fin cerciorados de que eran sus vultos los que les asustaban, recobraron ánimos para continuar, i avanzaron sin accidente hasta la cuesta de Prado. Aquí se apodera otra vez de los fujitivos un nuevo i mas formidable pánico. Los patriotas van a caer sobre ellos, i no hai como evitarlos; cada uno debe atender a su seguridad i tratar de escaparse como Dios le ayude. En unos cuantos minutos esa persuacion, que no es mas que un fantasma producido por la fiebre del temor i la ansiedad de la huida, se difunde como el relámpago por entre toda aquella multitud compacta i confusa. Nadie piensa en preguntar quién ha traído el aviso, por dónde se descubre a los

insurgentes i en qué número se acercan. Aquellos militares, entre los cuales se contaban sin duda muchos bravos, que habían despreciado la muerte en mas de una ocasion, estaban completamente amilanados i no se habrían reconocido ellos mismos. ¡Tanto es lo que abaten aun a los hombres mas fuertes las grandes catástrofes, como aquella de que eran víctimas! En lugar de procurar resistir como soldados, inutilizan apresuradamente la artillería, despedazan las armas, desarrajan los cofres en que se conducian 300000 pesos del erario público, i los menos delicados, oficiales i subalternos, se los reparten, como si fuera botín. Desde entónces se concluyó la poca subordinación que habían observado aquellas reliquias del grande ejército de Marcó, i casi no se encuentra nombre para espresar la desorganizacion completa en que la mayor parte siguió corriendo hacia Valparaiso. (1)

Veamos ahora lo que sucedia en este puerto. En la tarde del 13 de Febrero habia llegado la noticia de la derrota que habían sufrido los realistas en Chacabuco, i tras de la noticia habían comenzado a entrar unos en pos de otros numerosos grupos de fujitivos. Alborótose el pueblo, como era natural. Las autoridades, estupefactas i acongojadas bajo el peso de tan infausta nueva, se quedaron inactivas i con los brazos cruzados. El gobernador Villégas, que habia sido uno de los sátrapas mas insolentes i despóticos del gobierno español, perdió con la desgracia su arrogancia i altanería. La ciudad cayó en una especie de acefalia. Los comprometidos lo desatendieron todo por ocuparse de sus preparativos de fuga. Los dispersos que en gran número iban entrando, con el azoramiento de la derrota, esparcian la voz de que los vencedores venian casi pisándoles los pasos, i acrecentaban la turbacion con sus exajeraciones. Entre tanto el ruido de la calle habia penetrado no solo por las macizas puertas del castillo, sino que atravesando por sobre el mar, habia introducido el alarma en la tripulacion de la fragata Victoria, que estaba anclada en la bahía. Es de advertir que tanto en la fortaleza, como en este buque, estaban encerrados una multitud de prisioneros politicos, que no habían alcanzado a ser trasportados a Juan Fernández, a causa de los muchos confinados que habia habido que conducir en aquellos últimos tiempos. Entusiasmados unos i otros con el triunfo de su causa, i aprovechándose del estupor de sus guardianes, se sublevaron i arremetieron contra ellos. Los del castillo no tuvieron gran dificultad en apoderarse de las armas, hacerse abrir las puertas i confundirse entre la muchedumbre despues de haber cambiado una docena de tiros con los soldados fatigados por la marcha, que se les ponian por delante. Pero los de la Victoria tuvieron que trabajar algo mas, ántes de obtener su libertad. Poco les costó meter en la bodega al capitán Vargas i a los chilotos que los custodiaban; mas cuando se encontraron señores de la nave i dueños de salirse, se estrellaron con el

(1) Casi todos los pormenores que acaban de leerse nos han sido suministrados por don Manuel Barañao.

inconveniente de que no sabían gobernar los botes i de que la fragata de guerra Bretaña estaba a su costado i los tenía bajo sus fuegos. Entraron en deliberacion, pero el remedio no se les presentó. Entónces los mas juvenes, entre los cuales se contaban don Santiago Buéras i don José de los Santos Mardónes, llenos de impaciencia i prefiriendo correr cualquier riesgo, mas bien que conservar la vida dentro de aquella cárcel ambulante, se despidieron de los compañeros a quienes el fardo de los años les impedía imitarlos, saltaron en el bote i principiaron a dirijirlo a la ribera, como mejor podian. Aunque observaban el mas profundo silencio, no lograron burlar tanto como habria sido preciso la vigilancia de la Bretaña, la cual luego que los percibió, destacó en su persecucion una de sus lanchas. Cuando esto sucedió, fallábales todavía algo a los patriotas para abordar a la playa, i conociendo que si permanecian en el bote, iban sin ninguna duda a ser cojidos, no vacilaron en precipitarse al agua, encaminándose a diversos puntos para dividir la atencion de sus perseguidores. Como la ribera no estaba muy lejana, todos consiguieron salir sin otro daño que el de haberse empapado, i metiéndose por las calles i quebradas, desorientaron a los realistas. Los prisioneros que quedaron a bordo, fueron despues desembarcados por los mismos godos, a quienes no les convenia ocupar con semejante carga, un lugar que no alcanzaba a contener ni con mucho a todos los que solicitaban ser embarcados. (1)

Entre los derrotados llegó a Valparaiso don Rafael Maroto, que tan poco lucido había quedado en la primera funcion de armas que le había tocado mandar. Fuése inmediatamente a reunir con Villégas, i los dos probablemente se entretuvieron en llorar su infortunio, pues no adoptaron ninguna de las muchas providencias que reclamaban las circunstancias. Mientras se referian sus cuitas en el interior de la casa del gobernador, a fuera en la ciudad rujia el motin. Los pelotones de soldados, rompiendo todos los diques de la subordinacion, se entregaban a la licencia mas desenfrenada. Se les había asociado el populacho, que sintiéndose libre de toda sujecion, amenazaba al vecindario con actos de violencia i de pillaje. Toda la estension de la playa estaba llena de jente, equipajes i cabalgaduras. Desde luego los fujitivos habían procurado salvar sus personas i sus efectos; pero bien pronto habían comprendido que tenían que descuidar completamente los segundos i dar gracias al cielo si conseguian pasar ellos mismos a bordo. En aquel momento solo había once buques en la rada. Los primeros que habían venido, i muchos de los habitantes de Valparaiso, se habían apresurado a refugiarse en ellos; i los capitanes no habían tardado en conocer que si permanecian dentro del puerto, sus embarcaciones se hundirian bajo la multitud de pasajeros que exijian ser admitidos con el derecho de la necesidad i de la fuerza. Para evitar este riesgo i libertarse de com-

(1) Conversacion con el jeneral Aldunate.

promisos, habian desplegado sus velas i se habian ido a colocar a una gran distancia fuera de la bahía. Cuando se descubrieron sus intenciones, la desesperacion se apoderó de los que quedaban desamparados en la ribera. En la imposibilidad de saciar su despecho, desfogaron su furor con gritos frenéticos i acciones de locos. Unos rompian los fasiles i despedazaban sus casacas; otros buscaban en el saqueo una compensacion de su abandono. Mezclábanse en aquella batahola los reniegos, las maldiciones, los lamentos, las injurias de hecho i de palabra. Aquellos hambres unidos poco ántes para la defensa de una misma causa, se miraban ahora como enemigos implacables, se aborrecian a muerte, pues cada uno veia en los otros, competidores, estorbos para su fuga.

En medio de este desórden una lancha atracó a la playa, i dos oficiales seguidos de unas cuantas personas se encaminaron como a embarcarse en ella; pero tan luego como lo sospecharon muchos Talaveras que por allí estaban, los rodearon i se dispusieron a impedirlo. Entónces aquellos dos personajes se dieron a reconocer por Maroto i Villégas; mas a pesar del respeto que los soldados acostumbraban tributar a su coronel, no le dejaron el paso libre i comenzaron a echarle en cara la indolencia que mostraba por su suerte. Para escapar a sus reconvencciones i lograr que no le detuvieran, Maroto tuvo que recurrir en esta estremidad a disculparse, alegando que el objeto de su partida no era otro, sino ir en persona a ajenciarles botes i lanchas que los condujeran a los buques. Gracias a esta esplicacion pudo continuar; pero los otros, por mas que aguardaron, nunca vieron acercarse las embarcaciones prometidas. No podríamos decir si les hizo el ofrecimiento de buena o mala fe; pero lo cierto es que no lo cumplió. Apénas embarcado en la Bretaña, las once naves recibieron la órden de darse a la vela. Es verdad por otra parte que habiéndose apoderado el pueblo de los castillos, habia principiado a lanzar balas contra ellas, aunque sin acertarles, pues se hallaban fuera del alcance de los tiros. Asi fueron dejados en tierra, i asi perdieron los realistas tantos hombres, cuantos habrian sido suficientes para formar una brillante division. Todos ellos o se dispersaron o cayeron prisioneros en manos de los independientes.

El convoi partido de Valparaiso en la mañana del 14 de Febrero, hizo escala en el Huasco, i en seguida dirijió su rumbo hacia el Callao, adonde arribaron en diversos tiempos los buques que lo componian.

Ya que hemos referido la disolucion del grueso del ejército godó, parece llegado la ocasion de contar cuál fué la suerte que corrió Marcó despues de la derrota. Este cuitado tan cobarde el dia del peligro, como bárbaro en la prosperidad, habia sido uno de los primeros en dar la señal de la fuga. Al principio no hizo mas que seguir la corriente que arrastraba la emigracion a Valparaiso; pero previendo probablemente los obstáculos que iban a embarazar la partida en aquel punto, cambió de direccion i se encaminó acompañado de varios de sus palaciegos al puerto de San Antonio, endonde sabia que se encontraba el bergantin San Miguel.

Aquella marcha precipitada fué para él un verdadero martirio. Habituado al suave rodado del coche, el galope del caballo le era insopportable. Afeminado por una vida regalona i sibarítica, su cuerpo delicado no era propio para resistir ni los sacudones de la carrera ni las asperezas de las veredas por las cuales se precipitaban, a fin de ganar terreno. Mas de una vez imploró de sus compañeros que acortasen el paso, pues de otro modo le seria imposible continuar. Las numerosas paradillas que ocasionó el cansancio del presidente, retardaron considerablemente a los viajeros. Sin embargo todos, lastimados por los padecimientos del pobre Marcó, deseaban con ansia arribar a San Antonio, no solo para verse en fin a salvo, sino tambien para que se repusiera de sus fatigas. Pero la casualidad, o mas bien la Providencia, que queria castigarle por sus crímenes, le hizo llegar a destiempo, cuando ya el buqué habia salido, i solo para contemplar desde la playa las velas que, como su esperanza, se desvanecian entre los vapores del horizonte. Las personas de su comitiva comprendiendo que en su situacion no les restaba otro arbitrio que el arrojo, quisieron alcanzarlo en una de las canoas de los pescadores; pero don Francisco Casimiro, que se estremecia de espanto a la idea de arrostrar el furor de las olas en tan frágil esquite, se puso a llorar como un niño, i les suplicó de rodillas que desistiesen de su temerario proyecto, i no le dejasen desamparado en tan duro trance. Las lágrimas i ruegos del capitan jeneral despertaron la compasion de los amigos que le rodeaban, i enternecidos con la humillacion actual de aquel hombre, que estaban acostumbrados a ver dictar órdenes con la altivez de un monarca absoluto, consintieron en participar su destino a riesgo de perderse. De San Antonio se encaminaron de nuevo a Valparaiso; mas durante el tránsito fueron sorprendidos en el fondo de una quebrada, escondidos entre las malezas, por don Francisco Ramirez, quien habiendo sido auxiliado por el destacamento del capitan don Félix Aldao, los apresó al frente de una partida de inquilinos, i los remitió a Santiago.

Tanta era la fermentacion que contra Marcó reinaba en la capital, que para evitar que el populacho le insultase groseramente o matara a pedradas, fué preciso entrarle oculto en una calesa. Habiéndosele conducido a la presencia de San Martin, este le recibió con la mayor frialdad i mirándole de piés a cabeza sin moverse de su asiento; mas el prisionero no desconcertándose a pesar de una acojida tan glacial i poco cortés, se adelantó teniendo en la mano una espada pequeña, proporcionada a su talla i notable mas bien por el lujo de las cinceladuras, que por el temple del acero, i con gran ceremonia se la alargó al vencedor diciéndole: era el primero a quien la rendia en su vida. Esta ráfaga de orgullo se dispó a la primera palabra de San Martin, que, contestándole con desden la conservase, pues no la necesitaba para nada, le alargó a su turno el bando en que ponía precio a su cabeza i a las de los principales caudillos del ejército libertador. A su vista Mar

co se turbó todo, como si se le hubiera presentado su sentencia de muerte, principió a balbuciar las excusas mas pueriles, i al fin no halló mejor disculpa que arrojar sobre sus ministros la responsabilidad de aquel escrito. San Martín se divirtió todavía un largo rato en prolongar con sus reconvenções i cargos la turbacion i ansiedad de don Francisco Casimiro, i cuando se cansó de aquel entretenimiento cruel, le despidió sin dejarle entrever qué resolución tomaria acerca de su persona. A los pocos dias ordenó que saliera desterrado para las Provincias Argentinas, donde al cabo de algun tiempo el relamido i suntuoso capitán jeneral murió despreciado i olvidado de todos (1).

Casi simultáneamente con la batalla de Chacabuco, el comandante Cabot se apoderaba de Coquimbo; don Manuel Rodríguez de San Fernando; i el teniente coronel don Ramon Freire de Talca. De estas tres expediciones, las dos primeras no ofrecen ningun accidente notable; pero no así la tercera, a cuyos hechos prestaremos por este motivo alguna mas atención. Capitaneábala, como queda dicho, don Ramon Freire, ese mismo que hemos visto romper el 2 de Octubre de 1814 la línea de los sitiadores de Rancagua, ese mismo que hemos visto mas tarde formar parte del corso de Brown i distinguirse en el asalto de Guayaquil. *Todo lo que traía consigo se reducía a 100 infantes i 20 jinetes, i según sus instrucciones debía procurar hacer creer a los españoles que este puñado de hombres era nada ménos que la vanguardia del ejército invasor.* Al principio venia con la intencion de dejarse caer a Chile por el Planchon, boqueté de la cordillera que sale a Curicó; mas habiendo sabido que guarnecian este punto dos fuertes rejimientos de caballería mandados por Morgado i Lantaño, cambió de direccion i se encaminó por el de Cumpeo, que desemboca a los valles de Talca. Cuando se aproximó a las últimas serranías de la cordillera, aguardó para pasarlas que comenzara a anochecer, i en seguida sin darle descanso, hizo que la mayor parte de su tropa volviera atras, para que al siguiente dia mudando de uniforme, apareciera de nuevo por el mismo lugar. Por tres o cuatro veces le mandó ejecutar esta evolucion, a fin de que los habitantes tomaran por una division formal su reducido destacamento. El ardid surtió el efecto deseado, i no tardó en esparcirse por toda la comarca que la vanguardia de los patriotas habia pisado ya el territorio de Chile. A esta nueva corrieron a incorporarse con ella muchos individuos de todas jerarquías, i bien pronto Freire vió agruparse en torno suyo un número considerable de hombres. Pero como habian acudido en la persuasion de que iban a reunirse con el ejército, cuando descubrieron que lo que habian creído tal, no era sino un peloton de soldados, principieron a separarse poco a poco, pesados de haberse comprometido tan precipitadamente; i mui luego

(1) Conversacion con don José Antonio Álvarez Condareo, que se hallaba presente a esta entrevista.

de tanta multitud el jefe insurgente no vió a su lado, sino a Neira con su guerrilla i a unos cuantos de los mas animosos. Sin embargo no se desalentó, i ansioso por obrar marchó cautelosamente contra uno de los rejimientos que los realistas habian destacado hacia la cordillera. Encontrábase este acampado en un potrero. Freire se acercó en el mayor silencio, i sin ser sentido; pero al tratar de abrir un portillo para penetrar adentro, el centinela hizo fuego i dió la voz de alarma. Mas el aviso de nada sirvió a los godos; pues una descarga cerrada, que les lanzó instantáneamente la infanteria por sobre la cerca cojiéndolos desprevenidos, los puso en completo desorden, i un impetuoso ataque de la caballeria concluyó la dispersion. Algunos de los fujitivos, que fueron a rematar en su carrera hasta Talca, aseguraron al comandante Piedra, que hacia de gobernador, que se habian batido con una de las divisiones del ejército de San Martín. Este lo creyó, i no hallándose capaz de tenérselas con fuerzas tan superiores, huyó para el sud con la guarnición i los caudales. Por esta circunstancia Freire entró a la ciudad sin verse forzado a disparar un solo tiro. A poco de hallarse en esta posición, le llegó la noticia de la victoria de Chacabuco, i tras de esta, la de que el realista Olate con un cuerpo de los derrotados se dirijia hacia Concepcion por el camino de la costa. Freire no perdió tiempo, salió al encuentro de los fujitivos, i los capturó a todos ellos junto con su armamento i un rico convoi, en el cual se comprendian varias barras de oro, que depositó religiosamente en las cajas del erario sin reclamar para si la parte de presa que le correspondia.

Los acontecimientos referidos trajeron por consecuencia la evacuación casi total del territorio por los españoles, el agotamiento de sus fuerzas, la pérdida de sus principales caudillos, a quienes arrebató de sus filas la muerte o la prision. De toda esa dilatada rejion, que se estiende desde el desierto de Atacama hasta la Araucania, donde habian dominado por mas de dos años como señores, solo les quedó un puerito en una de sus estremidades. Las reliquias del numeroso ejército godo, escapadas de los desastres anteriores, perseguidas por los patriotas victoriosos de atrincheramiento en atrincheramiento, tuvieron al fin que refugiarse en Talcahuano con el valiente i hábil coronel Ordoñez. Con excepcion de ese punto, todo el resto se vió libre de sus opresores, i el ejército de los Andes pudo decir: «En veinte i cuatro dias hemos hecho la campaña, pasamos las cordilleras mas elevadas del globo, concluimos con los tiranos i dimos la libertad a Chile» (1).

Sin embargo la lucha no estaba terminada, i habia que añadir aun varios actos al drama sangriento de la revolucion. Pero aunque el triunfo definitivo estuviera lejano, desde entónces podia asegurarse que seria inevitable. Durante la reconquista, los procónsules de la España ha-

(1) Parte de la accion de Chacabuco, dado al gobierno argentino por el jeneral San Martín.

hian hecho un servicio inmenso a la causa de la independenciam; pues con su brutal despotismo, con sus torpes demasias habian demostrado prácticamente a los criollos la sinrazon de su autoridad, i habian logrado convertir su respeto a la Metrópoli en odio encarnizado. Nunca debe creerse mas próximo el reinado de la justicia, que cuando alguno de esos sistemas que se fundan en la iniquidad es llevado a sus últimas consecuencias. Nada resiste a la evidencia de los hechos, i el mejor medio de probar a un pueblo la absurdidad de un réjimen cualquiera es dejar que lo esperimente. Los sofismas pueden oscurecer la verdad de las palabras; pero la esperiencia es un argumento que no tiene réplica. Cuando los hombres del año diez atacaron la dominacion de la España con racionios, muchos no quisieron escucharlos, calificaron aun sus teorías de blasfemias contra el cielo; pero lo que no consiguieron esos varones ilustres, lo consiguieron Carrasco, Ossorio i Marcó con sus torpezas, con su desden insultante por los colonos, con sus infulas de conquistadores, con su desprecio por todos los derechos. Los que principalmente convirtieron al patriotismo a la mayoría de los habitantes, fueron esos tres últimos representantes de la Metrópoli, que nacidos en paises extranjeros pasaron por Chile, arrojando a la cárcel los ciudadanos mas beneméritos, entregándolos a veces al verdugo, robándoles su dinero, ultrajándolos de todos los modos imaginables, para ir a morir oscuramente en comarcas lejanas, despues de haber cruzado por el cielo azul de Chile como esos fúnebres cometas que, segun las creencias populares, traen consigo la desolacion i la muerte. ¡Bendito sea Dios que les permitió ejercer su despótico imperio sobre nuestra patria para que abrieran los ojos de los ciegos a la luz de la verdad, i los oidos de los sordos a la voz de la justicia!

## ISLA DE JUAN FERNANDEZ. <sup>(1)</sup>

Los sucesos ocurridos en las prisiones i en los lugares destinados a la deportacion, deben ocupar algunas pájinas en ese infausto periodo de nuestros anales, que se abre con la derrota de Rancagua i concluye con la victoria de Chacabuco. Los sufrimientos de todo jénero con que Ossorio i Marcó abrumaron a cuantos patriotas pudieron sorprender, o a los que antojadizamente calificaron con el nombre de tales, merecen por cierto referirse al lado de los esfuerzos heroicos que hicieron los emigrados por rescatar a su patria, i de los males de toda especie que soportó la poblacion en masa bajo el yugo de estos déspotas. Los castigos mas terribles no recayeron solo sobre algunos individuos aislados, los jefes de partido o los secuaces que habian manifestado con calor sus opiniones, no, el fanatismo de los vencedores llegó hasta el estremo de perseguir como rebeldes a los moderados, a los imparciales, a los indiferentes. Muchos que no habian tomado parte ni de palabra siquiera en la cuestion que se debatia en los campos de batalla, en la prensa i en las conversaciones, se encontraron de la mañana a la noche encerrados en una cárcel, purgando un crimen que no sabian cuándo ni cómo habian cometido. La persecucion fué jeneral, sin excepcion, contra todo el que no habia sido un realista decidido, i no se limitó a una provincia o a una ciudad, sino a todas las provincias i ciudades del reino.

El primer punto que tuvo que sufrir los funestos efectos de la reconquista, fué Concepcion. Atacada en Abril de 1813 por fuerzas superiores, cuando mandaba el ejército real el brigadier don Ga-

(1) Para escribir este capitulo, a mas de la obra del Sr. Egaña, titulada el Chileno consolado en los presidios, hemos consultado los manifiestos que dirijieron los confinados al virrei o al capitan jeneral, i los datos orales que nos han suministrado el jeneral don Manuel Blanco Encalada i don José Maria Argomedo.

vino Gainza, habia capitulado bajo la condicion espresa de que nadie seria perseguido ni molestado por motivos políticos, pero luego que los españoles la tuvieron en sus garras, olvidaron el pacto anterior, i con insigne mala fe apresaron a los vecinos que les parecieron sospechosos. Mas de doscientos fueron encerrados en la iglesia nueva de la Catedral, trasformada en prision; i los defensores de la plaza en número de trescientos fueron depositados en la Quiriquina, isla desierta de la cual se hizo un presidio. A la celebracion de los tratados de Lircái, segun una de las cláusulas del convenio, estos desgraciados fuéron puestos en libertad; pero solo por algunos dias, como si se hubiera querido hacerles mas doloroso su nuevo encierro, concediéndoles algunos momentos de soltura entre prision i prision. Efectivamente, cuando los Carreras volvieron a enseñorearse del gobierno, Gainza ordenó que los patriotas libres fueran arrestados por segunda vez, alegando como causa de semejante determinacion que estos jefes iban a violar las capitulaciones recientemente firmadas, i asi se ejecutó con todos ellos, ménos los pocos que desconfiando de las garantías ofrecidas por los españoles, se habian retirado con anticipacion a Santiago.

Algun tiempo despues, Gainza fué reemplazado por Ossorio, i Chile entero no tardó en caer bajo la dominacion de los godos. Los detenidos de Concepcion quisieron aprovecharse de esta circunstancia para recuperar su libertad. Con el objeto de sacar alguna utilidad del cambio de jeneral i de la alegría inspirada por el triunfo, elevaron al gobierno una representacion, en la que despues de esponer la injusticia con que se habian violado en su arresto dos pactos solemnes, i las vejaciones de que eran víctimas, concluian pidiendo su escarcelacion. Sus cálculos les salieron fallidos. El sucesor de Gainza contestó a sus reclamos, mandando que se les formara causa por la participacion que habian tenido en la revolucion, i que se les perdonara o castigara, segun resultasen o no comprometidos en ella. Desgraciadamente para los presos el conde de la Marquina, uno de los vecinos mas influyentes de Concepcion, vió en este mandato una ocasion propicia para congraciarse con la nueva autoridad, i voluntariamente se encargó de levantarles su proceso. El deseo vehemente que tenia de acreditar su celo i lealtad por el monarca, le hizo trabajar con tanta actividad en el desempeño de su tarea, que a los pocos meses habia terminado las causas, i le hizo mostrarse de una conciencia tan escrupulosa en el exámen de los hechos, que a todos los enjuiciados los declaró reos de lesa-majestad. (1).

Una vez pronunciada la sentencia, los desventurados prisioneros no tuvieron mas que conformarse con su fallo, i armarse de paciencia para soportar sin quejarse los rigores del destino. ¿A qué tribunal habrian apelado? Desde el instante en que el fiscal los declaró culpables, no

(1) Este hecho consta de un manuscrito de la Biblioteca Nacional, titulado, Ocurrencias sueltas que colocadas con oportunidad pueden servir para caracterizar los sucesos de Chile.

se les guardó consideracion alguna, i no hubo insulto ni vejámen que no se creyera licito contra ellos. Por no estendernos demasiado no queremos hacer una enumeracion prolija de todos sus padecimientos. El que quiera formarse una idea aproximada de su triste situacion, no tiene sino fijarse en que mas de doscientos ciudadanos beneméritos, entre los cuales se encontraban ancianos decrepitos i niños de tierna edad, estuvieron encerrados juntos en la nave de un templo inconcluso, i que estos infelices permanecieron en aquel estrecho local el largo espacio de dos años, sofocados por el aire húmedo e infecto que respiraban, estenuados por el hambre i tratados con tan poca commiseracion, como los animales de un corral.

Las escenas de Concepcion se repitieron en todo el pais reconquistado. En cuantas poblaciones entraron los españoles hicieron las mismas prisiones arbitrarias i trataron a los prisioneros con la misma dureza. Eso si que no todos los revolucionarios corrieron la misma suerte. Las cuatro paredes de un calabozo no se juzgaron suficiente garantía contra muchos que en razon de su alcurnia, su talento o su riqueza, tenían numerosas relaciones en el pais. Temiendo que estos altos personajes, al sentirse oprimidos, contestaran a los golpes de estado con conspiraciones, los invasores habian determinado de antemano sacarlos fuera del continente i colocarlos en un paraje tan seguro, que no tuvieran oportunidad de escaparse ni medios de trastornar la quietud pública. En las instrucciones del virrei del Perú a Ossorio, se le encargaba espresamente que luego que restableciera el órden en la capital i en los otros pueblos del reino, enviara con la mayor prontitud un destacamento a ocupar la isla de Juan Fernández, conduciendo la artillería i municiones que los insurjentes habian estraído de aquel punto. El objeto que se llevaba en vista al habilitar de nuevo esa roca árida i aislada en medio del mar, era el de que sirviera de cárcel jeneral para guardar a los prisioneros de importancia. (1)

Los españoles no podian haber escojido un lugar mas apropósito para este fin. La isla de Juan Fernández tenia entre los chilenos una fama terrible, que aumentaba el horror de su mansion. Como habia sido habitada siempre por jente de mala compañía, estaba marcada en el ánimo de los colonos con un signo indeleble de infamia. Esta circunstancia contribuía mucho a que un destierro entre sus peñascos, se mirara como mas dure que si lo fuera en otra parte. Segun los tiempos habia servido o de guarida a los piratas, o de receptáculo de los criminales atroces. En la época de su descubrimiento por el piloto que le dió su nombre, la España la miró con indiferencia i no quiso fundar en ella ningun establecimiento. Por esta causa habia permanecido durante muchos años abandonada, sirviendo de asilo a los flibusteros, que iban allí a reposar de su fatigas o a repartirse el botin, i de refujio a los

(1) Instrucciones del virrei a Ossorio, Art.º 14.

marinos extranjeros, a quienes las leyes coloniales no permitian abordar al continente. Cuando la tempestad habia dismantelado sus naves, una larga correria agotado sus provisiones i el escorbuto diezmando sus equipajes, saltaban a esa isla endonde encontraban dos bienes inestimables, que solo el navegante sabe apreciar como es debido: numerosas cabras monteces que les proporcionaban carne fresca en abundancia, i copiosos manantiales que les permitian renovar sus repuestos de agua.

Como se comprenderá fácilmente, la España no miró con ojos favorables que contrabandistas i advenedizos se hubieran apoderado de una propiedad suya, con el objeto esclusivo de pillar sus naves o defraudar sus rentas fiscales. En consecuencia resolvió libertarse a todo trance de esos vecinos incómodos a sus posesiones de ultramar, i hacer imposible en adelante su desembarco en Juan Fernández. El espediente mas eficaz que se le ocurrió para lograrlo, fué convertir ese nido de piratas en un desierto incapaz de suministrar recursos a alma viviente. Era evidente que viendo desolada la isla, los corsarios no volverian a visitarla para lanzarse desde su altura con la rapidez i voracidad del buitre en busca de una presa. La falta de subsistencias los obligaria a dirigir su rumbo hacia otra parte. No se les ocurrió siquiera por un momento a los gobernantes españoles enviar pobladores que ocuparan esa tierra, que habian tenido abandonada desde su descubrimiento i acrecentar así sus dominios con una nueva colonia, sino que empecinados en la idea de devastarla, soltaron en sus costas grandes perros para que devoraran a las cabras, i ellos por su lado la talaron i destruyeron en todo sentido, a fin de que nadie pudiera morar entre sus breñas.

Algun tiempo despues la Metrópoli se acordó de Juan Fernández, que de nada le servia, i trató de aprovecharlo en algo. No habia querido gastar la mas pequeña suma en colonizarlo, i dilapidó muchisimos miles en trasformarlo en presidio i construir en sus riberas ocho baterias, que coronadas de cañones mantuvieran a raya a las naves extranjeras, que intentaran aproximarse. Desde entónces Juan Fernández fué para Chile, i aun para el Perú, un sitio destinado esclusivamente a recibir los delincuentes feroces, que se queria segregar de la sociedad, i a los cuales se conmutaba la pena de muerte. No se necesitó trabajar mucho para convertirlo en una mansion digna de recibir a tales huéspedes; porque la naturaleza parece haberlo creado ex profeso para ser un lugar de tormentos. Su aspecto solo basta para infundir en los corazones una tristeza indecible. Esa tierra que parece encantada a los marineros fatigados de ver siempre agua, i cansados de las privaciones impuestas por un viaje marítimo, se presenta a los ojos de un observador ménos interesado como un hacinamiento de rocas estériles e inhospitalarias. La figura de la isla es la de una inmensa montaña, cuya base está enterrada en el océano, levantando solo su cabeza sobre la superficie de las olas. La constitucion física del terreno da a entender que se ha elevado del fondo de las aguas, a impulsos de una erupcion volcánica. Los contemporáneos

lo creian tanto mas, cuanto que en sus dias habia sufrido un terremoto espantoso. No solo las habitaciones de los colonos i de la guarnicion, sino tambien los fortines de la playa habian sido derribados por la fuerza del sacudimiento. Tras el remeson, el mar habia acometido con impetu, barrido con los escombros i sepultado en sus abismos al gobernador i su mujer, a los soldados i presidarios. El terreno está herizado de picos agudos i entrecortado por profundos valles. El viento comprimido entre las gargantas i quebradas, sopla por ráfagas con una violencia irresistible; estas bocanadas frecuentes i súbitas arrastran como lijeras plumas los objetos mas pesados, cortan las anclas a las naves surtas en el puerto, desgajan los árboles mas corpulentos, derrumban las viviendas, i lo que es peor, arrastran en sus torbellinos una infinidad de piedrecitas arrancadas de los cerros, capaces de lastimar a los que sorprenden. El temperamento es duro i variable. A lluvias continuas, que inundan el suelo, suceden de repente calores tan sofocantes, que secan en un momento lo mojado, pasando la atmósfera súbitamente de un extremo a otro.

La esterilidad de la isla, la dificultad de provisionarla, la dureza de su clima i el temor de los terremotos habian hecho que los independientes la desampararan en tiempo del director Lastra, retirando los 50 hombres del batallon de Concepcion que la guarnecian. Los españoles no quisieron, como queda dicho, imitar su ejemplo. Abascal consideraba el restablecimiento del presidio, como uno de los medios mas poderosos para completar la pacificacion de Chile, i en este concepto habia ordenado a Ossorio, que lo habilitara a la mayor brevedad. Ossorio se apresuró a ejecutar sus instrucciones con la prontitud que se le habia mandado, i apenas se posesionaba de Santiago, cuando ordenaba al intendente de Concepcion, que remitiera a la isla la guarnicion correspondiente. Don José Berganza, que a la sazón ejercia este empleo, desempeñó la comision que el capitán jeneral le habia encomendado con la mayor celeridad, a pesar de haber tenido que vencer serias dificultades en su ejecucion. Los militares rehusaban abiertamente cumplir con las órdenes de sus jefes, i se negaban a partir. Preferian dejar el servicio, ántes que ir a soterrarse en una isla, que por la rijidez de la temperatura i la escasez de subsistencia sujetaba los carceleros a la misma condicion que los encarcelados. No se logró triunfar de sus resistencias, sino concediendo a cada oficial un grado sobre el que tenian, i haciendo a los soldados la promesa solemne de protegerlos, caso de que hostigados por las molestias del destino, tomaran la resolucion de desertarse. Los soldados se dejaron engañar por estas ofertas i aceptaron; pero mui pronto tuvieron que arrepentirse de su credulidad. A los pocos meses de su llegada al presidio, agobiados por los males consiguientes a la falta de recursos, perecieron siete. Entónces muchos de los otros, aterrados por esta muerte prematura e ingloriosa, trataron de fugarse, confiando en el permiso que sus jefes les habian otorgado; mas notaron con dolor que estaban en

la imposibilidad de practicarlo. Se habia cuidado de no dejar a su alcance una sola lancha, i ciento veinte leguas de travesia no se pasan a nado. (1)

Quando se supo en Santiago que la isla estaba guarnecida por el destacamento competente, mandó Ossorio, como lo hemos dicho en un capítulo anterior, apresar a todos aquellos patriotas moderados, que premunidos de la legalidad de sus procedimientos i apoyados en sus derechos, habian aguardado la mayor parte tranquilos su llegada. Los arrancó con estrépito de los brazos de sus mujeres e hijos, i sin darles tiempo para recibir auxilio alguno, los remitió a Juan Fernández. Los deportados, que por lo jeneral pertenecian a la alta aristocracia del país, i entre los cuales se enumeraban personajes verdaderamente sobresalientes por sus virtudes o sus talentos, los mas de salud delicada i avanzada edad, consideraron esta pena como una calamidad espantosa. Por sus achaques i por sus hábitos, necesitaban para vivir de la benignidad del clima, el abrigo de sus casas i el consuelo de sus familias. En esta virtud, separarlos de su residencia para relegarlos al lugar mas destituido de recursos, era condenarlos a una muerte prolongada. El cambio brusco e inesperado de la capital por un presidio, no podia ménos de causar en su alma una impresion dolorosa.

La amargura de su situacion se habria mitigado algun tanto, si se les hubieran guardado esas consideraciones a que los reos políticos son acreedores, i que por lo comun nunca se les dispensan. Mas en el caso presente habria sido una locura esperarlas. Los soldados encargados de su custodia, que estaban tan disgustados con su posicion, como ellos con la suya, i que se juzgaban, por decirlo así, atados a la otra punta de su cadena, no podian estar dispuestos a tratarlos bien. Por eso no es de estrañar que la mala voluntad de los guardianes se manifestara desde el arribo de los presos. Apenas habian desembarcado, cuando ya solicitaban del gobernador que los obligase a trabajar como los delincuentes ordinarios. Servia este destino don Anselmo Carabantes, hombre de buenos sentimientos, aunque si algo débil de carácter. Dejábase dominar por un oficial García, jefe de la guarnicion, i por su ayudante don Francisco Vial, ambos a dos godos atrabiliarios, sin ninguna educacion ni decencia, que no se aprovechaban de su influjo, sino para oprimir a los patriotas. No obstante su falta de nervio, el gobernador resistió esta vez. La pretension manifestada por los soldados de que obligara a los ilustres deportados, entre los cuales venian directores supremos del estado, senadores, diputados, cabildantes i sacerdotes venerables, a que se ocuparan en algo, aun cuando mas no fuese que en barrerles el cuartel, practicar toda su servidumbre i cazar las ratas que plagaban la isla, le pareció tan desmedida, que se negó terminantemente a escucharla, i limitó toda su jurisdiccion sobre los presos a vijilarlos

(1) Ocurrencias sueltas que colocadas con oportunidad pueden servir para caracterizar los sucesos de Chile.

en las habitaciones, que para recibirlos se habian levantado apresuradamente. Reducianse estas a unos miserables ranchos de paja, que por su construccion i materia estaban abiertos por todos lados al aire i a la lluvia. La pobreza i desnudez reinaban en su interior; no tenian muebles de ninguna especie; pero si inmundicias e incomodidades, que el recuerdo de las suntuosas casas que acababan de abandonar, contribuia a hacerles mas sensibles.

Con todo se habrian estimado felices, si no hubieran tenido que soportar otros males, que la intemperie i el desaseo; pero parece que hasta los animales se habian conjurado en su contra. En efecto desde su llegada hasta su salida, no cesaron de atormentarlos. Ya eran ratas enormes que les minaban las chozas con una multitud de cuevas i escavaciones, i consumian diariamente en los almacenes mas viveres que el destacamento entero, sin que pudiera descubrirse medio alguno de estinguirlas; ya eran insectos armados de aguijones como las avispas, que los martirizaban durante el dia con sus picaduras; o bien bichos i sabandijas de otra clase, que los mortificaban durante la noche, quitándoles el sueño, ese bien supremo del desgraciado. Talvez estos sufrimientos parecerán insignificantes i vulgares a quien los lea sin haberlos experimentado; pero es preciso atender para juzgar de su intensidad, a que venian sobre otros, a que eran diarios i a que no dejaban a los pacientes ni un momento de reposo.

A las privaciones i dolores fisicos se agregaban los padecimientos morales. Los patriotas no estaban solos en la isla. Por un refinamiento de crueldad, el gobierno habia enviado junto con ellos a los desterrados por delitos comunes, a fin de que el contacto con ladrones i asesinos les hiciera mas doloroso su estrañamiento. Fijese por un instante la atencion del lector en la situacion de esos virtuosos chilenos, obligados a alternar con soldados i malhechores sin fe ni lei, i concebirá sin necesidad de largos comentarios cuánto tendrian que sufrir con la compañía de esos hombres brutales, que por su fuerza debian dominarlos, como ellos por su debilidad obedecer. Agravaban estas molestias, suficientes por si solas para atormentar de un modo horrible a aquellos encopetados señores, acostumbrados al mas rendido acatamiento, la memoria de sus familias, que quedaban en el continente entregadas a la rapacidad de los españoles i una incertidumbre mortal sobre su propia suerte, porque la confinacion a Juan Fernández habia sido solo una medida preventiva para libertarse del temor de que conspiraran, mientras se les seguia causa sobre su participacion en la revolucion.

El pensamiento de remitir los sospechosos a una isla, ántes de entablar contra ellos el juicio correspondiente, era parto de la cabeza de Abascal, i basta él solo para caracterizar la arbitrariedad del monstruoso gobierno establecido por los realistas. ¿Cómo desde un presidio i sin comunicaciones con el exterior habrian podido los confinados preparar los documentos i pruebas concernientes a su defensa? ¿No se

citan i emplazan aun a los mismos prófugos i contumaces? ¿Con qué derecho, pues, se les relegaba entónces a un peñasco rodeado por el océano, desde donde, quedando privados de toda relacion con el continente e ignorando quién era el juez, el acusador i el testigo, estaban en la absoluta imposibilidad de dar instrucciones acerca de una causa que no sabian a ciencia cierta sobre que artículos recaia? Cuestion era esta a que los realistas no hallaban qué responder; pero que entre tanto no impedía la actuacion de los procesos. Esa sentencia pendiente sobre la cabeza de los confinados los mantenía en una ansiedad terrible. A cada instante temblaban de ver llegar un buque conduciendo la órden de trasportarlos a las mazmorras de Boca-Chica, las casas-matas del Callao o algun presidio del Africa, adonde irian a morir en la miseria, olvidados de sus conciudadanos i léjos de su patria. Este conjunto de aflicciones capaces de agobiar la firmeza de un estoico, concluyó por abatir su espíritu i su cuerpo, i a los pocos dias de aquellos sobresaltos continuos se asombraron mutuamente, viendo la espantosa rapidez con la cual se iban envejeciendo.

El único acontecimiento que interrumpía la uniformidad de estas tribulaciones, era la llegada de la Sebastiana, que venia con el situado cada cuatro o cinco meses, i que conducía siempre a su bordo una nueva carga de deportados. A cada viaje de la fatal corbeta, la colonia recibía un aumento notable en su personal con los patriotas que los realistas apresaban desde la última poblacion del norte hasta la última del sud i que remitían a Juan Fernández, donde llevaban a sus futuros compañeros de infortunio tristes noticias de su familia i el estado del pais. En obsequio de la verdad advertiremos tambien que frecuentemente sucedía que el mismo buque se volvía con algunos presos que obtenían su libertad a fuerza de dinero o mediante el influjo de personas poderosas; pero siempre eran muchos ménos los que salían, que los que entraban.

El hecho que asentamos de que algunos desterrados recuperaban su libertad en cambio de una retribucion pecuniaria, parecerá talvez a muchos demasiado avanzado, por la corrupcion que supone en los gobernantes, i lo calificarán de una de esas calumnias propagadas por el espíritu de partido en las épocas turbulentas. Sin embargo nada es ménos que eso. El testimonio de los contemporáneos i documentos fehacientes acreditan lo mismo que afirmamos. Cuando se trató de desterrar a los insurjentes, el gobierno habia incluido en esta clase a don Diego Larrain, que a la sazón se encontraba en una de sus haciendas. Súpolo el interesado, i escribió inmediatamente a Ossorio, reclamando contra semejante injusticia. La contestacion que obtuvo, fué el siguiente decreto dirigido al jefe del distrito donde residía. «Don Diego Larrain debe contribuir con 50,000 pesos para gastos del ejército; en esta intelijencia le exijirá inmediatamente i sin la menor excusa esta cantidad o el documento equivalente para que la entregue en estas cajas nacionales su señora esposa. Luego que el citado Larrain haya dado cumplimiento de un modo o de

otro a esta órden, le entregará U. el adjunto pasaporte para que sin la menor demora se ponga en camino para su destino de Chillan. Santiago i Noviembre 11 de 1814.—Ossorio.» Contestacion. «Yo soi inocente; nadie me ha juzgado, ni aun oido. Afianzo con los 50,000 pesos, hipotecándolos en mi hacienda de Colina tasada en 101,000 pesos, la seguridad de mi persona i resultas de mi juicio, siempre que puesto en la ciudad de Santiago, donde solamente puedo dar mis pruebas, sea oido i juzgado conforme a derecho.» Nada de esto le valió al desgraciado caballero, i tuvo que ir a espiar a Juan Fernández su riqueza. Algun tiempo despues el gobierno, a quien la necesidad de fondos habia hecho ménos exigente, rebajó la cantidad pedida, i Larrain a quien el presidio habia hecho mas tratable, aceptó el convenio, pagando la suma demandada, con tal de salir en libertad. ¿Qué tiene de imposible despues de esto, que lo que sucedió con Larrain, sucediera con otros varios?

El odio que los gobernantes españoles abrigaban contra los americanos era tan entrañable, que lo desplegaban por sistema aun contra sus mismos partidarios, i no les permitian desempeñar en la administracion ningun destino, por insignificante que fuese. A pesar de que el gobernador de la isla don Anselmo Carabantes los servia con celo, fué depuesto de su empleo solo por el crimen de ser valdiviano, como si se temiera que por esta circunstancia tratara a los patriotas ménos mal. De esta manera el espíritu intolerante i esclusivista que animaba al gobierno de la reconquista, hizo sentir sus efectos hasta en el rincon mas remoto i oscuro del pais. Nombróse para subrogarle al español don José Piquero, hombre salido de la última clase i que se habia elevado de soldado a capitán, pero cuyas maneras se habian pulido algun tanto con el roce de personas educadas. Este militar, aunque Talavera, era bondadoso i practicó cuanto estuvo en su mano para librar a los presos de los insultos de los soldados i favorecerlos en lo que le permitian las circunstancias.

Mas desgraciadamente hai azotes que si es posible preveer, no siempre es fácil evitar, i que cuando estallan la mano del hombre es impotente muchas veces para detenerlos. Tal fué el horroroso incendio ocurrido en Juan Fernández el 5 de Enero de 1816, el tercero de los que se habian verificado desde el arribo de los patriotas, por ser esta una calamidad a la que estaba mui espuesto, tanto por sus habitaciones pajizas, como por la constante impetuosidad de los vientos. El fuego atizado por un recio vendaval, que aumentó sobre toda ponderacion la voracidad del terrible elemento i que desparramó en todas direcciones chispas i pajas encendidas, se comunicó en un momento a una gran parte de la isla, la cual por su forma de anfiteatro facilitó los progresos de las llamas, que se enseñorearon principalmente de los ranchos dominados por aquellos pordonde principió el incendio. Mas dejemos hablar a un testigo presencial. «A las once de la mañana, dice don Juan Egaña, se vieron arder en un punto las mejores habitaciones destinadas a los capellanes, sin

que pudiesen reservar cosa alguna nueve personas que las ocupaban, i entre ellas don Juan Enrique Rosáles con dos hijos i una hija, cuya piedad filial la empeñó en acompañar a su benemérito i enfermo padre. En el mismo instante las llamas conducidas por el viento, incendiaron las habitaciones vecinas i sucesivamente toda la quebrada, viéndose arder las chozas con cercos] i cuantos auxilios de subsistencia contenian. Como el viento era de los mas impetuosos, i enteramente dirigido a la poblacion, no dudamos que pereceria toda, i cada uno apuraba el resto de sus fuerzas para conducir léjos lo que permitiese la celeridad del incendio. Uno de los grandes peligros era, que las llamas llegasen al depósito de pólvora, a cuya defensa ocurrió la tropa; pero aun nos restaba el mayor: este era la conflagracion entera de la isla, que siendo toda un bosque de antiquisimos i corpulentos árboles i arbustos, sin que haya una sola cuadra sin combustibles, bastaba que permaneciese algun tiempo mas la impetuosidad del viento. En el conflicto del horrisono contraste que hacian el traquido del fuego, el bramido de las furiosas olas i los clamores desesperados de la jente, aun era mas terrible la impresion de los ojos viendo aquel inmenso golfo de llamas. Muchos convertian su agonía hacia un antiguo i maltratado lanchon que por su destrozo i falta de aperos, era inútil para salvarnos a cien leguas de distancia que se hallaba el continente.»

«En medio de tan terribles escenas, se presentó una cuya memoria lastimará siempre nuestros corazones. El desgraciado i bondadoso caballero don Pedro N. Valdez, hermano político del último presidente de Chile, conde de la Conquista, fué arrebatado a este presidio en circunstancias que horrorizan la naturaleza. Su sensible i benemérita esposa, señora mas ilustre por sus prendas morales que por su distinguido nacimiento, resentida ya de varias indisposiciones habituales, se le agravaron con los sobresaltos de la ocupacion de Santiago, hasta que falleció. El dia de su muerte fué sin duda el mas amargo de la vida de un esposo que quedaba con seis hijos, con pocos recursos, i sin tener a quien encomendar la custodia i educacion de estas criaturas casi en la infancia.»

«Su dolor tuvo que sacrificarse a la dura costumbre de acompañar el cadáver de su esposa cuando le conducian a la iglesia; i vuelto a su casa despues de este triste deber, le rodearon sus tiernos hijos todos anegados en lágrimas, que mezclaban con las copiosas del padre, quien recomendándoles la memoria i consejos de su virtuosa esposa, les prevenia el nuevo plan de vida que debian observar con arreglo a las circunstancias; i en esta triste escena fué cuando se presentaron improvisamente los soldados que arrancándole de los brazos de sus hijos, lo condujeron a un cuartel, i de allí en una bestia de albarda, a la chasa de la corbeta.»

«Es inesplicable el terror que oprimió a aquellos inocentes. Tímidos i aflijidos al extremo con el horror de las tropas que los cercaban, unos caen, otros salen abrazados del padre hasta la calle: los dos mayores

corren al palacio del presidente: lloran allí, claman, ruegan; pero es en vano: no se les permite entrar, i despues que lo consiguieron por el respeto de otras personas, se les niega todo consuelo.»

«El mayorcito, modelo de los hijos i héroe de la piedad filial, no cesó dia ni noche en catorce meses de ocurrir al palacio, llorar i practicar cuantas diligencias le aconsejaban para la restitucion de su padre, que consiguió al fin; i con la providencia le acompañó una carta, donde se manifiesta toda la sensibilidad del amor i la inocencia, ajitada de las prisas del deseo: allí se esplican los tiernos placeres, las dulces esperanzas de cada uno de sus hijos. *Padre*, le decia el menor, *en el momento que llegue el buque no se detenga V. un instante en embarcar su cama: no converse V. con nadie*. El mayor le decia: *Padre mio, cuidado que una tempestad, como sucedió a los del viaje anterior, no se arrebate el barco, i llegue sin V.; monte V. a bordo al instante; ya tengo asegurado un caballo en que vuelo a recibirlo al puerto, para servirle; ser el primero que le abraze*. Cada una de sus hijitas le anunciaba el amoroso don que habia trabajado por sus manos i con que le esperaba, prometiéndole contar las lágrimas derramadas, i los trabajos que habia sufrido en su ausencia.»

«Interin tardaba el tiempo del embarque porque la corbeta pasó a una comision a Chiloé, el amante padre solia convidar a algunos amigos, para que oyesen las sencillas i sincéras espresiones de sus hijos; i estaba entretenido en esta dulce conversacion en la choza de otro compañero, cuando repentinamente divisó la suya sumerjida en el torrente de las llamas que abrazaban la isla. Tómole este sobresalto, i la horrible vista de este espectáculo, en el punto que su corazon estaba mas ajitado de aquella profunda sensibilidad, i cuando de antemano le tenia tan lastimado con los sucesos de su prision. Le fué necesario subir con violencia una empinada cuesta, para ver si podia salvar algo de sus muebles; pero la debilidad consiguiente a catorce meses de miseria, i la poca elasticidad de un corazon tan atormentado, lo sorprendieron de modo, que en el mismo instante de llegar a la altura, ver la confusion, los gritos, el furor de las llamas cayó muerto, sin dar lugar ni a recibir la absolucion sacramental. . . . «Un favor singular de la Providencia que hizo variar algun tanto el viento del rumbo en que conducia el fuego a la poblacion, permitió cortarlo cuando ya estaban consumidas las mas habitaciones, contándose entre ellas el hospital, botica i cuantos recursos habia para los enfermos.»

Esta calamidad no fué la mayor ni la última que sufrieron los condenados. Hubo otras iguales por lo ménos, que por orden opuesio les hicieron soportar los mismos padecimientos. La suerte no ponía tregüa a sus rigores. Apénas se libertaban de un mal, cuando caian en el contrario. En un mismo dia pasaban repentinamente de un frio excesivo a un calor devorante. Estaban todavía calientes las cenizas del incendio, cuando el agua venia a causar estragos análogos a los producidos por

el fuego. La inundacion era otra de las plagas que los mantenian en un sobresalto continuo. Las frecuentes lluvias engrosaban los arroyos de que estaba atravesada la isla, los cuales trasformados en torrentes, se desbordaban con estrépito por el interior de las tierras, arrasando con los árboles, las casas i todos los estorbos que embarazaban su marcha, mientras el mar hinchándose por la violencia del viento, anegaba con sus olas los terrenos ménos elevados. Aunque por esta razon las casas se habian construido en las alturas, no por eso escapaban en todas ocasiones. En una desecha tempestad de cinco o seis dias, cayeron aguaceros tan copiosos, que produjeron un aluvion, que sumerjió las habitaciones, fabricadas en las faldas de los cerros. Logróronse salvar las personas; pero los bienes se perdieron en la avenida. Los infelices poseedores de los ranchos arruinados, casi desnudos i en la mayor incomodidad por la pérdida de sus muebles i de su ropa, se vieron en la necesidad de vivir i dormir algun tiempo sobre charcos de agua. Las consecuencias fueron enfermedades dolorosas, que en la carencia absoluta de remedios, abrasados por el incendio, cada uno toleraba con una angustia inespresable, al considerar que podia bajar al sepulcro por falta de los cortos auxilios que se habrian necesitado para restituirle la salud.

Para colmo de desgracia las provisiones, mermadas por las ratas, i consumidas en parte por el fuego, en parte por la inundacion, comenzaron a escasear. Los confinados, a decir verdad, nunca habian gozado de la abundancia; porque siempre se les habia tasado la comida con parcimonia, i sujetado a racion como a los soldados; mas al fin habian vivido en un estado intermedio entre la satisfaccion i el hambre. Empero a principios de 1816 su situacion se empeoró. La Sebastiana, que traía periódicamente el bastimento, se hizo aguar, i esa demora los redujo a una miseria espantosa. En los almacenes quedaban mui pocas provisiones, i esas corrompidas; la isla no ofrecia recursos en su interior; i era difícil que naves mercantes osaran acercarse a un peñon sin puertos, i en cuyas caletas no podian mantenerse por las continuas tempestades. «La miseria crecia cada dia, i en cinco meses los angustiados prisioneros solo divisaron dos lejanas velas, que no pudieron aproximarse, o no oyeron los repetidos tiros de artilleria con que les pidieron socorro. No quedaba mas recursos que una pequeña porcion de frejoles añejos, i cada dia se presentaban escenas que oprimian el corazon, tal fué la del 25 de Abril en que los presidarios clamaron al gobernador que les diese un caballo moribundo que habia, para alimentarse. En estos apuros se emprendió formar un lanchon con los fragmentos de otro antiguo i madera de la isla, valiéndose de un viejo calabrote para estopa i de las cobijas para velámen. Ya un oficial de marina se habia encargado de dirigir en la obra al semi-carpintero que tenian, cuando se divisó en Mayo una vela, e inmediatamente se dispuso la alcanzase a todo riesgo i empeño el bote i pidiese socorro. Tuvo la felicidad de abordarla i a poco tiempo volvió con tres oficiales i varios

marineros de la fragata Paula, que pasaba cargada de viveres, especialmente de trigo, para Chiloé; las tempestades la arrojaron a Coquimbo, de donde venia. Dijeron que estaban mui prontos a dejar cuantos viveres, especialmente trigo, quisieran; porque siendo su navegacion a aquel archipiélago, se les habia avanzado mucho el tiempo, i hallándose el buque bastante maltratado i los mares i los vientos contrarios a su ruta, no podian conducir tanta carga como llevaban; que esta era del fisco, i no tenia el gobernador que gastar dinero por ella, a mas de que estaban en precision de proveerse en abundancia; porque la navegacion se hallaba absolutamente interceptada, i gran parte de los buques de la carrera encerrados en Valparaíso por la escuadra de Buenos Aires, mandada por su comandante Guillermo Brown, i así no debian esperar viveres en mucho tiempo. Extraordinariamente alegres i seguros del remedio, se despachó el bote del presidio con orden para que entrase la Paula a descargar; pero un soberbio e irresistible temporal arrebató a la Paula con el bote, los marineros i toda la esperanza, i con esto privó a los presidiarios aun del corto auxilio de la pesca; por que los marineros que fueron, eran precisamente los pescadores, i el bote, que era único, el que servia en este destino» (1).

Este contratiempo los abismó en esa indolencia estúpida, que se apodera del alma, cuando se frustran los cálculos mejor hechos. La única señal de vida que daban los detenidos, era interrogar con ojos lánguidos el horizonte, en donde muchas veces creian descubrir la corbeta entre la neblina de la mañana. Avistóse al cabo la Sebastiana, i a su aspecto la colonia se sintió renacer. Esta vez con el alimento traia la deseada nave noticias plausibles: el anuncio de una próxima libertad.

Deseando Ossorio reparar una injusticia, i cimentar en cuanto fuese posible su autoridad en el amor de los chilenos, habia enviado, como lo dejamos referido en otra parte, a solicitar de Fernando VII un indulto jeneral para los revolucionarios que no habian emigrado. El monarca habia accedido gustoso a sus pretensiones, i dictado en consecuencia la real cédula de 12 de Febrero de 1816 para que se les pusiera en libertad i se les devolvieran sus bienes. Desgraciadamente el rescripto no alcanzó a llegar durante el gobierno de Ossorio, i marcó que le sucedió, en vez de ejecutar como debiera el legado de clemencia que le dejaba su antecesor, se limitó a transcribir a los desterrados la orden del soberano por la cual se les restituia el goce de su libertad; pero no llevó mas léjos su cumplimiento. Cuando a causa de esta notificacion se felicitaban los agraciados con la idea de tornar a sus hogares, el gobernador del presidio desvaneciò de un golpe sus lisonjeras esperanzas con la lectura de un oficio del capitan jeneral, en que despues de disculparse con las medidas de seguridad que tenia que tomar para la defensa del pais, miéntras durasen los movimientos de la América, concluia diciéndole: «Debe V. hacer entender a esos confinados que estan perdonados i que

(1) Egaña, el Chileno consolade en los presidios.

acabadas sus causas no se trata ya de pasados hechos; que sus bienes se han entregado, i entregarán a los que reclamen con lejitima representacion; i que el gobierno les dispensará toda la proteccion que quepa en su posibilidad; pero *que sus personas deben todavia mantenerse separadas del continente por varias razones, siendo su propia conveniencia una de las que he tenido en consideracion para tomar esta deliberacion con el mejor acuerdo*» (1).

Esta arbitrariedad incalificable precipitó a los desterrados de la tristeza en la desesperacion. Despues de aquella decepcion perdieron toda confianza en el porvenir. Sus ánimos se abatieron, i no hallaron en parte alguna alivio para sus males. La escena sombría que los rodeaba, no era propia para infundirles conformidad i aliento. Los hombres con quienes tenian que tratar eran facinerosos, a los cuales se habia conmutado la pena de muerte, o soldados rústicos i groseros; las mujeres entre quienes vivian, eran prostitutas de la infima clase, que se habia recojido en el continente i arrojado en la isla para que no infestasen la sociedad; el clima especialmente era tan ríjido, que exceden a toda ponderacion las dolencias i penalidades que les hacia pasar. Aquella mansion presentaba tan pocos atractivos, que ni aun el amor del lucro pudo retener al gobernador Piquero, a quien una posicion privilegiada le permitia monopolizar los víveres i venderlos a su antojo, i renunció a su destino aburrido de las incomodidades sin cuento que se soportaban en Juan Fernández. Nombróse en su lugar a don Anjel del Cid, Talavera que solo sabia firmarse; pero que bajo la tosquedad de sus maneras ocultaba un corazon bueno i franco. ¿Mas qué valia la bondad del gobernador, cuando los males nacia de la naturaleza misma de las cosas? ¿Cómo evitar la desnudez, el hambre, el frio, el calor, las tempestades, cuando eran la consecuencia obligada de su situacion? Los presos en aquel desamparo se entregaron en brazos de la Providencia, i continuaron vejetando, mas bien que viviendo en el presidio.

Necesitaban para resignarse a conservar la vida de las piadosas exhortaciones del presbitero don José Ignacio Cienfuégos, que los consolaba con su palabra i los ejemplarizaba con la paciencia con que soportaba sus desdichas, aliviando a los otros en cuanto podia. Pidiendo auxilios a la relijion, este virtuoso eclesiástico celebró unos ejercicios espirituales, en que derramó como sacerdote sobre los corazones ulcerados por la desgracia, ese bálsamo de paz que prodigaba a cada instante como particular. Le acompañaba en la benéfica mision de predicar la conformidad para males inevitables don Manuel Sálas, que al candor de un niño reunia la profundidad de un filósofo. Este caballero juntaba diariamente a todos los desterrados en su habitacion, que llamaban el *Pórtico* a causa del espacioso corredor en que verificaban las reuniones, para conversar con ellos de la patria i divertirlos con una multitud de cuentos festivos i chistosos, llenos de moral práctica i buen sentido

(1) Oficio de 20 de Octubre de 1816.

popular. Uno de los que por su postracion moral necesitaba mas de estas distracciones era don Juan Egaña, literato estimable, que dedicado toda su vida al estudio de la lejislacion, la política i las bellas letras, sufría grandemente por verse arrancado de sus ocupaciones queridas, i no salta de su abatimiento, sino para escribir la crónica del presidio i las *memorias de sus trabajos i reflexiones*.

Miéntras tanto se verificaba en el continente un trastorno jeneral, que cambiaba la faz de los sucesos. La victoria de Chacabuco i la fuga de los españoles ponian de nuevo a Chile bajo el dominio de los patriotas, i elevaban la pobre colonia al rango de nacion independiente. Rescatado el país, era necesario constituirlo i nombrar un mandatario que lo defendiera. La poblacion designó para este cargo por aclamacion unánime al jeneral San Martin, i por renuncia de este a don Bernardo O'Higgins como el segundo despues de aquel. Uno de los primeros cuidados del director fué buscar modo de que volvieran a su patria los mártires de la libertad. Temia, i con razon, que los españoles enviasen a Juan Fernández alguno de sus buques de guerra para que los tomara a su bordo i los condujese al Callao, donde en clase de rehenes sirviesen de garantía a los realistas que quedaban en Chile. Por esta consideracion sacar a las ilustres víctimas del cautiverio en que jemian, era una obra que exijia dilijencia suma; pero se tropezaba para conseguirlo con una inmensa dificultad, no existiendo en nuestras costas un solo esquife de que poder echar mano para la travesía; porque la multitud de jente que habia huido despues de la victoria de los patriotas, se habia apoderado para emigrar de todas las embarcaciones disponibles. En este conflicto quiso la fortuna que fondease en Valparaiso el bergantin Aguila, que engañado por la bandera española, que con este fin se habia enarbolado en los castillos, habia creído esta plaza bajo la dominacion de la Metrópoli. Inmediatamente se tripuló la nave apresada con jente de guerra i se nombró su capitan a don Raimundo Morris, jóven educado en la marina inglesa i teniente del ejército de los Andes, dándole la órden de restituir al seno de sus familias a los patriotas confinados. Mas habiéndose luego reflexionado que aquel buque era demasiado pequeño para operar en la isla un desembarco a viva fuerza, caso que la guarnicion intentara resistir, se pensó que se lograria mas bien el objeto propuesto por la via de las negociaciones. En consecuencia se recurrió al coronel Cacho, prisionero español, para que obtuviese de don Anjel del Cid la soltura de los desterrados, asegurándole en caso de buen éxito su propia libertad, la del gobernador i cuantos quisiesen seguirle. Cacho aceptó gustoso la proposicion, i se hizo a la vela con Morris para Juan Fernández.

El 25 de Marzo los prisioneros de Juan Fernández percibieron en el horizonte una vela. Como tenian noticia de la espedicion emprendida por Brown al Pacífico, esta vez como otras muchas se dejaron balaragar con la esperanza de que aquella seria quizá una de las naves

corsarias, que venia a traerles la suspirada libertad. Don Manuel Blanco Encalada, que era uno de los mas jóvenes de entre ellos, subió apresuradamente a una eminencia para observar las disposiciones del buque, i no tardó en venir a avisar a sus compañeros, que del costado del bergantín se habia desprendido un bote con bandera de parlamentario. A medida que este se aproximaba, notaron con júbilo que las cucardas de la tripulacion eran no españolas, sino argentinas. Mas cuando atracó a la ribera, pasaron de una sorpresa a otra mayor, viendo que el bote se retiraba despues de haber dejado en tierra un oficial-español, que se precipitaba con efusion en los brazos del gobernador del Cid. No era otro que el mencionado Cacho, el cual concluyó en un solo dia i sin mucho trabajo todos los arreglos, de manera que el Aguila pudo volverse con la preciosa carga de 78 patriotas, que agonizaban en aquel presidio. No pudiendo Morris desentenderse de los clamores de los demas habitantes de Juan Fernández, que pedian igualmente la libertad, tuvo que admitirlos a bordo junto con la guarnicion i el gobernador. Solo las ratas quedaron en la isla. (4).

Un ardid de O'Higgins permitió escaparse de su prision a los confinados en la Quiriquina. Escribió diversas cartas en que anunciaba un ataque sobre Talcahuano para un dia fijo, i procuró diestramente que cayesen en manos del enemigo. Luego que Ordóñez, jefe de los realistas, tuvo de ellas conocimiento, ajeno del engaño, trató de concentrar sus fuerzas para desbaratar el plan descrito, i al efecto mandó retirar la guarnicion de la Quiriquina, que era bastante numerosa, como que tenia que custodiar a mas de 300 hombres, de los cuales la mayor parte habian sido militares. Aprovechándose estos de la ausencia de sus guardianes, prepararon balsas, i se huyeron al Tomé, para enrolarse otra vez bajo las banderas de la libertad i tornar a combatir contra los opresores de su patria.

(4). Lista de los patriotas conducidos por el Aguila.—D. Juan Enrique Rosales, D. Manuel Salas, D. Manuel de Ayala, D. José Léiton, D. Martín Encalada, D. José Ancieta, D. Tomas Quesada, D. Pablo Romero, D. Antonio Tirapegui, D. Ramon Silva, D. Vicente Ursbistondo, D. Francisco Gaona, D. José Portales, D. Agustin Eizaguirro, D. Enrique Lasale, D. Juan de Dios Puga, D. Ignacio Carrera, D. Baltazar Ureta, D. Santiago Muñoz Besanilla, D. Mateo Arnaldo Hevel, D. Luis Cruz, D. Ignacio Torres, D. Pedro José Romero, D. José Maria Hermosilla, D. José Solis, D. Francisco Peña, D. Marcos Bello, D. Carlos Correa de Saa, D. Martin de Arlutú, D. Manuel Blanco Encalada, D. Francisco Perez, D. Manuel Larrain, D. Gabriel Larrain, D. Juan Egaña, D. Mariano Egaña, D. Francisco Villatobos, D. Rafael Lavalle, D. Anselmo Cruz, D. Miguel Morales, D. Agustin Vial, D. José Santiago Badiola, D. Francisco Lastra, D. Antonio Urrutia i Mendiburu, D. Vicente Claro, D. José Ignacio Cuadra, D. Felipe Monasterio, D. Isidoro Errazuriz, D. José Maria Argomedo, D. Felipe Calderon de Labarea, D. Guillermo Tardif, D. José Antonio Fernandez, D. Santiago Fernandez, D. Domingo Cruzat, D. Manuel Garceon, D. José Santos Astete, D. Julian Astete, D. Jaime de la Guarda, D. Santiago Pantoja, D. Pedro Victoriano, D. Jnan Crisostomo de los Alamos, D. José Maria Alamos, D. Manuel Espejo, D. Juan Luna, D. Buenaventura Laguna, D. Gaspar Ruiz, D. Pedro Benavente, D. Bernardo Vergara, D. Remijio Blanco.

Sacerdotes.—Presbítero D. Francisco Castillo, Id. D. Pablo Michillot, Id. D. Ignacio Cienfuegos, Id. D. Joaquin Larrain, Id. D. José Tomas Losa, Id. D. Juan José Uribe, Id. D. Laureano Díaz, Fr. Domingo Miranda, Fr. Agustin Rocha.

Personas que acompañaban a sus padres.—Doña Rosario Rosales, don Santiago Salas, don Santiago Rosales, don Rafael Benavente.

# INDICE.

---

Informe de la Comision de la Facultad de Filosofia i Humanidades.  
Advertencia.

## BATALLA DE RANCAGUA.

Situacion de Chile a principios de 1814—Convenio de Lircai—Resultados de este convenio—Cambio de gobierno en Santiago—Disensiones intestinas que produjo este acontecimiento entre los patriotas—Reconciliacion de O'Higgins i Carrera—Providencias de la Junta Gubernativa de Santiago—Plan de campaña del jeneral Carrera—Id. del jeneral O'Higgins—Fuerzas de los patriotas—Batalla de Rancagua—Retirada de los patriotas—Combate de la ladera de los Papeles.

## GOBIERNO DE OSSORIO.

Entrada de los vencedores en la capital—Bando del gobernador político Pisana llamando a los que se habian ausentado—Carácter de Ossorio—Disposiciones impolíticas e injustas de este jefe con respecto al ejército—Prision i destierro a Juan Fernández de un gran número de patriotas—Establecimiento del Tribunal de Infidencia—Institucion de los pasaportes—Medidas reaccionarias tomadas por el gobierno realista—Asesinato de los prisioneros de la cárcel de Santiago—Gaceta del Rei—Restablecimiento de la Real Audiencia e instalacion de Ossorio como capitán jeneral interino—Petición de gracia en favor de los presos políticos dirijida por Ossorio a Fernando VII—Bandos de policia—Tallaveras—Medidas fiscales del gobierno realista—Reempezo de Ossorio por Marcó.

## GOBIERNO DE MARCÓ.

Paralelo entre los caracteres de Ossorio i Marcó—Estrenos del gobierno de este último—La camarilla—Parcialidad de Marcó por los peninsulares—Fortaleza de Santa Lucia—Tribunal de Vijilancia—Paseo del estandarte—Marcó rehusa dar cumplimiento a la cédula de gracia espedita por el monarca en favor de los presos políticos—Medidas fiscales de este mandatario—Sus bandos despóticos i arbitrarios—Retrato de San Bruno.

## LA EMIGRACION.

Diferencias entre San Martin i don José Miguel Carrera—Desafio de don Luis Carrera con Mackena—Relaciones de don José Miguel Carrera con el director Alvear—Partida del jeneral chileno para Estados- Unidos—Entrevista de San Martin con el director Pueirredon—Trabajos de San Martin para la organizacion del ejército—Ocupaciones de muchos de los emigrados en Buenos-Aires—Curso de Brown.

## BATALLA DE CHACABUCO.

Plan de campaña de Abascal—Ardides de San Martin—Suplicio de Traslaviña, Hernández i Salinas—Reconocimiento que de los caminos de la cordillera hace practicar San Martin—Mision de Álvarez Condarco a Chile—Estratajemas de San Martin para ocultar por donde conduciría su ejército—Plan de resistencia adoptado por los realistas—Retrato de don Manuel Rodriguez—Las montoneras—Salida del ejército libertador de Mendoza—Pasaje de la cordillera—Primeros combates—Confusion de los realistas—Batalla de Chacabuco—Proyecto para renovar el combate—Retirada de las tropas realistas para Valparaiso—Desórdenes ocurridos en este puerto—Fuga i captura de Marcó—Entrevista de este jefe con San Martin—Operaciones militares de Freire.

## ISLA DE JUAN FERNÁNDEZ.

Prisiones practicadas por los realistas en Concepcion—Isla de Juan Fernández.—Padecimientos de los patriotas confinados en este presidio—Su libertad—Id. de los prisioneros de la Quiriquina.